

Ana Blandiana

PROYECTOS DE PASADO



Lectulandia

Proyectos de pasado es, como ha señalado la crítica internacional, uno de los libros de relatos más importantes de las últimas décadas. Traducido a numerosas lenguas, y publicado por primera vez en 1982, convirtió a Ana Blandiana, figura legendaria en Rumanía por su activismo contra la dictadura, en una de las voces fundamentales de la literatura de la llamada Europa del Este, una voz sólo equiparable a Anna Ajmatova o Vaclav Havel...

Proyectos de pasado es un absorbente libro de relatos fantásticos anclado, paradójicamente, en la dura realidad impuesta por la represión, retratada aquí en ocasiones, en medio de la pesadilla, con un sutilísimo humor negro. En estos cuentos los asistentes a una boda son deportados a una «isla de tierra» en medio de la nada como nuevos robinsones; una periodista recuerda la noche en que fue detenido su padre; la vejez y la podredumbre se apoderan de un pueblo idílico en otro tiempo; un famoso actor de teatro es invitado a conocer la verdad a través de una función fantasmagórica...

Lectulandia

Ana Blandiana

Proyectos de pasado

ePub r1.0

chungalitos 14.02.14

Título original: *Proiecte de trecut*

Ana Blandiana, 1982

Traducción: Viorica Patea y Fernando Sánchez Miret

Retoque de portada: orhi

Editor digital: chungalitos

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

ANA BLANDIANA, EL LENGUAJE REALISTA DEL RELATO FANTÁSTICO

Ana Blandiana es una de las conciencias artísticas y cívicas más importantes en el panorama de la literatura rumana contemporánea. Otilia Valeria Coman, más tarde conocida como Ana Blandiana, nació en la ciudad de Timișoara en 1942. Antes de llegar a convertirse en una prestigiosa poetisa, el nombre de Ana Blandiana fue un nombre prohibido. Cuando a los diecisiete años publica sus primeros poemas en la revista *Tribuna*, de Cluj, una circular gubernamental la declara «hija de un enemigo del pueblo», ya que su padre, sacerdote ortodoxo, era un preso político. Durante los cuatro años siguientes se le prohíbe publicar y cursar estudios universitarios. A pesar de la interdicción, consigue licenciarse en la Facultad de Filología de Cluj. En 1960 se casa con el también escritor y pensador Romulus Rusan y se establece en Bucarest. En 1964 ve la luz su primer libro de poemas, *Persoana întâia plural* (Primera persona del plural). En 1982, su obra poética —*Călcâiul vulnerabil* (El talón de Aquiles, 1966), *A treia taină* (El tercer misterio, 1969) *Octombrie, noiembrie, decembrie* (Octubre, noviembre, diciembre, 1972), *Somnul din somn* (El sueño del sueño, 1977) — es galardonada con el Premio Gottfried von Herder de la Universidad de Viena.

A lo largo de su carrera Ana Blandiana iba a sufrir otras prohibiciones. En diciembre de 1985, un ciclo de poemas publicado en la revista *Amfiteatru* denuncia la miseria y el terror del régimen de Ceaușescu y provoca un conflicto con las autoridades. Su poema «Todo», una simple y objetiva reiteración de palabras que evocan la realidad de cada día, se analiza verso a verso en el diario británico *The Independent*. La redacción de *Amfiteatru* es castigada y Ana Blandiana no podrá publicar durante mucho tiempo, pero los poemas circulan en *samizdat*. En 1988 consigue publicar un libro de versos para niños, *Întâmplări de pe strada mea* (Acontecimientos en mi calle, 1988), comúnmente interpretado como una parodia de Ceaușescu, retratado en las aventuras del gato *Arpagic*. En represalia, se retiran de las bibliotecas los libros de Ana Blandiana y se prohíbe la simple mención de su nombre incluso en artículos de crítica literaria. La autora vivirá bajo continua vigilancia policial hasta la revolución de 1989, cuando, sin ser consultada, es nombrada, junto con otros disidentes, miembro del Consejo del Frente de Salvación Nacional. Dimite tres semanas más tarde, al darse cuenta de que su presencia era una simple operación propagandística destinada a legitimar un régimen continuista. Poco después funda y preside la Alianza Cívica (1991 —2001), un movimiento que aboga por la creación de una sociedad civil y, bajo la égida del Consejo Europeo, dirige el Memorial de las Víctimas del Comunismo y de la Resistencia ubicado en la ciudad de Sighet. Se hace cargo asimismo de la presidencia del PEN CLUB rumano.

Es también autora de los siguientes libros de poemas: *Arhitectura valurilor* (La arquitectura de las olas, 1990), *100 de poeme* (100 poemas, 1991), *La cules îngerilor* (Cosecha de ángeles, 1997), *Soarele de apoi* (El sol de después, 2000), *Refluxul sensurilor* (El reflujo de los sentidos, 2004). Como novelista es conocida por *Sertarul cu aplauze* (El cajón de los aplausos, 1992). Y varias colecciones de ensayos reúnen su pensamiento estético y moral, *Calitatea de martor* (La calidad de testigo, 2003) y *Spaima de literatură* (El miedo a la literatura, 2006).

Al igual que Anna Ajmatova o Vaclav Havel, Ana Blandiana se transformó en la conciencia de su época, símbolo de valentía e integridad moral ante un poder totalitario. Forma parte de aquellos escritores que concibieron la función del escritor como la de ser testigo de su tiempo, y la literatura como una forma de resistencia ante el terror de la Historia. En la obra de Blandiana el destino personal es emblemático de un destino colectivo. Aduce el testimonio de algo fundamental que completa la verdad de los hechos, sin cuyo conocimiento el curso de la historia no podría continuar con normalidad. Gracias a su integridad ética Ana Blandiana se ha transformado en una figura legendaria, encarnación de toda aspiración a la nobleza y a la dignidad.

LA OBRA DE ANA BLANDIANA

Con pronunciados acentos metafísicos y un acuciante sentido de la responsabilidad, su obra articula un discurso esencial acerca del mundo y del ser. De naturaleza romántica, contemplativa y visionaria, tanto su prosa como sus versos tienden hacia un lirismo de las esencias y cultivan un tono sincero y espontáneo. Replegado en la subjetividad, el yo lírico proyecta su drama existencial en los ritmos universales y percibe sus vivencias en el reflejo de la vida cósmica. Su poesía traduce el asombro ante la belleza del mundo en ejercicios de ascesis. La exuberancia de los sentidos, el éxtasis de la fusión con el mundo o de la vivencia inmediata se disuelven en el silencio de la meditación. El conocimiento adquiere la forma de ascesis y recogimiento en la contemplación melancólica. Atormentado por la precariedad de su condición biológica, el yo se debate entre la aspiración hacia una pureza ideal y las formas degradadas de su existencia social e individual. Su poesía oscila entre los sentimientos de culpabilidad y pureza, inocencia y corrupción. Sus meditaciones modelan el mundo según normas purificadoras, estéticas y morales.

La obra de Blandiana aspira a una lectura auténtica, no falsificadora de los signos misteriosos y ocultos de un universo en constante metamorfosis y degradación en el tiempo. Su poética intenta rescatar lo auténtico de un discurso mistificador. Consciente del abismo entre el signo y su referente, Blandiana intenta romper la falsa verosimilitud de las cosas para hallar su halo de misterio inalterado. Incapaz de

expresar los espacios subterráneos del alma, explora sus secretos con una actitud interrogativa. Aunque intuye el misterio de la existencia, percibe con la misma intensidad el determinismo del mundo que condiciona implacable la conciencia.

Para Ana Blandiana, la vida es un drama no descifrado, metáfora de impureza y culpa. La gravedad melancólica de su poesía surge de la tensión entre la conciencia del mal existencial y de la pureza primordial. La voz poética descubre su finitud, pero asume la pureza como norma ontológica y gnoseológica del mundo, a sabiendas de que la vida es un proceso que no se desarrolla en el ámbito de la inocencia y en el que es imposible no mancharse.

La poética de Blandiana cultiva el misterio como paradigma existencial. La palabra poética busca el reflejo metafísico de las cosas, su sombra llena de misterio, estremecimiento y agonía. Anhela las verdades fundamentales, los mitos originales y el mundo de las formas y los arquetipos.

Los relatos fantásticos de Ana Blandiana son poemas meditativos. Igual que su poesía, la narrativa fantástica no crea situaciones y personajes, ni presenta una serie de acontecimientos, sino que configura una serie de visiones.

PROYECTOS DE PASADO

Inicialmente censurado, pero publicado en 1982, gracias al reconocimiento internacional que le supuso el premio Herder, *Proyectos de pasado*, el segundo volumen de prosa fantástica de Ana Blandiana, se compone de once relatos. Biográficos y memoriales, poéticos y fantásticos, estos cuentos pertenecen a la tradición de la literatura fantástica y el realismo mágico, al tiempo que constituyen uno de los documentos más importantes acerca de la literatura concentracionaria y testimonial. Escrita en primera persona, esta narrativa combina las incursiones de la imaginación visionaria con las anotaciones confesionales de un diario y la evocación realista de un documental. Más que ficción, parecen las páginas de un diario, en el que la meditación y la lucidez alcanzan la intensidad del sueño revelador. La prosa descansa en el fluir de la conciencia y en el tiempo interior, en el arte de recordar un momento dramático con la objetividad y concreción deslumbrante del instante. Blandiana es consciente de la dificultad de reconstruir el pasado en el espejo de la memoria, ya que su arquitectura fluctuante lo vuelve siempre otro, cambiante en función de la perspectiva del presente.

La colección empieza con «Una herida esquemática», una parábola acerca de la dificultad de discernir lo auténtico en un mundo de simulacros, en el que los estereotipos y el adoctrinamiento oficial llevan a la incapacidad de reconocer lo evidente. El relato prefigura la temática del libro: la confusión entre la vida y la muerte, ser y no ser, autenticidad y falsedad. Está narrado en primera persona por un

delfín que yace muerto en una playa y escucha cómo unas voces anónimas piensan que se trata de una copia de plástico. Al igual que en el cuento de Andersen «El traje nuevo del emperador», sólo un niño es capaz de reconocer la verdad: ve en el delfín un ser herido y designa la herida como prueba de autenticidad. Para Ana Blandiana, el sufrimiento y el dolor adquieren una función cognoscitiva y epistemológica.

Al igual que *Winesburg Ohio* de Sherwood Anderson, *Los Dublineses* de Joyce o *In Our Time* de Hemingway, los relatos de *Proyectos de pasado* forman un todo a pesar de componerse de once textos sin aparente relación entre sí. Inscritas en un marco socio-histórico concreto, estas narraciones forman parte de un proceso de reconstrucción de la historia de la Rumania de la segunda mitad del siglo XX y ofrecen una crónica de la vida cotidiana bajo un régimen totalitario que duró casi medio siglo. Los cuentos constituyen documentos y ejercicios de comprensión del presente a través del pasado. Abarcan el periodo desde la instauración del comunismo —la colectivización forzada, las deportaciones de los años cincuenta, las detenciones del gobierno de Dej— hasta la atmósfera represiva de los años setenta y ochenta de la era Ceaușescu. Sólo en la primera etapa de 1948 a 1964 se llegó a un millón de detenidos y a medio millón de muertos de entre una población total de dieciocho millones. Los relatos presentan dos momentos, el comienzo y el cénit, de un mismo totalitarismo.

«Proyectos de pasado», «Reportaje» y «La lección de teatro» son reconstrucciones de un pasado mistificado y sepultado en el tiempo. La realidad de las cárceles y de los campos de concentración constituye el sub-texto de estos relatos que evocan la existencia de centros de detenciones y deportaciones (Canal, Peninsula, Salcia, Bărgană) en los que la gente desaparecía sin llegar a conocer los cargos que se le imputaban, o tras la escenificación de juicios sumarísimos. Por su parte, «Aves voladoras para el consumo», «En el campo» e «Imitación de una pesadilla» ofrecen la crónica de la segunda fase de la época comunista y atestiguan un presente igual de tenebroso cuyo reportaje sirve para reconstituciones futuras.

«Proyectos de pasado» es la historia de la detención de los invitados a una boda durante los años cincuenta en la región de Banat, y documenta los primeros arrestos efectuados en nombre de la política de colectivización, que preveía la confiscación de la tierra a los campesinos acomodados. El relato tiene acentos biográficos, se compone de los recuerdos del tío Emil, profesor de Historia y víctima de la detención, filtrados por las representaciones de la infancia de la narradora. Deportados en las llanuras del Bărgană durante once años, doce personas se ven obligadas a repetir la experiencia de Robinson Crusoe y a vivir como hombres arcaicos en una isla rodeada de tierra, no de aguas. De esta situación límite se salvan gracias al ingenio, el azar o el milagro. Viven en una colonia penitenciaria sin guardianes ni alambradas y de la que no pueden escapar, ya que todo el país se ha

transformado en una inmensa cárcel en la que el menor gesto de solidaridad y compasión es sancionado. Pero la deportación se transforma en una experiencia iniciática y liberadora. La adversidad es una prueba que despierta al hombre a la realización de su vocación espiritual. Aplastado por la historia, el yo puede salvarse de su terror y de las fuerzas que lo encadenan a sus mecanismos alienantes, en la medida en que cambia la adversidad en revelación. Una vez puestos en libertad, sin haber recibido explicación alguna del motivo de su prolongada separación, se sienten incapaces de readaptarse a la sociedad que los ha condenado al ostracismo. Los deportados saben que su vida futura supone renunciar a la libertad interior que alcanzaron en la isla, en la que la supervivencia dependía sólo de ellos y de los elementos naturales.

En «Reportaje» la narradora es una periodista enviada a la región del Danubio para informar acerca de la operación de rescate durante las grandes inundaciones de los años setenta. Amenazada por un diluvio de proporciones escatológicas, Península, la isla artificial del Danubio creada con el trabajo de los detenidos políticos para incrementar la producción de arroz, debe ser salvada a cualquier precio. El relato tiene una gran carga simbólica: las aguas desatadas tipifican la rebelión de las fuerzas de la naturaleza en contra de una ideología cuyos dictados destruyen la vida. El antiguo comisario jefe de la isla —en la actualidad disminuido en grado, pero igual de influyente que antaño— decide la forma de fijación de esta tierra emblemática amenazada por las aguas. Siguiendo sus ordenes, filas de soldados forman un dique vivo; sujetan esta isla artificial con sus propios cuerpos ayudándose de ramas de chopos tiernos y de los esqueletos de los antiguos deportados, que la lluvia saca a la luz de la fosa común. Aterrada, la narradora se aferra al recuerdo de que su padre, antiguo detenido político, murió en casa. Durante su viaje hacia la isla, bajo la lluvia interminable y en medio de las aguas desatadas, observa en la cubierta del remolcador a un adulto y un niño comiendo juntos de un paquete envuelto en periódico. Esta escena es el equivalente postmoderno de la magdalena de Proust: trae a la memoria de la autora la noche de la detención de su propio padre, la imagen de aquella última cena —envuelta en cierta aureola arquetípica—, que la víctima y su familia comparten con el oficial que ejecuta la orden de arrestarlo. La isla simboliza la creación de ese nuevo mundo que descansa en una ideología deshumanizada y alienante, cuyo precio, a pesar del cambio de los dirigentes y de la autocrítica, consiste en sacrificar la vida en aras de la utopía. Entonces y ahora, el único material del que se dispone a discreción para la construcción de este mundo utópico es «el elemento humano».

Los agujeros oscuros de la historia se revelan en parábolas y misterios. «La lección de teatro» es un relato transido de misterio, una zona negra que no se ilumina del todo y que descansa en una realidad sepultada en el tiempo. Nuestros

conocimientos dependen de nuestra voluntad de ver: «Después de todo, no vemos nunca más que aquello que imaginamos de antemano que podemos ver». El narrador, un actor de cierto renombre, acude a la misteriosa llamada de un desconocido y asiste a una extraña obra de teatro que resulta ser una lección de historia. Delante del catafalco sobre el que yace un hombre, un ángel y un demonio entonan un recitativo acerca de su vida. Las barreras de la vida y de la muerte, del destino y de la historia se difuminan. Las palabras clave de esta representación constituyen el fondo léxico de la represión —*casa, extraño, tarde, caña, grande, castigo, llevárselo, marmita*— y esbozan la suerte de muchas víctimas anónimas. Configuran una realidad aterradora de la que no se puede hablar abiertamente y que se transmite sólo en un lenguaje cifrado o en el lecho de muerte. La vida de los desaparecidos en los campos de concentración se cuenta de manera indirecta y simbólica en escenas de teatro popular, inspiradas en antiguos ritos y costumbres. Allí, en el umbral de la muerte, el narrador descubre a través del destino de este desconocido, el triste final de su propio padre, ambos antiguos compañeros en un campo de concentración: «Fue como resolver un crucigrama que no había podido resolver a su debido tiempo y cuya solución se me ofrecía en la última página de la revista». Esta revelación, formulada en un terreno indefinido entre la muerte y la vida, es el legado del destino y de la Historia a otras generaciones, que tendrán que interpretarlo. El sufrimiento es un signo, que exige nuestra lectura. «Ser para mirar», el nombre de un conocido ensayo de Blandiana, representa una modalidad de redención, una respuesta soteriológica a las aporías de la Historia.

«Aves voladoras para el consumo», «En el campo» e «Imitación de una pesadilla» son un fiel reflejo de lo que fue la vida cotidiana bajo el régimen de Ceaușescu, caracterizada por la progresiva deshumanización de las relaciones, el miedo y la generalizada penuria. Uno de los objetivos de su gobierno consistió en pagar la deuda externa, contraída por una política económica poco realista de enorme industrialización pero escasamente competitiva. Con el fin de obtener divisas se decidió la exportación masiva de toda la producción interna y la consiguiente implantación de un programa de duras restricciones económicas. El frío, el hambre y el terror se transformaron en medios para controlar a la población. Mientras la propaganda oficial celebraba en panegíricos interminables los «cincuenta años de luz» y los logros de un «nuevo» orden social, la «alimentación científica», preconizada por decreto ley, implantaba una política de racionamiento de alimentos básicos, propia de periodos de postguerra. Rumania parecía ilustrar la utopía orwelliana de 1984 y el absurdo de Ionesco: en un país productor de gas y petróleo, el suministro de gas, electricidad y agua se limitaba a unas pocas horas al día; las mujeres estaban obligadas a tener cinco hijos «para engrosar las filas del ejército» y las bibliotecas tenían fondos de libros prohibidos.

A fin de resolver la falta crónica de alimentos de primera necesidad y liberarse de la esclavitud de las colas interminables, la señora L., la protagonista de «Aves voladoras para el consumo», decide improvisar un criadero de pollos en su balcón. El hecho de procurarse una gallina clueca es, en sí mismo, una aventura casi mágica, al cabo de la cual la señora L., profesora universitaria y autora de un seminario sobre «la evolución del ateísmo en el pensamiento europeo», descubre estupefacta que en su balcón han eclosionado doce ángeles. El mundo ya no es una masa opaca de simples objetos materiales, sino un lenguaje vivo cargado de mensajes. Lo fantástico se revela como insubordinación ante el intento de cualquier sistema ideológico de reducir la existencia a una realidad empobrecida, mutilada y desprovista de significado espiritual.

La misma penuria de alimentos lleva a la narradora de «Imitación de una pesadilla» al arrabal donde va a ser secuestrada por un gigante a plena luz del día. La indiferencia generalizada de curiosos o amigos da a este acontecimiento un aspecto irreal y grotesco. El relato ofrece un fino análisis de la relación psicológica existente entre el verdugo y su víctima al tiempo que deconstruye el miedo que aísla a los individuos y hace posible su sumisión: «Por un momento sentí el impulso de darme la vuelta y de huir, para demostrarme a mí misma que era verdaderamente libre, pero al instante me di cuenta de que nunca más sería libre si no era capaz de explicarme por qué, durante aquella pesadilla, no lo había sido». La narradora se libera de las fuerzas que la encadenan en la medida en que deja de ser una víctima ciega del destino y es capaz de ver, entender y buscar la razón de ser de las fuerzas que la sojuzgan. El yo se repliega sobre sí mismo y descubre que la redención es el camino de liberación interior. En la reflexión alcanza la conciencia de su condición inviolable.

«En el campo» refleja la tragedia del mundo agrícola tras la colectivización de la tierra iniciada en los años cincuenta y la ulterior política de «sistematización» del gobierno Ceaușescu. Una vez que los campesinos son desposeídos de sus tierras y pierden los vínculos con sus antiguos ritos y costumbres, los pueblos se quedan desiertos, habitados sólo por viejos fantasmagóricos y desvalidos. Abandonada, la cosecha se pudre en el campo, en un paisaje surrealista y grotesco que recuerda los lienzos de El Bosco. Estratos vegetales y animales se devoran recíprocamente. Pueblo y campo ya no configuran el vehículo a través del cual se revelan la eternidad o el mundo de las formas ideales, un motivo literario de larga tradición en la literatura rumana. Ana Blandiana entona un réquiem por los pueblos que se derrumban en el olvido, por la vida que cae en la putrefacción y la promiscuidad de la Historia. Al igual que sus habitantes espectrales, la iglesia, totalmente enterrada por los nidos de las golondrinas, tipifica el olvido de los valores espirituales y la derrota de las formas superiores de la vida por manifestaciones inferiores.

Aunque la prosa de Ana Blandiana tiene un substrato realista, no está exenta de

elementos oníricos, surrealistas y grotescos que deconstruyen el código de lo verosímil. Su ficción se inscribe dentro de la tradición fantástica de Poe, E.T.A. Hoffman y Kafka y continúa las tendencias más modernas de Borges, Cortázar o Eliade. Su narrativa está en la línea de la prosa de Mijail Bulgákov en *El maestro y Margarita*, que recurre a lo fantástico para denunciar la dimensión grotesca de la vida bajo un régimen totalitario. En los países del telón de acero, en los que la expresión artística estaba fuertemente censurada y confinada a los patrones del realismo socialista, lo fantástico, mucho más que cualquier otro género literario, interroga los códigos socio-culturales dominantes y permite criticar las estructuras del poder. Lo fantástico refleja el desajuste entre el mundo oficial y el real y expresa lo no dicho y lo no visto de la cultura dominante. Su lenguaje es una invitación a la trasgresión de una ideología que mistifica la vida y la realidad. Erosiona las certezas del positivismo materialista y se rebela en contra de una concepción del mundo que elimina la subjetividad, lo sobrenatural, lo portentoso y lo intuitivo de sus postulados.

El universo novelesco de Ana Blandiana se sitúa en la frontera de lo real y lo imaginario. En su ficción, lo fantástico se injerta en la realidad. Acontecimientos milagrosos, sobrenaturales y excepcionales se infiltran en los pliegues de lo cotidiano y remiten a los sentidos más profundos de lo real. Los relatos presentan una crónica de la vida diaria, pero recurren a lo fantástico como forma de expresión de una realidad que por motivos políticos permanece prohibida y sobre la cual se cierne el silencio.

La prosa de Blandiana alza un espejo ante la Historia reciente y se sirve de *esa fantasía* para participar en «aquel grave concurso de reconstituciones que la Historia declara en cada instante». Dos aporías definen su narrativa: «Imaginar significa recordar» y «Lo fantástico no se opone a lo real, sino que constituye sólo su representación más llena de significados». Ambas proposiciones definen lo fantástico como el resorte de la creación literaria y vinculan la expresión artística a la memoria y a la imaginación visionaria. El recuerdo es un modo de devolver a la realidad sus contenidos ocultos y suprimidos, una forma a posteriori de justicia. Recreado en la memoria, lo vivido alcanza «un decorado teatral estilizado y reducido a un trazado simbólico».

La épica de Blandiana oscila constantemente entre lo fantástico y lo real. En «La iglesia fantasma» el viaje de la iglesia de madera en el invierno de 1778, poco antes de la revuelta de Horia, el líder de la rebelión de los siervos rumanos de Transilvania, ilustra la infiltración de lo fantástico en lo cotidiano. Desprovistos del derecho a erigir una iglesia, deciden desplazar una antigua iglesia de madera desde otro pueblo. Al deslizaría sobre el río, el hielo se rompe y la iglesia desaparece con doce hombres (otros doce apóstoles) y su misterioso sacerdote, que retrospectivamente parece ser el mismo Horia, atrapados en su interior. Tras un periplo de doscientos años, la

narradora encuentra la iglesia navegando por el Danubio, iluminada como el día de la Pascua de Resurrección y envuelta en las voces de los hombres que aún cantan en su interior. Lleva consigo el secreto de la comunidad de campesinos transilvanos y transporta en el tiempo la leyenda de su inagotable ansia de libertad. La iglesia traza el camino de la redención mística y de la salvación a través del ideal. Tipifica la embarcación del sueño y de la esperanza, que atraviesa el océano de la realidad. A pesar de que la revuelta de Horia fue derrotada, el mito de la iglesia sobre las aguas vence las adversidades del destino. Lo fantástico incita a la resistencia y a la libertad. Lo milagroso subversivo es fuente de regeneración, y en la medida en que el hombre acude a su llamada, descubre su identidad espiritual y vence las fuerzas que intentan despojarlo de la dimensión trascendente que lleva dentro de sí.

Ana Blandiana coincide con Novalis en que «estamos más cerca de lo invisible que de lo visible». Los límites fluctuantes de su universo fantástico construyen una geografía imaginaria que denuncia una realidad político-social al tiempo que adquiere una dimensión filosófica y metafísica. Islas simbólicas —la del Bărgană, la del Danubio o la del sueño— configuran el terreno de lo desconocido, el espacio de una prueba iniciática en la que el yo descubre su identidad. En este universo fronterizo, ángeles y delfines transitan entre la vida y la muerte. Los ángeles, seres caídos que se debaten entre dos mundos, añoran la tierra, mientras que los hombres buscan su identidad metafísica y espiritual. El sueño adquiere la apariencia de lo real y genera mundos posibles, seres con los que otros sueñan, soñados a su vez por nuevos durmientes. Lo no formado se proyecta en un juego de espejos espectrales. La muerte no es el fin, sino una posibilidad complementaria de la vida, otra forma de la conciencia y el camino hacia la esencialidad, o como dice Blandiana «un campo de fuerzas que se recomponen en otros horizontes».

Para Blandiana la realidad está cargada de signos misteriosos e indescifrables y de recuerdos incomprensibles de una vida que ha existido. En sus relatos, la línea que separa lo real de lo irreal se traspasa periódicamente. Lo fantástico no supone la ruptura de dos mundos distintos, sino su continuación y sus interferencias. Blandiana avanza la tesis de la unidad indivisible de lo real. Lo fantástico no disloca la realidad, sino que se nutre de ella. No se traduce en una evasión de lo real sino en la búsqueda de sus aspectos profundos, olvidados y ocultos. Ilumina los abismos de lo incognoscible que existen dentro y fuera del hombre. La incursión visionaria supone un despertar a una percepción más viva del mundo. Desvela las zonas oscuras de la historia y abre nuevos horizontes más allá de la frontera de las apariencias.

Los cuentos de Ana Blandiana cuestionan la identidad del yo y su concepción de lo real. En «La gimnasia de noche», «El traje de ángel» y «Lo soñado» lo fantástico está unido a la introspección del yo narrador en busca de sus valores identitarios. Lo fantástico se vuelve cómplice del sueño, de la pesadilla y del despertar. El sueño es el

umbral de las realidades atemporales y arquetípicas en el que los personajes buscan su identidad. El sueño es una clave recurrente que vertebra tanto la poesía como la prosa fantástica de Ana Blandiana. En «El traje de ángel» el sueño adquiere la forma de un edificio con infinitud de estancias que conducen a la revelación de la alteridad y de la dimensión metafísica del ser. Este edificio laberíntico, parecido a la escuela del doctor Bransby, aquella casa símbolo de la infancia de Poe en «William Wilson», evoca la casa en la que Ana Blandiana vivió durante su infancia en Oradea y que contenía los depósitos de libros prohibidos pertenecientes al antiguo obispado greco-católico. En «Lo soñado» —transposición narrativa del poema de Blandiana «Genealogía»— el yo poético se agita en el sueño e intenta dejar una huella de su existencia y de su revelación de ser soñado. El mundo nace de la sustancia efímera y siempre cambiante del sueño con el que sueña un demiurgo somnoliento y caprichoso. La realidad es la sustancia de un sueño universal siempre cambiante en el que el yo ocupa el espacio de un momento evanescente.

Los relatos de Ana Blandiana tienen una estructura abierta y producen la sensación de haber transmitido un mensaje importante cuyo significado último se escapa constantemente, obligando al lector a volver sobre el texto para desenterrar su sentido oculto. Blandiana no resuelve los enigmas. Sus relatos acaban en suspense e interrogaciones. Aplazan la solución final mediante la sugestión de una multiplicidad de significados y posibilidades abiertas. Su poética no elucida el significado último sino que lo somete a una potenciación sugestiva.

VIORICA PATEA

UNA HERIDA ESQUEMÁTICA

«De hecho, en el mismo instante en que oí el runrún violento de la chalupa, supe que tenía que morir», reconoció para sí el delfín, un tanto intimidado por la fuerza de la inmanencia. La posibilidad de alejarse sólo dependía de él, y ni siquiera habría necesitado hacerlo a una gran velocidad. No haberlo hecho era una prueba de que todo tenía que suceder tal como ocurrió. Y estaba incluso ligeramente encantado por ello. Si se hubiera atrevido a confesarlo todo, habría reconocido que experimentaba un sentimiento en cierto modo agradable, como si se hubiera sentido halagado por la importancia que se le concedía de repente, por el primer plano que iba a ocupar, aun cuando fuera sólo por unos instantes.

Ahora se dejaba llevar por las olas que antes solía romper sin haber tenido nunca tiempo de contemplarlas y descubría lo agradable que resultaba estar muerto y abandonarse a merced de unos elementos inesperadamente suaves. Cuando fue arrojado a la orilla —más exactamente, cuando después de depositarlo con delicadeza sobre la arena y de haberse asegurado de que lo podía abandonar tranquilo, el mar se retiró suavemente, deslizándose a lo largo de su cuerpo sólido y alargado, aureolado por un resplandor metálico—, sintió un momento de terror, como si hubiera querido volver a toda prisa, y solamente al descubrir que no era capaz de hacerlo, comprendió que tampoco tenía nada que temer. Permaneció así, inmóvil por primera vez en su vida, y por muy impropia que le pareciera la expresión, no renunció al posesivo aplicado a una realidad sobre la que ya no tenía derecho. «Inmóvil por primera vez» representaba tal revelación que el descubrimiento de la inmovilidad se incorporaba, paradójicamente, a la vida y se convertía en una sensación demasiado intensa como para poder considerarse fuera de ella. Luego, a excepción de la inmovilidad, no ocurrió nada más, y este «nada más» era uno de los estados más agradables que jamás había conocido.

—Parece más bien una copia —oyó de repente de una voz sorprendentemente cercana.

—En todo caso, un cuerpo geométrico perfectamente pensado, concebido así para poder avanzar por el agua lo más velozmente posible. La cabeza, del tipo de un submarino; el cuerpo, un fuselaje aerodinámico; la cola, un timón, y, al mismo tiempo, una hélice. Nada le falta ni le sobra; de todas las suposiciones la más difícil de admitir es que se trata de un animal, un ser —añadió otra persona en un tono perezoso, que tuvo el don de indignar bruscamente al delfín.

—Sobre todo, el ojo es totalmente artificial —añadió la primera voz, con tanta seriedad que al delfín se le pasó el enfado. Le hubiera gustado cerrar dos o tres veces el párpado a modo de demostración, pero el hecho de no poder hacerlo ya no lo entristeció, sino que lo divirtió todavía más.

—Y la piel parece de plástico —precisó alguien bien educado y pedante.

—¿Parece? —se rio otro—. Es exactamente de plástico. ¡Poliétileno, poliuretano y cloruro de polivinilo! ¡Mira, aquí se ve la fibra del tejido industrial, la marca de la fábrica!

El delfín hubiera querido ver también, claro está, el lugar en el que su piel acreditaba ser un producto industrial, pero ya no necesitaba recordar que no podía moverse; empezaba a descubrir los límites y las ventajas de su nueva situación.

—Y este supuesto ojo, cortado tan geoméricamente —continuó sabihonda, al sentirse escuchada, la misma voz burlona—, ¿quién podría pretender que es capaz de ver? La imitación de la vida es tan torpe y desprovista del soplo de autenticidad que ni el niño más ingenuo lo tomaría por un ojo verdadero. Todo está hecho deprisa para reproducir el modelo con el mínimo esfuerzo y con los materiales más baratos.

Extrañamente, la palabra «baratos» ofendió menos al delfín que la palabra «materiales».

—Se han acostumbrado a no hacer ningún esfuerzo, a no invertir nada, los tontos de los consumidores se tragan lo que sea, se contentan con cualquier cosa —se embolsó el que peroraba—. Esos pobres niños tienen que tomar por un delfín este trozo de plástico hecho en serie, y, claro está, los padres tienen que pagar.

—Nadie exige el pago —observó rigurosa la pedante voz del principio—. Sin embargo, pienso que tiene razón. Su dibujo es demasiado perfecto para ser el de un animal verdadero. La cola, sobre todo, respeta estrictamente las leyes de la náutica y de la dinámica, al igual que la silueta. La vida nunca es tan irreprochable.

«A decir verdad, debería sentirme halagado. A su manera, sin darse cuenta, me hacen elogios increíbles», pensó en tono burlón el delfín, un poco cansado ya de la situación y sin la dicha que creía haber descubierto.

—¡Irreprochable! ¡Y una mierda! —vociferó uno, indignado—. Han improvisado un buen molde para los idiotas, del que han sacado cincuenta ejemplares, que han repartido por toda la playa en posiciones naturales. Sus perfectos delfines están registrados en el inventario del litoral al igual que las mecedoras y los aparatos de gimnasia.

«Y yo que pensaba que era único», ironizó sin mucho entusiasmo el delfín. Bien mirado, empezaba a aburrirse con aquel alboroto humano en el que se veía envuelto y comenzó a preguntarse si acaso esta verborrea estúpida y absurda no era lo que se llamaba muerte.

—Pero, papá, ¡es un delfín verdadero! ¡Mira, está herido!

«La herida, como prueba de autenticidad, no está mal», pensó el delfín. Y recordó, como una sensación grata, el dolor violento que supuso para él la herida durante unos segundos, antes de la muerte. Fue como una revelación brutal de un universo intensamente resplandeciente sobre el que no sabía nada y que había cesado

de existir antes de haberse dejado descubrir. Luego, la inmovilidad blanca a la que dio paso fue demasiado absorbente y fascinante para dar cabida a lamentos y nostalgias. Sólo ahora, al escuchar las voces de aquellos que tenían la inmensa ventaja de poder observarlo (frente a esta ávida contemplación, ser devorado por los peces le parecía, de pronto, un inesperado privilegio), el delfín recordó con pesar la brevedad de aquel intenso dolor, conmovedor y vivo, como una oportunidad que había dejado pasar estúpidamente, sin aprovecharla.

—Creo que le ha golpeado alguien, papá —se oyó la voz del niño, preocupado, como si temiera herir o agravar el dolor—. O, tal vez, se ha golpeado solo —añadió, todavía más triste, como una conclusión para sí mismo.

—Una herida de lo más esquemática, hecha con pinturas ordinarias, pero chillonas, para que se vean —respondió contrariada, con una especie de histeria, la voz cada vez más irritada del que sostenía el origen industrial del delfín y que, de este modo, demostró ser la que correspondía al padre del niño. Y añadió, entre dientes—: Han llegado a imitar incluso las heridas.

—Pero, papá, es una herida auténtica. Mira, incluso ha sangrado; ¡es un delfín auténtico! —gritó el niño a punto de echarse a llorar, desesperado por la falta de credibilidad de lo evidente. Y en ese mismo instante estalló en una increíble explosión de alegría, gritando hasta más no poder—: ¡Se mueve; mira, papá, es cierto, está vivo, se mueve, se mueve!

El delfín esperó un momento la contrarréplica del padre, y sólo después de convencerse de que ya no llegaría, reconoció también el cese de la inmovilidad. Había sido devuelto al mar. Se alejaba lentamente, arrastrado por los movimientos de vaivén de la ola, que cada vez se replegaba más de lo que había avanzado. Pero sabía que nada había cambiado. No era él el que se movía. Las voces que todavía percibía claramente parecían un simple contrapunto ofensivo.

—¡Ya os lo dije, ya os lo dije yo! ¡No me habéis creído! —triunfaba el niño—. ¡Mira cómo bate la ola con las aletas, mira, mira!

De hecho, era la ola la que latía bajo las aletas, forzadas a estremecerse rítmicamente. El delfín se dejaba llevar por la superficie encrespada del mar, sometiéndose a un ritmo tan igual a sí mismo que no parecía más que otra hipóstasis de la inmovilidad. «Se está bien así igualmente», pensaba, feliz, esperando la putrefacción. Pero oyó la voz baja, todavía furiosa, del padre indignado.

—Nos hemos pervertido del todo. Ya no somos capaces de distinguir un ser vivo de una pobre copia de plástico. Nos han enseñado de tal manera a desconfiar los unos de los otros que hemos llegado a cuestionar incluso la propia naturaleza. ¡Ni siquiera somos capaces de reconocer la vida, hasta tal punto nos hemos acostumbrado a falsificaciones y sucedáneos!

«Igual de apasionado y siempre equivocado», pensó el delfín con una especie de

desprecio dolorido que olvidó inmediatamente. Como si la muerte no hubiera sido más que un pretexto para renunciar a ciertos sentidos y traspasar a otros su agudeza, sintió la caricia del agua sobre su cuerpo, la presión casi sensual de la ola, que no había tenido nunca tiempo de observar, y, sobre todo, la infinita profundidad del balanceo, que se reproducía hasta el fondo y revertía incluso más fuerte a la superficie.

La perfección casi insoportable del universo que él había atravesado con la arrogancia inconsciente de la vida, al saber que formaba parte de ella, se le revelaba ahora infinitamente suave y cruda, cuando ya no le pertenecía. O, tal vez, ni siquiera se trataba de eso, sino sólo del descubrimiento gradual y paulatino de la dicha de no ser...

—¡Yo tenía razón, está vivo; mira cómo se desliza entre las olas, está vivo! — todavía le llegó el eco irónico, el grito apagado del niño.

—Sí, tengo que reconocer que estaba equivocado —escuchó, apenas dicho por una voz pedante, increíblemente lejana, que, por la manera en que pronunciaba las palabras, redondeándolas, parecía absolutamente encantada de haberse equivocado—. La perfección...

Pero, feliz, el delfín ya no oía. Se había alejado demasiado de la costa o, simplemente, había muerto del todo.

AVES VOLADORAS PARA EL CONSUMO

Cuando, decidida a tomar personalmente medidas para abastecerse, la señora L. resolvió tener una gallina clueca en el balcón, no se imaginaba ni lo duro que iba a resultar poner en práctica su idea ni las consecuencias insospechadas y fantásticas adonde la conduciría la realización de este propósito. El primer problema, que se mantuvo durante largo tiempo en una mera fase teórica, consistió en encontrar una gallina clueca, ya que nadie sabía decirle dónde hallarla. En una segunda fase, cuando se puso a patear y preguntar por los pueblos de los alrededores de Bucarest, su idea fue recibida con asombro irónico por los campesinos, que rechazaban tanto la sospecha de que ellos pudieran tener alguna gallina como, incluso, el recuerdo de la época en la que todavía las tenían. Finalmente, el problema se resolvió de manera extravagante, con el alquiler de una gallina clueca a una viejecita que tenía cuatro y que no consentía en separarse de ninguna de ellas, pero que finalmente, después de muchas objeciones y sólo a instancias de la directora de la escuela, antigua compañera de Facultad de la señora L., accedió a prescindir temporalmente de una, ya que el alquiler representaba tres o cuatro veces su valor. Pero huevos, huevos fecundados, por supuesto, huevos «con moneda», como se suele decir, que encierran la posible existencia de unos polluelos, de esos no encontró ni rastro. Circunspectos ante una insistencia tan insólita, los campesinos le contestaban que ellos también compraban los huevos en la ciudad, porque en la cooperativa del pueblo, tanto el azúcar como la gasolina, el aceite y la sal se vendían sólo a cambio de huevos. Finalmente renunció. Había empezado a acostumbrarse e incluso a divertirse haciendo colas. Así que estaba a punto de devolver la gallina clueca alquilada, que todavía forcejeaba como una loca en el balcón, cuando recibió la extraña visita del viejo, aquella visita que más tarde intentó recordar muchas veces, esforzándose en descubrir, a través de sus recuerdos, los significados que pudieran esclarecer de alguna manera el posterior desarrollo de los hechos.

Al viejo ya lo conocía, pues le proporcionaba nata y queso fresco. Llamaba siempre al amanecer, como ahora, después de largas ausencias, y como si estuviera seguro de ser esperado con impaciencia, anunciaba que había llegado la mercancía. No quería decir nunca de dónde era o cuándo iba a volver, pero lo hacía todo sin ningún aire misterioso; más bien, parecía estar muy preocupado por cosas importantes que no le permitían pararse a responder. De hecho, aunque era muy viejo y se movía lentamente, sin prisa, daba, sin embargo, la impresión de no poder quedarse mucho porque lo esperaban también en otras partes. Más extraño aún era que no parecía un campesino, sino más bien un habitante de la ciudad, incluso un intelectual, y la señora L. llegaría a decir más tarde, cuando el viejo se convirtió en un personaje presente obsesivamente en sus cavilaciones, que no le habría extrañado

oírlo hablar acerca de Horacio o Juvenal. Incluso se le metió en la cabeza que tenía el aspecto de un viejo profesor de latín. Aquella mañana, cuando hacía meses que no lo veía, el viejo llamó a la puerta a las seis y diez —llamó prolongada e insistentemente, sin timidez, de un modo imperioso que casi transmitía el presentimiento de una desgracia inminente, si es que no se había producido ya—, y cuando, arrebatada de un sueño conciliado tardíamente y con ayuda de somníferos, la señora L. abrió exasperada la puerta, él le anunció sereno que tenía doce huevos listos para ponérselos a una gallina clueca. ¿Le interesaban? Pasmada, sin poder dar crédito a sus oídos, pero sin pararse a pensar ni por un instante de qué manera sabía el viejo que ella buscaba huevos para empollar, ni cómo podía pensar él en vender tal cosa en un lugar en el que sólo por un absurdo podía encontrar a alguien dispuesto a comprarlos, la señora L. compró los doce huevos. Se extrañó un poco por su tamaño, pero se quedó mucho más satisfecha cuando el viejo, con aquel porte que no admitía réplica, le habló sobre las características especiales de la raza de aves a la que pertenecían. «Aves voladoras para el consumo, eso es lo que le interesa, si he entendido bien», añadió él antes de irse (nunca quería entrar más allá del umbral de la puerta de la cocina), y aunque aún no tenía ningún motivo para preocuparse, la señora L. retuvo el sonido extraño de estas últimas palabras, que encerraban un significado asombroso.

Mucho más tarde se dio cuenta de que no recordaba haberle dicho jamás que le interesaran aves voladoras para el consumo, y, por lo demás, cuanto más pronunciaba esa frase —¡y, cielos, con qué referencias!— más espantosa le parecía esta expresión y más imposible le resultaba que hubiera salido de su boca. Pero, claro está, todas estas complicaciones aparecieron mucho después. Por el momento la señora L., nada más cerrar la puerta tras la salida del viejo, se apresuró —con esa ansiedad febril que el destino siempre confiere a nuestras acciones irreversibles— a amontonar bajo la gallina clueca los doce maravillosos huevos, casi luminosos, que, al trasluz, dejaban ver cómo se movía en su interior transparente, semejante a un mercurio inquieto, una médula intensamente plateada y a punto de desbordarse al exterior. La gallina clueca los miró un momento indecisa, después abrió un poco las alas para poder cobijarlos a todos bajo la protección de su maternidad furiosa y alquilada por días. Durante las semanas que siguieron, la señora L. hizo las habituales colas para comprar alimentos con un sentimiento inusitado: se sentía como un soldado que soporta todo con paciencia porque siente en su macuto el futuro bastón de general. Así, la señora L. hacía cola con un libro en la mano, y permanecía horas enteras de pie, leyendo y avanzando un paso de vez en cuando (con el tiempo llegó a adquirir la habilidad de saber cuándo tenía que avanzar sin necesidad de levantar los ojos de la página), y en este tiempo, mientras leía completamente absorta, pasando páginas del libro como una cortina protectora contra el mundo que la rodeaba, una pequeña parte de su

cerebro producía aquel sentimiento profundamente tranquilizador, casi beatífico, que le proporcionaba la idea de que, justo en el momento de aquella humillante lectura itinerante, en el balcón crecían despacio, imperceptibles, pero crecían, las posibilidades de su futura independencia. Porque, una vez conseguidos, la gallina y los extraños huevos llegaron a ser para la señora L. los símbolos omnipotentes de su rebeldía frente a la sociedad. No, aún no habían llegado a ser los «extraños huevos». Tengo que reconocer sinceramente que no hubo ningún presentimiento en este sentido, que todo lo que se hubiera podido haber dicho, y que de hecho se dijo, acerca de aquellos huevos y de su rareza, por lo demás absolutamente evidente, se dijo mucho más tarde, cuando ya no existían, puesto que se habían transformado al fin en algo totalmente distinto. En aquel entonces, aquella insignificante parte del cerebro de la señora L. que no se dejaba absorber por la lectura, pensaba tan sólo en el balcón cubierto, en el nido improvisado en una caja de televisor que en vez de paja contenía tiras de papel de periódico, cortadas con tijeras, y en los gallineros superpuestos de placas de aglomerado y redes de alambre (un encargo especial hecho a la medida del balcón) que esperaban a sus inquilinos, decorados, barnizados con una laca incolora y cerrados con minúsculos candados chinos rojos y verdes.

Más tarde, para adelantar de nuevo acontecimientos, por muy molesta que le resulte al lector esta incontinencia, la señora L. no cesaba de felicitarse por la elegancia de las jaulas, que se apresuró a forrar de seda, y cuyo piso cubrió provisionalmente con toallas afelpadas, dobladas en cuatro, a modo de alfombras. Pero entonces, en el momento al que había llegado nuestro relato, mientras la señora L. todavía hacía cola para comprar carne y huevos con la sensación alentadora que debe experimentar un soldado al acariciar en su macuto el futuro bastón de general, estaba segura de que había exagerado al barnizar y colocar candados chinos multicolores en los gallineros del balcón, que esperaban a sus inquilinos indiferentes ante su propia elegancia. La inseguridad empezó a instalarse, únicamente, cuando la espera amenazó con sobrepasar los límites del calendario biológico. Primero se inquietó la gallina, que, unos días antes del cumplimiento de las ansiadas tres semanas, empezó a dar señales de terror y desconcierto: con cuidado, aunque con un incontrolado nerviosismo, daba vueltas sobre el nido caliente, levantaba un poco el ala para contemplarlo con una especie de asombro histérico y se esforzaba por comprender lo que tenía ante sus ojos. No veía más que los huevos brillantes, quizás más grandes que al principio, pero sin ningún signo animal en su resplandor de cuarzo, que hacía que uno se aclarara la vista y se preguntara aterrado acerca de su naturaleza.

Al principio, a la señora L. sólo le inquietaba el nerviosismo de la gallina clueca, pero, una vez transcurridos los veintiún días, el desasosiego se apoderó también de ella. Aunque, a decir verdad, no demasiado. Pensándolo bien, a fin de cuentas, el

viejo no le había dicho que los huevos fueran de gallina. «Aves voladoras para el consumo», había dicho, con aquella expresión insólita y un poco repugnante, que incluso entonces le había extrañado. Con el corazón encogido, se documentó sobre la incubación de las distintas especies de aves domésticas y se enteró de que para las ocas, gansos y pavos duraba un mes. Ganó de este modo otra semana de tranquilidad, una ganancia que, tengo que añadir, no lo era tanto, porque en el fondo de su alma la señora L. ya no creía que al término de este segundo plazo las cosas fueran a aclararse. La extraña histeria de la gallina clueca (evidentemente, ella sentía que algo pasaba, aunque no supiera exactamente qué) no hacía más que subrayar esta especie de *mauvaise conscience* de la señora L., que, no obstante, se había propuesto no emprender nada hasta el cumplimiento como mínimo de treinta días. Pero, por supuesto, ni siquiera entonces ocurrió nada y, apenas llegada a este punto crucial, la señora L. entendió que no tenía más remedio que devolver la gallina a la vieja, tirar los huevos a la basura y regresar sin esperanza a las cada vez más largas colas de carne y huevos. A nada la condujo una nueva incursión por los pueblos de las afueras de la capital en busca de consejo. Los campesinos, los que aún quedaban, o bien no se fiaban de aquella profesora con sospechosas preocupaciones avícolas, o bien ni ellos mismos sabían ya nada acerca de las faenas del campo, y así, contradiciéndose, sosteniendo unas veces una cosa y otras veces otra, o cambiando sin más de tema y negándose a hablar, no pudieron darle ningún consejo, ni tan siquiera una aclaración, sobre el irresoluble misterio de los huevos. Y, por supuesto, el viejo no volvió a aparecer. No esperaba otra cosa, ya que nunca solía venir más que una vez cada cinco o seis semanas.

La señora L. sufría, pero no por la pérdida material, sino por la derrota espiritual. Lo que la humillaba no era, tal como había supuesto, la prueba de su torpeza para las faenas domésticas, sino la demostración, percibida como una ofensa personal, de su incapacidad para salir de la paralizante determinación social, de su impotencia para librarse de la telaraña de las necesidades, que la exponían a la mofa de los demás, y de su incapacidad para alcanzar una independencia no pretenciosa aunque sí orgullosa. Pero la evidencia era más fuerte que ella y, por fantasiosa que hubiera sido la obstinación de la vieja profesora de filosofía, ella nunca podría tener el poco gusto de ir más allá de la realidad en busca de una solución. La señora L. decidió rápidamente cortar de raíz su desastrada experiencia doméstica, restituir el balcón a sus habituales menesteres y limitar su tiempo de estudio a los intervalos que le quedaran después de las interminables esperas para conseguir comida. Tanta sabiduría era, claro está, demasiado para la libertad intelectual de la célebre profesora y, precisamente, la gravedad de esta aceptación y el precio pagado por la decisión de rendirse hicieron que los acontecimientos que siguieron la cogieran no sólo desprevenida (hubiera sido absurdo pretender lo contrario), sino también debilitada

espiritualmente, enferma y sin defensas.

De hecho las cosas sucedieron así:

Aquel día se despertó a las seis de la mañana bastante malhumorada a causa de un ruido en el apartamento de al lado, un ruido que al principio había adquirido no se sabe qué papel en su sueño; un papel maléfico, claro está, que, más tarde, con el poder propio de los humores del sueño, había logrado ensombrecer no sólo el despertar sino también los largos momentos posteriores. El alboroto había acabado por vencer y desbordar el espacio onírico, rompiendo el sueño y derramándose ensordecedor e incoherente en la realidad. Arrancados del sueño para que sus apresurados padres pudieran dejarlos cuanto antes en la guardería y así poder llegar al trabajo antes de las siete, los niños de al lado lloraban desesperadamente; su madre, si cabe aún más desesperada, y cansada ya desde antes de que empezara el día, gritaba para calmarlos, pero sólo lograba hacerlos chillar, todavía más enloquecidos. La señora L. se había acostado muy tarde. Había trabajado hasta casi las dos de la madrugada en un estudio que tenía que entregar, como mucho, al cabo de un mes (si no quería perder su turno en la planificación editorial, que se hacía con tres años de antelación) y, demasiado agotada, no había logrado conciliar el sueño durante largo rato, así que el incidente mañanero la arrojó del sueño sin conseguir, a cambio, introducirla en la vida. Yacía sin fuerzas en la cama, incapaz de hacer cualquier movimiento, y notaba cómo crecía en ella una furia maligna contra todo el mundo, por muy oprimido, lamentable, miserable, atormentado y explotado que estuviese. Intentó levantarse, pero una arteria comenzó a latir amenazadora en su cuello y tuvo que acostarse otra vez. El ruido cesó: se habían ido. Todavía se oía, esta vez arriba, la estrepitosa descarga de una cisterna de váter. Más tarde, volvió el silencio. Pero ya no podía dormir. Y todavía le quedaban tres horas para ir a la Facultad. ¡No tenía clase hasta las nueve y media! De repente, experimentó la necesidad de hacer algo y se dispuso a aprovechar aquel tiempo inesperado que ahora, una vez sobrepasada la barrera de la debilidad, se alegraba de haber podido arrancar al sueño. Mientras hacía café, decidió valerse de ese respiro para acabar con las ilusiones del balcón. No tenía que desmontar las jaulas, podían servir perfectamente como armarios para productos no perecederos, para botellas vacías e incluso para conservas. Devolvería la gallina clueca aquella misma mañana; en cuanto a los huevos, aquellos extraños huevos, los rompería con una curiosidad científica no exenta de malicia, para ver lo que podían ocultar tan tercamente. Fue hasta el balcón. Eran las siete menos siete minutos. Pasó por delante del reloj de péndulo; de otra manera no lo hubiera sabido.

Nada más abrir la puerta del balcón, aun antes de verlo con sus propios ojos, se dio cuenta, por el aspecto tan enloquecido de la gallina, de que algo había sucedido. Es decir, algo extraordinariamente insólito. Si al final no hubiera habido consecuencias graves, la señora L. habría encontrado graciosa la actitud de la gallina,

que temblaba sin atreverse a hacer ningún movimiento, a punto de estallar bajo una tensión creciente, en la que se mezclaba el orgullo enloquecido con un terror mudo, un asombro inimaginable y una desesperación que pedía soluciones y clamaba socorro. «¿Quién hubiera dicho que las gallinas podían ser tan expresivas?», pensó ella con humor, y con una súbita alegría, por el hecho evidente de que algo había ocurrido, aunque nunca después volvería a recobrar el humor y la alegría de aquel momento. Porque, enseguida, lo *vio*.

En la frontera entre el nido y las plumas erizadas de la gallina, colgaba hacia fuera un brazo sonrosado, no más grueso que, digamos, el tallo de una azucena y acabado en un puño graciosamente cerrado y dormido. No estoy exagerando: gracias a aquel puño apretado de manera olvidadiza, la señora L. notó que dormía el minúsculo ser al que pertenecía. Y después del asombro y el terror del primer instante, esta revelación hizo posible un respiro. Muy cerca, al otro lado del nido, se estiraba un piececito un poco más largo, pero igual de tierno e inesperado, un poco húmedo e inexplicable. De hecho, no podía pertenecer al mismo ser, porque los separaba una gran distancia. La señora L. permaneció tranquila, sacando las más lógicas conclusiones. Siempre estuvo convencida de que lo absurdo tenía también su propia lógica. Pero esto no la ayudaba a tomar una decisión o a emprender alguna acción. El hecho de que bajo su gallina clueca —alquilada, puesta a empollar sobre unos huevos conseguidos con tanta dificultad y a precio de estraperlo y colocada de manera absolutamente ilegal en el balcón del bloque z8 de la avenida del Progreso, en el barrio Antim— aparecieran otros seres, en vez de pollitos, era una aberración inaceptable. Al mismo tiempo —bien lo sabía ella, y la confusión del momento no le impedía recordarlo— la realidad no suele reparar en si la aceptamos o la rechazamos. Había tenido la ocasión de convencerse. Sin embargo, tenía que tomar una decisión, tenía que hacer algo, aunque sólo se tratara de una pesadilla de la que, si así fuera, tendría la posibilidad de despertar. Al no ocurrírsele otra idea, dio un paso adelante. Todavía más desconcertada que ella, la gallina clueca inclinó la cabeza para poder verla mejor con un solo ojo, y luego, cuando le pareció que había entendido, se asustó todavía más. Y tan sólo el terror de la gallina fue lo que le sugirió a la mujer el siguiente movimiento. Se inclinó decidida, agarró a la gallina con las dos manos, la sacó del nido y la tiró al gallinero, cerrando rápidamente la puerta. Sólo después se atrevió a mirar. Pero lo que vio no añadió ningún elemento nuevo a su primera revelación: el mismo brazo con el puño apretado, el mismo pie gordito y rosáceo sobresaliendo en direcciones opuestas de una misma bola sorprendentemente grande, formada por innumerables pies y manos, pero casi sin consistencia, recubierta a trozos, o incluso formada, por una pelusa dorada y resplandeciente.

Por otro lado, el resplandor amarillo se intensificaba con el fulgor de cuarzo de los cascarones que destellaban alrededor. Olvidando durante una fracción de segundo

las extrañas excrecencias de carne rosada y los cacareos de mal agüero de la gallina encerrada —o, por el contrario, sugestionada incluso por esta histeria, que consideró, automáticamente, materna—, la señora L. quiso extender la mano para coger uno de los suaves pollos, recién salidos de sus extraordinarios huevos. Pero, al igual que un solo ser, la bola de pelusa cambió su forma como si fuera a enrollarse en sí misma, sacando a la luz otras muchas y delicadas excrecencias y esquivando el impulso de los dedos acariciadores de la mujer, que se alejó más ofendida que asustada, y todavía confundida por la alegría irresponsable de haber logrado producir, a pesar de todo, algo.

El primer movimiento no fue, sin embargo, más que el prelude, la señal del despertar. Aumentando su volumen y deformándose, la suave esfera empezó a romperse en mil formas diversas y complejas: protuberancias, cada vez más tangibles y consistentes, más húmedas y de difícil interpretación, que empezaron a moverse por sí mismas, estrechándose, saliendo del sueño y del no ser, misteriosas, inconscientes e imposibles de definir. Aunque las pequeñas alas, recubiertas por una especie de pelusa rara y luminosa intentaban revolotear torpemente en el embrollo de líneas desdibujadas, cada vez resultaba menos probable que pertenecieran a unos simples pollitos. Igual de inhabitual era el resto de formas que con las alas, al unísono, se movían acompasadas, aunque algo más atolondradas y desorientadas. La señora L. las miraba asombrada, un tanto fascinada por su propia capacidad de entender. Lo más asombroso de este acontecimiento en el que todo era extraño, era que en aquellos seres desconocidos que evidentemente acababan de abandonar el estado de embrión, se mezclaban dos cualidades generalmente no conjugables: lo resplandeciente y lo indecente.

Aquella pelusa dorada, casi deslumbrante, y aquellos fragmentos de huevos diamantinos no conseguían alejar del todo la sensación de vergüenza física que la carne exageradamente sonrosada, húmeda y amorfa, de formas aún imprecisas y difusas, producía en el espectador. La señora L. no experimentaba ningún impulso de coger alguno de aquellos pollitos indefinidos que seguían agitándose enmarañados unos con otros, en silencio. ¿Cuántos podrían ser? ¿Veinte, treinta? Recordó que había puesto doce huevos. Si algo estaba claro en esta historia tan poco clara, era el hecho de que las criaturas del balcón habían salido de los huevos puestos bajo la gallina clueca. No podían ser, pues, más de doce. Esta deducción cierta del supuesto número vino a darle ánimos. Había descubierto el primer elemento lógico. Se sonrió: la cobardía con la que intentaba protegerse no sólo era deplorable, sino también ineficaz. Una de dos: o se armaba de valor y admitía lo que veía, es decir, reconocía sin vacilación que *había entendido*, o bien no tenía ningún derecho al terror que, como la sangre, le iba subiendo confusamente por las arterias. De hecho, cuando el nido se deshizo, no le quedó ninguna elección. Por un instante, aún pudo decirse a sí

misma que los cacareos absolutamente demenciales de la gallina encerrada acabarían por atraer a todos los vecinos; incluso tuvo el impulso de abrir la jaula y soltarla, pero lo olvidó al momento y se quedó así, con la mano apoyada en el cerrojo de la puerta y los ojos perdidos en la maraña que había sobre el cemento. Aquellos seres lograron desenredarse unos de otros y se esparcieron, lanzándose sin más al aire. Estuvieron volando durante cierto tiempo. Resultaba extraño que aquellas alas cortas, de forma incierta más allá de la pelusa que las recubría como una niebla densa y dorada, consiguieran sostenerlos en el aire. Luego se posaron en el cemento y se echaron a correr. Ahora podía verlos. Estaban desnudos, no eran más grandes que la palma de la mano, con las alas y la cabeza protegidas por aquellas plumas incipientes, que, en vez de aureolarlos, despertaban compasión e incluso una vaga repugnancia.

Sobre todo, no daban la impresión de ser unos seres sobrenaturales. Si no los hubiera visto en las fotos y si no se parecieran tanto a unos bebés delgaduchos con alas, los habría considerado como una especie de extraterrestres, y a lo mejor se habría divertido viendo lo que sucedía. Pero ahora algo asombroso ocurría: uno de ellos, más atrevido o inconsciente, intentaba con todas sus fuerzas subirse al empeine de su zapato. No lo lograba, resbalaba y sus huellas quedaban húmedas y pegajosas sobre el zapato negro. La señora L. no se atrevía a moverse, temerosa de pisarlo, y lo miraba fijamente, intentando transmitirle, desesperada, su deseo de que no lo consiguiera y desistiera de su propósito. Se estremeció al pensar que podría alcanzar el empeine y tocarle la piel. Sin despegar las suelas del cemento para no aplastar a ninguno, empezó a retirarse despacio, arrastrando imperceptiblemente sus pies hacia la puerta. Sin punto de apoyo, el trepador rodó hacia atrás y se quedó una milésima de segundo inmóvil y, más tarde, se enderezó, pero en vez de volver a una posición vertical, empezó a revolotear diligentemente y a cruzar el aire, como si la propia caída le hubiera recordado las posibilidades de las que disponía. Durante un instante, la señora L. temió que volviera hacia ella, e incluso hizo el amago de protegerse con la mano, como de una avispa, pero él se paró después de algunos aleteos y se posó en el borde del nido. No parecía haberla visto aún. Y tampoco los demás.

Algunos empezaron a revolcarse en su juego, agarrados como gatitos; otros trepaban sobre las puertas de alambre de las jaulas hacia el compartimento de la gallina, que había enloquecido del todo; otros más, como aquel inclinado sobre el borde del nido, se aseaban rascándose la pelusa con los dedos entreabiertos como un peine; dos se pegaban, tirándose de las alas y poniéndose zancadillas. La señora L. consiguió llegar a la puerta del balcón sin llamar su atención, buscó a tientas la manilla de la puerta, la apretó, abrió, dio un gran paso hacia atrás y, con el mismo cuidado, sin hacer ruido, la cerró presurosa. Permaneció un último momento, como un autómatas, con los ojos clavados en lo que ocurría en el balcón, y sólo después, se movió y se sentó en una silla.

Tenía que poner un poco de orden en su cabeza, intentar recapitular todo, no sólo para entender, sino también para encontrar una solución. Así pues, hizo el siguiente repaso: con el ímpetu que siempre la había caracterizado se había decidido a poner fin a la pérdida de tiempo en las colas y había conseguido —¡y con cuánta dificultad!— una gallina clueca; y al no poder hacerse también con los huevos necesarios, ya casi iba a renunciar cuando un viejo —la verdad, bastante extravagante— que la había abastecido de queso y nata durante años le trajo *sin que se lo hubiera pedido* — y esto no lo podía olvidar— doce huevos extraordinariamente grandes, diciéndole que eran —aquí la señora L. se quedó helada recordando el momento— «aves voladoras para el consumo». Y ella, una mujer casi vieja, autora de ensayos eruditos, doctora y profesora universitaria, ella no había sospechado nada, nada le había parecido llamativo. Había cogido los huevos de buen grado y, a la espera de los pollos que comería y de las gallinas que le pondrían huevos a diario, había amueblado el balcón con jaulas surrealistas y se había comprado manuales sobre la cría de aves de corral. A decir verdad, toda aquella actividad preliminar había empezado a cansarla; y cuando, agotadas las distintas fases del empollado, se había visto obligada a reconocer en su fuero interno, con sinceridad, que se había equivocado, había notado que oportunamente se insinuaba una sensación de alivio, ya que, al fin y al cabo, iba a librarse de aquel destino intimidatorio e involuntario de ama de casa. Pero, he aquí que no le fue dado este fracaso, a decir verdad, agradable. (¡Sólo ahora entendía lo agradable que hubiera sido!).

Esta experiencia llegó a alterar su vida de manera tan extraordinaria que amenazaba con desquiciarla por completo si no encontraba una solución rápida y radical. En realidad, al decirse esto, la señora L. no estaba aún plenamente convencida de la gravedad de la situación; tenía la impresión de estar dramatizando un poco a fin de hallar rápidamente una salida. Por muy aterrada que estuviera, ¡y lo estaba!, algo aún más oculto y protector suavizaba las verdades e insinuaba que la sospecha no podía ser cierta. Esto no le impidió razonar —no hay razonamientos más perfectos que aquellos desarrollados durante el sueño— e intentar relacionar los hechos entre sí. Así pues, de aquellos huevos del viejo, tan impresionantes y sospechosos, no habían salido pollos de gallina, ni de oca, ni de ganso, ni de cisne, ni de codorniz, ni de avutarda, ni de avestruz. No, de los huevos relucientes del vendedor de nata había salido otra especie de aves voladoras. «Para el consumo», iba a añadir, pero se paró a tiempo, como si fuera a tropezar en un umbral. Aquella fórmula del viejo, aberrante y horrible de manera imprecisa, era el punto más espantoso de toda la historia, por ser el más anclado en la realidad.

No sabía de qué se alimentaban y, por supuesto, tampoco podía imaginarse para qué servían, o si servían para algo. Desconocía cómo debía cuidar a aquellos seres extraños, cuál era su ritmo de crecimiento, qué necesitaban y qué les podía perjudicar.

Se levantó y miró al balcón. Seguían con una imparable agitación, como los niños y los cachorros, que nunca se cansan y son capaces de inventar en cualquier momento algo con lo que jugar. Dos de ellos se agarraban del alambre de la puerta tras la cual había tirado a la gallina clueca e intentaban alcanzarla, estirando cuanto podían los brazos a través del enrejado de metal. La pobre se había refugiado en el rincón más alejado, chillando como una descosida, a todas luces aterrada, pero de una manera cómica, que no lograba suscitar la compasión, sino más bien la burla del espectador. «Aunque debería ser solidaria con ella», sonrió involuntariamente la señora L. Y luego, tras borrar la sonrisa de sus labios, miró a los nuevos inquilinos del balcón. Los conocía muy bien por los álbumes de arte, toda la pintura italiana de los siglos XVI y XVII estaba llena de sus rechonchos traseros y sus piecitos llenos de hoyuelos. Los conocía tan bien que siempre olvidaba que su conocimiento no procedía de la realidad. ¿Había desaparecido la repugnancia inicial porque habían cambiado o porque se había acostumbrado a ellos? De todos modos, ahora le parecían más grandes y menos delicados. Aunque esto no les impedía conservar algo de su deplorable aspecto, demasiado desnudo y demasiado expuesto, no solamente a las miradas, sino también a la animadversión. Le producían una sensación de pobreza: eran unos seres que despertaban en ella antes la compasión y la simpatía que el disgusto.

De pronto, algo la sobresaltó y rompió su ensimismada contemplación: los gritos de la gallina clueca, a la que una de las manos había logrado alcanzar y arrancar una pluma, llegaron a ser tan desesperados que la señora L. se dio cuenta de que debían de haber despertado al edificio entero. En este mismo instante sonó el teléfono y el vecino del balcón de la derecha (un médico jubilado muy atento y, normalmente, cortés hasta el fastidio) le preguntó con bastante educación, pero sin llegar a ocultar del todo su enfado, qué pasaba con los chillidos del balcón, y si necesitaba su ayuda. La señora L. se disculpó, molesta a su vez por la ironía de la oferta con la que había concluido el médico, y explicó de forma bastante confusa que se trataba de una gallina que había comprado para matar y que no quería estar atada en el balcón hasta la hora de su muerte. Esta vez, el médico se ofreció, sin ironía, a sacrificarla —le recordó con humor que, además, era cirujano—, pero, dado que ella rechazó el ofrecimiento, pasó precipitadamente a otro asunto y le preguntó con envidia dónde había comprado la gallina. Tuvo que contar una larga historia acerca de uno de sus estudiantes del campo, que se la había traído (antes de acabar la frase se dio cuenta de que había metido la pata), pero todo era tan confuso e incoherente que, molesto y poco convencido, el vecino concluyó la conversación, pidiéndole, una vez más, con una frialdad que no había manifestado hasta entonces, que pusiera fin, si era posible, al escándalo del balcón.

Al colgar el auricular, la señora L. se percató de que le temblaban tanto las manos

que casi no acertaba con la horquilla del teléfono. Y, aunque sabía que no tenía ni un momento que perder, se sentó un instante en el borde del sofá porque también le temblaban las rodillas. Sólo ahora, retrospectivamente, percibió otra extraña característica de estos nuevos seres: no hacían ningún ruido y tampoco emitían sonido alguno. Percibió este descubrimiento más bien como la revelación de una falta, de una carencia: después de hablar por teléfono se dio cuenta de que sólo se trataba del cacarear de la gallina clueca y de que nadie había denunciado ningún otro ruido. Se levantó presurosa y se fue a comprobar su impresión. El balcón temblaba con los chillidos de la gallina, mientras que sus inocentes verdugos jugaban con las plumas que le habían arrancado y se divertían volando lo más cerca posible delante de su puerta, obligándola a replegarse hacia el fondo de la jaula. Pero en sus caras minúsculas no se veía signo alguno de maldad o crueldad, todo lo contrario, había tanta tranquilidad en sus sonrisas rosadas (¿tal vez habían crecido o sólo se lo parecía?) que la señora L. comenzó a recelar de sí, además de mudos, no serían también sordos: su tranquilidad y distanciamiento sugerían la idea de un abismo entre ellos y el mundo que los rodeaba, la sospecha de una deficiencia. De todos modos, en aquel momento no se trataba de esto. El problema, que ya no admitía demora alguna, tenía, por otra parte, solución: el de la gallina clueca. Valiente, con las manos extendidas hacia adelante, picoteadas, de vez en cuando, por los voladores que finalmente habían reparado en ella, la señora L. logró abrir la jaula en la que padecía la pobre madre infeliz, la agarró por las alas con todas sus fuerzas y la metió dentro de la habitación. Después, la sujetó con desesperación con una sola mano, mientras con la otra cerraba la ventana, empujando ligeramente a uno de aquellos seres, que quería entrar (¿era el mismo que se le había subido al zapato?). Acto seguido, sin permitirse un respiro, temerosa de que, si se detenía, perdería la energía y el valor, buscó una cuerda, siempre cargando con el peso del ave que forcejeaba en sus manos; le ató fuertemente las patas y las alas, a continuación la envolvió en una toalla de baño y, dejando la cremallera abierta unos centímetros para que pudiera respirar, la metió en un bolso elegante, traído de Italia muchos años atrás. Puso el bolso en el suelo y notó que se tambaleaba ligeramente, apenas un poco, de manera casi imperceptible. Por lo demás, una vez sacada del balcón y atada, la gallina se tranquilizó, como si al ser prisionera se sintiera más protegida ante la que había sido hasta entonces la causa de su espanto.

Intentando no pensar en nada, la señora L. se apresuró a vestirse y a peinarse, y, una vez preparada, se miró por última vez en el espejo con detenimiento, como para comprobar si los extraños sucesos de la mañana se reflejaban en su cara. Tranquilizada en este sentido, sin mirar más hacia el balcón, cuyos inquilinos estaban ahora alineados en la repisa de la ventana, con las narices aplastadas contra el cristal y la boca abierta, mirando hacia el interior del apartamento (¿le parecía o, tal vez,

habían crecido de veras?), la señora L. cogió el bolso con la mayor naturalidad de que era capaz, cerró bien la puerta detrás de ella y comprobó dos veces la cerradura. En la calle, se impuso a sí misma no hacer caso de la gente que la miraba (por las novelas policíacas que leía con gran fruición durante las vacaciones, en las que adivinaba desde las primeras diez páginas toda la intriga, y con las que gozaba por la perfecta coincidencia de sus premoniciones con la acción del libro, sabía que esta era la actitud normal de todos los que tenían algo que esconder). Pero ella, ahora, no sólo tenía que esconder una gallina clueca, envuelta en la toalla de baño dentro del bolso más elegante de la casa, sino mucho más.

Tras entregarle la gallina a la vieja —en respuesta a su mirada poco benévola y complaciente le explicó que la devolvía tan pronto porque no había salido nada de los huevos—, y después de darle otros veinticinco *lei*^[1], ya que la vieja parecía decir que ella salía perdiendo siempre, incluso con esta devolución anticipada, la señora L. se sintió súbitamente liberada de, por lo menos, parte de la complicada aventura en la que se había visto metida. Rarezas de la naturaleza humana: se sintió tan liberada que, incluso después de dar dos horas de clase como en un sueño, el resto del día lo perdió deambulando por las tiendas, comprando aquel raso blanco con el que más tarde iba a forrar las jaulas, así como las numerosas toallas afelpadas para camas y alfombras de las cajas de madera tosca. Más allá del estado de irresponsable felicidad que se había apoderado de ella por entre la multitud que se aglomeraba en las tiendas y de la que la separaba ahora, de manera irrevocable, un secreto, la verdad es que albergaba un leve temor, el temor de volver a casa, el temor ante los descubrimientos que le quedaban por hacer.

Y no exageraba. Mientras se acercaba al edificio buscaba su balcón con la mirada, como si hubiera presentido que algo iba a suceder. Nada más cierto. En realidad, nadie presiente nada si no está seguro de que va a suceder. A una distancia de unos cien metros vio que de su balcón colgaba una especie de cuerda deshilachada, dorada y rosa, extrañamente torcida, que se balanceaba y alcanzaba hasta la planta de abajo. Al principio no comprendió, o no quiso comprender. Luego ya no le quedó más remedio y, a medida que se acercaba, tuvo que admitir que no se trataba de ninguna ilusión óptica ni de ningún engaño: probablemente, los inquilinos del balcón habían agotado la exploración de su espacio vital y descendían colgados unos de otros, ayudándose de vez en cuando con un ligero aleteo, con el fin de mirar por la ventana del apartamento del piso de abajo. Esto parecía divertirlos mucho, ya que se turnaban con un verdadero sentimiento fraternal para que cada uno de ellos ocupara por riguroso turno la posición en el extremo de la cadena, desde donde podían mirar sin discreción. Cuando comprendió su propósito, la señora L. se quedó pasmada un momento, pensando que los vecinos de abajo podrían igualmente ver a quienes los estaban estudiando. Echó literalmente a correr hacia el edificio. Subió los escalones

de dos en dos, ya que el ascensor, como siempre (alguien había dejado otra vez la puerta abierta en uno de los pisos), estaba ocupado. A duras penas, a causa de la prisa y los nervios, logró encontrar la llave. Por fin logró abalanzarse al interior del apartamento. Desde el primer momento observó que no habían bajado todos, el balcón todavía parecía lleno y, de no haber visto aquella cuerda deshilachada y dorada bajando hacia la ventana de los vecinos, ni se habría dado cuenta de que faltaban algunos.

Y, también desde el primer momento, observó que habían crecido. Esta vez no era sólo una impresión, sino una certeza. De repente pensó que tendría que alimentarlos; no tenía ni la menor idea de qué comían unos seres de aquella índole y, cuando comenzó a reflexionar sobre su extraña naturaleza, le entró de nuevo el miedo, olvidado durante un instante, de que pudieran ser vistos por alguna persona. Salió decidida al balcón, casi sin pensar en que podía pisar a alguno, cogió el extremo de la cadena de cuerpos suspendidos de la balastrada y la levantó de un tirón. Pero a raíz de su intervención, las criaturas se desprendieron unas de otras y volvieron en un vuelo ligero, sin esfuerzo, lo que probaba que aquella cuerda no había sido más que un juego gratuito o, quizás, una manera de atraer su atención. Fuera como fuese, continuaban sin emitir ningún sonido y sin hacer ningún ruido, lo que, por supuesto, era una verdadera bendición. Se dio cuenta de que los había tocado sin sentir repugnancia. Trató de mantener su ímpetu organizador y de guardarlos en las jaulas. Antes de encontrar una solución tenía que asegurarse de que no tuvieran la posibilidad de sorprenderla más. Se puso manos a la obra, y del elegante bolso en el que había devuelto la gallina clueca a sus menesteres naturales, sacó las toallas de felpa y el raso que había comprado durante el día; se dio la vuelta y forró cuidadosamente, incluso con cierto cariño, el interior de las jaulas. Luego, los recogió sin dificultad alguna de donde jugaban (incluso a dos los cogió en el aire como pequeños pájaros confiados) y los encerró en las cuatro jaulas que había acomodado. Antes de retirarse los contó (eran, evidentemente, doce) y, después de irse, volvió una vez más y colocó en cada jaula una toalla adicional para que tuvieran con qué taparse por si hacía frío: súbitamente tuvo la plena revelación de su desnudez y se vio invadida por un sentimiento inesperado de ternura hacia aquellos pobres seres caídos de otro mundo.

Antes de meterse en la cama colocó en la mesilla varios álbumes de arte flamenco de los siglos XVI y XVII. Luego se echó y empezó a mirar las páginas una por una. No necesitaba ninguna confirmación, simplemente necesitaba que otra persona dijera lo que ella no se atrevía a decir. Y los álbumes cumplieron sobradamente esta tarea. Miraba las reproducciones y se sonreía involuntariamente ante su propia capacidad de adaptación. Apenas habían pasado doce horas y ya se había acostumbrado a todo, las figuras que reconocía en las pinturas famosas le parecían copias de los *seres* que tenía

en el balcón. No cabía ninguna duda: en su balcón había doce angelitos, extraordinariamente pequeños, que justo en aquel momento respiraban tranquilamente, sumidos en el sueño, entre las toallas chinas con las que se habían tapado hasta la barbilla, destapando sólo una parte blandita del ala, que, de vez en cuando, se estremecía aleteando en sueños. Era la primera vez que se formulaba a sí misma, clara e inequívocamente, una verdad que había tratado de eludir durante todo el día con ocupaciones alternativas y subterfugios: en su balcón, de los huevos de los que había esperado que salieran aves de las que dan carne y huevos, habían salido doce ángeles. Doce ángeles que tenía que esconder y con los que no sabía qué hacer.

Puesto que no era nada religiosa —su formación materialista y su preparación filosófica no se lo permitían—, la señora L. no estaba realmente aterrada por este hecho, cuya naturaleza era claramente extraordinaria, sino más bien intrigada y curiosa. El aburrimiento y el espanto no se debían tanto al descubrimiento de la naturaleza de este fenómeno como a la fase siguiente: a la posibilidad de revelarlo públicamente, a la confrontación con los prejuicios generales y con sus consecuencias políticas. Además, la señora L. no se hubiera asombrado o escandalizado más si en lugar de ángeles hubiese hallado en su balcón un pegaso, una sirena, una esfinge o cualquier otro ser de doble naturaleza y de estatus cultural conocido. Pero, mientras que en el caso del descubrimiento del pegaso, o de la sirena, o de la esfinge, después de haberse asegurado de que no se trataba de una ilusión óptica y de que tampoco estaba soñando, se hubiera apresurado (radiante de felicidad como si le hubiera tocado la lotería) a informar a sus compañeros, a los órganos superiores y a los foros científicos, deseosa de hacer interpretaciones, ávida de construir hipótesis e impaciente por elaborar estudios académicos e informes, el problema de la presencia de los ángeles en el balcón le parecía, sin embargo, infinitamente más complicado. Difícilmente se imaginaba a sí misma (la profesora que durante años, semestre tras semestre, había impartido el curso sobre «la evolución de las ideas ateas en el pensamiento europeo») entrando en el seminario de la cátedra de materialismo para informar de que en su balcón vivían, encerrados en jaulas tapizadas de raso y envueltos en toallas chinas de felpa, doce ángeles. Hubiera tenido miedo de hacer el ridículo, y esto habría bastado para hacer todo lo posible para que no se supiera nada de su descubrimiento. Pero no se trataba sólo de esto, y la señora L. lo sabía muy bien. En la situación de una lucha cada vez más encarnizada contra la proliferación de las sectas, y en el contexto del bastante peligroso deterioro de la distensión internacional, anunciar, de golpe y porrazo, la presencia de doce ángeles en el balcón —¡incluso el número tenía algo de místico!—, no se hubiera interpretado como un gesto muy favorable; es más, podría haber ocasionado los más indeseables comentarios.

Excluyendo, pues, con firmeza esta posibilidad, pero sin ser capaz de descubrir o

inventar otra, la señora L. finalmente se durmió, y el álbum del Renacimiento italiano se deslizó despacio sobre su manta para caer en una posición curiosa, tal vez interrogante, sobre la alfombra.

Así lo encontró a la mañana siguiente, cuando despertó sudando, entre escalofríos y el horror de una pesadilla espantosa. Por un momento permaneció con los ojos clavados en la reproducción de El Veronés por la que estaba abierto el álbum; luego saltó, salvajemente, de la cama, cerrando de un puntapié el libro en su huida, y se lanzó sobre el lavabo, en el que estuvo apoyada durante mucho tiempo, como si quisiera eliminar no tanto los restos de la cena precipitada y descuidada de la víspera, cuanto aquella misma pesadilla, con su increíble apariencia de realidad, que, extrañamente, parecía haber echado raíces en sus entrañas, envenenándola. Soñó. Soñó que —de acuerdo con sus planes culinarios, como si nada extraordinario hubiera intervenido en el destino de aquellos huevos colocados bajo la gallina clueca del balcón, o como si ignorara que de los huevos no habían salido los pollos esperados— había preparado con algunos de aquellos voladores un guiso exquisito de champiñones, del que comía con gran placer, sin la menor sospecha y sin ningún reparo, y con aquella exacerbación de las sensaciones de la que sólo el sueño es capaz. Pero, justo cuando tragaba el último bocado, sintió que alguien la miraba y vio que delante de ella, en la mesa, estaba sentado el viejo que le había dado los huevos. La miraba con odio, temblando, sin poder articular palabra debido a la furia que lo atenazaba. La señora L. se dio cuenta de que le había estado diciendo algo y que no lo había entendido, o que simplemente no lo había oído, de modo que le pidió que lo volviera a decir y él le repitió la misma frase (y sólo en aquel momento la señora L. se dio cuenta de que sí la había oído); pero ni siquiera esta vez fue lo suficientemente claro como para comprender su sentido. Y entonces, por tercera vez, con inimaginable claridad, como si masticara sus palabras, le dijo: «Te has comido un ángel». Y, después de una pausa llena de rencor y aversión, añadió: «¡Desgraciada!».

Ahora entendió perfectamente, pero no se daba cuenta de a qué se refería, de manera que, en el mismo tono con el que solía dirigirse a los estudiantes que no habían preparado los exámenes, lo invitó a ser explícito y dejarse de metáforas.

«¿Metáforas?», gritó de repente el viejo, poniéndose de pie. Parecía ahora extraordinariamente alto, hasta alcanzar el techo con la frente y empujarlo incluso a medida que se levantaba. Y desde allí, desde lo alto, tronaba su voz aterradora, sin ninguna inflexión jocosa o ambigua. «¿Metáforas, dices?», y abriéndole las mandíbulas con una mano que descendía desde algún lugar muy alto, empezó a sacar de su boca, como de un saco, una especie de ala pequeña, cubierta de pelusa dorada, luego una mano regordeta de niño que abría y cerraba su pequeño puño en sueños. Sin embargo, ni este raro comportamiento del viejo, ni su gigantesca estatura, ni tampoco la voz que tronaba desde el techo que ya no se veía, lograron horrorizar a la

señora L. o despertarla del sueño. Sólo la vista de aquellos restos le hicieron recordar todo y darse cuenta, *entender* con infinito horror las palabras que el viejo había repetido. Se despertó, alcanzó el lavabo e intentó eliminar todo lo que pudiera, como si quisiera limpiar las huellas del pecado, como si quisiera cerciorarse de la expulsión total del crimen y de la profanación, por si acaso todo aquello no fuera algo más que un sueño. Después de calmarse y de despertarse totalmente, se dirigió al balcón y miró a sus ángeles. Enjaulados de tres en tres, dormían enroscados unos con otros como los gatos. No habían comido nada y ella no había decidido aún qué era lo que les podía dar de comer. Pero, como crecían sin alimentarse, tal vez ni siquiera necesitaban comida, así que en ningún caso podían morir de inanición. Desechó esta idea mezquina y miserable, que se le había ocurrido de repente, y se inclinó para verlos de cerca. Su incesante agitación diurna casi impedía reconocerlos y llegar a conclusiones.

Ahora, dormidos, y así de acurrucados, tapados completamente con las alas, parecían un solo organismo, inimaginablemente mullido y redondo, protegido por una especie de esfera menos consistente y más espumosa: las alas dobladas y dispuestas alrededor. Notó que en la pelusa amarilla e infantil empezaba a aparecer, por aquí y por allá, alguna pluma articulada con mayor precisión, de un color mucho más claro, casi plateado. Tal como respiraban, rítmicamente, al unísono, moviendo los ojos, con las mejillas acaloradas por el sueño, ya no conservaban nada de aquella primera impresión repelente, húmeda y promiscua, sino que, por el contrario, despertaban en el espectador un sentimiento de ternura y una inesperada necesidad de protección. Cuando se dio cuenta de esto, la señora L. se sobresaltó asustada de verdad, por primera vez, desde el principio de aquella aventura y dejó, presurosa, el balcón. Lo que más le inquietaba era su necesidad de recogimiento para reconocer que el suceso era absurdo y quizás irreal, y que tener ángeles en el balcón pertenecía al dominio de la locura y de la pesadilla. En lo más hondo de su alma, y cuando la rigidez racional de la lógica cedía un poco en su capacidad de vigilancia, la señora L. sentía no sólo que se había acostumbrado con asombrosa rapidez a aquella situación, sino que los pobres seres que dormían como niños ahora le resultaban familiares y, ¿por qué no reconocerlo?, simpáticos.

Ciertamente, las representaciones culturales habían contribuido en gran medida a la rapidez de esta acomodación; al fin y al cabo, en su balcón vivían, transformados en seres de carne y hueso, sólo unas abstracciones muy comunes de los poetas de todos los tiempos. ¿Qué podía ser más común que un ángel? No cabe duda de que muchos se extrañarían al encontrarse uno, pero... ¿habría alguien que no lo pudiera reconocer? Por supuesto que esto no cambiaba en nada las cosas, y la señora L. no dudaba de la manera en la que habrían reaccionado los demás si, de repente, bajo una crisis masoquista de exhibicionismo, les hubiera contado el secreto extraordinario de

su balcón. En primer lugar, nadie, pero absolutamente nadie, creería esta historia tal como ella la habría contado. Todos supondrían algo más complicado y vergonzoso, y se precipitarían, en una especie de competencia activa y encarnizada, a desvelarlo o, si no quedaba más remedio, a inventarlo. Evidentemente, no se les podía convencer con palabras.

«¿Pero con qué?», se preguntaba la señora L. de manera puramente formal, porque nadie pregunta antes de imaginar la respuesta; y, mientras se preparaba para salir, dejó de peinarse y casi automáticamente, con un gesto que precedió por un instante a una decisión, abrió las puertas de las jaulas del balcón y, despacio, para no despertar a aquellos diminutos ovillos de seres todavía dormidos, los metió en el bolso y cerró cuidadosamente la cremallera. Desde dentro, se percibió una corta y leve agitación; luego, todo recayó en el sueño. Como si hubiera realizado ya lo más difícil, la señora L. regresó ante el espejo y acabó de peinarse. El alivio de haber tomado la decisión, y el orgullo, un tanto eufórico, de su valor, la llevaron a olvidar por completo la argumentación hasta entonces tan clara de su miedo, y la prepararon para aguardar las consecuencias con un distanciamiento no exento de curiosidad. No sabía cómo iba a suceder, sólo sabía que algo iba a suceder.

A lo largo de aquella mañana, durante la reunión del consejo, que se prolongó más de cuatro horas, la señora L. observaba las caras de sus compañeros sentados alrededor de la mesa alargada e intentaba imaginar las diferentes reacciones de cada uno. Y este juego seguramente le hubiera hecho gracia, si entre tanto, sin confesarlo —intentando prestar una mínima atención a las eternas frases peroradas en tono magistral—, su espíritu no se hubiera obcecado en buscar el modo y momento oportunos. Pero, tal vez porque no era capaz de encontrar nada, o porque sabía que, de hecho, ya lo había encontrado, la señora L. deslizó su mano derecha en el bolso colgado del respaldo de la silla y, mientras sus dedos se hundían en la seda caliente y agradable al tacto del pelo o de las alas, sus ojos, llenos de paciencia y curiosidad, envolvieron con la mirada las caras de sus compañeros, como si estuviera intentando descubrir en el último instante un argumento para detenerse o, por el contrario, una premonición de lo que vería en ellas en los minutos siguientes. Luego, casi sin moverse y sin bajar la mirada, empezó a sacar, uno tras otro, los ángeles de su bolso y los puso encima de la mesa alargada del consejo. Colocados con cuidado sobre la tela escarlata —manchada aquí y allá con tinta, y quemada con cigarrillos a lo largo de tantos años de reuniones—, aquellos seres minúsculos se quedaron durante un momento desconcertados entre las hojas de papel, panfletos, bolígrafos, vasos de agua y tazas de café, y después, con aquella curiosidad infantil que sustituye cualquier forma de adaptación, salieron de prisa por todas partes, sin esperar a sus compañeros, como si no tuvieran ningún segundo que perder. Después de sacarlos todos, la señora L. se quedó con las manos en el regazo, como si un milagro la

hubiera liberado súbitamente de la tensión de los últimos días, que, en realidad, descubriría solamente entonces. Cerró los ojos y esperó. Pudo percibir cómo los ángeles se esparcían por la mesa, inclinándose sobre las tazas, haciendo ruido con los papeles, jugando con los bolígrafos; luego oyó su aleteo y supo que algunos habían empezado a volar. Se los imaginó girando alrededor del que tenía la palabra. En efecto, al instante, la voz del que estaba hablando se quebró de forma brusca, insólita, desencadenando como por un mecanismo milagroso un silencio increíble, una especie de antecámara de la explosión. Y la señora L. continuó con los ojos cerrados, esperando lo que tenía que ocurrir.

EN EL CAMPO

Hacía años que no salía de aquella ciudad si no era para ir a otra. Durante los viajes siempre procuraba no aburrirme. Llevaba libros o revistas y los leía, como en ninguna otra ocasión, desde el título hasta la última página, donde aparecen las señas de la redacción y la administración. Nada más llegar a mi destino, doblaba las revistas y las guardaba meticulosamente en la maleta —como si no fuera a tirarlas al cabo de unas horas o días, sin echarles ya ningún otro vistazo— mientras me decía a mí misma «no he perdido el tiempo, he leído tres revistas». O cuatro, o cinco, según la duración del viaje. No me gustaba mirar por la ventana, me parecía algo aburrido y sin sentido, y consideraba que el ideal de un viaje, por muy aberrante que fuera, era el de no sentir que lo habías hecho. Aunque sé que no es más que una bobada, empiezo con ella para que puedan entender lo que normalmente no podrían, es decir, que antes del momento que les voy a narrar —o, en todo caso, desde que me convertí en una mujer hecha y derecha, en un adulto, como se suele decir— nunca había visto el campo. Sin este detalle entenderían muy poco, o casi nada, de lo que les quiero contar. En mi infancia, hace más de veinte años, estuve en el campo, y, es extraño, recuerdo aquel momento con gran exactitud, aún después de tantos años. Me habían dicho que me iban a llevar al pueblo, a casa de mis abuelos. Creo que tenía cuatro o cinco años cuando me subieron en un coche que ya no recuerdo muy bien, quizás era la cabina de un camión o, tal vez, otra cosa; en cualquier caso, se trataba de un pequeño espacio deslizante, provisto en la parte delantera de un gran cristal, una pantalla en la que durante muchas horas se desplegó una llanura que parecía no tener fin y a la que miraba todo el tiempo, sin cansarme, sentada en las rodillas de alguien a quien, de vez en cuando, preguntaba «¿dónde está el campo?», «¿cuándo llegamos al campo?». Ya no sé cómo me había imaginado el campo, pero sé que contemplaba sin cesar la llanura para poder divisarlo en cuanto apareciera, y sé también que me sentí profundamente ofendida —esa humillación vibrante a punto de convertirse en llanto, que sólo los niños conocen y recuerdan— cuando alguien, aburrido probablemente de tantas preguntas, me dijo de pasada «esto es el campo». Sin entender nada, y contemplando, de repente, aquella llanura que habíamos estado viendo durante varias horas con una especie de espanto supersticioso (como si de pronto hubiera reconocido que escondía algo desconocido e ininteligible para mí, y no por eso menos importante o, tal vez, incluso amenazante), tuve aún el valor de preguntar —antes de estallar en un sollozo prolongado, de esos por los que se castiga a los niños para que, por lo menos, lloren con razón— «¿cuándo ha empezado?».

Cuando decidí ir a aquel pueblo, al pueblo de mis abuelos, que habían muerto hacía tiempo y al que no había regresado durante muchos años, lo hice súbitamente y casi sin ningún motivo. Quiero decir que nada me empujaba a aquel viaje, ni siquiera

la nostalgia. Sabía que no tenía a nadie allí, y tampoco estaba segura de que la casa de los viejos existiera todavía. No pensé en el campo. Y, sin embargo, fue el campo lo que realmente encontré y, además, de una manera tan violenta que, una vez pasado el choque del reencuentro, empecé a preguntarme seriamente si, al ir allí, no habría obedecido a instancias ocultas de las que no era consciente, ya que la llanura parecía esperar la ocasión de revelarse y de ser vista.

¿Cómo empezar a describirla? Era un otoño tardío, o incluso invierno, un invierno ablandado por su indecisión, ensuciado por el fango helado, derretido y nuevamente helado. Aunque apenas habían pasado las primeras horas de la mañana, el horizonte permanecía oscuro, impaciente por el crepúsculo; el cielo había descendido todo lo que había podido en un verdadero esfuerzo por alcanzar la llanura. Pero esta no tenía fin. La carretera parecía atravesarla por la mitad, pero eso no era, claro está, más que una opinión, puesto que sus márgenes eran redondos: donde quiera que te encontraras, el horizonte se empeñaba en asegurarte que estabas en el centro del universo.

Sí, este universo cuya única habitante parecía ser yo, el universo que me había llamado sin decirme por qué, y que me hacía avanzar ahora sin decirme hacia dónde, tenía algo de insólito y anormal, algo que, sin poder precisar todavía, sentía que no debería existir. No me daba cuenta de si, precisamente, aquel aspecto inquietante, que no podía decir aún de dónde surgía, era lo que me había llevado allí, pero comprendí que, a medida que avanzaba, me hundía cada vez más en el centro pegajoso y adherente de la enfermedad o, simplemente, del secreto de la llanura. Incluso antes de pararme, dos cosas me parecieron anormales en su apariencia, medida en horas de camino: el color y el hecho de que se moviera. Era de color amarillo, incluso dorado, pero un dorado rugoso, quebrado aquí y allá por grandes manchas negras a las que el movimiento, negro también, pero más reluciente, y quizás más resbaladizo, otorgaba inquietud y suspense. En realidad, incluso antes de que se parara el coche, sentí que se trataba de una tensión y rivalidad, aún no decidida, entre el amarillo y el negro, como si estuviera presenciando una lucha en la que los dos colores intentarían, cada uno de ellos, apoderarse de la superficie, alzándose siempre por encima de los hombros del otro, cayendo y luego comenzando de nuevo por espacio de miles y miles de hectáreas, de cientos de kilómetros de llanura arrolladora, cubierta por una especie de sustancia viva, bicolor e indefinida. Porque a primera vista era evidente que dorados o negros, los surcos se elevaban muy por encima de su nivel habitual. La superficie del campo se había alzado como si una inmensa pasta desmenuzada de manera desigual y pintada de varios colores se hubiera distribuido sobre toda la extensión, enterrando la carretera que la atravesaba, hundida en su antiguo nivel como entre unos hombros ásperos, levantados al máximo en señal de desconcierto e interrogación. Me paré casi con pavor, porque el hervidero indefinido de aquella

materia parecía comenzar a desplazarse y a cubrirme desbordando la débil línea de la carretera. Al detenerme, las imágenes deformadas por la velocidad retornaron a sus contornos reales y descubrí, fascinada, una llanura que no había visto antes: distinta de como la había descubierto en el pasado y diferente de como me había imaginado que tenía que ser, si es que había llegado a pensar alguna vez en ello. La diferencia más chocante entre ella y lo que pensaba que debería ser una llanura, residía en la ausencia de tierra, en el hecho de que la tierra no se veía. La tierra estaba cubierta por una capa gruesa de casi un metro —o tal vez más— de granos, mazorcas y semillas, entre las que pululaban, hervían y se agitaban miles y miles, millones de seres de los más diversos géneros y especies, gusanos y cucarachas, ratones y comadrejas, con y sin ojos, con pelo y sin pelo, con y sin antenas, cuadrúpedos, reptiles, miriápodos, e incluso aves, y por encima de este pululante hormiguero, increíblemente vivo y activo, giraban escuadrillas enteras de cuervos, que planeaban a ras del suelo y se paraban en un equilibrio precario en esta alfombra eternamente resbaladiza. Todo se movía, todo estaba en efervescencia y, empujados por todas partes, los granos de maíz, atraídos hacia lo hondo o expulsados hacia la superficie, parecían también vivos y dotados de capacidad propia para desplazarse. Se agitaban poseídos por una especie de frenesí, dejándose digerir y macerándose solos, pudriéndose, cubriéndose de moho, supurando, fermentando alcoholes y exhalando hedores, fluyendo profusamente hacia la tierra labrada para germinar allí y salir de nuevo hacia la luz bajo la forma de un vástago descolorido y baboso, que anhela lo verde, pero que, apenas transparente, tierno y repugnante, tenaz y perseverante, crece por entre las barrigas de las cucarachas y las colas de las ratas, entre las garras de los cuervos y los hocicos de los topos, y alcanza, al final, el aire turbio, decidido a continuar su destino tremendo e inadecuado, a crecer, a dar fruto y a añadirse a la podredumbre tan viva que ha sido capaz de atravesar, y que conseguirá perpetuar. Pero no era el movimiento, el simple movimiento, la característica principal de este paisaje, que, apenas percibido como real, se convulsionaba de una manera extraña, casi con espasmos, entre los límites de lo verosímil, dispuesto a huir hacia el símbolo o la pesadilla, sino la consumación, la digestión, el movimiento interno de sus órganos devastadores. Y no sólo los animales, los insectos y los pájaros devoraban el maíz, sino que, a su vez, el maíz parecía devorar también a animales e insectos, hasta tal punto que los granos se agitaban y amenazaban siempre con engullir a las demás criaturas, e incluso conseguían cubrirlas por unos instantes, aunque enseguida los granos sucumbían ante el celo de supervivencia de las demás criaturas; esto sucedía siempre, sin cesar, sin descanso, en un hervor sucio y abigarrado, en un bullicio, un hormiguelo, una pululación repelente, promiscua, pero no exenta de cierta grandeza paradójica de la vida, que sigue existiendo de todas las maneras posibles, en cualquier momento, en todas partes, en cualquier cosa. Era difícil decir quién vencía y quién no

en esta lucha absolutamente vital: era difícil decir si los cuervos atacaban a las cucarachas, gusanos y marmotas, o si, por el contrario, las cucarachas, los gusanos y las marmotas habían empezado el ataque, subiéndoseles por las patas y agarrándolos por las plumas; así como, por otra parte, era imposible decir qué era lo que atraía a los cuervos: si las semillas vivas del maíz aún no devorado o los cadáveres saciados de los devoradores. En todo caso, el cielo raso, tan inhabitualmente cerca de la tierra, e, incluso, la tierra humillada por sus propios frutos y deyecciones parecían esperar sólo el momento adecuado para cerrarse sobre todo este universo contradictorio y vivo, pero al mismo tiempo indigno de vivir. Me quedé paralizada de asco ante aquella extensa e ilimitada pululación universal, y me preguntaba si todos los campos que había recorrido a lo largo de mi vida, sin haberles echado ni un vistazo por la ventana, leyendo libros y hojeando revistas, tan seria y cuidadosa con mi tiempo y atención, eran parecidos a aquel. Una pregunta válida, claro está, únicamente para la eventualidad de que en la tierra existieran varias llanuras y no se tratara de una sola estepa inmensa y continuamente avasalladora. En cualquier caso, sentía cómo los labios me comenzaban a temblar, los párpados se agitaban sin control y en el pecho se me acumulaba ese alarido prolongado por la impotencia que, sólo en la infancia, se atreve a manifestarse sin reprimirse, y gracias al cual fui capaz de reunir todas mis fuerzas para preguntar, sin la menor esperanza de que nadie me contestara, «¿cuándo ha empezado?».

Había parado antes de entrar en el pueblo, que se veía pequeño y ceniciento desde donde me encontraba, terriblemente percedero en el abrazo vivo y eterno de la planicie que lo ceñía agresiva por todas partes. Tal y como aparecía, casi acurrucado, bien recogido en sí mismo y dejándose coronar por unos nogales patéticos que no se habían podido camuflar, resultaba asombroso que, pese a todo, hubiera sobrevivido y que no estuviera cubierto también por aquella pasta tan viva que se extendía desde levante hasta poniente. Sobrevivir es un término bastante ambiguo para designar una realidad que está más alejada de la vida que de su contrario. Sin saber nada y sin haber sospechado nada antes, la imagen del pueblo encogido, visto desde lejos, hizo que me acercara más despacio y más insegura que antes. Como en un sueño incierto, que está dispuesto a desaparecer en cualquier momento, empecé a reconocer el lugar. Desde las afueras, abandonado y alto, el molino de aceite, cerrado desde la época de mi infancia, había pasado decididamente a la geología: los muros estaban cubiertos de musgo, habían robado los marcos de las puertas y de las ventanas, y también habían arrancado el suelo de madera, en cuyo lugar crecían hierbas altas y secas, pero no menos asombrosas, cuyas espigas punzantes, casi leñosas, apuntaban hacia las vigas negras y patéticas del tejado ya sin tejas. Seguía el huerto de cerezos del maestro, un huerto viejo y casi salvaje cuyos frutales se habían vuelto árboles ásperos, hostiles, que no podía imaginarme, como en una visión infantil, llenos de

cerezas. Luego empezaban las casas, que ya no reconocía. Tal vez debería haberme asombrado por recordar el huerto, a pesar de lo cambiado que estaba, mientras que las antiguas casas no parecían haber experimentado ninguna modificación y no evocaban en mí, sin embargo, ninguna asociación, ni se relacionaban con nada en mi mente. Pero eso no me extrañaba: memorizaba las casas únicamente por la gente que las habitaba, mientras que la huerta tenía para mí una existencia propia, desligada de la de sus dueños (era capaz de quedarme entre los matorrales largo rato, incluso horas enteras, aguardando el momento en que ya no se viera a nadie en los pasillos luminosos entre las filas rectas de los frutales y pudiera subirme al cerezo más cercano). No reconocía las casas, como tampoco habría reconocido colgada en un armario la ropa que llevaba alguien que me hubiera impresionado por la calle. Ahora las casas estaban vacías. No se notaba únicamente en la ausencia de gente y de animales en los corrales, en el silencio anormal y sobrio que lo envolvía todo, sino también en el aspecto de la madera, que parecía haberse muerto en los porches deshabitados; en el blanco de la cal, que, sin haberse ensuciado, se había degradado en matices grises; en la tierra de los corrales, que ya nadie pisaba, cuarteada y desierta. Avanzaba a lo largo del camino, examinando los patios uno tras otro y sin encontrar a ninguna criatura, por muy humilde que fuera; me sentía perseguida y acechada, como si, en ausencia de la gente, la soledad misma se encarnara en una mirada fisgona que me acompañara a través de las ventanas. Luego vi un perro en un patio, un perro viejo y apático que me miró indiferente, y que, sin modificar la posición en la que estaba sentado, fue volviendo la cabeza muy despacio. Más tarde, una gallina atravesó la calle, justo por delante del coche, con aquella prisa de ama de casa, obtusa y llena de sí misma, que sólo una gallina es capaz de exhibir con tanto virtuosismo. El pueblo no estaba, por lo tanto, totalmente deshabitado. Tal vez, aquel aire de páramo absoluto no procedía de la ausencia de seres humanos, sino de otro origen, aún más hondo: de su presencia. Había llegado. Casi paso de largo. Sin que nada hubiera cambiado, nada evocaba ya lo que había antes. La primera cosa que me chocó fue el membrillo delante de la casa, con los frutos aún sin recoger, luminosos, abandonados en las ramas como faroles encendidos, olvidados mucho después del final de una verbena. Había algo enternecedor y casi indecente en la escrupulosidad de aquel árbol para dar, así, frutos, decenio tras decenio, sin cansarse, sin extrañarse de lo que ocurría a su alrededor, sin preguntarse siquiera si alguien necesitaba todavía sus productos. Enternecedor, sí, pues verdaderamente no parecía que nadie los necesitara. Bajo los frutos vivos y luminosos de las ramas, toda la tierra estaba cubierta por una capa pedregosa de membrillos podridos, que no habían entrado en el signo blando del zodiaco de la fermentación que empuja la carne de la fruta a la animalidad, sino que habían traspasado la frontera de la vida hacia lo mineral. Una capa de globos imperfectos, angulosos, carbonizados, envolvía con severidad el patio

de mis abuelos, indicando claramente su ausencia. Entré empujando la cancela chirriante y pisando con cuidado el suelo de membrillos. Pero la casa, ahora evidentemente desierta, había estado habitada por alguien después de la muerte de los abuelos, porque los marcos de las ventanas, de madera vieja, antiguamente tan suave al tacto, estaban pintados de un color verde brillante y áspero, mientras que las puertas, provistas como antaño de cerrojos de hierro —yertos en posición de abertura— tenían cierres relucientes de níquel. A través de las ventanas polvorientas y moteadas por las moscas de quién sabe cuántos veranos, el interior se mostraba muy distinto de como lo había conocido, con muebles, mantas y alfombras de otro tipo, más chillones, y al mismo tiempo más difíciles de recordar, esa mezcla de lo industrial y lo artesanal que convierte a un grupo de objetos en un montón de chirimbolos. Pero las añadiduras modernas no disminuían el grado de soledad de la casa, sino que la hacían aparecer aún más abandonada de lo que hubiera resultado con sus tapices descoloridos y las banquetas de madera abrillantada por la presencia viva del hombre. Tal como la veía, deshabitada y sola, con las paredes de madera y adobe, reforzadas con un zócalo más reciente de cemento, con la cocina abandonada, sin bombona de gas, en el lugar de la antigua cocina de leña, la casa de mis abuelos parecía aún más sin vida que si no hubiera existido nunca. Y creo que esta impresión tan violenta del no-ser se debía a que los que habían vivido allí no fueron solidarios con ella y no habían muerto allí. Su abandono no era natural, dictado por las leyes de la naturaleza, sino por una lógica y unos intereses circunstanciales y caducos. No se trataba de una casa devastada, sino abandonada, ineficaz e insignificante por su falta de valor y utilidad. ¡Qué diferente de la misteriosa importancia que tenía cualquier pequeña cosa en el universo apagado de los abuelos! Recuerdo la fascinación con la que exploraba los cajones, llenos de una mezcla casi mágica de objetos de uso impreciso o, tal vez, sin funcionalidad alguna, y justamente por esto aún más misteriosos en su significado. Carretes de madera cuyo hilo se había acabado hacía mucho, pero que seguían manteniendo la categoría y el honor que se les había dispensado; cajas de metal pintadas con flores en las que durante años enteros habían dormitado caramelos blandos, con su exterior reluciente, como de raso, y rellenos de nueces y de trozos de azúcar; estas cajas se habían convertido después en una especie de baúles enigmáticos, que recibían todos los honores debidos a su rango, y en los que dormitaban, imponentes, botones de latón y botoncitos minúsculos de aluminio, con cuatro agujeritos simétricos, bordeados por una línea delgada, pero inflexible; agujas de ganchillo de hierro y dedales de latón erizados de puntitos en relieve, como la piel en carne de gallina; billetes en desuso, válidos antes de las devaluaciones, con inscripciones de cifras astronómicas y retratos olvidados; lápices con alargadores ingeniosamente sujetos al extremo no afilado por un aro delgado de ebonita; tijeras grandes, parecidas a utensilios medievales, con los ojos envueltos en una tira

protectora de tela; gafas redondas de alambre provistas de un cordón torcido que mi abuela sujetaba bajo el moño...

Sentí que alguien me estaba mirando y volví alegre la cabeza. Dos viejecitas, una en la verja de la derecha y otra en la callejuela, me contemplaban con las manos huesudas colgadas de las vallas. No parecían curiosas, ni siquiera parecían muy atentas. Me miraban de una manera objetiva, podría decirse, sin inflexión emotiva, y aunque no las conocía y sólo estaba mirando el jardín de mi infancia, en el que yo no era más que una forastera, sentí la necesidad de justificarme.

—Soy la nieta de Mamana —les dije, convencida de que eran las antiguas vecinas de mi abuela, a la que todo el pueblo conocía bajo este nombre abreviado, un tanto meridional, de Mama y Ana. Mamana era conocida por todos, desde los más pequeños, a los que envolvía en sábanas con vinagre y a los que *apretujaba* —es decir, les daba unos extraños masajes, difíciles de aguantar, mientras que sus dedos contorsionados y ásperos, dotados de una inteligencia propia, independiente al parecer del cerebro, hallaban y destruían sin piedad, por debajo de la piel, las gotitas de sangre coagulada cerca de las articulaciones—, hasta los mayores, a quienes ponía ventosas y recomendaba brebajes de una mezcla de hierbas recogidas y desecadas por ella misma, distribuidas luego, gratuitamente y con un rigor severo, que ahora se podría llamar, sin exagerar, científico. Recuerdo que yo estaba muy orgullosa de su ciencia y del respeto del que gozaba, y que me aprovechaba descaradamente de la fórmula mágica «lo ha dicho Mamana» para resolver siempre a mi favor cualquier disputa que surgiera en nuestros juegos.

—Soy la nieta de Mamana —dije, segura de mí misma, convencida de que con la declinación de mi ascendencia me ganaría confianzas y crearía una situación de intimidad. Pero, para mi sorpresa, las dos viejecitas seguían mirándome como si no hubieran oído e, incluso, como si ni siquiera me hubieran visto. Así que sólo me quedaba la posibilidad de no hacerles caso.

Abandoné el porche desde el que había mirado hacia dentro a través de los cristales, envejecidos, polvorientos, con los bordes enrojecidos por el óxido y, dándoles la espalda, me dirigí hacia la huerta. Al pasar cerca del pozo, que tenía una polea grande y tablas de madera, aminoré el paso y, sin querer, casi me paré. No había cambiado en absoluto, y, pensándolo bien, no creo que hubiera visto jamás otro que se le pareciera. Era tan profundo que, si te inclinabas sobre él, no lograbas ver el temblor lejano de los reflejos oscurecidos que en el día más tórrido de agosto levantaban un frescor nervioso, casi violento, del que no se oía más que el rumor misterioso del agua. Por encima de la tierra, el pozo era de ladrillos delgados y quemados, dispuestos en círculo y forrados con el tiempo y la humedad de un musgo verde y sedoso. La parte de arriba se levantaba sobre unas vigas de madera, ensambladas sin clavos, de casi un metro de alto, que se prolongaban en tres de sus

lados a través de un cruce gracioso de tablas delgadas, y en el cuarto mediante un par de puertas de vaivén que dejaban al descubierto las vetas elegantes de la madera. La construcción acababa en un tejado a dos aguas, de modo que su aspecto exterior era más bien el de una filigrana minúscula o el de un kiosco de utilidad incierta, y al que la polea grande, parecida a la rueda de un carro, anclada mediante un poderoso garfio de acero, hacía todavía más incomprensible. No, el pozo no parecía estar degradado por el tiempo. La pesada cadena no se había oxidado, el cubo no se había cansado de estar suspendido en el vacío y el agua, igual de alejada e invisible, seguía elevando su rumor desde las profundidades. Me incliné sobre el pozo para recordar el emocionante ritual con el que se bajaban las sandías para refrescarlas y cómo el abuelo, después de sumergirlas con el cubo una tras otra en las profundidades, nos cogía por las axilas y nos subía sobre el brocal para que viéramos cómo flotaban redondas en el agua. Por supuesto que no veíamos nada, pero la ola de frescor subía amenazadora desde las profundidades, y su gotear sonoro, reverberado por las paredes, despertaba en mí un temor que —unido a la sensación de indiscutible seguridad, transmitida por los dedos grandes y cálidos con los que mi abuelo me sujetaba fuertemente, y a la promesa de los cercanos festejos en los que se sacrificarían las sandías— constituía, y aún hoy sigue constituyendo, una de las más vivas sensaciones de mi infancia. No, el pozo no se había degradado a lo largo del tiempo, mantenía aún intacta su capacidad plena para evocar los milagros de la infancia. Me volví, involuntariamente, con la intención de comunicar la grata sorpresa de esta incólume revelación a las dos silenciosas espectadoras de una escena en la que yo misma desempeñaba el papel de espectador, pero mi público, igual de mudo que antes, había crecido de un modo inesperado. En el callejón se habían congregado tres viejas más, que me miraban tapándose la boca con la mano, casi estupefactas, e igualmente distantes. Entretanto, desde algún jardín vecino, se acercaba despacio hacia lo que en teoría era una valla (hecha de un trenzado de varillas igual de hipotético) un viejecito frágil y peludo, de cabellos y barba blancos, hinchados como por una tempestad, que contrastaban con su constitución delicada y frágil, como de papel de estaño. Esbocé ligeramente un saludo sin palabras, como si me hubieran transmitido su silencio o como si yo también hubiera aceptado como un código entre nosotros el silencio hermético. No esperaba que me contestaran.

Habían cortado los frutales de al menos la mitad de la antigua superficie de la huerta y habían plantado en su lugar unas vides. Desde hacía muchos años ya nadie cuidaba ni de la huerta ni de la viña. Los ciruelos habían envejecido, habían crecido excesivamente y, como nadie los podaba en primavera, las ramas, tupidas y tenaces, se enmarañaban y se enzarzaban entre sí. Algunas se habían secado, pero las tormentas sólo habían logrado romperlas parcialmente y ahora colgaban suspendidas de las que aún vivían, mientras que otras, por el contrario, se entrelazaban, se

empujaban y se pinchaban a derecha e izquierda, arriba y abajo, salvajes y sin escrúpulos, a fin de alcanzar la luz y el viento, venciendo la competencia acerba de la copa. Pero, curiosamente, las que se habían librado de este modo no eran las que más frutos tenían. Por el contrario, las que malvivían apretujadas y escondidas entre las hojas y desgarradas por los espinos resultaban estar repletas de ciruelas viejas, encogidas y mohosas, asombradas ante lo que les sucedía y sin poder entender qué es lo que un incierto futuro iba a traerles. Nadie había recogido las ciruelas a su debido tiempo, de tal modo que algunas aún lograban mantenerse en las ramas, momificadas y transformadas en una especie de adornos deplorables, tintineantes en el viento, mientras que la tierra estaba cubierta desde hacía tiempo de toneladas de frutos podridos, que incluso las abejas y los gusanos habían abandonado tras haberse saciado, y encima de los cuales las hojas se habían podrido a su vez, escondiendo los huesos, que liberados de la carne derretida, sonreían grotescos como los dientes cariados de un cráneo irreconocible y desmembrado hacía mucho tiempo. La tierra recuperaba todo lo que había dado, la savia que había subido a través de los tallos se volvía, por entre las hendiduras, sin haber alimentado a nadie, sin haber servido ni a la más mínima finalidad, a no ser que el crecimiento y el engorde de los gusanos — hasta el momento en que ellos mismos empezaran a pudrirse y a verter sus zumos en la tierra— pudiera considerarse una finalidad. De todos modos, la falta de sentido y el abandono no entorpecían el envejecimiento de la huerta, y no pude dejar de mirar con cierta fascinación los tallos, que aún recordaba dóciles y flexibles. (Me castigaron una tarde en la que me había inventado un juego que entusiasmó a todos los niños de la calle, los cuales, durante las temporadas en que yo estaba allí, pasaban la mayor parte de su tiempo en el jardín y la huerta de mis abuelos: cada uno tenía que elegir un ciruelo y girar a su alrededor sujetando su tronco con una mano, hasta caer mareados y atolondrados en la hierba; ganaba aquél cuyo ciruelo vibraba durante más tiempo). Ahora los troncos se escondían bajo una corteza cuarteada, rajada, en algunas partes revestida de musgo y, de vez en cuando, abierta; una corteza que, a veces, no contenía en su interior más que una materia quebradiza, rojiza, molida con celo por las hormigas e inspeccionada por los pájaros. En algunos sitios había desaparecido incluso aquel meollo deplorable, pulverizado por el tiempo, pero las ramas vivían aún, se extendían en el aire, apoyándose en la corteza heroicamente retorcida e intentando camuflar el hueco con un pudor entristecido. Seguí andando sin volver la cabeza, aunque —o tal vez porque— sentía cómo el número de los espectadores aumentaba y aumentaba paulatinamente. Avanzaba ahora a través de una viña que antes no conocía, abandonada, descuidada y cargada de racimos de uvas grandes en proceso de putrefacción, esperando pacientes que el viento los disolviera al más mínimo roce, dejando sólo un esqueleto lamentable, casi seco, zarandeado en vano por el aire. Las cuerdas deshilachadas, que desde hacía tiempo ya no respetaban

la disciplina de las estacas, demostraban que la retirada no era reciente y permitían calcular los años de abandono. Además, algunos de ellos se habían desplomado bajo el peso de los frutos, arrastrando en su caída a sus vecinos de espaldera, aflojando los alambres y dejando que los zarcillos, liberados a su vez de las ataduras, se esparcieran, graciosos, en el lodo. Probé algunas uvas. Eran dulces y vidriosas, pesadas por el azúcar que contenían en vano. No, no en vano. Lo que el hombre había abandonado tan incomprensiblemente, lo recogían los pájaros con una especie de tierna dignidad. Algunos grajos, o quizás otros pájaros parecidos, las picoteaban sin prisa y sin miedo a ser ahuyentados, parándose a curiosear de vez en cuando. Por el contrario, un pájaro carpintero, abstraído ante lo que sucedía, controlaba apresurado y concienzudo el jardín, como si se hubiera ausentado durante mucho tiempo y ahora tuviera demasiado trabajo. Pedante y cómico en su metodología, pasaba de frutal en frutal, luego de poste en poste, hacia los esquejes de la vid y, atontado, picaba automáticamente también los postes de cemento de la espaldera. Pasó cerca de mí sin dirigirme una sola mirada, sin pensar siquiera que yo podría detenerlo. Al igual que los grajos, se sentía más en casa que yo. Además, el olor alcohólico de las ciruelas maceradas y el hedor fermentado de las uvas empezaba a hacerme daño, un daño físico que se añadía a aquella sensación insoportable de ruina y abandono, de yermo salvaje, de sinrazón, que inducía a inventar causas misteriosas y sospechas aterradoras. Sentía las miradas de los viejos clavadas en mi cuello, y esto no hacía más que aumentar la confusión y el presentimiento de que ya no podía aplazar la confrontación. Me di la vuelta. Pero no, no me esperaba aquello: los viejos, que eran ya unas decenas, me seguían a tan sólo unos pasos y, al volverme, nos encontramos cara a cara, sin protección. Aunque la mayoría eran mujeres, un examen más atento me descubrió que tampoco faltaban los hombres, y como si todo tuviera que estar del revés, éstos eran, en general, más frágiles y perecederos que las mujeres. Todos me miraban. Delante de mí, una viejecita, no más alta que un niño de diez años, delgada y graciosa, con la cara blanca y seca como una hoja fina de papel crepé, me escudriñaba con avidez, sin bajar los ojos y sin molestarse por mi mirada interrogante, que finalmente esquivó avergonzada. Levanté los ojos decidida a dejar de ser el objeto de su extraña contemplación y a hacerles hablar. Debían de conocer el motivo de aquella ruina general, de aquella putrefacción universal. Tenían que explicarme por qué ya no se recogía el maíz del campo, ni las ciruelas de los árboles, ni las uvas de las viñas. Y cuando encontré la mirada alegre e infantil de la viejecita que estaba frente a mí, quise preguntárselo, pero como todo era patético y complejo, y como en su mirada brillaba un interés que no conseguía descifrar, en lugar de la frase larga que me hubiese gustado formular, sólo levanté la mano y logré pronunciar confusamente:

—¿Por qué?

Pero como si no me hubiera oído, o como si lo que había preguntado no fuera esencial, la viejecita se acercó todavía más, mientras continuaba mirándome con aquel interés, un tanto distante, que no entendía y, rozándome con delicadeza con el dedo, como si hubiera querido convencerse de que existía o como si hubiera querido averiguar la materia de la que estaba hecha, dijo muy despacio, como si únicamente yo tuviera que oírla:

—Eres joven.

Pensé que no la había entendido bien, porque no entendía qué tenía que ver mi edad con aquella extraña confrontación visual, así que contesté un tanto al azar:

—Sí.

Pero ella seguía mirándome, aún más febril, y al extender la mano, una mano que estaba tan seca como la superficie de una madera, un poco áspera al tacto, me alcanzó por un instante la mejilla, y la quitó enseguida diciendo, esta vez en voz alta, como si hubiera querido dar una dimensión oficial a su observación y encontrar la aceptación de todos:

—Eres realmente joven. —Y luego añadió, de una forma un tanto retórica, con una voz aún más alta, un poco estridente por su tono, dirigiéndose esta vez, extrañada y decidida, a los demás—: Es joven.

Y los demás, como si hubieran esperado esta constatación, se agolparon de repente ante mí, deseosos de tocarme, con las manos alargadas, parecidas a unas ramitas secas, hablando entre sí sin esperar contestación alguna.

—Es realmente joven.

—No creía que consiguiera volver a ver a uno...

Sus dedos fibrosos, contorsionados por el trabajo y el reumatismo, con las venas abultadas bajo la piel, parecidas a unas cuerdas llenas de nudos, que sujetaban, de cualquier forma, los huesos pesados y las carnes cansadas, empezaron a subir sobre mi cuerpo, temblando de emoción y de asombro, como si fueran animales con vida propia. No sabía qué hacer ni cómo sustraerme a aquella extraña muestra de ternura y curiosidad apasionada. Y me parecía que las palabras aún podrían representar un fino escudo de protección, interpuesto entre mí y el grupo que me rodeaba por todas partes y que me palpaba con una avidez casi enemiga.

—¿Qué sucede en el campo? —dije, esforzándome por entablar un diálogo, por limitado que fuera; pero los viejos que me habían manoseado querían dejar paso a otros, y en medio de aquellos movimientos de sentido contrario me empujaban con tanta fuerza que estuve a punto de caer. Mi esfuerzo por mantener el equilibrio fue interpretado como un intento de huida de su cerco, y enseguida, las manos que me rodeaban se volvieron firmes, los dedos me agarraron la ropa y una voz casi histérica, cuyo fervor y timbre pertenecían a un solo sexo, gritó con una premura que encabalgaba las sílabas:

- ¡No la dejemos escapar! —apoyado inmediatamente por más y más voces:
—¡Que no nos abandone también ella!
—Intentará escapar...
—¡Retengámosla aquí para que tengamos nosotros también a alguien joven!
—¡Atémosla a algo!

Aquello parecía una pesadilla, y me preguntaba cada vez más si no lo era de verdad. Me parecía enloquecedor no sólo por el hecho de que ocurriera lo que estaba ocurriendo, sino porque todo pasaba como si yo no estuviera presente o no fuera un ser vivo, como si fuera un objeto difícil de encontrar y dotado, en aquel momento, de las características precisas. No me preguntaban nada y no me contestaban a nada, como si mis preguntas fueran obsoletas y yo no fuera capaz de entender las preguntas de verdad. Sólo me quedaba escapar, huir, liberarme del apuro y alejarme, lo más rápido posible, de aquel lugar de putrefacción del que no era lo suficientemente ajena como para no poder infectarme de muerte yo también. Pero, evidentemente, no podía escapar sin golpear, no podía salvarme sin atacar a mi vez, sin lanzarme con fuerza contra aquellos cuerpos viejos que habían formado a mi alrededor una pared tambaleante y maligna, impotente y tenaz. Empecé a luchar, pues, al principio con consideración, poniendo cautelosamente, casi con delicadeza, la mano en el pecho frágil de alguna viejecita, a la que tenía que empujar para abrirme paso; rompía con atención el tejido de mi abrigo para no tener que desasir los dedos crispados, espasmódicos, de algún viejo y me hacía sitio sólo para poder deslizarme entre sus cuerpos. Pero cuanto más cuidado tenía, y a medida que mis gestos se volvían más precavidos, tanto más arreciaba su enañamiento, y sus pobres esfuerzos se intensificaban, enloquecidos por la impotencia. Entre los silbidos de su respiración acelerada, entre sus gemidos y jadeos, se escuchaba a veces alguna voz sorda, decidida, que murmuraba una orden breve o algún estímulo elíptico.

- ¡Así!
—¡Que no se escape!
—¡Atención!
—¡Por aquí...!
—¡Con cuidado, con cuidado...!

No me daba cuenta de si su número había aumentado o si era únicamente el cansancio, que empezaba a apoderarse de mí, pero, aunque me parecía que yo vencía siempre, la lucha continuaba indecisa, ya que siempre quedaba otro por vencer. Tenía la sensación de intentar escapar de un mar de granos que, apenas retirados, retornaban a su posición inicial. A los que conseguía alejar, los dejaba fuera de combate sólo durante unos momentos, al cabo de los cuales volvían, para tener que apartarlos de nuevo. Y justo cuando empezaba a dudar de si todo esto acabaría alguna vez, al dar un paso —llevada siempre por el deseo de salir del interior del grupo, que, no

obstante, se desplazaba conmigo—, mi zapato tropezó con las botas de los que estaban detrás, y enmarañada entre tantos cuerpos y pies, caí en aquel revuelo, pero no alcancé la tierra, porque en el último instante —como si todo fuera previsible, incluso tramado de antemano— muchas manos me sujetaron y me arrastraron con dificultad, dejándome, al final, en el suelo, sobre una superficie que no era tierra. Aunque no podría decir que me hubieran tirado, en la caída me golpeé con bastante fuerza la cabeza, y en el mismo instante oí el chirrido de una puerta y descubrí que a mi alrededor había luz y vacío. Me levanté sobre un codo y, en contra de mi voluntad, irrumpí en una risa nerviosa, prolongada, liberadora, que no podía detener. Sin darme cuenta, sin albergar la más mínima sospecha, mientras luchaba, me había acercado (¿o es que me habían empujado?) hacia el granero para el maíz, cuya puerta se cerró tras de mí y cuya tarima sentía, debajo, aún caliente por el sol del verano. ¡El granero para el maíz! ¿Por qué me evocaba siempre una misma escena? Ahora me daba cuenta de que se parecía en todo a una jaula, una jaula en la que yo era el pájaro que se estremecía de risa, mientras que, más allá de las rejas de madera, las caras de los viejos, satisfechos por la victoria, empezaban a contagiarse de mi alegría inexplicable. No podía parar de reír mientras miraba sus cabezas, parecidas a unas máscaras cómicas, colgadas entre las rejas de madera. Recordaba las tardes de verano, en las que todos los niños de la calle nos encerrábamos en el interior vacío, que olía a polvo y a madera ardiente, maravillosamente ensombrecida por las sombras cruzadas de los listones de madera. Al principio jugábamos a «la fiesta» y recitábamos cada uno las poesías y canciones que conocíamos, pero mientras que las muchachas, más ambiciosas, se tomaban en serio la competición y se esforzaban en decir todas las que sabían, los muchachos se aburrían, empezaban a hacer el tonto, hacían muecas y acababan siendo expulsados por las chicas, siempre más numerosas, y a las que intentaban pegar o tirar de las trenzas. Y, siempre, después de quedarnos solas, jugábamos a «las señoras», es decir, paseábamos de dos en dos cogidas del brazo de un extremo a otro del granero, y cuando nos cruzábamos, nos saludábamos ceremoniosamente e intercambiábamos algunas palabras:

—Buenos días, Señora.

—Buenos días, Señora.

—¿Qué tal están sus hijos, Señora?

—Bien. ¿Y los suyos, Señora?

—Los míos también bien, Señora.

—¿Y su esposo? ¿Se encuentra bien, Señora?

Yo era, por supuesto, la autora de este diálogo, por lo demás bastante libre. Había cierta emulación entre nosotras para enriquecerlo, y cualquier añadidura se asumía sin más. En realidad, no todas las palabras tenían importancia, importante era únicamente la palabra «Señora», que se repetía siempre, pronunciada con fruición,

como una fórmula mágica capaz de comprimir los años que nos faltaban. Recordaba aquellos paseos, que podían durar horas enteras, miraba las caras de los viejos llenas de asombro y a punto de reírse, y no podía detener las carcajadas, que salían de mí como un río, como una materia que no podía detenerse en su fluir, y que, brotando, me hacía tiritar de frío. Todo era cómico, infinitamente cómico, de risa: los juegos de una infancia que deseaba pasar deprisa; mi madurez deplorable, que se esforzaba por volver a lugares y tiempos donde ya no podía encontrar a nadie; el campo con el maíz sembrado por máquinas y recogido por ratas; la huerta salvaje con las ciruelas podridas; la viña arrancada de cuajo y sacudida por los pájaros; los viejos, que se reían como tontos, enseñando sus encías podridas, exasperados por no morir y, en cambio, felices por tenerme bajo su control; y el pueblo, el pueblo entero, abandonado por los jóvenes, que dejaron de ver una razón de ser en el campo y que acabaron así desligados del mecanismo implacable del universo. Todo daba risa, y seguía riéndome mientras las lágrimas me corrían por las mejillas y los viejos se alejaban inseguros, preguntándose, tal vez, si habían hecho una buena adquisición. Todo era de risa, y seguía riéndome hasta no poder más, deteniéndome únicamente cuando de mi garganta sólo salía un sonido cascado, siniestro, amenazante, ante el cual hasta yo misma me espantaba. Pero incluso entonces, y mucho más tarde, cuando mi garganta ya no emitía ningún sonido, mi pecho continuaba alzándose al ritmo de las carcajadas, que daban paso a unos espasmos que no recordaban en nada a la alegría. Cuando tuve la capacidad de hacerlo, por fin serena y liberada de la risa como de una enfermedad finalmente vencida, me puse de pie, me tambaleé un poco, desprendí una tabla —rota y nunca bien reparada desde mi infancia—, me alejé y, recorriendo una vez más la huerta y la viña, salí saltando por encima de los setos de atrás. Creo que había decidido irme para siempre.

Antes de torcer hacia la iglesia, la recordé perfectamente: blanca, no muy alta, en forma de cruz, prolongada por un pórtico de columnas de ladrillo blanqueadas con cal, y con la cúpula recubierta por un latón en su origen reluciente y más tarde pintado de verde. La recordaba tan bien porque la había contemplado miles de veces en aquellas mañanas de los domingos en los que, mientras Mamana estaba en misa, yo examinaba, por enésima vez, las borrosas fotografías sobre porcelana y las inscripciones, para mí, incomprensibles, de las cruces del antiguo cementerio, con miradas cada vez más impacientes hacia la iglesia, desde la que anhelaba ver salir al final de la liturgia a una presurosa fila de viejecitas serenas. No esperaba encontrarla cambiada y era lo único que tenía el derecho natural de no cambiar. Y, ciertamente, la iglesia no había cambiado. Pero la habían tapado. En su lugar se alzaba un extraño edificio alveolar, del color de la tierra, un montículo formado por cientos y cientos de compartimentos redondos, levantados unos cerca de otros, apretujados y pedregosos. No, así no lo van a entender. Lo intentaré de otra manera. Piensen en un nido de

golondrina. Recuerden el último nido de golondrina que hayan visto y piensen en él, e intenten representárselo en su mente lo más exactamente posible, con su superficie áspera, hecha de pequeñas pelotillas de barro, pegadas tenazmente entre sí, con la entrada casi camuflada por el alero del porche. Y si se lo han representado bien, intenten ahora imaginarse veinte o treinta de esos nidos de golondrina, un porche entero recubierto, de un lado a otro, por una calle entera de viviendas de pájaros; y si han sido capaces de imaginar esto también, entonces intenten juntar delante de sus ojos diez, veinte, cincuenta hileras de este tipo y recubran con ellas paredes enteras, recubran todas las paredes de la casa desde el canalón hasta abajo, hasta la galería; y si también han sido capaces de hacer esto, entonces multipliquen todo por diez, veinte, cien y atrévanse a imaginar una iglesia entera, una iglesia grande, con torre, campanario y cúpula, revestida por completo, recubierta totalmente por nidos de golondrina. Esto es. Estaba tapada del todo, hasta la puerta pesada de hierro macizo, guarnecida con tachuelas y barras de hierro cruzadas, forjadas rústicamente en la fragua, aquella puerta —que había pertenecido incluso a la antigua iglesia y que fue reutilizada también en la iglesia nueva como una especie de símbolo enternecedor de la resistencia—, había desaparecido por completo bajo los extraños edificios de barro, y su presencia apenas se podía sospechar por el nivel, un poco más bajo, de los nidos en aquella parte. Las formas no se habían perdido, aún se podía reconocer el campanario, la cúpula y las columnas del pórtico en otro tiempo encaladas, aunque todo se encontraba envuelto por aquella espantosa carcasa de tierra y recubierto por aquella arquitectura de segundo grado, que se apoyaba en la primera, aunque la enterraba bajo sus rigores de saliva y barro.

¿Cuánto tiempo se necesitaba para cambiar tan drásticamente el orden de un mundo? ¿Un siglo? ¿Un milenio? Mi propia vida, estirada como una goma, a punto de romperse y estallar hiriente no conseguía medir o explicar nada. Durante largos minutos, hasta el límite del grito, me quedé contemplando aquella creación, aquel monumento desgarrador de los residuos del vuelo, dictado por leyes que no me incluían, que no entendía ni podía aceptar. Ahora, en el invierno, cuando hasta aquel segundo intento de sobrevivir estaba vacío, el grado de abandono del edificio sobrepasaba los límites normales de lo soportable y sentía que tenía que romper de cualquier forma el silencio que me rodeaba, aquel silencio pérfido a través del cual me llegaba, como un filtro envenenado la pululación del campo vivo y omnipresente. Había mirado demasiado. Durante mucho tiempo me había imaginado que ver significaba también salvar, y ahora tenía que apresurarme a hacer algo si quería liberarme alguna vez de la marca de aquellas imágenes devoradoras. Eché a correr hacia el campanario y empecé a golpear sin cesar, con puños y pies, los nidos que habían tapado la puertecilla que llevaba a la torre, sin parar y sin extrañarme siquiera cuando sentí entre mis dedos la sustancia pegajosa de los huevos rotos y los cuerpos

húmedos, sin plumas, de los pollos que aún no sabían volar. Seguía golpeando y destruyendo, cuando en torno a mí empezaron a revolotear con el mismo nerviosismo unos pájaros pobres y asustados, miserables y ruidosos, rebeldes y humildes. Mientras seguía aporreando, mientras la puerta pútrida, probablemente antigua, se desplomaba con un crujido casi animal y una nueva manada de pájaros viejos escapaba espantada de las volutas de la torre, comprendí de repente —y un cansancio sin límite se apoderó de mí— que no eran golondrinas. Las golondrinas, usurpadoras de la iglesia, se habían ido hacía mucho tiempo y, a su vez, su lugar había sido usurpado por los gorriones. De sus immaculados nidos caían ahora harapos y paja, hojas secas, ramas y basura. El proceso seguía implacable y yo no era más que un contrincante absurdo, sin ninguna posibilidad de vencer a las fuerzas que seguían su evolución irónica, indiferentes ante mi necesidad de entender y ante mi esperanza de pararlas. Continué subiendo deprisa las escaleras de madera de la torre, que crujían y se quebraban casi alegres bajo mis pasos, acosados por lo irreversible. Cuando el último peldaño de arriba se rompió, sólo tuve tiempo de extender los brazos y colgarme de las sogas largas, negras, pulidas por los sonidos de las campanas, que al principio, se movieron un poco, sin chocar, concediéndome, al parecer, un instante para reflexionar.

En aquel segundo tuve la sensación de recapitular toda mi vida y, analizándola a fondo, decidí actuar. Siempre tuve la convicción de que cada instante que vivía, perdía o pasaba en balde se depositaba en alguna parte, y que me iba a ser útil cuando necesitase recurrir a estas economías heroicas. Y que, incluso si aplazaba sin cesar el momento de valerme de los montones de segundos, días y años acumulados, casi sin querer, en el banco del tiempo, su misma existencia allí no dejaba de ser menos importante para mí. Al fin y al cabo, el hombre más rico del mundo no es el que más come o el que mejor viste, sino aquel que puede hacerlo en todo momento. Inmediatamente después de este trance, cuando las campanas se inclinaron brusca y peligrosamente de un lado y me arrancaron con violencia, produciendo un tañido prolongado, clamoroso, plañidero, delirante y denunciador, supe que había llegado el momento de recuperar del banco del tiempo todas las horas, los días y años ahorrados, con el fin de gastarlos así, por el mero placer de consumirlos, de arrojarlos, por ejemplo, desde lo alto de aquel campanario, como si fueran billetes flotando en el aire, que alguien, abajo, esperaba para enriquecerse. Pero el primer tañido sólo desgarró el horizonte para poder llenarlo con el fragor del metal rebelde, el clamor del bronce golpeado, para poder verter en el aire turbio del invierno indeciso la decisión de aquella rebeldía conmovedora y tardía. Y entonces, como ante una señal implacable —como en los frescos de los pórticos de los monasterios, cuando, ante la llamada de las trompetas del juicio final, los muertos abandonan las tumbas y sacan sus miembros esparcidos de la boca de las fieras saciadas—, desde

los miles de nidos, por las aberturas casi secretas en los labios de aquellos alvéolos de barro amontonados unos encima de otros, empezaron a salir, a revolotear, a girar, a alzarse y a planear espantados, miles, cientos de miles de pájaros, removidos en el aire por las inmensas aspas del tañido, forcejeando, a punto de dejarse engullir por el torbellino del estrépito, liberados durante un instante por el remar desesperado de sus alas, para dejarse absorber, inmediatamente después, por el remolino de sus cuerpos, aplastados en el vuelo y estancados en sus plumas, disipados por los sonidos y retraídos por el silencio, crucificados en el aire, torturados, lanzados hacia las nubes, arrojados en grandes circunvoluciones y estrellados contra el suelo, en un tumulto condenatorio que a través de su lamento vengativo y despiadado instigaba a la insubordinación. Mezcladas con las aves, las olas del estruendo crecían, casi amplificadas por tantas alas, plumas y garras que se extendían sobre la llanura, la cual, a su vez, se desplegaba ignorando sus propios límites; y ante aquel alarido tan infinitamente metálico e implacable, incluso las ratas dejaron de masticar para escucharlo, y se alzaron sobre sus patas traseras y las anillas pegajosas de las colas; y también los tallos infértiles y prematuros empezaron a crecer, alargándose para escuchar mejor, para entender lo que se les decía, si es que se les decía algo, si es que el delirio y las maldiciones de aquellas campanas, que se precipitaban en busca de los culpables, iban dirigidos a ellos. Chocando contra los gorriones y engullidos por el estruendo, los cuervos, con las ratas colgando de sus garras, abrieron las alas todo lo que podían, descubriéndolas con orgullo, midiendo asombrados su alcance y dejándose deslizar, como gaviotas ennegrecidas, sobre aquel mar tempestuoso de gemidos.

Negras, con los brazos en alto como alas alzadas por el terror, las viejecitas del pueblo se congregaron ellas también bajo la bandera ondeante de los sonidos, y según venían, presurosas, casi corriendo, remando asustadas por el aire, parecía que se preparaban para desprenderse de la tierra e inscribirse en aquel torbellino gigantesco de pájaros, que flotaban cada vez de una manera más sistemática, cada vez más alucinante, en torno a la iglesia. Me encontraba suspendida de las sogas, y la inclinación brusca de las grandes campanas me arrojaba con fuerza de un lado a otro, y este balanceo radical hacía que la mirada que echaba sobre el mundo careciera de un punto de referencia estable, y que la tierra se tambaleara desequilibrada a causa de mi propia oscilación. Y puesto que todo se movía a mi alrededor, y yo misma me movía sin cesar, necesité mucho tiempo para entender que el círculo rotativo e histórico de las alas que revoloteaban alrededor de la iglesia de nidos, aquella masa nebulosa y arremolinada de voladores, había conseguido arrastrar en sus extrañas revoluciones al edificio mismo, despegándolo lenta y levemente de la tierra, mediante trasvases delicados y rotaciones imperceptibles. Cuando lo comprendí, los viejos del pueblo ya no eran más que una mancha negra que ondeaba encima del pueblo, este

último también una mancha, cenicienta y petrificada, en medio de la llanura que lo devoraba a fondo. Como si cada uno de ellos estuviera atado por un hilo invisible del nido del que había salido, y como si estos hilos fueran bastante poderosos para soportar la carga, pero no su desprendimiento, los pájaros sujetaban la iglesia por los aires mediante la fuerza de su vuelo y el pavor, no interrumpido ni por un instante, de sus alas. En el momento en el que entendí esta relación, mientras mi cuerpo, suspendido de las sogas, oscilaba a ritmo frenético, comprendí que, dado que la agitación de las alas estaba ligada a los latidos de las campanas, la extraña iglesia con torre, cúpula y nidos, e incluso yo misma, con mis revelaciones, recuerdos y culpas, íbamos a existir únicamente mientras aún tuviera fuerzas para retorcerme en el extremo volador de la soga, tirando, enloquecida, de los cencerros colgados en el cuello de Dios a modo de señal de alarma y horror, para producir, bajo el cielo raso e indeciso del invierno, aquel grito desgarrador capaz de mantenernos en el vuelo. Por esto seguía forcejeando, atormentada, acongojada, esperando oír con cada sobresalto el estruendo doloroso del bronce de la campana, que estallaba en mi cerebro. Y durante los intervalos entre los choques escuchaba el crujir de las alas, que tropezaban entre sí presurosas y que hacían vibrar las plumas de una manera lacerante, como un eco del eco, un reflejo sordo del sonido y de mal agüero, como el fieltro que ahoga la reverberación del metal. El frenesí del aleteo empezó a remitir y los tañidos se volvieron cada vez más raros y quejumbrosos, diluyendo su amenaza en un lamento cansado y melodioso. Me arrojaba desesperada de una parte a otra, chocando contra las paredes voladoras del campanario, adelante y atrás, dispuesta a arrancar las campanas de sus goznes de bronce, que se abrían por encima de mí como bocas abiertas por el asombro que gritaban inconscientes. La tierra, con sus viejos de papel y las huertas enmarañadas, con sus pozos eternos y sus campos vengativos, apenas se divisaba en el círculo amarillo, negro y niebla, y sólo yo sabía que todo dependía exclusivamente del terror que mis convulsiones estrepitosas pudieran transmitir a las alas, cada vez menos ruidosas, de los pájaros. Sólo me quedaba preguntarme hasta cuándo iba a tener fuerzas para forcejear, por cuánto tiempo más lograría agitarme, cuánto más sabría latir con la fuerza suficiente para dar voz a aquellas campanas, capaces de mantener a los pájaros en vuelo...

Me encontraron en la montaña, eso me dijeron, a unos cientos de kilómetros del pueblo de mis abuelos. Cuando recobré el conocimiento, unos días más tarde, me encontré inmóvil, transformada en una estatua yacente de yeso. Me contaron que me habían hallado, sumergida en la nieve, en las cercanías de un refugio de difícil acceso, pero que no habían logrado encontrar mis esquíes, por mucho que buscaron alrededor.

Al principio, no entendía nada de su complicado relato, pero más tarde, cuando

empecé a comprender (no concebían que pudiera haber llegado a la nieve, a la montaña, más que sobre esquíes, siguiendo el itinerario conocido; los esquíes eran, para su mentalidad, la única razón de que me encontrara en el lugar en que me habían localizado), intenté contarles la verdad en varias ocasiones. Me escuchaban siempre con una sospechosa falta de asombro, asentían y me animaban a seguir contando, como si la putrefacción del campo y la desaparición del pueblo o el vuelo de la iglesia no fueran algo insólito, y me di cuenta de que no se atrevían a dudar de lo que les contaba, no porque no me hubieran creído, sino porque no les parecía recomendable contradecirme. Renuncié, pues, a convencerlos y acepté, por tanto, la opción deportiva, interesándome por el estado de sus investigaciones para recuperar mis esquíes y recibiendo a cambio sus respuestas más pesimistas y, a la vez, más asombrosas. Así, por una confusión, la renuncia a la realidad se convertía en el signo seguro del regreso a la vida. Se portaban tan bien conmigo que no me podía permitir defraudarlos. Era una persona demasiado bien educada como para hacer algo así.

REPORTAJE

Me encontraba en una gran ciudad, tal vez en el mismo París, y estaba mirando por la ventana. No sé por qué he dicho «tal vez en el mismo París», ya que no recuerdo los detalles que me hicieron suponer que se trataba de París y no de otra metrópoli. De todas formas, era una ciudad muy grande, porque desde donde yo estaba, mirando en derredor hasta muy lejos, hasta donde la tierra se difumina, se vuelve gris y casi imperceptiblemente da paso al cielo, no se veían más que tejados. Tejados y chimeneas. Debía de hallarme en algún lugar elevado, en un piso muy alto, puesto que la ciudad mostraba *a mis pies* una superficie extensa de tejados y chimeneas. Estaba mirando casualmente por la ventana, fascinada por aquel Tibet inmenso de tejados con aleros, hojalata, chimeneas, veletas y tejas que se desplegaban bajo mi mirada, cuando repentinamente me di cuenta de que por una chimenea salía lenta, pero continuamente, agua. Al principio, apenas me llamó la atención, pero luego recapacité y pensé que una chimenea por la que sale agua, esto es, una casa en la que el agua y no el humo sube hacia arriba, era algo anormal. Pero, cuál no sería mi asombro cuando, desde otras tres chimeneas irrumpieron, sin dejar de elevarse, otros potentes chorros de agua en paralelo, parecidos a unas poderosas sondas en erupción. Al poco tiempo comenzaron también las otras chimeneas. Y la ciudad entera se transformó en un surtidor, con innumerables bocas de agua violenta. Parece ser que yo fui la primera en anunciar el peligro, porque también fui la primera en llegar a una colina de las afueras de la ciudad, que estaba rodeada ya por el agua como una isla. Poco a poco, de las olas emergieron también más personas. Se refugiaban y se amontonaban unas sobre otras en aquel promontorio, pero todas sabían que yo había sido la primera y que sólo a mí me correspondía el derecho a subirme en aquella delgada torrecilla de madera que se alzaba en lo alto de la colina y que, en breve, sería el último bastión que el agua habría de cubrir.

Este fue el sueño que tuve durante aquella media hora en la que, finalmente, logré echar una cabezada antes de la salida del tren, y que, al tener, tal y como suele suceder, un poder de persuasión y una capacidad emocional más potentes que la realidad, constituyó no sólo un comienzo emblemático, sino también una especie de obsesión siempre presente, mezclada con los hechos, especialmente en los momentos de gran cansancio. Me había quedado dormida en la sala de espera de la estación después de que anunciaran que al retraso varias veces acumulado del tren se le añadían otros cincuenta minutos. Probablemente había caído en un sueño tan corto y profundo que el megáfono que me despertó, salmodiando la entrada del tren en la estación, retumbó *primero* en el sueño, anunciando la crecida definitiva de las aguas sobre el nivel de la colina que nos había acogido. Había pasado más de medio día en la estación, aguardando el tren que iba a llevarme hacia la desembocadura del río,

hacia aquella zona donde se sabía que al cabo de unas pocas horas iba a llegar la riada: un torrente formado por todos los afluentes que habían desbordado las riberas y que, tras haber inundado numerosas localidades e inmensas superficies de tierra, se acercaba ahora de forma natural y catastrófica.

Dañado por el agua, el terraplén de las vías férreas se había desmoronado (allí donde no se había derrumbado del todo) y, por miedo a descarrilar, los trenes circulaban lentos como unos caracoles que tantearan el trayecto con sus blandas antenas; su lentitud trastornaba el horario y, para no chocar entre sí, los convoyes se esperaban unos a otros a lo largo del recorrido y sumaban un retraso de muchas horas, a veces hasta diez, por lo que las estaciones habían adquirido ese aspecto de guerra, histérico y alucinante, cuando ya nada es seguro y cualquier novedad puede ser un desastre. El tren estaba lleno hasta los topes. Probablemente se habían cancelado otros, o, simplemente, como siempre suele suceder en tiempos de desgracia, el pánico había cundido entre la gente y cada uno se imaginaba que existían muchas más posibilidades de salvación en otro lugar distinto a aquel en el que se encontraba. A esta agitación subjetiva y delirante se añadía el éxodo objetivo de los que, después de haber perdido sus casas, barridas por las aguas, se dirigían a las de los parientes que vivían en regiones menos afectadas por el siniestro, y que les iban a dar refugio.

Seguía cayendo una llovizna cenicienta, como de otoño. Desde hacía más de dos semanas llovía casi sin interrupción en todo el país. Algunas mañanas descubría con asombro el silencio, dado que ya no se oía el constante chorrear del agua al que nos habíamos acostumbrado; el cielo parecía estar a punto de despejarse por alguna parte y todo el mundo empezaba a ilusionarse con la idea de que la pesadilla había terminado, cuando, sin saber cómo, la lluvia comenzaba a caer de nuevo y el cielo compacto y algodónoso parecía haber sido así desde siempre, y las franjas de nubes continuas empezaban otra vez a enrollarse y a empapararlo todo. Las gotas caían ahora sobre el vagón con una especie de canto parecido al de un grillo resonando aún más fuerte que sobre el tejado de mi casa. De hecho, el tren mismo avanzaba a través de una suerte de superficie gris sombreada por el agua, que se escurría a lo largo de las ventanas sin perder sus trazos paralelos. A través de sus líneas se veía el campo, cubierto por inmensas superficies de agua, y las manchas de tierra seca que habían logrado sobrevivir parecían fortuitas; eran simples charcos de tierra negra, fangosa, en medio de una extensa estepa líquida. Nada más amanecer, el gris del alba se superponía deprimente al gris aún más desolador de la lluvia. Parecía que el mismo universo nacía a la vez que el día de este magma húmedo, revelándose como un paisaje sin sentido y sin esperanza, en el que debíamos vivir según unas leyes todavía desconocidas. Todo era frío y húmedo, el final de mayo sólo se intuía en el derretir violento de las nieves. El panorama entero se estremecía frenéticamente con esta

sensación de miedo ante el final de mi sueño, que aún recordaba. El tren avanzaba despacio, cada vez más lento, hasta que se paró: las aguas se habían tragado la tierra del terraplén y la vía de ferrocarril había quedado suspendida en el aire, torpe y frágil, parecida a la maqueta de un viaducto. No se podía pensar en una posible reparación, y después de la desorientación y espera inicial nos pusimos en camino, casi en fila india, a lo largo de la vía del ferrocarril, nos hundíamos en el lodo cuando no lográbamos sujetarnos al talud, empapados por los finos hilos de una lluvia que parecía no detenerse nunca. Anduvimos dos o tres horas, creo, a lo largo de aquella franja estrecha de piedras, acero y traviesas alquitranadas, con la mirada perdida en la extensión de agua a uno y otro lado de la vía. Todo tenía un aspecto ajeno a nuestro universo y parecía que el mundo fuera a crearse de nuevo. Recuerdo que, por un instante, se me pasó por la cabeza que a nadie le hubiera extrañado si de aquellas aguas, de pronto, hubieran empezado a surgir ictiosauros, con largos cuellos acabados en cómicas cabezas minúsculas y cuerpos opulentos que desplazaran con sus movimientos olas de lodo. Y si todavía había algo extraño en este mundo lacustre que había reemplazado de manera tan natural al nuestro, no era la extensa superficie de agua, como un mar en calma, de horizonte a horizonte, sino los grupos de árboles que lograban, de vez en cuando, alzar sus copas por encima del agua como unas islas cubiertas por una espuma de follaje. A medida que nos acercábamos al río, crecía el nivel de esta llanura de agua: al principio todavía se vislumbraban, aquí y allá, unas manchas de lodo esparcidas entre los dominios del agua, pero ahora las ramas redondeadas de los árboles difícilmente lograban salir a la superficie, y desde lejos parecían montículos verdes, de un verde plumizo en el gris ceniciento y pálido del paisaje. Todo estaba mojado, empapado de una manera tan profunda, que ya no pensabas en la podredumbre, sino más allá, en la supervivencia en otro reino. De hecho, mis compañeros de viaje parecían la estampa misma de la supervivencia: agobiados por los equipajes, apenas podían cargar con la ropa chorreando, avanzaban sin ánimo, sin poder descansar ni un instante (porque la única esperanza estaba en algún lugar lo más alejado posible de la lluvia). Cuando después de unas horas llegué al Danubio y me vi instalada —¡qué expresión tan rimbombante para describir el modo en que me había acurrucado en la cubierta bajo una lluvia tan fina que parecía niebla!— en el remolcador que llegaría a la isla al cabo de cuatro o cinco horas, ya no estaba segura de haber vivido realmente aquella marcha, de traviesa en traviesa. Claro que me resentía del cansancio, pero lo que me hacía dudar no era el hecho de que ya no recordase, sino, al contrario, la excesiva exactitud de las sensaciones, percibidas y memorizadas con aquella intensidad propia de las pesadillas, y de la que la realidad raramente es capaz. Por supuesto que recordaba el instante en el que me había despertado en la sala de espera, y aquel sueño breve, mezclado con otros sueños que luchaban entre sí y de los que emergía victoriosa aquella ciudad surtidor,

la gran ciudad, «tal vez el mismo París», en la que el agua brotaba suavemente por las chimeneas, la metrópoli que se autoinundaba con un extraño impulso suicida. Y también recordaba el tren abarrotado, que finalmente había salido con un retraso de varias horas, y que avanzaba despacio, casi tanteando, a través del universo sombreado por la lluvia, compuesto por grandes extensiones líquidas, sobre las que las islas de tierra parecían más húmedas y más empapadas incluso que este desierto de agua. Nada me impedía suponer que durante horas, a lo largo de aquel lento y suave deslizamiento, me había quedado dormida a ratos, ya que recordaba cómo redescubría aquellas extensiones plateadas de cuando en cuando. Pero no estaba segura, ni había modo de estarlo, de si aquel episodio de la marcha, jalonado por las traviesas, se había desarrollado durante uno de aquellos eclipses o, al contrario, en la realidad abúlica que los separaba. A decir verdad, recordaba sólo de manera teórica el instante en el que el tren se había parado, como si otra persona me lo hubiera relatado brevemente.

Muchos de los seres acurrucados en torno a mí en la cubierta alargada del remolcador se durmieron de nuevo de una manera decidida, como si el sueño tuviera la capacidad de protegerlos de la lluvia casi invisible que seguía cayendo como una nieve extraordinariamente fina. Yo estaba más despierta que nunca. Tal como ocurre después de una larga somnolencia, de pronto se apoderó de mí, justo cuando ya no la necesitaba, una lucidez cristalina, en la que aguardaba con terror, paralizada como un insecto por la luz, a que una ola cayera sobre mí. De hecho, empezaba a oscurecer. El horizonte ceniciento adquiría tonos más oscuros, mientras el agua, con una gama más reducida de matices, no iba más allá de los últimos reflejos de lo plateado y no cesaba, ni siquiera allí, en la inmediata cercanía de lo negro, de lucir con una suave luminosidad. De todos modos, la relación de los colores amenazaba con invertirse: la sombra oscura de la lluvia, a través del aire más claro, sobrepasaba rápidamente el equilibrio monocromo y se convertía en un fluir de líneas apenas luminiscentes sobre un trasfondo cada vez más poroso. Se veía todavía bastante bien, y yo escrutaba con avidez a los seres de mi alrededor, reservando mis fuerzas para aquellos momentos en los que la oscuridad y mi insomnio se iban a encarar sin poder vencerse. Entre los montones de equipajes y de cuerpos con las caras escondidas bajo sombreros o pañuelos —como si, protegidos de la lluvia, sus rostros hubieran transmitido la consigna de la indiferencia ante la humedad al resto del cuerpo— ninguno miraba la lluvia como yo. A los demás, a la mayoría de ellos, les bastaba con oírla.

Indiferentes ante todo lo que los rodeaba, como si ni la lluvia ni la noche les afectasen, un hombre y un niño, apoyados de espaldas en la barandilla de la cubierta, comían de un mismo paquete. No sé si atrajeron mi atención por su posición distendida —expresaban un gozo tan poco probable— o por el simple hecho de ser los únicos que hacían algo. O, tal vez, sólo era porque se parecían a algo ya vivido.

De todos modos, pasó bastante tiempo desde que los miré hasta que me di cuenta de que me recordaban algo. Y transcurrió aún más tiempo hasta que entendí qué era lo que me recordaban. Un hombre bastante joven, quizás entre los treinta o cuarenta, y un niño más bien feo, de una fealdad de adulto que lo hacía en cierto modo fascinante. Comían juntos algo difícil de definir, envuelto en un papel de periódico grasiento, que la lluvia había mojado y transformado en un harapo impreso con textos y títulos ilegibles; daban bocados por turno, con movimientos rápidos, pero perfectamente sincronizados y con una indiferencia que impedía que la prisa se transformara en avidez. Y precisamente aquella sincronización, que parecía ser el resultado de largos cálculos y repeticiones (¡por su falta de errores parecía una especie de representación!), fue lo que me hizo recordar.

La situación era semejante en muchos aspectos. La misma clase de espera indeterminada, en la que la inercia, atenta a lo que sucede alrededor, parecía la única solución para eludir el tiempo que, finalmente, no podía dejar de transcurrir. Ahora la lluvia lo determinaba todo, entonces fue la marcha inevitable, pero aplazada por una noche, de mi padre.

Estábamos todos sentados en aquella habitación alargada a la que nos habíamos acostumbrado a llamar «cuarto de día». Llevábamos así largas horas cuando comenzó a desarrollarse la escena que me recordó aquella comida en la cubierta del remolcador; nos mirábamos los unos a los otros con una intensidad agobiante, y sólo de vez en cuando echábamos una ojeada, con mucho cuidado, como de pasada, a aquel hombre del que dependía todo, pero que no parecía ni menos tenso ni menos cansado que los demás. Estaba también sentado en una silla (la había cogido él mismo de al lado de la mesa, retirándola hasta dar con el respaldo en la pared), y nos miraba a todos a la vez de manera inquieta, sin poder fijar su mirada en nadie porque siempre se precipitaba a mirar a los demás. Fue poco antes de la caída de la tarde cuando llamó insistentemente (aún hoy recuerdo esta llamada imperativa) y le dijo apresuradamente a mi padre, el cual le había abierto, que venía para llevarlo a la ciudad C., en la otra punta del país, de donde procedía la orden de arresto y de donde él mismo había salido hacía menos de veinticuatro horas.

Así lo delataba su aspecto cuando mi padre lo invitó a pasar y nos dijo con serenidad elocuente, llena de presagios, que tenía que partir inmediatamente con él, y lo señaló con un gesto que nunca había visto, confuso y reverencial al mismo tiempo. Entonces lo miré por primera vez. Sin entender, de hecho, lo que nos decía, intuíamos sólo que se trataba de una noticia muy grave, razón por la cual mirábamos con atención al mensajero que la había traído. Parecía, en verdad, un hombre que hubiera estado veinticuatro horas de viaje, cansado y hambriento, desaliñado y sucio. Su apariencia no lograba inspirar miedo, sólo inquietud ante el mecanismo que lo ponía en funcionamiento y que lo obligaba a moverse. (Extrañamente, ni entonces ni mucho

tiempo después, cuando revivía mentalmente aquella escena, podía dejar de pensar que mediante aquel tono tan tranquilo y tan —¿cómo diría?— amable, mi padre intentaba no sólo protegernos de aquella terrible novedad que no tenía modo de ocultarnos, sino también proteger a aquel forastero de nuestra imprevisible reacción.) Después del enunciado tranquilo sobre la finalidad de aquella visita, que suplía la necesidad de una presentación, mi padre no supo qué añadir y nos quedamos de piedra mirando al huésped, del cual esperábamos la continuación o, tal vez, la confirmación de lo dicho. El hombre se enfadó de pronto, y desde donde estaba sentado, colocado casi sobre una tarima, con ambos pies encima del limpiabarros de caña de la puerta, empezó a gritar que tenía prisa, que no había tiempo que perder, que el tren salía en menos de una hora y que, si no teníamos intención de hacer rápidamente el equipaje, mi padre tendría que seguirle tal y como se encontraba, con los pantalones remendados en las rodillas que solía ponerse cuando trabajaba en el jardín y la chaqueta a la que habían cortado las mangas y que utilizaba como chaleco. Pero, antes de acabar de dar voces, sus ojos fueron a parar sobre las manecillas de bronce del péndulo, avanzó unos pasos y se dejó caer de manera brusca e inesperada sobre la primera silla, dirigiéndose al mismo tiempo, en un tono distinto, cansado e íntimo se podría decir, a mi madre, que finalmente entendió y se lanzó enloquecida a coger una maleta de encima del armario.

—¿Va bien el reloj? —Y, sin esperar respuesta alguna, añadió en voz baja—: No se apresuren, hemos perdido el tren de todas formas.

Así empezó aquella noche, en la que todos, mi padre, mi madre, mi hermana de cinco años, el forastero y yo, esperamos sentados el despuntar del alba y la hora del siguiente tren para C. Tenía más de diez años y me parecía que entendía, tal vez que incluso asimilaba todo. Nos sentamos también en las sillas, mirando todos a mi padre, quien como si quisiera subrayar que había entendido y que, sin embargo, nada importante había cambiado, sacó del armario la ropa gruesa de invierno y se vistió despacio, con una especie de estudiada lentitud. Después, cuando consideró que estaba listo, se miró en el espejo (no recordaba haberlo visto hacer eso nunca), con una mirada inquisitiva, como si hiciera inventario, y sólo después, con un suspiro un tanto satisfecho, se sentó también a la mesa.

Al principio se habló sobre el motivo de la detención, que el visitante confesó desconocer, y para demostrar su buena disposición sacó de nuevo (lo había enseñado ya una vez en la puerta) el papel casi arrugado de la orden de detención, y mostró a mi padre que, exceptuando el nombre y la dirección, en el escrito no figuraba nada más. Luego lo metió en el bolsillo. A continuación pidió permiso para quitarse el abrigo y, dado que mi madre y mi padre se apresuraron a asentir, lo colocó en el respaldo de su silla.

No había nada que decir. Pero tampoco podíamos permanecer callados frente a

frente durante toda la noche. Una noche de la que, de cualquier forma, nosotros, los niños, estábamos excluidos; debería habernos extrañado, si todavía hubiéramos tenido reservas de asombro, que no nos mandaran a la cama. Es cierto que antes de mandarnos a la cama nos teman que haber dado algo de cenar, pero parecía que nadie pensaba en esto, o tal vez sí. Mi madre se movió varias veces como si hubiera querido levantarse de la silla, pero no se atrevió a completar el amago. Sin duda alguna, la hora de la cena había pasado hacía mucho tiempo. Cada uno fijaba su mirada en algo, con un cuidado que, ostensiblemente, lograba acaparar su plena atención: el forastero se secaba meticulosamente el sudor del rostro y de las manos con un pañuelo grande, mirando siempre las huellas que dejaba el sudor sobre la tela a cuadros; mi padre buscaba en los bolsillos de la ropa, que no se había puesto desde hacía casi un año, mirando con atención cada objeto que encontraba, por insignificante que fuese, como si mediante el alarde público de esta ocupación casi íntima hubiera querido demostrar, con una lealtad que nadie le había pedido, que no tenía nada que esconder; mi hermana destrenzaba y volvía a trenzar, por enésima vez, el pelo de la muñeca; yo acababa de contar los flecos de mi lado del mantel, eran ciento treinta y siete. No obstante, cada vez con mayor frecuencia, durante solamente una fracción de segundo, las miradas suspendían su ocupación principal para mirar furtivamente a mi madre. No sólo la cena pobre, impropia de un huésped, cohibía a mi madre, sino también la cuestión, infinitamente más difícil de resolver, de si se le podía considerar un huésped. De hecho, creo que no estaba segura de si tenía derecho a salir de la habitación. Recuerdo cómo, de manera evidente, estábamos todos preocupados porque íbamos a finalizar nuestras actividades, que, por quiméricas que fueran, no se podían, sin embargo, prolongar infinitamente antes de que mi madre encontrara una solución.

Finalmente tomó la decisión. Se levantó y se quedó inmóvil un momento, como si hubiera descansado después de un esfuerzo, o como si esperara alguna reacción que le impidiera continuar. No obstante, nadie dijo nada, y mi madre se dirigió cohibida, con cierta prevención en sus gestos, como si se moviera en un escenario, hacia la puerta de la cocina. Allí se paró de nuevo y esperó unos instantes la frase que, finalmente sonó a su espalda y que la hizo volverse apresurada, como si fuera culpable de algo.

—¿A dónde va? —casi gritó el forastero, levantándose bruscamente e intentando compensar la tardanza de su reacción con la subida de su tono.

—A traer algo para comer —contestó mi madre a punto de renunciar a su iniciativa.

Pero, dado que el forastero no sabía cómo continuar, mi padre contestó simplemente:

—Ve, Otilia.

Y mi madre salió. El forastero volvió a sentarse desconcertado. Sin embargo, nuevamente (y he aquí que recuerdo con exactitud aquella impresión, prueba de que fue insólita y de que incluso me extrañó), me pareció que la voz tranquila de mi padre intentaba proteger no tanto a mi madre, desorientada por la nueva situación (luego, tardaría varios años en familiarizarse con ella), sino a aquel forastero que la había producido, aunque sólo en calidad de simple mensajero.

Poco después, mi madre volvió con una bandeja en la que traía platos, cuchillos, las sobras de la comida, una botella de leche, un tarro de mermelada y un pedazo de tocino. Puso un mantel limpio y, un poco incómoda, colocó en el centro los pobres bocados, los platos y los cubiertos, y después de una ligera vacilación puso las servilletas bordadas, que conferían a la mesa un aire exagerado e inadecuadamente festivo. El huésped se calló, incluso ayudó a poner el mantel, y cuando mi madre quiso coger su plato para servirle, casi lo retiró violentamente, y dijo con una voz, por primera vez, realmente hostil:

—Yo no como.

—Otilia —dijo mi padre, como si hubiera sabido que todo iba a ocurrir así y hubiera preparado de antemano la solución para este tipo de situación—, nuestro huésped va a comer en el mismo plato de Getuța^[2] una tortilla que se va a hacer él mismo. Tu sólo tienes que mostrarle dónde está lo que necesita. —Y añadió enseguida, con un tono más familiar—: ¿Hay huevos, no?

Mi madre tan sólo consiguió asentir, bajando por un momento la cabeza, tan sorprendida estaba; y no tanto por la intervención extravagante, aunque lógica y comprensible, de mi padre, como por la rapidez, interrumpida sólo por una vacilación infinitesimal, vencida al instante, del huésped, el cual se levantó y la siguió incómodo, pero no menos decidido, a la cocina.

Así nació la escena evocada por la pareja sobre la cubierta del remolcador: un niño y un hombre que comían en un mismo espacio estrecho, el del paquete o el del plato, y armonizaban con un instinto sabio sus movimientos para no molestarse, en una asombrosa e inquietante cooperación. Eso fue lo que no olvidé: la escena de aquella cena alucinante en la que nosotros, mi padre, mi madre y yo, apenas lográbamos tragar las sobras de la comida, frías por la espera, sin quitarle los ojos de encima al huésped, que presidía la mesa con mi hermana de cinco años sobre sus rodillas y acompasaba perfectamente sus movimientos con los de ella, y comía, con unas ganas finalmente liberadas del terror, aquella gigantesca tortilla sobre la fuente en la que mi madre servía los domingos las rebanadas de *cozonac*^[3]. Orgullosa de su importancia, cuyo sentido ciertamente no entendía, pero del que no podía no ser consciente, Geta comía emocionada y callada como nunca, y la emoción daba a sus movimientos y a su expresión infantil un aspecto errático que contribuía a la extraña atmósfera de aquel momento. Con esta imagen finaliza en realidad mi recuerdo.

Después de la cena nos mandaron a la cama sin muchas explicaciones, y por la mañana, cuando nos despertamos, mi padre ya no estaba. Cuando volvió, después de muchos años, ya no éramos las mismas, nos habíamos convertido en mujeres adultas encerradas cada una en su mundo y su familia, y aquella escena anormal ha permanecido petrificada y emblemática, como el dibujo de una cubierta cerrada definitivamente sobre el final de mi infancia.

El niño se había quedado dormido sobre las rodillas del hombre, que todavía no había acabado de comer de aquel papel que aparecía, ahora, caído sobre la adormecida frente infantil. Seguía lloviendo, pero las huellas del agua sólo se distinguían a la luz sucia de una bombilla colgada en el extremo de la cubierta y, absurdamente, esta revelación parcial de la lluvia hacía que los que se encontraban en la oscuridad se sintieran más protegidos. Creo que me dormí de nuevo. O por lo menos dejé de percibir el frío y la humedad como una realidad presente. El Danubio, que se había difuminado en la oscuridad, estaba, de hecho, más presente en mi conciencia pasada que en la realidad de ahora. A algún lugar del Danubio mandábamos paquetes pobres, completados con mucha dificultad («tenemos que dejar esto para papá»), paquetes que a veces nos devolvían sin haber sido abiertos, y a veces no, sin que tuviéramos en ningún momento la certeza de que habían llegado a su destino. Quizás desde entonces, a raíz de aquella inseguridad existencial ante los paquetes con comida conseguida con dificultad, enviada al abismo, el Danubio, alrededor del cual se proyectaba el espacio de un destino ignoto e incomunicado, adquirió un halo de misterio que consiguió impregnar todo el espacio de mi infancia y que ni siquiera ahora ha desaparecido. No creo que el Nilo me hubiera parecido más exótico. De hecho, el Nilo me resultaba perfectamente indiferente e, incluso si hubiera pensado en él, estaba demasiado lejos y era demasiado neutro para poder espantarme con sus cocodrilos decorativos y sus cadáveres milenarios. El Danubio, en cambio, tenía con qué aterrarme, más cercano y familiar, escondía secretos terribles e impenetrables. El Danubio limitaba el Bãrganã y se comunicaba con el mar a través del canal...^[4] Tal vez, el hecho de que no lo hubiera visto nunca, contribuía a esa aureola negativa, que no dejó de horrorizarme y fascinarme a lo largo de los años.

Las inundaciones catastróficas y las lluvias que parecían anunciar obstinadamente el final impasible del mundo creaban, ahora que veía el Danubio, un cadáver a la medida de mis antiguos temores. Trasladada, para poder salvarse, del ámbito de la Historia al de la geología, la muerte se negaba a abandonar —ante mis ojos aterrorizados— las riberas del río.

No sé si esta lenta evocación de mis emociones danubianas ocurrió en el sueño o sólo en el límite entre el cansancio y el sueño, pero seguramente debí de quedarme dormida un momento después, porque en la misma posición acurrucada, bajo una lluvia idéntica, sobre un remolcador parecido, atravesaba de nuevo una extensión

ilimitada de agua, bajo la que sabía que se encontraba París. «Apenas se puede ver la columna de Vendôme —me decía a mí misma—, ya no queda ninguna esperanza». Este lamento no me impidió observar que había recordado la columna de Vendôme por asociación con el Nilo, en el que había estado pensando, y de donde sabía que Napoleón había traído el obelisco. «No, ya no hay ninguna esperanza», repetía, sintiéndome, sin embargo, segura en la cubierta del remolcador y, a lo mejor, precisamente por esto, sintiéndome culpable por no compartir el destino de la gran ciudad. No obstante, no era una culpabilidad desagradable, miraba todo con cierta avidez, anticipando con fruición el momento en que iba a describirlo. «¿Es usted periodista?», preguntó alguien, pero yo sabía que no estaba bien que uno se alegrara de poder describir la desaparición de una ciudad, y hacía como que no oía. «¿Es usted periodista?», «¿es usted periodista?», preguntaban todos y yo sabía que no tenía escapatoria, ya que no podía dejar de contestar ni tampoco explicar por qué no había contestado desde el primer momento.

—¿Es usted periodista?

Me desperté, pero el cansancio me baqueteaba como agua agitada con furia dentro de un vaso que no logra contenerla, y cerré los ojos durante largo tiempo, un intervalo suficiente para que los ecos del sueño se apagaran y poder contestar con naturalidad, como si escuchara por primera vez la pregunta.

Era un hombre vestido con una especie de mono impermeable, botas altas de goma y una capucha descolocada, que ocultaba a medias una calvicie bastante avanzada. Antes de contestar, me pareció que lo había visto en alguna otra parte, y no sé por qué, incluso esta impresión tuvo el efecto de aumentar el agotamiento y hacerme cerrar nuevamente los ojos.

—¿Es usted periodista? —dijo nuevamente el hombre delante de mí. Estaba a punto de perder la paciencia, cuando se dio cuenta de que me había despertado por fin.

Asentí con la cabeza y me levanté con dificultad, sin abrir del todo los ojos y sin mirar de ninguna forma al que parecía esperarme o esperar algo de mí. La sensación de que lo conocía, aunque él no daba ninguna señal de haberme visto antes, aumentaba mi estado de irritación y mi inseguridad, lo que, ciertamente, no era más que una forma de extenuación sobre la que el sueño ya no tenía ningún poder. Seguía lloviendo, pero hacía mucho más frío, o quizás así me parecía debido al cansancio. Empezaba a amanecer, lo que significaba que habíamos viajado toda la noche, o bien que habíamos llegado hacía algún tiempo y que había seguido durmiendo acurrucada en la cubierta, hasta que me despertó el que ahora parecía esperar a que tomara una decisión. El hecho de que sobre la cubierta no estuviéramos más que nosotros dos avalaba esta segunda hipótesis. Era ese momento crítico cuando la noche se acaba y el día aún no ha comenzado. En el vacío que quedaba entre ellos, los objetos parecían

suspendidos y el aire tenía otra consistencia. En un primer momento tuve la impresión de que todavía era de noche, pero después empecé a vislumbrar algo, y ahora todo me parecía un poco más nítido y claro que a la luz del día, porque aquel aspecto fantasmagórico recortaba y realzaba las cosas de su trivialidad habitual. Sólo la lluvia no se veía. Era precisamente la hora en la que la noche, en su alborar dotado de un sinfín de matices, alcanza la tonalidad de la lluvia, aquel color ceniciento que todavía no se ha decantado entre lo brillante o lo opaco, lo negro o lo blanco, lo cósmico o lo mineral. No recordaba de qué conocía al que me había despertado, pero decidí seguirlo, y mientras caminaba sobre la tabla apoyada entre el remolcador y la tierra, el viento, que empecé a sentir de repente, se desató de golpe y casi me tiró al suelo. Puse el pie en tierra firme, y desde el primer momento el lodo se hundió y engulló mi botín hasta por encima del tobillo; sus tenazas viscosas garantizaban mi sujeción al suelo y me aseguraban que las ráfagas del vendaval no me llevarían consigo. Mi acompañante me agarró del brazo; intentaba arrastrarme cuesta arriba por la ribera escarpada; hablaba de un barracón con calefacción, pero, como si de pronto se me hubieran destapado los oídos, sentí un estruendo de lluvia y viento, mezclado con gritos y con el runrún cada vez más cercano de una chalupa. No entendía lo que me decía; me solté de aquella mano que intentaba sujetarme y me volví hacia el Danubio. El día cobraba fuerzas y mi propio despertar (me encontraba finalmente liberada de las amarras del sueño) me obligó a volver la mirada, irremisiblemente, hacia el Danubio.

Era increíblemente bello. Ni siquiera en aquel paisaje dolorido, tumefacto, en el que el agua se extendía muerta hasta el horizonte y, evidentemente, más allá de él, ni siquiera allí, las aguas del Danubio, imparables, vivas, capaces de engendrar ellas mismas el movimiento, dejaban de mostrar su grandeza incontestable, siempre creciente y aterradora. De horizonte a horizonte no había más que agua, inmóvil, ilimitada e inanimada; en medio de aquel plácido planeta fluía el Danubio, girando sobre sí mismo y sobre el cosmos, mezclando, como una especie de hormigonera de la furia universal, reses hinchadas, tejados desprendidos, árboles que vagaban por el mundo, y cuyas raíces describían remolinos desenfrenados en el cielo, láminas de plástico deshechas que coloreaban los torbellinos, verjas, troncos, cubas, pájaros ahogados, peces muertos y basura, montañas de basura, universos enteros de basura arremolinada, majestuosa y amenazante. Este era el Danubio, era el movimiento, la rebelión, la destrucción, la muerte, la fuerza vital capaz de otorgar magnitud e ímpetu a la basura misma, y fluía sin cesar en sí mismo y en el cosmos deseoso de contenerlo. Era el Danubio, al que siempre había temido, fascinante y ajeno, misterioso y devorador, hostil, poderoso, vivo. ¿Lo habría visto mi padre tal y como lo estaba viendo yo ahora? ¿Lo miró, tal vez desde algún lugar cercano, quizás incluso desde este mismo barranco escarpado? ¿Lo admiró? ¿Lo odió?

Alrededor de la isla, el río abrazaba los chopos jóvenes y delgados (como los brazos de un niño), y el viento los doblaba hasta que las hojas casi alcanzaban el agua. ¿Cuántos años tendrían: dos, tres, cuatro? Sus raíces estaban destinadas a retener y fijar la tierra traída de no se sabe dónde, la isla creada por el hombre contra la naturaleza^[5]. Sin embargo, ahora las aguas arrancaban con furia grandes palmos de tierra de la orilla, levantada con obstinación durante decenios de sufrimiento. No parecían hacerlo al azar, sino siguiendo un plan sistemático de destrucción, devorando tenaz y concienzudamente todo lo que no era auténtico, todo lo que se le había resistido. Como si el Danubio mismo, ese gran dios que había permitido durante años el desafío, cambiara súbitamente de opinión: los embates de las olas encrespadas engullían pedazos enteros de tierra, que escupían luego con prisa y casi con asco, sólo para poder atacar de nuevo, tragar, masticar y apartar el obstáculo indigesto colocado con tanta presunción en su cauce milenario. Desorientados e indecisos ante esta confrontación que sobrepasaba no solamente sus fuerzas, sino también su poder de comprensión, los chopos se doblaban con el viento hasta que sus hojas alcanzaban, humilladas, el agua. De hecho, su belleza infinitamente frágil, cuyas hojas centelleantes, mucho más luminosas que verdes, apenas habían brotado en las ramas delgadas y en los tallos flexibles, era el único elemento real que se oponía —por su mera existencia e incluso por su delicadeza e incapacidad de luchar— a la otra belleza, grandiosa y destructora, luchadora y recalcitrante, del desastre.

Con dificultad volví mi cara hacia la isla y ascendí por la cuesta arcillosa; a cada paso sacaba con esfuerzo el pie de aquel barro elástico como una ventosa que me retenía con argucias propias de un animal. Arriba, el viento soplaba más fuerte todavía, y tal vez me hubiera derribado si, desde un barracón inexplicablemente largo que ocupaba casi toda la perspectiva, dos hombres que se escondían bajo sus capuchas no se hubieran apresurado a sujetarme. Las capuchas me recordaron que aún seguía lloviendo.

—Le he pedido que me siguiera —me dijo, mientras me sujetaba, uno de los hombres, el que, imaginé, me había despertado, y aunque recurrió a una cortesía exagerada para expresar su reproche, me pareció impertinente, y corroboró la antipatía que había sentido hacia él desde el primer momento. Todavía no recordaba ni de qué lo conocía ni a quién se parecía. Se mostraba resentido, como si yo hubiera pasado por alto un derecho que él tenía sobre mí, pero que, a pesar de todo, no podía utilizar sin límites.

Entré. El barracón estaba dividido en muchos compartimentos, porque aquel en el que nos encontrábamos no tenía más de cinco o seis metros de longitud. Una estufa de hierro fundido, alimentada con mazorcas de maíz (una reserva húmeda se encontraba al lado), despedía un olor a otoño y un calor débil. Alrededor de la mesa alargada, cubierta con una tela roja llena de agujeros, manchada con tinta y más corta

que el tablero, había muchos individuos cansados y nerviosos, de los cuales dos o tres llevaban uniforme. A juzgar por su ropa arrugada, salpicada de lodo y conjuntada al azar, parecían tener frío y no haber dormido. Olía a piel mojada (la mayoría llevaba gorros) y a tabaco húmedo. Al estrecharles la mano, sólo uno de ellos me pareció pertenecer a otra categoría distinta: estaba menos cansado, menos mojado, vestía un traje de caza inapropiadamente elegante —botas, chaleco, guarniciones de piel fina, suave y de color natural, y condecoraciones importantes expuestas a la vista. De hecho, incluso sin aquellas insignias, por la deferencia que le mostraban todos, pude adivinar que se trataba de un superior. Deduje que había venido de la capital para conducir las operaciones de salvamento de la isla.

Me senté cerca de la estufa, encima del montón de mazorcas, con el bolígrafo en la mano y la agenda sobre las rodillas. Pero no podía estar atenta. Después del frío de la noche, el calor, por débil que fuera, me entorpecía y me hacía disminuir la atención. Miraba a los hombres reunidos alrededor de aquella mesa alargada (no podía ver si era una mesa o sólo unas tablas apoyadas en dos caballetes), los miraba con atención, pero no podía seguir lo que decían. Con excepción de uno, o tal vez de dos, eran hombres con cargos importantes llegados de las capitales de provincia, diputaciones regionales y ministerios. Se veía que hacía ya tiempo que no estaban acostumbrados a aquellas condiciones, y que sólo la presencia de sus superiores les impedía manifestar su disconformidad y nerviosismo. Estaban agotados, extenuados, pero no por un cansancio debido a la tensión nerviosa de las reuniones y sesiones de instrucción interminables, que habían aguantado durante años, sino por otro que habían olvidado hacía mucho, un cansancio físico, debido al frío y al hambre, provocado por el agotamiento de cada fibra, un agotamiento en el que cada célula de carne sufría y pedía el descanso. Llevaban horas sin dormir y habían caminado kilómetros y kilómetros a través de la lluvia y el lodo. Desacostumbrados al movimiento, les dolían los músculos y les picaba la piel, poco habituada a la suciedad y hecha al afeitado diario. Con sus frases estereotipadas y las reacciones todavía frescas, el recién llegado, que había dejado su casa, según todos los indicios, hacía poco tiempo, les hablaba con la superioridad instintiva del que se siente limpio, fresco y a gusto en su propio cuerpo frente al enfermo que se encuentra sucio y maloliente. Aguantaban, sumisos y respetuosos aquella mirada porque sabían que, a su vez, podían mirar con la misma inflexible superioridad a los que, sumisos, esperaban sus decisiones fuera, soportando la lluvia...

Mientras afuera seguía lloviendo, hablaban de aunar fuerzas, del esfuerzo incondicional, de la concentración de todos los recursos, de salvaguardar todos los logros. De vez en cuando se frotaban los ojos y las caras sin afeitarse para mantenerse despiertos; el viento hacía temblar las paredes del barracón de una manera sobrecogedora, y aunque me encontraba por primera vez allí y no había visto nunca a

aquella gente, todo me parecía conocido, visto, oído y vano, como si hubiera sucedido en balde en otros tiempos. Me encontraba muerta de cansancio de tanto ver y escuchar, de tantas anotaciones en agendas que pasaba luego a limpio. De repente, mientras las palabras fluían de una manera archiconocida y la lluvia seguía cayendo y el viento soplaba, se me ocurrió pensar lo que habría pasado si, entretanto, el Danubio hubiera desprendido la isla y la hubiera empujado despacio, cuesta abajo, con todo el barracón, con la estufa, con el montón de mazorcas, con la mesa alargada de tablas, con el mantel rojo manchado de tinta y quemado por los cigarrillos, con los hombres sentados a su alrededor, que se frotaban las mejillas sin afeitar mientras escuchaban, y con el superior que les hablaba relajado, y conmigo, que anotaba las mismas palabras de siempre... ¿Qué habría pasado si todo hubiera empezado a moverse sin que nos hubiéramos dado cuenta, sin apenas sospecharlo...?

Después siguieron las propuestas.

El problema concreto era, en realidad, el de la consolidación de las riberas para que resistieran la riada anunciada en menos de veinticuatro horas y cuyo poder de destrucción era difícil de evaluar, pero que se suponía enorme. Formada por las aguas de los afluentes del Someș, Criș y Mureș que ya habían alcanzado las ciudades e inundado pueblos, destruido fábricas y puentes, anegado campos, la riada descendía hacia el mar agigantándose en un lecho que ya no podía contenerla ni frenarla. Pero en su cauce se encontraba esta isla construida, fabricada, no nacida, esta isla que había costado tantas vidas y que había pagado sus tributos en maíz, esta isla-símbolo que tenía que ser salvada para demostrar que nada había sido en vano. Con cada ola, el agua comía una franja de tierra y había que reforzar las orillas con algo sólido, pedruscos o vigas de madera, barras de hierro, hormigón, material que se necesitaba en grandes cantidades, pero que ahora no existía.

—El único elemento del que disponemos a discreción es el elemento humano — dijo en un momento dado uno de los hombres, al pasar revista a los efectivos que se encontraban en la isla. Su exposición tenía algo de aberrante, como si hubiera perdido de vista el asunto de la discusión y se refiriera a una guerra auténtica, a una batalla contra las aguas, como en los antiguos ritos mágicos de sometimiento de la naturaleza. Era la primera frase que podía seguir, hablaba de forma lapidaria sobre algo concreto, entendía lo que decía sin dificultad, sin el aburrido esfuerzo de tener que quitar el envoltorio inútil de palabras.

No tenían ni tiempo ni posibilidades de transporte para las ingentes cantidades de material que requeríanlos trabajos de consolidación. Sólo podían contar con los materiales existentes en la isla. Pero en la isla no se encontraban más que mazorcas de maíz medio podridas y estos barracones envejecidos que habían perdido la solidez de antaño.

—¡Je, je... Y tan sólidos! —rio de una manera absolutamente extraña el que me

había despertado, provocando entre los demás una reacción bastante curiosa: unos sonrieron de manera ambigua, otros empezaron a agitarse bajando la mirada, y el del traje de caza frunció visiblemente el ceño, llamando la atención mientras golpeaba el lápiz contra la mesa y pedía más responsabilidad en aquellos momentos.

—También quedan los chopos —dijo alguien con gravedad para centrar la discusión sobre el asunto en cuestión. Es cierto que son muy jóvenes, pero se podrían atar juntos y utilizar como almacén...

Por un instante, albergué la esperanza de que la idea no fuera aceptada, pero luego vi cómo asentían con la cabeza, indiferentes y sin entusiasmo.

—¡No se puede hacer eso! —me sorprendí gritando—. ¡Sería una lástima! Son demasiado... —quise decir «vivos», pero me di cuenta de que el argumento no habría tenido ningún sentido, y busqué rápidamente otro motivo menos esencial, más económico... ¡Son demasiado delgados! No servirían para nada...

—Es verdad —me contestó el que presidía la mesa, y me quedé asombrada del cansancio de su voz y de que mi intervención no lo hubiera irritado—, pero no debemos escatimar ningún esfuerzo. —Ya través del cansancio, aquella frase hecha perdía sorprendentemente su vacuidad y cobraba significado.

—Es nuestro deber pensar —quise gritar, pero mi pensamiento me impidió continuar. Los chopos, cuyas raíces vivas eran la única arma de la ribera contra el agua, cayeron, a la vez que la lógica, en este examen.

—Habría algo más —se oyó aquella voz que me había despertado en el remolcador, y no sé qué inflexión especial me hizo prestar atención al que estaba hablando. Parecía confuso, lo cual evidentemente no era su estilo, y a la vez decidido a rehabilitarse mediante esta propuesta que no sabía cómo formular y que presentía que iba a ser extraordinaria. De hecho, todos lo miraban esperando—. Habría algo más —empezó él, de nuevo, después de aclararse la garganta—, algo... saben... Discúlpenme, tal vez sea mejor... en un círculo más restringido, si me lo permiten...

Se creó cierta confusión, unos se movieron en sus sillas, otros encendieron sus cigarrillos, otros parecían no haber comprendido y se enteraban por sus vecinos de lo que había querido decir, todos se sentían algo ofendidos. Aquello dio pie a pequeños rumores, algo que el de rango superior interpretó como un debilitamiento de su propia autoridad.

—¿Qué círculo más restringido, camarada? ¿No es bastante restringido? ¿Qué secretos puede haber entre nosotros? ¡Somos todos antiguos camaradas, hombres con experiencia, no tenemos nada que ocultar! Di lo que tengas que decir, porque no hay tiempo que perder. Pasamos por momentos difíciles y no tenemos derecho a escatimar ni un minuto... —se embolsó mientras hablaba, y por enfado, tal vez, o por el deseo de cambiar algo, reemplazó en la frase la palabra «esfuerzo» por «minuto». Se veía que el sujeto que había hablado le resultaba antipático, como de hecho a mí

también, pero el susodicho no perdió los estribos. Aunque deploraba visiblemente haber hablado, bajó la mirada y esperó a que se consumiera la batería de frases de su superior, y entretanto, en una o dos ocasiones, me echó una breve, brevísima mirada.

Creí entender y me levanté. La cortesía ha sido siempre más fuerte que yo. Y, para colmo, sentí que me ruborizaba.

—Debería visitar la isla —dije—, me quedan tantas cosas que ver... En cualquier caso he estado aquí demasiado tiempo... les agradezco el calor...

Pero el del traje de caza era un caballero:

—No se trataba de usted, camarada. Usted es aquí la representante de la prensa central y tiene derecho a conocerlo todo para poder informar a los trabajadores de todo el país acerca de los logros realizados sin escatimar esfuerzos, para la salvación...

—Sí —dije—, pero para escribir tengo que verlo con mis propios ojos, tengo que visitar la isla...

No podría decir por qué me empeñaba en irme. Tendría que haber sentido curiosidad por saber la propuesta, que sospechaba insólita, pero, no sé por qué, presentía que era algo peligroso y terrible. Me parecía que sólo tenía las de ganar si renunciaba a saberlo, pero, al mismo tiempo, actuando así, era vergonzosamente cobarde. Encontré la mirada de aquel que sólo esperaba a que yo saliera por la puerta para formular su propuesta y lo noté victorioso, casi agradecido, pero mi sometimiento, esta cooperación tácita con él, me parecía indigna y humillante.

—No cabe duda —decía entre tanto el de rango superior, sin intuir nada y un poco molesto por mi negativa a aceptar su protección caballerosa—. Por supuesto, alguien la conducirá a donde usted quiera...

En efecto, un joven al que no había visto en el barracón hasta entonces, y que, por supuesto, no había estado en la mesa de reuniones, se puso un chubasquero y se dispuso a acompañarme. Tenía un aspecto relajado, y hubiera resultado incluso simpático de no parecer, exagerada y forzosamente, tan deseoso de agradar, como si interpretara un papel, lo que le restaba autenticidad.

Seguía lloviendo. De hecho, la lluvia tenía un movimiento tan continuo que si no hubiera sido porque mi ropa se empapó enseguida, creo que habría dejado de notarla. Echamos a andar a lo largo del barracón hacia el interior de la isla.

—Zmircea conoce los recursos de la isla —dijo con su sonrisa de buen chico mi acompañante—, ha estado aquí desde el comienzo de los comienzos. —Y me miró como si hubiera querido suplir de esta forma una explicación más complicada. Pero yo no quería seguir adivinando ni tampoco descifrar las alusiones y sobreentendidos.

—¿Qué comienzo? —pregunté.

—Pues, el comienzo... ¡Cuando no había más que caña! —y se rio de nuevo, como de un chiste.

Seguíamos caminando a lo largo de una calle inmensa flanqueada por un único barracón. O, tal vez, había más, pero tan pronto como acababa uno empezaba otro.

—¿Qué caña? —pregunté.

—¡Eh!, como si usted no lo supiera... Antes de hacer la isla propiamente dicha... ¿No sabe que así se solía decir, 'mandarlos a la caña'... cuando estaban los otros...?

—¿Qué otros? —pregunté.

—Los otros, los de los barracones... Los tenían aquí, en estos barracones...

—¿Quién los tenía?

Me miró para ver si le estaba tomando el pelo. Pero no, estaba seria. Muy seria. Empezó a cabrearse y no sabía si se lo podía permitir.

—¿Usted en qué mundo vive? —dijo pálido y desorientado, intentando clasificarme y aclararse.

—En el mundo de los periódicos —le contesté, e inmediatamente me dio la risa ante la mezcla de estupor y admiración que leí en aquel instante en su cara. Estaba encantado con mi chiste. Pensaba que le había tomado el pelo.

Recobró el aliento y siguió hablando, mientras cambiábamos de rumbo y avanzábamos entre otros barracones perpendiculares al primero.

—Zmircea trabajaba aquí incluso en aquel entonces. Creo que era el jefe o algo parecido; de todos modos, mucho más jefe que hoy, que no es más que una especie de ayudante de supervisor. De hecho, la gente dice que está chalado.

—¿Porqué? —pregunté.

Me miró para ver si empezaba de nuevo, pero se quedó tranquilo y me contestó seriamente:

—No lo sé, pero dicen que todos los que trabajaban aquí en aquellos tiempos estaban un poco locos.

Dejé de escucharlo. Me di cuenta de por qué me había parecido conocido aquel personaje que me despertó en la cubierta del remolcador. No lo había visto nunca. Y no se parecía a ninguno de mis conocidos. Perteneía, sin embargo, a una categoría que conocía, cuya existencia había marcado mi infancia y que reconocía en todas partes y bajo cualquier forma.

—... El caso es que yo sospecho lo que quería decir Zmircea... —seguía parlotando mi acompañante.

De las barracas empezaron a salir soldados que se dirigían en fila hacia la orilla. Las botas dejaban huellas en el lodo y formaban pequeños pozos de los que parecía brotar agua. Se me ocurrió que podía ser el mismo Danubio, que, elevándose hasta aquí, atacaba la tierra insegura desde el interior, desde abajo. Llegamos al final de aquel pueblo de barracas.

—¿Quién ha vivido recientemente en ellas? —pregunté al muchacho, que había dejado de hablar al ver que no lo estaba escuchando.

—Pues en la primavera los tractoristas, después los guardias de la granja agrícola estatal, y en otoño los que vienen a recoger el maíz: los estudiantes o el ejército. ¿Quiere que sigamos más adelante? —me preguntó con una especie de vacilación.

—¿A dónde?

—Pues, ¿a dónde va a ser? —me dijo—. A la fosa.

«¿Qué fosa?», quise preguntar, pero me di cuenta de que lo habría ofendido. Seguro que me lo había dicho, pero no le había prestado atención. Asentí. Anduvimos un poco más. Creo que llovía más fuerte o simplemente, mis sentidos se habían vuelto más agudos, Dios sabe por qué motivo. Mi acompañante se paró.

—Aquí está.

—¿Qué? —pregunté, porque no veía nada.

—La fosa.

—¿Qué fosa? —no pude controlarme, incluso a riesgo de parecerle atolondrada.

—De la que le he hablado. —Y después de un tiempo añadió—: Común. —Ya no tenía ganas de hablar. Al rato, dijo—: Por aquí.

—¿No se sabe dónde exactamente? —pregunté en voz baja, aunque no veía nada, a excepción de la tierra empapada de agua, cubierta de grandes charcas, casi unidas entre sí—. ¿No han puesto ninguna señal?

—No... Bueno, sí... Quiero decir que había una especie de elevación... pero ahora, con esta agua... En realidad, han empezado a llegar a la superficie...

En efecto, entre dos charcas parecía que... Me di la vuelta para irme, arrancando de pronto, presurosa y aterrada, las botas del lodo, como si temiera que alguien me fuera a arrastrar hacia abajo, hacia las profundidades.

—Creo que a esto se refería Zmircea —concluyó el muchacho, sin ganas de hablar, contento porque había terminado.

—¿Qué quieres decir? —me paré aterrorizada, sin poder entender ni creer nada.

—Sí, es decir... que los recojan... Como forjado. —Me di la vuelta hacia él para ver si no había enloquecido. Pero no, parecía sólo muy avergonzado y con prisa.

Marchamos juntos, casi sujetándonos el uno al otro, o al menos ayudándonos cuando resbalábamos, retrocediendo lo más rápido que pudimos hacia la orilla, intentando alejarnos de aquel lugar, de nuestra conversación, de nuestros propios pensamientos. «Papá murió en casa», me decía a mí misma sin cesar para no olvidar y para no tener más miedo. «Papá volvió y, sólo después, murió».

El Danubio era irreconocible. La velocidad del agua había crecido mucho, tanto que todo el paisaje había cambiado, como cambia totalmente una canción cuando la escuchas a más revoluciones.

—¿Cuánto falta para la riada? —le grité al muchacho, que me agarraba con ambas manos para mantenerme en pie en medio de aquel viento que soplaba con una especie de rencor histérico, enfurecido por no tener nada que arrancar, por no

encontrar nada en que tropezar.

—Unas quince horas —me chilló al oído, pero el viento se llevó las palabras en la dirección opuesta y las oí desde algún lugar muy lejano—. Se dice que será esta noche, hacia el amanecer.

¿Quince horas? Pero aquí todo parecía listo para explotar de un momento a otro. Los chopos ya no existían. El tiempo empezaba a empañar e hinchar los contornos. ¿Cuánto tiempo pude estar en el interior de la isla para que cortaran los chopos entre tanto? Me sentía culpable, como si mi presencia hubiera podido salvar algo, como si mi ausencia hubiera podido constituir por sí misma una sentencia. De sus llamas alargadas y verdes, que palpitaban al viento, no quedaban más que unos muñones inimaginablemente delgados e indefensos. Porque ni siquiera, así, decapitados y con los cuellos desnudos, destapados de vez en cuando por alguna ola, parecían muertos, sino, ¡para colmo!, todavía más frágiles e indefensos. Las ramas, orladas por la espuma todavía verde de las hojas, formaban en la orilla un montón inmenso del que los soldados ataban apresuradamente frágiles manojos que se pasaban los unos a los otros hacia el agua.

Solamente entonces caí en la cuenta. Después de todo, no vemos nunca más que aquello que imaginamos de antemano que podemos ver. ¿Si no la hubiera sospechado previamente, cómo hubiera podido imaginar esta escena que tenía delante de mí, ante mis ojos, y que descifraba ahora, como en un crucigrama de terror, en el paisaje? En el agua, a lo largo de la ribera, colocados a menos de un metro entre sí, los soldados se alineaban en el agua. El frío y el cansancio les daba un color grisáceo que no se distinguía en nada del color del agua que les llegaba hasta los sobacos y del agua que caía sobre ellos desde las nubes bajas sobre sus cabezas, un tanto blanquecinas por el lodo. A diferencia de los chopos, habían dejado de parecer vivos desde hacía mucho tiempo; despertaban el llanto más que la compasión. ¿Desde cuándo estaban allí? Había pasado cerca de ellos sin observarlos siquiera, llena todavía de los recuerdos y los sueños de la noche, cuando bajé del remolcador para encaminarme hacia aquel mundo de fraseología estereotipada, traída hasta aquí con grandes sacrificios, de la que sólo había comprendido una frase: «el único elemento del que disponemos a discreción es el elemento humano». ¿Desde cuándo estaban allí agarrando la tierra con sus dedos, sujetando con su propio pecho la tierra soberbia y artificial de la isla? Los que estaban más arriba pasaban haces de ramas tiernas de chopo, el material más sólido e inflexible, propuesto, quizás, por el exceso de celo imaginativo del omnipresente Zmircea. Pero todos estos armazones ilusorios estaban contruidos por debajo del agua, en los cimientos de esta tierra ajena, traída desde otras partes, que se resistía a soldarse aquí con sangre. Por encima de la furia siempre creciente de las olas, tan sólo se veían sus cabezas, canosas por el barro, y sus hombros cenicientos, como de muerto. Cerca de ellos giraban cadáveres de reses ahogadas, los troncos

vencidos de árboles amenazaban con aplastarlos, las basuras se depositaban sobre sus cuerpos y la espuma epiléptica del ser humillado los cubría. Pero ellos no se movían. Tal vez habían muerto de veras y no se sabe qué inercia los hacía sujetar aún, en contra de la naturaleza, aquella tierra desaforada...

Caí en el lodo, doblugada por el viento, a punto de ser arrancada, clavando a mi vez los dedos en aquella tierra vilipendiada y falsa, pero la única que me quedaba, aquella tierra sobre cuya salvación había venido a escribir. El viento me arrancaba la ropa calada, azotándome con ella la cara, sucia por el barro; la lluvia escurría los últimos restos del cielo sobre mí; y las inagotables frases, templadas como ciénagas, brotaban de los barracones mientras yo entregaba huesos de padres y ramas de chopos a los jóvenes muertos, que sujetaban la tierra en un heroico esfuerzo, igual que estatuas crucificadas. Pensé que, a lo mejor, era sólo una pesadilla, sin duda alguna una pesadilla, pero hubiera preferido que fuera una más impersonal, más exótica, y que ocurriera en no se sabe qué tierra lejana e indiferente, «tal vez en el mismo París», en la que fuera a sufrir sólo en mi nombre, y, sobre todo, sin que tuviera que asumir el deber de dejar constancia de ella...

LO SOÑADO^[6]

El hecho de que ahora las olas abarcaran la playa entera y se estrellaran, todavía modestas, contra las gradas del paseo marítimo, había transformado en tal medida el aspecto veraniego del lugar, que no tenía motivo para extrañarme de no reconocer nada. Caminaba a lo largo de la costa elevada, con la cara vuelta hacia el mar y los pies hundidos en unos montones de nieve, esparcidos irregularmente, que me alcanzaban los tobillos, las rodillas, las caderas, o que, por el contrario, descubrían, tras una ráfaga más fuerte de viento, los dibujos estivales del pavimento. El mar salía furioso de las brumas y se estrellaba, primero, contra los troncos enredados del dique. Luego, lleno de espuma por el obstáculo vencido, avanzaba tambaleándose con asombro por los restos insignificantes de la playa: redes de balonvolea, ahora rígidas por el hielo y en las que colgaban algas, como unas viejas barbas de guardarropía; témpanos de hielo salado que producían sonidos prolongados, artificiales, forzados por los movimientos más delicados del viento; sombrillas grandes de caña, redondas, clavadas en otro tiempo sobre palos altos, aparecían ahora volcadas bajo el peso de la nieve, en posiciones lúbricas y actitudes grotescas; construcciones precarias de plástico y cristal, quioscos de refrescos, barbacoas, balaustradas graciosas, tejados de colores que se asomaban aquí y allá, impúdicos y puestos en ridículo por el viento. Arriba, en la niebla, en el aire, en el cielo, inocentes gaviotas revoloteaban o se posaban para descansar, gritaban agitadas o callaban inmóviles, con un ojo cerrado y el otro plácido y redondo, contemplándose, tal vez, a sí mismas, todavía indecisas ante su propia condición: unas veces, mensajeras de la tempestad; otras, simples aves. Yo caminaba con la cara vuelta hacia el mar y no podría decir que no me gustara aquel paisaje trivial, no exento de una especie de grandeza, propia de la humillación y de la humildad. Tampoco podría decir que no me sintiera bien avanzando, empujada por la ventisca, hacia el extremo del acantilado que acababa bruscamente en una alambrada, más allá de la cual comenzaba —detrás de un telón impenetrable de matorrales— la zona prohibida^[7]. A decir verdad, eso es lo primero que reconocí. La existencia de la zona prohibida era el punto de unión, la bisagra en la que forcejeaban, al igual que unas puertas abiertas de par en par, las dos caras de aquella costa: el paisaje invernal, majestuoso y desconocido y una playa abigarrada, suave y derretida por el bochorno. Volví, claro está, tal y como solía hacerlo cada verano —cuando el sendero de la luna sobre el mar quedaba brutalmente fragmentado por la alambrada extendida absurdamente sobre la arena, y aun más lejos, a través del agua, más allá de las boyas—, y creo que fue entonces, justo al darme la vuelta, en el mismo instante en que comencé a desandar mi propio camino (esta vez, enfrentándome a la ventisca desatada), cuando me pregunté a mí misma qué es lo que buscaba allí. Además, las huellas ya no se veían, habían desaparecido por completo,

borradas sin contemplaciones por la nieve y el viento, y esta desaparición, aunque explicable y nada misteriosa, me pareció, de pronto, un desafío, como la anulación radical de mi presencia, como el soporte lógico de la pregunta súbitamente inquietante y carente de retórica: ¿qué buscaba y, sobre todo, cómo había ido a parar a aquel lugar?

Mi memoria no abarcaba más de lo que acabo de contar: el mar, que se había apoderado de la playa, la ventisca, mi paseo a lo largo del acantilado, la zona prohibida. Y ahora descubría las huellas materiales de esta historia infinitesimal, borradas aún antes de que desaparecieran también de mi conciencia. ¿No es posible que hubiera habido algo antes, otra cosa, otros recuerdos tal vez, igual de insignificantes, cuyo rastro hubiera sido eliminado con cuidado, hasta desaparecer por completo, no sólo de la nieve, sino también de mí misma? Claro que antes tuvo que haber existido algo, una finalidad, un sentido, un acontecimiento que me trajera hasta aquí, que me hiciera venir. Pero no recordaba nada, todo empezaba en mi mente con la imagen de ese mar de color marrón, envuelto en brumas, con flecos sucios por la espuma helada en la costa, con ese mar ajeno, reconocido únicamente gracias a aquella prohibición inamovible que me obligaba a desandar mi propio camino, dirigiéndome contra la ventisca hostil y contra la pregunta cada vez más apremiante: ¿cómo he venido a parar aquí?

El viento me daba de lleno en la cara y casi me impedía respirar. Los copos se lanzaban velozmente contra mí, clavándome en la cara sus dientes minúsculos. Los ojos, abiertos por miedo a dar un paso en el vacío, me escocían y lloraban abundantemente, con lágrimas casi frías, a las que sólo el calor malsano de mis mejillas impedía helarse. Dos o tres veces caí de rodillas, y creo que no habría encontrado fuerzas para levantarme si no hubiera recordado —un recuerdo no de ahora, sino mucho más remoto, del verano— que ya no faltaba mucho hasta aquella hendidura en el terreno, más allá de la cual, siguiendo la línea de la costa, comenzaban los grandes hoteles, y hasta el barranco, suavizado en el verano por la hierba, a través del cual podía abandonar el mar y la enloquecida ventisca, que parecía querer separar el agua de la tierra. Logré llegar, arrastrándome casi —después de tirarme, el viento ya no me dejó ponerme en pie—, avanzando a través de la nieve como en un agua viscosa, que no me permitía resbalar, pero tampoco hundirme. Todo parecía una pesadilla: el haber nadado tan ridícula y desesperadamente por entre los montones de nieve, los remolinos de la ventisca, cuyo revuelo alcanzaba también a las gaviotas, desplazando sobre mí su placidez amenazante en un espacio de varias decenas de metros, y, sobre todo, el rugido, que no venía sólo del mar, sino también de la ventisca, el bramido del agua y el estruendo de la tierra, enfrentados como animales en una lucha jovial. Todo parecía una pesadilla, que yo descubría, asombrada y aterrada, en el preciso momento en el que se vertía, sin ninguna

transición, en el sueño. Yo misma había rodado sobre el talud cubierto de nieve, decidida a alejarme lo más rápido posible de las corrientes históricas de la costa y del fragor de las olas al estrellarse contra el acantilado. Para mi sorpresa, aún antes de acabar de caer se hizo el silencio, como si hubiera sobrepasado sin darme cuenta aquella barrera que el vendaval y el mar ya no podían traspasar. De pronto, empezó a nevar suavemente, con grandes copos, en un silencio que el eco del agua —tan extrañamente lejano y musical— ponía aún más de relieve. Pero esta paz tan repentina, igual de anormal que el tumulto devastador de antes, me alejaba del cuadro inestable y malévolo al que nada me unía y en el que, evidentemente, no podía confiar. Me erguí lo más rápido que pude, deseosa de alejarme del mar y aclarar de alguna manera esta aventura sin sentido. Subí casi corriendo la corta ladera al cabo de la cual comenzaba el sendero bordeado de chopos, entrecortado por los chalets «especiales». Sí, ahora lo reconocía todo, aunque era distinto que en verano. Todo estaba tapizado y como redondeado por la nieve, todo estaba blanco, cerrado y desierto. Las piscinas llenas de nieve hasta la mitad desvelaban con delicadeza la otra mitad desnuda de sus paredes recubiertas de azulejos; los relojes solares habían engordado sus horas con la nieve a la espera de los indicadores de sombra, que tardaban en nacer. Con los toldos bajados y las puertas cerradas, las terrazas y los peldaños revestidos por montones de nieve virgen, con los pinos —destinados a proteger del sol los edificios— cargados de nieve y con las ramas vencidas festivamente hacia el suelo, los chalets parecían extrañamente más vivos que en verano. Quiero decir que así, con los párpados de las contraventanas bajados y las mantas mullidas de nieve bien apretadas a su alrededor, parecían unos seres que se hubieran quedado dormidos, encogidos, o que tal vez hubieran muerto, pero seres al fin y al cabo, mientras que en verano, rodeados de vegetación, con las puertas abiertas de par en par y las ventanas relucientes, que dejaban entrever los muebles elegantes de dentro, no eran más que unas construcciones.

A medida que avanzaba, me daba cuenta de que me hallaba completamente sola en un lugar desértico en estado de hibernación, del que los habitantes habían emigrado hacia otras estaciones. Nunca me había encontrado tan sola, ni tan perdida. Volví la cabeza y vi mis huellas extraordinariamente claras en la nieve inmaculada, sobre la que ya no soplaba la más mínima brisa. Pero tampoco me eran de ninguna utilidad: complicadas y herméticas, parecían un mensaje escrito en una lengua desconocida, cuyo significado no podía comprender. No obstante, cuanto más las miraba, más me convencía de que se trataba de un mensaje. Todo ocurría como en un sueño. Convicciones, sentimientos y hechos que ni siquiera necesitaban argumentos ni causas, pero que estallaban y desaparecían sin explicación ni motivo, aunque no sin intensidad. Cuanto más caminaba, tanto más complejo y difícil de descifrar resultaba el enunciado que mis sabias suelas escribían en la nieve. Y si yo era la

autora, al menos en apariencia, de aquel extraño texto —tal vez una amenaza o tan sólo un aviso, o, más probable y enloquecedoramente, una indicación sobre la manera en la que podía fugarme de aquel paisaje y de aquella aventura—, entonces no creo que, desde el inicio del mundo, haya existido un autor más intimidado y más impotente ante su propia obra. Seguía, pues, avanzando, y mientras tanto la nieve parecía crecer. Mis huellas eran ya tan profundas que para arrancarme de una y hundirme en otra y crearla, tenía que dar un pequeño salto en el aire, como un vuelo corto, que, sin embargo, no me exigía ningún esfuerzo, sino que, al contrario, me producía una especie de breve euforia. Además, con la nieve aumentaba también la soledad. Era evidente que cuanto más me alejaba del mar (ese ser amenazador por excelencia, pero vigoroso y ¡vivo!), tanto más crecía mi soledad. Me perdía en ella y progresaba con pequeños saltos y huellas cargadas de significado hacia el corazón blanco del desierto que nunca fui capaz de concebir, pero que siempre anhelé —la incontenible euforia que me había embargado me lo demostraba plenamente. Era feliz, una felicidad un tanto irreal, por supuesto, pero cierta. Y lo que era verdaderamente extraño es que estaba al mismo tiempo aterrada. Quiero decir que una pequeña parte de mi conciencia se había quedado fuera de aquellos extraños acontecimientos y sensaciones, y no dejaba de interrogarme acerca del significado de toda esta aventura y de esta transición sin motivo aparente del esfuerzo al vuelo, del estruendo al silencio, de la pesadilla al sueño. Pero lo cierto es que las preguntas y las suposiciones cesaban siempre ante esta palabra. Estaba claro que todo sucedía como en un sueño. Tanto la felicidad, el terror, la belleza, los mensajes esenciales, como el vuelo y el desierto, todo semejaba un sueño, todo parecía un préstamo de su repertorio. ¿Se asemejaba? ¿Parecía? ¿Cuánto tiempo había necesitado para entender que todo era un sueño? ¿Durante cuánto tiempo había deambulado por aquella ficción hasta que llegué a entender que no era más que la cristalización onírica de una fantasía, la elucubración de alguna mente? Sin duda, una vez producida esta revelación, y admitida la hipótesis, todo empezaba a encajar y todo tenía una explicación. El sueño había comenzado con mi recorrido por el acantilado, empujada por la ventisca, con la cara vuelta a la playa ultrajada por el invierno; por tanto, no podía saber qué había habido antes, porque antes no había nada; es decir, no lo había *aún*.

El sueño se había iniciado sólo en ese momento y, tal vez, ni el sueño que lo había engendrado era más antiguo, de modo que preguntarme acerca de lo que había habido antes era como preguntar por lo que había antes del principio del mundo. Ni siquiera la pregunta «¿qué buscaba allí?» tenía sentido, y en lo que concierne a la otra, «¿cómo había llegado allí?», la respuesta era tan clara que ni merecía formularse. Todo no era más que un sueño, y yo misma su personaje principal. Creo que este simple descubrimiento de la naturaleza y de la esencia del mundo que yo estaba

recorriendo fue tranquilizador al principio y me traspuso a un estado de contemplación que se alcanza sólo en los momentos de máxima seguridad espiritual y física, cuando el cuerpo y el alma dejan de estar sujetos a amenaza alguna y se pueden permitir el lujo de atrofiar todos los demás sentidos en beneficio de la vista y de reducir todas sus funciones a la capacidad de ver. Yo no era más que el personaje de un sueño, pero era consciente de mi propia definición y de las insólitas posibilidades de que disponía, de que era el personaje de un sueño capaz de contemplar el sueño del que era objeto. De hecho, no había mucho que contemplar: invierno, mar, silencio y nieve. Y la soledad. Tenía la sensación de acercarme siempre a ella, como si no fuera un estado, sino un lugar determinado que podía alcanzar, como, por ejemplo, el polo norte. Sobre miles y miles de kilómetros cuadrados se extiende un clima polar, pero existe un solo punto que, teóricamente, es el polo norte. Y aunque aquel punto no se diferencie prácticamente de los millones de puntos más o menos cercanos a él, los exploradores han arriesgado y muchas veces, incluso, han perdido la vida sólo por alcanzarlo. Pues bien, digamos que este sueño era una exploración de la soledad y yo uno de aquellos fanáticos y valientes exploradores. Pero lo más difícil hubiera sido establecer qué era lo que estaba en juego. «¿Qué puede arriesgar, en el peor de los casos, el personaje de un sueño?». «¿Qué es lo que me podía pasar a mí?», me estaba preguntando en broma, si es que el humor puede formar parte de un sueño, mientras sacudía encima de mi cabeza la rama cargada de un abeto y contemplaba cómo la nieve removida se desplazaba perezosa por el aire, perezosa o tan sólo soñolienta, retrasando el momento de posarse en la tierra. Y puesto que la duración del vuelo se prolongaba de forma no natural, dilatada y sobreexpuesta a la luz y a la nieve, me dije de nuevo —¿por enésima vez?— y sin mostrar asombro: «es como un sueño». Pero antes de poner en práctica mi intención de no extrañarme, antes incluso de acabar diciéndome —¿cuántas veces ya?— que todo sucedía como en un sueño, me di cuenta de que en un sueño, no es la persona soñada la importante, sino la que está soñando. No obstante, una vez que me vino esta idea, y considerando que no existía ni la más mínima duda de que la persona soñada era yo, no me quedaba más que descubrir quién era el que soñaba, quién era aquel que, durmiendo, conducía mi destino por los caprichos de su sueño, y del estremecer de cuyo párpado soñoliento estaban suspendidas mi vida y mi muerte. Una pregunta retórica, con una respuesta desconocida y casi indiferente, porque si yo no era el tirano dormido, quienquiera que este fuera, mi destino carecía en igual medida de escapatoria. En un principio, no excluí la posibilidad de que la persona dormida fuera yo, y de que se tratara, pues, de un sueño normal en el que yo soñaba conmigo misma y cuyo único riesgo, en el caso de que me despertara, consistía en que al abrir demasiado rápido los ojos a la luz, no recordara nada de lo que había soñado. El haber reconocido la zona prohibida, aquella alambrada enterrada en las

matas al final del acantilado, y el haber recordado la existencia de aquel barranco que precedía a los grandes hoteles, abogaba, en cierto modo, a favor de esta suposición débil y optimista. En mi alma de personaje insignificante del sueño algo me decía que mi poder se extendía sólo desde una frontera de la ensoñación a otra, desde el momento en que empecé a recorrer el acantilado con la cara vuelta al mar hasta el instante —que todavía desconocía— en que el que soñaba conmigo se despertara o cambiara, sólo por un segundo o una fracción de segundo, su posición en el sueño, lo suficiente como para suprimirme, para apagarme y sumergirme en el magma letárgico de su cerebro. Entre estas fronteras se situaban mis posiciones e iniciativas, las obsesiones y los sentimientos de que era capaz, las ambiciones e ilusiones que quería permitirme. Alguien estaba soñando conmigo y todas las circunstancias del sueño dependían del capricho de aquel personaje, para mí todopoderoso. Pero ¿quién sabe si este no dependía, a su vez, del ensueño o pesadilla de otro sueño, todavía más profundo? Incluso aquellos pobres elementos reconocidos —la zona prohibida, el barranco al final del talud—, rescatados de un tiempo anterior, de algún verano, quizás no fueran más que elementos premeditados de una escenografía que tenía que ofrecerme no sólo el paisaje en el que había de desenvolverme sino también los recuerdos que me iban a proporcionar la ilusión de un destino. Seguía avanzando a través de la nieve, cada vez más profunda, incluso había empezado a nadar a través de ella con súbita premura, consciente de lo breve que es el espacio de un sueño y de que, a pesar de tantas coordenadas preestablecidas, no obstante, dependía *de mí* realizar algo durante aquella tan discutible y efímera existencia. Y lo que yo quería —todos los datos del sueño, fijados de antemano, me dejaban simplemente la posibilidad de esta ambición— era alcanzar, en el escaso tiempo de que disponía, el centro absoluto de la soledad. Claro está que era posible que este ni siquiera existiese, pero mi única alternativa consistía en convencerme de su existencia o inexistencia.

Ahora, después de haberlo conseguido, después de haber visto todo lo que se podía ver y de asumir hasta la culpabilidad de todos aquellos descubrimientos irreversibles, junto con aquel dormir cuyo sueño estaba viviendo, me pregunto si no hubiera sido más sabio, si entonces, antes de la obsesión —en el momento mismo en el que comprendí que no era más que el personaje de un sueño, cuando dejé de preocuparme por descifrar el mensaje que estaba escribiendo sin querer sobre la nieve del sendero, o por encontrar otra posibilidad de liberación en aquella aventura para la cual buscaba una explicación y un sentido—, me pregunto pues, si no hubiera sido más prudente tumbarme obediente en la nieve —reconciliada con mi propia condición e incluso un poco divertida por el mecanismo universal, tan insignificante y elemental— y esperar —con el oído tendido al eterno susurro del mar y con los ojos perdidos en las nubes apoyadas en las últimas ramas de los árboles— el instante en que un solo sobresalto del sueño que me había engendrado me apagara con la

misma facilidad. Era demasiado tarde para hacerme más preguntas y tampoco estaba segura de que me interesara la respuesta. Todo lo que me interesaba era encontrar un modo para dejar constancia, para hacer permanecer, para llevar más allá de las fronteras del sueño, hacia una existencia más real, todo lo que había visto aquí. Sabía que no hubiera podido arriesgarme a proponer algo más inalcanzable, ya que era perfectamente consciente de que las probabilidades de realizar lo que me había propuesto eran casi inexistentes. Pero tenía que intentarlo. Tenía que escribir lo que había visto, aunque era más que probable que el papel sobre el que escribiera no fuera más que un papel existente solo en sueños —así como yo misma no era más que un personaje con vida sólo en el sueño—, un papel que podría esfumarse junto con todos los secretos allí consignados, del mismo modo que yo también iba a desaparecer con el despertar de aquel que estaba soñando con nosotros. Y, por muy precaria que resultara esta solución, era la única que tenía, y sólo me quedaba esperar que, así como hay miles de millones de cosas que no entendía en el traquetear del universo, existiera también una vía que excediera mi comprensión, para perpetuar las verdades.

Eché a correr de puerta en puerta, intenté abrirlas o por lo menos encontrar una que estuviera abierta; me puse a mirar a través de las ventanas grandes —con las cortinas enrolladas y embaladas en una especie de paquetes grisáceos, suspendidas por la esquina de los rieles— el amplio interior con colchones sin sábanas, el suelo sin alfombras y los muebles vacíos, fríos casi. No podía ser que no encontrara al menos un folio, un mantel o una sábana en los que poder anotar todo aquello. Era imposible que no me oyera nadie en aquel universo, que, no obstante, sobrevivía a su soledad. Empecé a dar patadas a las puertas, a gritar bajo los balcones, a sacudir las columnas de las terrazas, aunque sabía que cuanto más ruido hiciera, más posible era, no que me oyera alguien, sino que despertara a aquel que, soñando, mantenía todavía suspendida esta realidad tan poco convincente. Cuanto más sufro y me altero, cuanto más me angustio, más corro el riesgo de interrumpir a través de un solo sobresalto todo este intento desesperado de dejar constancia de algo en un brevísimo espacio de tiempo, que claramente no significa nada. Nada, es decir, incluso menos que el sueño de ese ser desconocido que está soñando en vano conmigo, sin conservar nada de mis pensamientos y sentimientos, sin sospechar siquiera el descubrimiento increíble del centro de la soledad, porque cuando abra bruscamente los ojos lo olvidará. Porque ahora descubro que el sueño es una noción transitiva que fluye en una única dirección. Mientras que él, el que sueña conmigo, me transmite, al crearme, sus deseos, obsesiones y frustraciones, sus ideas y sentimientos más ocultos, yo no puedo transmitirle más que la sensación insegura e inquietante de que ha olvidado algo, un sueño o, quizás, mucho más. Pero, Señor, si esto es así, si verdaderamente el sueño se desplaza en sentido único, ¿para qué sirve todo este suplicio de enfrentarme a las leyes del fluir del tiempo, cuando sería tan simple rendirme sin más? Cuando es tan

simple dejar de resistirse al cansancio y a la nada, dejarme deslizar despacio hacia la tierra, tumbarme obediente en la nieve y, con el oído tendido al eterno susurro del mar y con los ojos perdidos en las nubes apoyadas en las últimas ramas de los árboles, caer en el sueño, dormir y soñar, a mi vez, con un ser suspendido en el temblor de mis párpados adormecidos y obligado a narrar la revelación del centro de la soledad de unas grandes multitudes soñadas, decididas a soñar, a su vez...

PROYECTOS DE PASADO

Lo que voy a contar no me pasó a mí. Por aquel entonces yo era todavía una niña y solamente oía, de vez en cuando y sin comprender muy bien de qué se trataba, que aquello les había pasado a otros. Y si algo permaneció en mi memoria fue la palabra «Bărgană»^[8], envuelta por todas aquellas cosas que despertaban terror en la mente de una niña, que dejaba de asustarse de dragones y ogros, fantasmas y brujas para empezar a asustarse, de manera mucho más misteriosa y, por tanto, infinitamente más terrible, de las palabras corrientes, palabras que los demás pronunciaban con un espanto que, incomprensible y amplificado, se le transmitía también a ella. «Bărgană» era una de esas palabras. Otra era «llevar». «Creo que esta noche me van a llevar a mí también», oí decir a mi padre, y sin necesidad de que me lo explicaran, comprendí que era el anuncio de la mayor desgracia que podía pasarle. Después, mi padre desapareció, y el verbo «llevar» representó para mí el vocablo, pero no el significado, de aquella desaparición, el signo mágico, grabado como un estigma identificador en la cara ensombrecida de mi madre, en la voz alterada de la maestra cuando me hablaba en la escuela o en la mirada esquiva de los vecinos cuando llamaban a sus hijos para que dejaran de jugar conmigo. Por el contrario, «Bărgană» no era un signo, sino una representación. Decían «los llevaron al Bărgană», o «este ya no volverá del Bărgană»; yo me lo imaginaba como un círculo del infierno, un foso muy grande a donde, sin orden ni concierto, eran arrojados, por fuerzas oscuras pero infinitamente poderosas, toda clase de hombres y mujeres cuya culpa no acababa de comprender y a quienes todos lloraban como a difuntos. Cuando, más tarde, en las clases de geografía, descubrí con sorpresa que el Bărgană era un territorio fértil y extenso, no me quedó más remedio que admitir que se trataba de dos palabras inconexas entre sí, y cuyo parecido era completamente accidental, lo cual no me libraba de sentir escalofríos, ante cualquier encuentro con el inocente homónimo de mis representaciones.

Experimenté la misma admiración, dudosa y desconfiada, cuando leí por primera vez en un diccionario el significado de una palabra que parecía expresar protección, defensa o custodia^[9]. Sin embargo, aunque eran transparentes y tenían apariencia de objetividad, las definiciones del diccionario me parecían sospechosas, como si, quién sabe con qué motivo, hubieran pretendido una tergiversación del significado auténtico y conocido desde hacía tiempo.

Para mí, aquella palabra era un edificio de un solo piso, largo, extraordinariamente largo para lo que era habitual en nuestra ciudad, formada por sólidas casas unifamiliares, con no más de tres o cuatro habitaciones grandes y altas dispuestas a un lado y a otro de la puerta maciza, por la que se accedía a una especie de corredor con techo de madera desde el que unos escalones de cemento llevaban al

interior, y que conducía al patio con fuente, flores y avenidas de piedras de río. El edificio bautizado con aquel nombre, que los diccionarios habrían de presentarme después como tranquilizador, era distinto de estas casas habituales, y aunque tenía al menos cien años de antigüedad (había sido construido para quién sabe qué institución habsbúrgica, probablemente), estaba tan bien adaptado al terror actual que parecía hecho a su medida. Veinte o incluso veinticinco ventanas alargadas, con los cristales pintados con óleo blanco, se alineaban a lo largo de la acera, aproximadamente a dos metros de altura. Debajo de cada ventana se abría un ventanuco enrejado, colocado a un palmo del suelo y de unas dimensiones no mayores que las de un cuaderno normal apaisado. Los cristales de estas ventanas no estaban pintados, pero estaban tan sucios que por la noche, cuando se daba el caso de que se encendieran las luces, no se podía ver nada a través de ellos. Pero, por otro lado, incluso aunque absurdamente se hubiera podido ver algo, ¿quién se habría atrevido a mirar? Los habitantes de la ciudad tenían cuidado de cruzar a la otra acera algunas decenas de metros antes y de caminar más rápido y con los ojos fijos en el suelo cuando pasaban por delante del edificio; aunque —o quizás precisamente porque— todo el edificio parecía deshabitado, y no se veía a nadie entrando o saliendo, ni se oían ruidos, e incluso la luz que conseguía atravesar la pintura opaca era tan carente de intensidad que podías dudar de su existencia. Y así como sentíamos todos, sin que nos lo hubiera dicho nadie, que era mejor no mirar, también sabíamos que era mejor no pronunciar su nombre. Así pues, lo mismo que con «Bărgană», nos acostumbramos a que aquella palabra tuviera dos significados, uno de los cuales reinaba en el diccionario y era indiferente a todos, mientras que el otro, pronunciado sólo en el pensamiento, pero omnipresente, soplaba como un viento —más débil unas veces, otras más agitado, pero capaz siempre de derribarlo todo— por encima de mi infancia.

Por lo tanto, los hechos que voy a contar no los viví yo misma, por la sencilla razón de que en aquel entonces, cuando transcurrieron, yo era todavía una niña. Pero sucedieron en mi entorno y a personas que conocía de antes, a las que seguí tratando después del final de la aventura. Aunque me relataron lo ocurrido años después, cuando ya era adulta, no he podido impedir que ese relato se fundiera con mis representaciones y con el terror en que me había criado, de tal manera que se ha incorporado de forma retroactiva, e incluso abusiva, a los acontecimientos de mi infancia.

La historia comenzó con una boda. Más exactamente, con el viaje de varios invitados —uno de los primeros domingos de octubre de 195...— a la fiesta que se celebraba en el pueblo de la novia, a unas decenas de kilómetros de nuestra ciudad. Lo que es acabar, acabó once años más tarde, con el regreso a casa de los invitados o, mejor dicho, de aquellos invitados que sobrevivieron, y el tiempo inscrito en este absurdo paréntesis representa no solamente la duración del acontecimiento, sino

también su propio significado. El hecho mismo de ir a la boda era, en realidad, absurdo. Incluso antes de salir hubo una discusión muy acalorada, discusión a la cual, casualmente, asistí también yo, medio dormida en brazos de mi madre, que intervenía en la conversación contra el tío Emil, furioso porque lo querían llevar a su pesar «en estos tiempos que vivimos, en los que sólo a unos locos se les puede ocurrir pensar en una boda». Además, fue el tío Emil el primero que, años más tarde, me lo contó todo, incluso aquella discusión antes de salir, discusión que yo, evidentemente, ya no recordaba, pero a la que él recordaba que yo había asistido. Al final, las mujeres se salieron con la suya, con sus argumentos frívolos («nos hacemos viejas, ¡diablos!, y no nos hemos divertido ni siquiera un poco») y, al mismo tiempo, profundos («ninguna política en este mundo ha podido impedir jamás que la gente se case, que los niños nazcan y que los viejos se mueran. A ver si os enteráis de que una boda es mucho más importante que toda vuestra política»).

Y se fueron todos a la boda: las mujeres, con vestidos pasados de moda, de antes de la guerra («¿cómo ir a una boda con un vestido hecho de paño estampado, comprado con cartilla de racionamiento?»), y los hombres, malhumorados, con los cuellos de las camisas por fuera, encima de unos trajes algo dados de sí y con brillo de tanto uso, llevando consigo para cualquier eventualidad sus abrigos y los de las mujeres, y animados sólo por la posibilidad de beber vino joven, que no podía faltar y que iba a atenuar un poco el absurdo de aquella escapada. De hecho, la boda tuvo el mejor comienzo posible. Habían matado un cerdo, un ternero, no se sabe cuántos pavos y un montón de gallinas, acababan de vendimiar y la gente de la ciudad, alimentada sobre todo con mermelada de 5,20 *lei* el kilo y pan negro, ya no podía creer que en el campo se pudiera vivir así, aun cuando no fuera más que en contadas ocasiones. Al año siguiente y, aunque ya de manera menos intensa, también muchos años después, aquella mesa repleta de manjares, que quedó igual de llena y a la que apenas les había dado tiempo de acercarse, se convirtió en la pesadilla predilecta de sus noches. Pero en aquel momento no tenían motivo para pensar en las futuras pesadillas, y la mesa a la que se dirigían sin prisa (no sólo su prestigio de ser gente de ciudad o de ser intelectuales los obligaba a andar con cierta lentitud, sino también una cierta satisfacción en el aplazamiento casi sensual de los placeres que les aguardaban), mientras las jóvenes esposas, hermosas como hacía mucho tiempo que no las veían, obligaban a los hombres con sonrisas a que se disculparan por no haber querido ir al banquete; aquella mesa era una auténtica mesa, y representaba la ganancia de un año de un campesino orgulloso de casar a su hija con un señor; una mesa que sólo esperaba que ellos, los amigos y compañeros del novio, se sentaran y dieran comienzo a la fiesta. Abría el cortejo el pregonero de la boda, con una vasija de madera pintada con flores rojas y atada con cintas blancas y tricolores^[10], aunque de las cintas tricolores sólo quedaba un nudo, porque en el último momento alguien,

parece que el novio, había considerado más prudente quitarlas, y como estaban casi trenzadas entre lazos y flores, sencillamente las habían cortado con unas tijeras. Iba seguido de la novia, ataviada con el traje típico de la región, sayas superpuestas, chaleco y corona de flores de azahar en vez del pañuelo negro con flequitos que usaban las otras mujeres. Y tras ella iban el novio, los padrinos y los invitados. Todos avanzaban ya entre la hilera de mesas y bancos cuando, por encima del acordeón del maestro de escuela y de los violines de los gitanos, resonó el chirrido violento de un frenazo súbito y los estridentes golpes de unos portazos.

Ya desde el primer minuto nadie dudó de la catástrofe que se avecinaba, pero tampoco hubo nadie que se atreviera, ni por asomo, a adivinar el auténtico mal de los minutos siguientes. «Lo que mejor recuerdo de aquellos momentos, antes de marcharnos —me decía el tío Emil—, es lo petrificados que se quedaron todos cuando los recién llegados entraron por la puerta: el pregonero, el novio, la novia, los invitados, hombres y mujeres, todos a medio volverse, con la alegría todavía en las caras pero con el espanto penetrando en sus miradas, comprendiendo, aun antes de haber tenido tiempo para hacerlo, que se había detenido el transcurso de sus distintas existencias, reunidos allí por mera casualidad, sólo por una noche, en un mismo lugar, grotescos e inmóviles, como en un lienzo vagamente alegórico, con las mesas cargadas de manjares triunfales que los encuadraban a todos de manera simétrica en dos líneas de perspectiva».

En menos de dos horas, sin pedirles la documentación ni preguntarles para qué estaban allí, los subieron a todos a los camiones que habían parado delante de la puerta con aquel chirrido espectacular, y durante la misma noche los llevaron cerca de una estación que no pudieron reconocer; allí los introdujeron en vagones de mercancía, que, durante varios días (por entre las rendijas de las tablas se podía apreciar fácilmente el color del aire, el día y la noche) se deslizaron y se detuvieron, volvieron a deslizarse y a pararse, sin que los de dentro supieran hacia dónde iban ni por qué se paraban. Cuando se detuvieron finalmente fue sólo para trasladarlos de los vagones a unos camiones, pero esta vez la lona del toldo ya no tenía agujeros y no sabían si era de día o de noche.

Lo que es llegar, llegaron una mañana espléndida, una de esas límpidas y frescas mañanas de otoño cuyo frescor no impide el bochorno del mediodía, sino que lo anticipa y evidencia. Bajaron lentamente del camión, parándose cada uno un instante antes de saltar, tambaleándose bajo el golpe de luz y dejándose caer como en un agua que no esperaban tan poco profunda. Tras bajar el último y sin que nadie pronunciara palabra alguna, el camión arrancó. Intentaron mirar a su alrededor para orientarse. Como si hubiera olvidado algo, el camión se detuvo a una distancia de varios cientos de metros, alguien tiró al suelo palas, azadones, rastrillos —sólo se vio cómo los mangos daban vueltas por el aire antes de caer— y una voz áspera, ahogada por la

distancia y por el ruido del motor, les gritó con sarcasmo que se les brindaba la posibilidad de ganarse el pan por sí mismos y que no se les permitía alejarse de aquel lugar ni acercarse a las poblaciones vecinas.

Cuando se quedaron solos, volvieron a contarse: eran nueve. Y a su alrededor estaba el Bărgană. Las poblaciones a las que no debían acercarse no se divisaban. Todo lo que se veía era una arboleda (no más de algunos cientos de árboles), un pozo con cigoñal y el rastrojo, que se extendía hasta perderse de vista de horizonte a horizonte, como un hecho definitivo. Lo primero que hicieron fue recoger las herramientas del lugar donde las habían tirado. Lo segundo fue acercarse al pozo. Eran acciones que efectuaban casi instintivamente, sin cruzar palabra alguna. De hecho, después de las primeras horas de caos hablaron poco o casi nada, porque a la estupefacción del primer instante, que recordaba el tío Emil, le siguió una agitación llena de espanto, histérica, indescriptible, durante la cual se amontonaron los equipajes, se rezó, se lloró y se desempaquetó con gritos, sollozos, llantos, intentos de resistir, desmayos. Los días y las noches del viaje habían sido de un letargo nunca experimentado y casi indiferente. Necesitaron aquellos días y aquellas noches en los que no pasó nada para que sus costumbres y representaciones del mundo, violentadas y súbitamente trastornadas, se reasentaran y volvieran a funcionar de otra manera, como unos aparatos de piezas intercambiadas a los que se les hubiera ordenado funcionar con otros resultados en el nuevo ensamblaje. De hecho, resultaba extraña la insospechada rapidez con que su espíritu aceptó los cambios. Sólo habían pasado unos cuantos días desde la interrupción de la boda, la subida a los camiones y el empujón al interior del tren cuando todo lo que existía antes de aquel momento (la mesa rebosante de la fiesta aún sin empezar, el trigo que habían tirado a los novios a la salida de la iglesia, la larga misa de boda, ralentizada por el viejo cura con acento de Bucovina^[11], las discusiones de antes de partir para la boda y la, aún más lejana, vida diaria anterior a este episodio que de insignificante pasó a ser crucial) parecía perdido en un pasado no sólo inmemorial sino incluso irreal, inverosímil. Como auténticamente real quedó sólo el traquetear y rechinar del suelo del vagón de mercancías, en el que yacían sumidos en un letargo mediante el cual los cuerpos se defendían del hambre, la sed y el frío, mientras que las almas se protegían de preguntas y respuestas. Únicamente ahora, en el momento de bajar del camión, en aquel impacto violento con el cielo y la luz de la mañana fresca y límpida de octubre, la modorra desapareció y se despertaron bruscamente para entrar en un mundo nuevo. Un mundo asombrosamente sencillo: un cielo, una tierra, algunos árboles, un pozo y ellos. Volvieron a contarse. Eran nueve: seis hombres y tres mujeres.

Dedicaron el primer día a hacer inventario. Primero, examinaron los equipajes. Algunos tenían maletas, otros, fardos, pero ninguno habría podido decir si lo que había amontonado dentro, lo había cogido porque estaba a mano o porque creía que le

iba a ser necesario. Pero lo que resultaba extraño, e incluso divertido —si es que el humor aún formaba parte de los imprescindibles elementos constitutivos de aquel mundo—, era el modo en que cada uno tenía su propio equipaje, que había cargado y vigilado durante todo el trayecto sin recordar cuál era su contenido, y sin que este, en la mayoría de los casos, le hubiera pertenecido desde antes. Entonces, en el momento de la interrupción de la boda, después de informarles de que se los iban a llevar y de decirles que prepararan sus equipajes, únicamente los anfitriones —el padre y la madre de la novia, la novia y, menos decidido y convencido que estos, el novio— empezaron a dar vueltas atolondrados y se pusieron a empaquetar. Por otra parte, no estaba en absoluto claro a quién se iban a llevar. Por supuesto, los anfitriones no podían albergar la esperanza de que no se tratara de ellos. Los camiones habían parado delante de su propia puerta. Pero los demás comensales y huéspedes se encontraban allí por mera casualidad y podrían perfectamente no haber estado allí, de modo que, aunque la primera frase había sido categórica, «Están todos detenidos», podía referirse solamente a los miembros de la familia. Sólo cuando —después de varios minutos, durante los cuales todos siguieron la agitación sin sentido y, por tanto, casi cómica de los anfitriones, que no sabían qué llevarse y qué hacer— el oficial, entre nervioso y negligente, dijo, volviendo la cabeza hacia los demás: «¿Qué hacéis ahí quietos? ¡Preparad las maletas!», todos se precipitaron a hacerlo, amontonando en colchas y manteles, en mantas, en sábanas, todo lo que encontraban a su alcance, sin pensar siquiera por un instante que aquellos objetos no les pertenecían, y sin preguntarse tampoco para qué les iban a servir. El derecho a la propiedad fue sustituido por el derecho del que estaba empaquetando, y durante el resto del viaje aquellos bultos conservaron celosamente su dueño y su misterio. Porque —salvo la comida, que el hambre había devuelto a la memoria, y que buscaron a tientas en los sitios en los que había sido arrojada— con el aturdimiento y la falta de perspectivas del viaje, todos aquellos objetos casuales y desparejados parecían irrisorios y tenían una importancia más bien simbólica y sentimental: fragmentos ínfimos de un mundo desaparecido, cuya existencia afirmaban con obstinación. Solamente ahora, en la luz envolvente del rastrojo desierto al que habían sido arrojados como después de un naufragio, sus absurdos equipajes cobraban cierto sentido en la vida que estaban a punto de iniciar, en la que cualquier nimiedad adquiriría una utilidad asombrosa y nunca antes sospechada.

Eran más ricos de lo que se imaginaban. Los fardos, baúles, maletas y cestas contenían una dote increíblemente diversa e inesperadamente necesaria, a pesar de ser una mezcla delirante recogida sin la menor premeditación. Almohadas, cigarrillos, ceniceros, patatas, lápices, cucharas de madera, camisas, jarras de barro, vasos, cuadernos escritos a medias, cacerolas, botes, mantas, sayas, cintas, bombones envueltos en celofán, pastillas de jabón casero para lavar la ropa, una maquinilla de

afeitar, tenedores, cirios de boda, una caja de betún llena de clavos, analgésicos, abrelatas; cepillos de dientes, papel matamoscas, un acerico con alfileres, un elefante de porcelana, un sacacorchos, sábanas, algunas camisas bordadas de seda rústica, varios trajes de niño atados con una cinta, un despertador, dos botes de pisto enteros y otro roto, que se había derramado sobre varios almohadones y un manojo de cucharitas de aluminio; una lata adornada con dibujos orientales, donde en vez de *halva*^[12] se apilaban bobinas de hilo, agujas de coser, ganchillos, corchetes, pinzas, trozos de goma, hojillas de afeitar viejas; platos de metal y de cerámica, unos metros de alambre fino, una bolsa con corchos, una lata de café, una manta de lana sin hilar, tres sayas pequeñas, varios pedazos de tocino, nueces, una mazorca de maíz, un abrigo de señora, varios gorros, un manojo de eneldo seco, un machete, un mantón afelpado, negro y grande, tijeras para podar las vides, una hoz oxidada, toallas, manteles, un cubo de madera, un lápiz de ojos, unos frascos de perfume vacíos, collares de madera, vidrio y conchas, una agenda telefónica, un disco de música popular; un salero grande de madera medio lleno que alguien descolgó de la pared; manzanas, varias botellas de aguardiente, una litografía de la Virgen, un tubo de pegamento, dos cajas de chinchetas, un tubo casi vacío de pasta dentífrica, clavos grandes, un manojo de albahaca atado con una cinta tricolor, calcetines de caballero, zapatos de tacón desaparejados, un enchufe múltiple, una Biblia, un cazo para el café; una bolsa de ciruelas pasas, una de alubias, una combinación, una ratonera, dos botes de miel, un tiesto, un farol antiguo sin mecha ni queroseno, un sifón, un membrillo, trozos de tela, un hacha, algunas pieles de cordero curtidas rústicamente, un ovillo de cuerda, un trozo torcido de suela aún no estrenada, una cubierta de bicicleta, botones, flores artificiales de seda, corbatas, algunas ristras de ajos y cebollas, anzuelos, pantalones, una baraja, pitilleras, bolsitas de azúcar de vainilla, levadura, tornillos, macarrones, una piedra para afilar guadañas, un frasquito con esencia de ron, celofán, vasos, servilletas, imperdibles, palillos, alambre, uvas pasas, comino.

«Sólo cuando miré aquel revoltijo —me contaba el tío Emil— comprendí lo perdida e indefensa que hubiera sido nuestra situación sin la locura que se apoderó de nosotros y nos hizo amontonar en mantas y sábanas todo lo que caía en nuestras manos, dejando que el instinto enloquecido por el miedo nos hiciera acumular e imaginar un arca de Noé para los objetos, que por muy insignificantes y despreciables que parecieran, daban la medida y la imagen de la civilización que nos acababa de expulsar, del mismo modo que los trozos de cerámica, los fragmentos de collares, las laminillas de oro o las pinzas herrumbrosas encontradas por los arqueólogos, les permiten situarse en el tiempo y sacar conclusiones sumamente complejas sobre la gente que los usaba».

Antes de nada, guardaron cuidadosamente todo lo que pudiera servir como semilla al año siguiente: la bolsa con alubias, la mazorca de maíz, la ristra de ajos, la

de cebollas, la albahaca y el eneldo secos, las patatas e incluso algunas nueces y ciruelas pasas. Asimismo, durante varias horas, todos se rebuscaron en el pelo, en los pliegues de la ropa, en las cintas de los sombreros, en el seno, en los bolsillos los granos de trigo que todavía quedaban, los mismos granos de trigo con que habían acogido a los novios a la salida de la iglesia. Por supuesto, donde más granos encontraron fue en los cabellos y en el velo de la novia. «Aquel trigo, recogido en una manta sobre la que la novia destrenzó y sacudió los cabellos y el velo, fue nuestro pan, multiplicado de año en año», me decía a veces, un poco soñador y casi nostálgico, el tío Emil, y la tita Turica añadía siempre, quizás un poco celosa, o quizás sólo por afán de exactitud: «Por fortuna, el bolsillo del pregonero estaba también lleno de granos». Al fondo de semillas contribuyó también el viejo cura con acento de Bucovina, quien, un poco avergonzado, sacó del bolsillo de la sotana un puñado de pipas de girasol. Además del tío Emil y la tita Turica, la novia, el pregonero y el viejo cura, el grupo lo componían también la *nana*^[13] Salomie —una vieja campesina, verdadera institución en el pueblo, que recogía hierbas para remedios caseros y era especialista en roscas para bodas y salchichas de matanza—, el novio y dos campesinos: el más joven era guardagujas en la compañía ferroviaria, y el otro, muy viejo, era un tío lejano de la novia que después de más de treinta años había vuelto de América para estar con su mujer, la cual había muerto hacía mucho tiempo, y con su hijo casado, que ya tenía hijos y nietos. Era una mezcla bastante curiosa aquel grupo, cuyo jefe parece que fue, desde el primer instante, el tío Emil, profesor de historia. Durante las primeras horas esperaron a que el grupo se ampliara con otros invitados de la boda, y de vez en cuando se sobresaltaban si les parecía que se oía el ruido lejano de algún camión, pero con una extraña rapidez abandonaron esta ilusión y comprendieron que ellos eran todos, que el universo para todos ellos se reducía a sí mismos, y que debían ser útiles y suficientes los unos para los otros. Eran, pues, un cura de la región de Putna, forzosamente trasladado en su vejez a nuestras tierras, y el único para quien este viaje no era ninguna sorpresa, sino una continuación casi lógica del camino iniciado cuando dejó su casa, que ahora le era ajena; una muchacha joven, maestra de pueblo y novia; el novio, profesor como mi tío, pero de ciencias biológicas; la tita Turica, profesora también, pero de matemáticas («Lo único que habríamos podido montar —bromeaba más tarde la tita Turica— era una escuela, pero por desgracia no teníamos a quién enseñar.»); el pregonero, guardabosques de oficio, hombre robusto, y de edad madura, alma fuerte y mente ingeniosa, que en los siguientes años iba a ser no solamente el artífice de los más extraordinarios cepos para conejos y aves, sino también el único que, en los momentos de depresión colectiva, cuando esta pasaba como una llama de uno a otro, incendiándolo todo y desparramando con fruición sus pesadas cenizas, capaz de resistir aquella racha devastadora y sacar a todos a flote con su risa, que aunque al

principio parecía inoportuna, después, por contraste, hacía que la desesperación de los demás resultara fuera de lugar; Culai —el campesino joven vestido con un uniforme ferroviario, casi nuevo al principio y con el tiempo fosilizado, que, extrañamente, en vez de volverse cada vez más deshilacliado y harapiento con el uso, como la ropa de los demás, se hacía cada vez más rígido y rasposo, como la corteza de un árbol— era el único separado de su mujer en la ruleta de la deportación; muy callado habitualmente, trabajaba casi con rencor y se inventaba siempre nuevas ocupaciones, desaparecía de cuando en cuando, y después de un rato se lo oía desde la arboleda entonar *doine*^[14] con hojas de árbol; la *nana* Salomie, quien en la boda llevaba puesto el traje de fiesta, y que durante los años siguientes se vestiría con increíbles harapos con el fin de guardar pulcro el traje para su entierro, poniéndoselo únicamente las mañanas de los domingos, después de lavarse secreta y meticulosamente todo el cuerpo, como si fuera a ir a la iglesia, y, en efecto, se iba, tras saludar cortésmente a los demás: caminaba a través del campo varios cientos de metros, decidida, como si tuviera una meta exacta; se sentaba luego a la orilla del camino una vez había extendido un pañuelo en el suelo y permanecía allí, sentada, inmóvil, durante varias horas, como si estuviera en misa; regresaba más tarde, con la misma firmeza y el aspecto tranquilo del que ha cumplido con su deber, saludaba a todos y se cambiaba de ropa, doblando reverencialmente su traje de fiesta y vistiendo de nuevo los harapos que usaba durante el resto de la semana; *badea*^[15] Ricanu, rara abreviación del mote «el Americano», apodo sobrellevado con cierto orgullo y validado por historias fantásticas y contradictorias que transcurrían siempre en América y en las que él figuraba indefectiblemente como el héroe valiente y afortunado; y, claro está, mi tío Emil, a través de cuyos ojos he visto también yo.

Después de que la primera noche durmieran sobre el suelo, acurrucados entre los propios fardos, en torno a un fuego hecho a base de cardos y matas secas que se apagó rápidamente, al día siguiente decidieron emprender la construcción de un refugio bajo el mando técnico del pregonero y de Culai, que había trabajado en la construcción de casas de adobe. Por suerte, todavía hacía buen tiempo, aunque no podía durar mucho, y antes de la inminente llegada del invierno tenían que contar con un techo sobre sus cabezas. Al principio, exploraron los alrededores varios kilómetros a la redonda. Necesitaban leña, arcilla, ramas verdes, paja y estiércol, y aunque hubieran encontrado todas estas cosas, después de levantar las paredes, necesitarían un tejado que no dejara pasar la lluvia, algo que no se podía confeccionar con los materiales, las herramientas y el tiempo que tenían a su disposición. La idea de construir una casa de adobe se desvaneció o, mejor dicho, fue aplazada. Así que, abandonando el pozo, al que tuvieron que dar desde entonces largas caminatas diarias para coger agua, se refugiaron en el bosquecillo de acacias (no había más de doscientos o trescientos árboles, que crecían aislados en medio del campo), entre

cuyos troncos altos y erguidos alzaron unas paredes con ramas gruesas y troncos trabajosamente cortados con el hacha y la sierra en forma de cola de zorro, los únicos instrumentos para cortar —transformados casi en objetos de culto— de que disponían. Consiguieron improvisar un recinto de unos veinte metros cuadrados que cubrieron con ramas cruzadas y sobre el que dispusieron con dificultad los tallos de maíz que encontraron por el campo y muchas, muchas hojas secas, convirtiendo toda la construcción en una especie de pirámide vegetal que, hasta la llegada de las primeras lluvias, nadie sabía si iba a servir para algo, pero que era, con una evidencia lapidaria, la única solución para aquel otoño cada vez más avanzado. La construcción de aquel extraño monumento duró más de dos semanas, durante las cuales durmieron acurrucados los unos contra los otros sobre un montón de hojas, vestidos con todo lo que tenían, despertándose por el frío y abrazándose aún más fuerte. Por las mañanas se descubrían con las pestañas y el pelo cubiertos de escarcha, graciosos y plateados, con las narices taponadas por el frío y envueltos por un vaho tibio, fruto de su respiración, que debían apartar con la mano para ver cómo era el día que empezaba.

Se atrevieron a hacer fuego sólo después de mucho tiempo, pasadas las primeras nieves, aunque ya habían acumulado montones de ramas, astillas y pedazos grandes de troncos; los quemaron con espíritu ahorrador durante aquel invierno, que resultó ser el más duro de su vida, y del cual, milagrosamente, todos salieron con vida. Antes de la llegada del invierno consiguieron recoger las vainas con semillas de las acacias, que formaban una verdadera alfombra; las desgranaron como si fueran judías y reunieron montoncitos de granos relucientes que, cocidos con minúsculos trocitos de tocino, daban un caldo color castaño, en el que algunas veces, para hacerlo más denso, echaban un puñado de hojas. También recogieron, hurgando en la tierra, raíces de la maleza y tallos que se habían secado hacía tiempo, pero cuya fuerza quedaba replegada en lo que parecían ser unos dedos casi de animal, retorcidos y blanquecinos como alambres y un poco elásticos; los mascaban largo rato hasta poder tragarlos, sin pensar ni por un momento en que podían ser venenosos; milagrosamente, resultaron no serlo. Probablemente habrían muerto de hambre sin el pregonero y su inagotable imaginación para idear cepos. A las víctimas habituales, gorriones y cornejas, siguieron, después de la desaparición de estos, las ratas de campo y las marmotas, que se acercaban atraídas por la reserva de semillas, cuidadosamente controlada a diario («el banco de semillas», como fue bautizado entonces, cuando, apretando los dientes y prohibiéndose a sí mismos el consumo de cualquier futura semilla —una prohibición que en aquella estación de hambre al borde de la muerte equivalía a un acto de heroísmo— dijeron que *las depositaban* para la primavera). Finalmente, hacia finales del invierno, llegaron a comerse la corteza de los árboles. Pero esto no quiere decir que no conocieran también momentos e incluso largos períodos de exaltación. Así fueron los días posteriores a aquella extraordinaria caza del jabalí. Siempre he

sido incapaz de imaginarme este episodio, que he oído contar muchas veces, sin recordar un grabado de mi niñez que representaba la caza del mamut. Incluso ahora recuerdo que, al mirarlo, lo que me espantaba no era tanto el mamut, que, casi vencido, había hincado una rodilla, sino los seres peludos, de quijadas grandes y brazos largos, que golpeaban al gigantesco animal con porras de madera y martillos de piedra. Si reemplazaba aquellas figuras, de frente aplastada, acabada en unas cejas prominentes como un alero, por las caras conocidas del tío Emil, la tita Turica y sus compañeros, a los que llegué a recrear con bastante exactitud, obtenía un cuadro que a primera vista resultaba cómico, pero que inmediatamente después se volvía alucinante e inverosímil. No podía imaginarme realmente la aparición de aquel jabalí, quizás también hambriento, extraviado y empujado por no se sabe qué desesperación inexplicable hasta aquellos montones de nieve alrededor de la choza, en la que, enfermos, con fiebre y hambrientos (no habían comido desde hacía varios días), habían abandonado la lucha y yacían en torno a un fuego de leña húmeda, casi sin llama, cuyo humo (puesto que no había ni chimenea, ni ventanas) se estratificaba dentro del recinto, envolviéndolos y trastornándolos como una droga.

En efecto, no lograba imaginarme ni el pánico ni la incredulidad que debieron de sentir al oír el ruido, ni el destello de locura que brillaría en sus ojos cuando se dieron cuenta de lo que sucedía, ni su marcha a través de la nieve, cuando, sin temor, todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, salieron armados con lo primero que encontraron: cuchillos y hoces, hachas y palas; como tampoco era capaz de comprender su victoria, el que hubieran conseguido matarlo, más aún, el que no hubieran vacilado ni dudado de que lo matarían. «Imagínate a tita Turica —se reía mucho más tarde el tío Emil— metiendo la pala en el anca del jabalí, mientras, desde el otro lado, el padre Partenie lo atravesaba con la horca y Culai, poseído por un ataque de demencia, se abalanzaba sobre el animal y conseguía montarlo, arriesgándose no sólo a que el jabalí lo aplastara en sus espasmos de miedo, sino a que cualquiera de sus compañeros, cegado por la prisa y por la confusión, lo acuchillara». Al parecer, todo transcurrió de una manera increíblemente sencilla y rápida —en el mismo segundo, el pregonero le asestó un hachazo en la frente, el novio lo hirió con la hoz y el tío Emil le rompió el espinazo con una rama gruesa, que manejaba como una porra—, como si el instinto de las personas por sobrevivir hubiera resultado más fuerte que el de la bestia y esta, al comprenderlo, se hubiera dado por vencida. Quizás la aparición del jabalí fue el milagro que los ayudó a superar el último obstáculo de aquel invierno y los llevó, por encima de la cumbre de su desánimo, hasta la primavera.

En la frontera entre las dos estaciones, que a todos se les hizo muy difícil de cruzar, *badea* Ricanu resbaló y se cayó. Permaneció acostado varias semanas contando historias americanas cada vez más fantásticas, con ganancias y peligros que

controlaba con igual desenfado, mostrando, mientras hablaba, un fajo de billetes enrollados y atados con una goma, que misteriosamente había sacado del forro de la chaqueta, a modo de testimonio de su fortuna, que hasta a él le asombraba, y también de objeto mágico que había perdido —¡no podía creerlo!— su poder. Luego, de repente, una mañana (parecía que se hubiera despertado no sólo de un sueño agitado, en el cual sudaba como un pedazo de nieve que se funde, volviéndose cada vez más pequeño y más insignificante, sino también de otro, más largo y del que era responsable en mayor medida), empezó a contar con una voz totalmente distinta, más seca y verdadera (como si ya ni se acordara de aquel tono cantarín, de historiador) su vida —la de los cinco hombres que salieron de su pueblo— en Nueva York: contaba el terror y la soledad que les produjo el desconocimiento del idioma, la sensación de acoso provocado por todo aquel que les dirigía la palabra, el desdén, más bien imaginado, de los demás, la amenaza nunca hecha realidad y, quizás, sólo inventada, lo que la hacía parecer aún más enloquecedora y sofocante, y, sobre todo, el misterio durante mucho tiempo indescifrable de los viajes en Metro, misterio que resolvieron con la sencillez de los métodos milenarios propios de la gente de la montaña, que solía marcar el camino con piedras, surcos y signos para saber por dónde regresar. «Compraron tiza —se hacía cruces el tío Emil—, y en cada estación, mientras el tren paraba por espacio de unos segundos, uno de ellos salía corriendo y marcaba una señal en un pilar de hormigón. En las estaciones donde debían cambiar de sentido o de tren, hacían otra señal, más grande y de otro color. De esta manera, sin saber leer las indicaciones en inglés, lograban circular por el camino así señalado, como si se hubieran orientado en el bosque por muescas en los troncos. Para ellos, Nueva York no era esencialmente distinta de un bosque en el que habitaban seres vivos cuyo lenguaje desconocían y cuyas leyes podían, como mucho, deducir».

Muy satisfecho por haber revelado, al final, su verdad americana, *badea* Ricanu murió sencillamente, derritiéndose en aquel sudor que lo disminuía, reduciéndolo a sales y agua e incorporándolo a un reino superior al de los animales, al que había pertenecido hasta entonces. Lo poco casi mineral que quedó de él lo enterraron en el cementerio que inauguraron en aquella ocasión, y que en los años siguientes iba a recibir también a un hijo de la novia, de pocas semanas de edad, y a la *nana* Salomie con su traje impecable, conservado a fuerza de sacrificios para la ceremonia redentora del Juicio Final. Después, la primavera estalló esplendorosa, como si hasta entonces se hubiera visto frenada por la inoportuna vecindad de la muerte, que la intimidaba. Los árboles echaron hojas, la tierra asomó sus maravillosas hierbas, ortigas y romaza, berros y armuelle. Cada pedazo de madera reverdecía y cada trozo de tierra echaba brotes, con una exhuberancia casi impúdica y una vitalidad desenfrenada y salvaje.

Cavaban, rastrillaban y sembraban desde la salida hasta la puesta del sol, colocando al fin en la tierra las semillas tan tentadoras, conservadas con tanto

sacrificio, defendidas contra los ratones y los gorgojos, contra la putrefacción y contra su misma hambre devastadora. El trigo de los cabellos de la novia, el maíz de la mazorca hallada entre la ropa blanca y el girasol de los bolsillos del cura se sembraron con religiosidad y con el sentimiento del jugador que, apostando sus últimas monedas a un determinado número de la ruleta, está esperando con ansia el resultado del juego que le dirá si seguirá con vida o habrá de morir. Pero no, la verdad es que —después de haber conseguido alejarse de la tan cercana proximidad de la muerte, junto a la que habían pasado, casi milagrosamente, el invierno— en ningún instante pensaron que pudieran morir y ser vencidos. Cerca del pozo, para poder regarlos, hicieron los sembrados de patatas y alubias, las parcelas de ajo y cebolla, y sembraron incluso el manojo de albahaca y el eneldo reseco. También cerca de la fuente, allí donde iban a levantar la casa, enterraron con una esperanza descabellada las semillas de manzana y el membrillo hallados en el equipaje, los huesos de las ciruelas pasas y las pocas nueces encontradas en los zapatos. Luego, a la espera de la cosecha, junto a las plantas vigiladas y cuidadas como tal vez nunca hubo otras en el mundo, se pusieron a construir una casa de verdad.

Siempre que llegaba a este punto, en el que la historia parecía entrar en ciclos regulares, que se repetirían y cobrarían un aspecto familiar de perdurabilidad futura, el tío Emil ya no podía aplazar la respuesta a la pregunta que yo le había hecho desde el primer momento. Era una pregunta que yo siempre repetía, sobre la que volvía una y otra vez y que aún recuerdo muy viva en la memoria, con una respuesta que nunca pude comprender. La pregunta era: «¿Por qué no os marchasteis?». Los habían arrojado en medio de la llanura, en medio de aquel Bărgană extenso, una planicie de decenas o quizás cientos de kilómetros, pero, aún así, un campo con límites, en cuyos confines se alzaban ciudades y vivía gente. Los habían dejado allí, en medio del campo desierto, con algunas herramientas y unos cuantos bártulos, sin guardia, sin ningún tipo de vigilancia, sin ni tan siquiera la sospecha de que hubiera alguna vigilancia oculta algo más lejos, camuflada ante su mirada, pero de todas formas, presente.

Y aunque podía admitir que al principio no se hubieran atrevido a desobedecer la orden de los que los habían llevado allí, me imagino que la amenaza de morir de hambre durante el invierno debía de ser más fuerte que ese miedo, que era, sin embargo, solamente teórico. Me parecía aberrante e inadmisiblemente instalarse dentro de aquella situación quimérica, con todo lo que eso implicaba (tener que sembrar árboles y esperar a que dieran fruto al cabo de cinco, seis o diez años, y la construcción de una casa), antes de esbozar siquiera un rechazo, antes de intentar otra solución, una salida hacia lo normal. Me parecía tanto más incomprensible, ya que sabía que el tío Emil era un hombre hecho y derecho, cabal y con mucha iniciativa, y los protagonistas de la historia no me parecían tampoco alejados de la realidad y de este

mundo. «No has vivido aquella época. No puedes comprenderlo», era una frase exasperante y agnóstica que vetaba desde el mismísimo comienzo no solamente mis argumentos, sino también el camino hacia ellos, como si en aquella época en la que transcurrió todo y que, a fin de cuentas, era también la mía, aunque la recorriera solamente a través de la conciencia alucinada de mi infancia, existiera un núcleo que no sólo no podía comprender, sino que tampoco convenía que intuyera. «Tu pregunta, que ahora parece lógica y sensata, por entonces ni siquiera se nos ocurrió, ni a mí, ni a ninguno de nosotros ¿No te parece extraño? ¿No crees que en aquella época debió de haber existido algo, aunque impalpable y difícil de definir, que a ti se te escapa y que entonces lo determinaba todo? ¿No te parece que, más allá de los kilómetros desiertos, más allá de la posibilidad física de alcanzar los supuestos pueblos que nos rodeaban, entre nosotros y aquellos pueblos existía algo que ahora ya no puede comprenderse más que teóricamente, igual que se puede comprender la pluralidad de los mundos o el viaje a través del tiempo? No quisiera que me entendieras mal. No me refiero al miedo. Y menos a un miedo físico. El miedo físico existía también allí, en medio del campo. Eramos completamente conscientes —y tal vez esta conciencia tan sorprendentemente límpida nos mantuvo con vida y, gracias a un poco de suerte, nos permitió sobreponernos a todo—, éramos completamente conscientes de que en cualquier instante habríamos podido morir de frío o de hambre. Es decir, habríamos dejado de existir. Debes entender que no era por el miedo a la muerte por lo que no intentábamos superar aquel aislamiento. Yo diría que todo lo contrario. La muerte ya no podía espantarnos, estaba allí, en pleno campo, a nuestro lado, y dependía sólo de nosotros —y, claro, también de nuestra suerte— el conseguir vencerla o no.

»Entonces, todo dependía de nosotros. Estaba bien claro que habíamos llegado allí debido a una poderosa y arbitraria intervención externa, pero, más allá de esta decisión, de nosotros dependía si íbamos a morir o no. Se nos había dejado la libertad de decidir. Y en la medida en que tanto la vida como la muerte eran posibles, dentro de aquella franja, indeciblemente angosta, todo era posible. Fuera, por el contrario, nada era posible. Y nada dependía ya de nosotros. Lo que nos separaba de las aldeas pobladas no era el miedo, sino la certeza de que llegar hasta allí de nada nos habría servido. Lo que nos detenía era la imposibilidad, la inutilidad asumida. ¿Entiendes? Desde el momento en que había sido posible que nos hubieran llevado allí, después de apresarnos en medio de una boda donde estábamos reunidos por mera casualidad, de meternos en camiones y vagones y de repartirnos tan arbitrariamente como nos habían juntado, para abandonarnos después en aquel campo como en una comuna primitiva, era necesario que comprendiéramos que intentar contravenir aquella decisión caprichosa habría sido inútil y aún más arbitrario. La única manera de salvarnos consistía en hallar un sistema de referencias lógicas en el interior de aquel espacio restringido que habían dejado a nuestra disposición y en entender la situación

en la que nos encontrábamos. No puedo negar que con esta *comprensión* contaban también los que nos habían llevado allí, y éramos conscientes de que una de sus más importantes bazas era esta cooperación asumida por nosotros, el hecho de que nosotros *entendiéramos* que sólo comprendiéndolo así nos podíamos salvar y que, al *comprender*, ya renunciáramos de antemano a resistirnos. Ahora, al cabo de tantos años, también yo empiezo a dudar de si teníamos razón. Incluso a mí, que viví todo aquello, se me van escapando los matices exactos de aquella realidad y precisamente al contártelos me doy cuenta de que ya no comprendo verdaderamente, de que no hago más que repetir unas verdades fijadas hace mucho y petrificadas en las fórmulas de entonces, y de las cuales ya me acostumbré a no dudar.

»Es posible que si, en vez de construir aquella choza e intentar reinventar la Edad de Piedra, hubiéramos emprendido el camino desde el primer día, pidiendo ayuda a las primeras personas con que nos hubiéramos topado, nos habrían dado seguramente de comer, nos habrían ayudado y, tal vez, nos habrían ocultado algún tiempo, en sótanos o desvanes, hasta que las cosas se hubieran apaciguado.

»Pero, a decir verdad, no me fío demasiado de este razonamiento a posteriori, al que, evidentemente, se le escapan muchos matices. El hecho de que en todos los años transcurridos allí nunca nos buscara ni nos encontrara nadie de los supuestos pueblos cercanos no demuestra, claro está, que estos pueblos no existieran, sino que nosotros no existíamos para ellos. Y esto no porque no hubieran sospechado nuestra presencia, sino porque ponían mucho cuidado en demostrar que ni siquiera la sospechaban. No solamente no nos buscaban, sino que ponían la mayor atención en no descubrirnos. Pues, de otro modo, ¿cómo explicar, si no, que aquella tierra donde nos abandonaron, que antes había sido tierra de cultivo (incluso utilizamos la paja de aquel rastrojo infinito cuando comenzamos la construcción de nuestra casa de adobe), ya no importara a nadie y que ningún propietario apareciera en primavera para ararla o sembrarla? Es evidente que todo el mundo sabía que nos habían dejado toda aquella tierra, y si sabían esto, sabían también, sin duda, que, aparte de esta tierra, no se nos había dejado nada más. Más exactamente, todo transcurría como si una nave nos hubiera desembarcado en una isla desierta, abandonándonos allí, dejándonos a expensas de nuestra propia capacidad de supervivencia, sin molestarse en vigilarnos, sin el menor temor de que pudiéramos evadirnos a través del océano que nos rodeaba. Estábamos en una isla, debes entender muy bien esto, no solamente para entender la realidad, sino también para comprender nuestra posición ante aquella realidad. El que nuestra isla no estuviera rodeada de agua sino de tierra firme no cambiaba para nada la situación, ni tenía por qué disminuir el aislamiento. Lo único que podíamos hacer era intentar vivir allí, cultivar la isla y valemos de aquellos pobres objetos que habíamos llevado en los equipajes y que debíamos salvar del naufragio como si de un milagro se tratara. El que no estuviéramos hablando del naufragio de una nave, sino

del hundimiento de nuestra propia vida hasta entonces, no cambiaba para nada la situación. La metáfora funcionaba de un modo sumamente exacto, y hasta se había convertido en un punto de apoyo. Podrá parecer ridículo, pero durante aquellos años deseaba releer *Robinson Crusoe*, que casi no recordaba, para contrastar sus métodos de supervivencia con los nuestros».

Le pregunté al tío Emil por qué no prefería la comparación con Genoveva de Brabante^[16], mucho más cercana desde el punto de vista moral y que vivió una situación parecida, pero me contestó que no, que no era más cercana, porque allí no había habido ni un cervatillo enviado por Dios ni el corazón enternecido de aquel que después de castigar reconoce su error, así como tampoco se desprendía ningún sentido moral de toda la historia. El absurdo del mundo no puede tomarse como una conclusión moral.

La construcción de la verdadera casa duró todo aquel verano, e incluso parte del otoño. El trabajo de los albañiles se alternaba con el de los labradores, y como algunos lo hacían por primera vez y otros se sentían incómodos por la falta de las herramientas con que habían trabajado en otras circunstancias, todo progresaba con bastante dificultad. Por otra parte, el cuidado de la huerta y del campo implicaba unas responsabilidades tan grandes (cualquier semilla perdida, cualquier tallo enfermo disminuía las posibilidades de supervivencia del año siguiente) que cada dos por tres la construcción se interrumpía porque otra faena más urgente —regar las parcelas, cavar, cuidar o sencillamente vigilar los minúsculos cultivos— requería su atención. Esta parte del relato la escuchaba siempre con impaciencia, tanto más cuanto que el tío Emil siempre volvía sobre este punto, cíclicamente, a medida que describía las estaciones, con una especie de iluminación exaltada que me parecía una exageración y un despropósito. Lo escuchaba distraída y apremiante, albergando siempre el mismo sentimiento de incomodidad y aburrimiento; me sentía incómoda tanto porque me estaba aburriendo como porque era incapaz de dejar de aburrirme, como cuando, al final de mi infancia, al leer libros para mayores, pasaba por alto las descripciones de la naturaleza y las consideraciones filosóficas a fin de seguir el hilo de la narración. Mucho más tarde, cuando yo misma llegué a tener un huerto y a cultivar, como quien dice, mi propio jardín, con un sentimiento de isleña no muy distinto del de las representaciones geográficas de mi tío, empecé a entender la luz cálida y la ternura que le iluminaban la cara siempre que me hablaba de las plantas. Este cariño para con los seres verdes, adquirido allí, lo mantuvo en los años que siguieron a su regreso a casa, y con el tiempo, este amor fue tomando las formas más curiosas. En su cuarto —sobre diversos soportes colocados cerca de la luz, en el suelo, delante de la puerta que daba al balcón e incluso debajo de la ventana— se amontonaban decenas y decenas de macetas con todo tipo de plantas. Sin embargo, bastaba con mirarlas para darse cuenta de que la pasión de mi tío se dirigía hacia ciertas especies;

él no cultivaba cactus, ni violetas de Parma, ni siquiera geranios. En su cuarto se amontonaban macetas con varios tipos de plantas, sin nombre o de nombres complicados, exóticos, o simplemente malas hierbas, hojas sencillas, delicadas, que alimentaban pocas esperanzas de echar flores, tallos endebles, casi transparentes, cuyo único rasgo compartido era tener vida.

Así pues, la preferencia y simpatía de mi tío se las ganaban no las más sanas o llenas de savia, sino al contrario, las más enfermas y pobres, de tallos quebrados, cuyo cuerpo delgado, atado con hilos, se sujetaba con pequeños palillos clavados en la tierra. Al igual que otros recogen gatos en los descampados y perros enfermos por las esquinas de las calles, mi tío recogía plantas que cuidaba con impresionante devoción, estando, como estaba, convaleciente. Porque, después de volver a casa, el tío Emil no fue más que un convaleciente, un convaleciente con fuerza de voluntad y fe en curarse, casi restablecido pero incapaz de olvidar ni por un momento que había estado enfermo, incapaz de dejar de referirse durante lo que le quedó de vida a la enfermedad que le marcó el destino. Después de su regreso, el resto de su vida se transformó en un intento amable y bienintencionado, pero falto de convicción, de adaptarse a la sociedad, un simulacro, o un remedo, de adaptación, por consideración a nosotros, que intentábamos ayudarlo a borrar de su memoria las huellas del último decenio. Pero él sabía muy bien, no solamente que era capaz de vivir sin la ayuda del mundo civilizado y de la sociedad, su propia supervivencia así lo había demostrado, sino que, a solas, aún podía vivir mejor. Porque, cuanto más transcurría el tiempo, y a medida que aquel decenio casi mágico de la deportación se hundía en el pasado, tanto más crecía su resplandor y mucho más bellos y valiosos le parecían los tesoros que lo enriquecían. A fuerza de escuchar atentamente y de tomar en serio los relatos, siempre repetidos e idealizados, del tío Emil, la única conclusión que se desprendía era que el tiempo pasado en la isla en medio de aquel océano de tierra había sido el período más feliz de su vida, el más venturoso y lleno de encanto, no sólo mucho más que los años presentes, dolorosos, difíciles de comprender y aceptar, sino incluso mejor que los inmemoriales tiempos anteriores, perdidos en el horizonte de su juventud, que desde la superioridad del sufrimiento parecían no solamente libres de penalidades, sino también de interés. A medida que pasaba el tiempo, el tío Emil tenía tendencia a reducir cada vez más la parte interesante de su existencia a aquel decenio, que para él era una experiencia fundamental y esencial, no tanto en el orden de la Historia como en el orden universal. Porque lo que verdaderamente había descubierto en su isla, y lo que ya no podría olvidar después, era la trascendencia de las leyes cósmicas de la naturaleza frente a las pobres leyes, improvisadas siempre a toda prisa, siempre insignificantes y discutibles, de la Historia.

Al final del primer otoño, al cumplirse un año de su estancia allí, el balance era el siguiente: habían logrado multiplicar sensacionalmente las reservas de semillas, de

modo que eran propietarios de todo un saco de granos de maíz, un saquito de granos de trigo, unas cestas llenas de alubias, unas ristras enteras de ajos y cebollas e impresionantes montones de patatas. Claro que la mayor parte de estas inapreciables riquezas se depositaron en el «banco de semillas», de modo que, ya desde el segundo año pudieron sembrar superficies casi suficientes para una alimentación racional. Pero incluso durante este primer año se permitieron consumir con gran frugalidad y casi con devoción algunos kilos de patatas y algunas cebollas. De sus extravagantes equipajes conservaban, sin atreverse a usarlos, como si fueran elementos casi mágicos de un mundo desaparecido, medio tarro de miel cristalizada desde hacía mucho, petrificada en las paredes, y dos botellas de *tuicã*^[17], destinadas con hartito dolor de su corazón a posibles urgencias médicas. En verano comieron sobre todo verduras recogidas a lo largo y ancho de una extensa superficie (los conocimientos de la *nana* Salomie en materia de raíces y hierbas comestibles eran inagotables), huevos cogidos de los nidos (con cuidado de dejar suficientes para la reproducción) y, por supuesto, lo que caía en los extraordinarios cepos inventados por el pregonero. Se acostumbraron a comer muy poco y, sin embargo, a resistir y a no enfermar, e incluso, en determinados aspectos, a estar aún más sanos que antes, de manera que la eficiencia de las reglas de la vida civilizada era puesta automáticamente en entredicho. Dada la continua escasez de alimentos del primer año, la orgía de setas que estallaba de manera casi frenética tras cada lluvia, representaba el colmo de la prosperidad, por otra parte sabiamente racionada: hasta la llegada de la primavera lograron repartir raciones, bastante reducidas, la verdad, de setas secas, que daban sabor y consistencia a los aberrantes ranchos preparados por la *nana* Salomie.

Otra bacanal, esta vez imposible de controlar, fue una migración de caracoles, que los alimentó más de una semana y que creó tal sensación de asco que finalmente en los más duros momentos de hambre durante el invierno, el recuerdo del asco producido por la carne sosa de los caracoles redimía la sensación de hambre, ahora más fácil de aguantar. Durante los años siguientes, cuando descubrieron la laguna de agua salada y aprendieron a procurarse la sal poniendo el agua a secarse y recogiendo los cristales que quedaban en el fondo de los recipientes, soñaron con una nueva invasión de caracoles, pero esta no volvió a producirse nunca más. Lo más difícil de soportar no eran ni la pobreza ni lo extravagante de aquella alimentación, sino el que desde la llegada de la primavera hasta finales del otoño sólo raramente pudieran permitirse el lujo de comer algo caliente: la falta de leña, cuya escasez no era difícil de prever para los inviernos siguientes, situación que duró hasta el final de su extraordinaria aventura, los volvió extremadamente tacaños, de modo que hacer fuego se decidía únicamente por votación y sólo cuando la propuesta a favor alcanzaba la mayoría absoluta. Y, paradójicamente, en invierno, cuando encendían el fuego para calentarse, aunque la miseria era mayor, comían de forma más humana

que durante el verano, cuando debían contentarse con los alimentos crudos más inimaginables.

Por lo demás, la falta de leña iba a agravarse en los años siguientes: los varios cientos de acacias de la arboleda no podían servirles como material de construcción a la vez que como combustible para poder calentarse y cocinar, y por más árboles que plantaran desde la primavera, estos no crecían tan rápido como para satisfacer sus necesidades; así que concibieron una vivienda tan extraña, en condiciones normales, como lógica en las circunstancias extraordinarias que habían impuesto su construcción. Primero hicieron una habitación, bastante grande, sin ventana y provista en el centro de un fogón situado bajo una chimenea; a su alrededor, un espacio de cierta anchura permitía la disposición radial de las camas; de día, la parte más cercana al fuego servía de mesa de trabajo y de sitio donde sentarse. Este era *el cuarto de invierno*. A este cuarto se abrían otras cuatro habitaciones formando una especie de cuadrado aislante (desde fuera, la casa presentaba la forma perfecta de un paralelepípedo), que protegía contra el frío y conservaba durante el mayor tiempo posible el calor obtenido con tanta dificultad. Estas habitaciones, con ventanas cerradas en invierno por contraventanas de madera, formaban *los cuartos de verano*, donde podían refugiarse del calor y a donde trasladaban las camas del cuarto de invierno, que se transformaba, pues, en una especie de depósito fresco, cuya chimenea aseguraba la ventilación, y al que los cuartos contiguos protegían ahora, en el verano, del calor, como antes lo hacían del frío. Los muros exteriores estaban hechos de ramas verdes trenzadas y cubiertas con una tierra amarilla que habían encontrado a unos kilómetros y transportado en cestos. Alzaron los tabiques interiores con ladrillos grandes hechos de barro mezclado con restos de paja (hallada en el campo), que, bien amasado, habían vertido en moldes bastos y puesto a secar al sol hasta que se endurecía como una piedra. El tejado, colocado sobre vigas gruesas, sujetas a su vez por postes redondos de acacia, planteó los mayores problemas, que quedaron prácticamente sin resolver hasta el final. Lo más que pudieron hacer fue colocar sobre las vigas unas ramas enredadas y amontonar encima grandes cantidades de heno, a las que intentaron dar cierta inclinación para que el agua de la lluvia no tuviera tiempo de penetrar en el interior. Todo esto resistía la lluvia fina, pero no las grandes tormentas o cuando llovía a cántaros; en estas ocasiones el complicado tejado se transformaba en un pobre colador cuyos agujeros tapaban a duras penas con los más insospechados objetos. Cuando, años después del regreso a casa del tío Emil, hice un viaje al Bărgană, descubrí la extravagante construcción de la que me habían contado tantas historias: ya no tenía tejado, sin embargo conservaba, asombrosamente intactos, los muros y los cuartos, que se parecían (sobre todo el cuarto de invierno, con la disposición radial de las camas alrededor del fogón apagado desde hacía mucho tiempo) a un decorado teatral estilizado y reducido a un trazado simbólico.

Además, por aquellas fechas, los frutales nacidos de las pobres semillas, halladas por casualidad en los equipajes (las pepitas de las pocas manzanas y membrillos, los huesos de las ciruelas pasas y las nueces), habían crecido mucho, de modo que la casa parecía estar en un huerto idílico, que la protegía, dándole el aspecto de un oasis exótico en medio del desierto o de un rancho próspero en medio de una pradera cinematográfica.

Extrañamente, con la finalización de las obras en la casa y la recolección de la primera cosecha, el tiempo (casi liberado de la amenaza de desaparición) fue acelerando sus ciclos, o quizás sucedía así sólo en los recuerdos de mi tío. Los acontecimientos posteriores a aquel año decisivo, a veces más relevantes que los relatados hasta ahora, ya no tenían la lentitud pormenorizada de los comienzos, percibidos en sus más nimios detalles, porque ya habían superado la frontera de la vida y la muerte, donde el menor de los aspectos o el más mínimo descuido podían ser fatales. Los acontecimientos posteriores a aquel año decisivo, aunque conmovedores y tal vez sensacionales, pertenecían sólo a una vida que había encontrado sabiamente el cauce por el que se esforzaba en transcurrir lo más tranquilamente posible. Lo que, a diferencia de la primera etapa, caracterizaba esta segunda fase de su vida de eremitas era la total ausencia de recuerdos y preocupaciones vinculadas a su vida anterior y al mundo exterior.

«Vivíamos, soñábamos, pensábamos como si hubiéramos nacido allí y nunca hubiéramos conocido más que las preocupaciones agudas y claras por la supervivencia, de modo que nuestra alma estaba siempre presente allí, y la solución de los problemas y el mero hecho de vivir adquirirían un aire patético y esencial, casi solemne, como si en aquellas condiciones vivir supusiera cumplir con un ritual cargado de significados superiores. Por increíble que parezca, dejamos de pensar no sólo en nuestra vida anterior, sino también en nuestros propios compañeros de sufrimiento, aquellos que fueron desplazados de sus hogares junto con nosotros, y a los que perdimos en el viaje, y que, tal vez, habían sido arrojados igual que nosotros a otro desierto, para, con toda seguridad, formar otra isla. Si no hubiera sido por Culai, hubiéramos olvidado, totalmente incluso, la existencia de aquellos compañeros con los que estábamos unidos en la supervivencia, tal como nos olvidamos de los parientes y amigos que se habían quedado en el mundo exterior. Pero Culai no nos dejaba, y su obstinación desgarradora por aferrarse a unos sentimientos pertenecientes a otro universo constituía el único elemento complicado e inquietante de una existencia que se negaba a sí misma los matices, como si fueran algo inútil y peligroso. Por lo demás, en el transcurso de aquel primer invierno infernal, Culai nos tenía acostumbrados a sus desapariciones durante uno, dos o tres días; sabíamos que examinaba los alrededores, convencido como estaba de que su familia tenía que encontrarse en alguna parte dentro de los confines de aquel mismo campo limitado y,

por tanto, explorable. Y aunque siempre regresaba con alguna que otra revelación —a él le debíamos el hallazgo de la tierra amarilla para la construcción, el descubrimiento de la laguna salada a varias decenas de kilómetros hacia levante, incluso el conocimiento de la existencia de un bosque demasiado lejano como para poder traer leña de allí, pero a donde organizábamos grandes expediciones al final del verano para recoger y secar setas para el invierno—, Culai volvía cada vez más deprimido. Hacía estas revelaciones sin alegría, como si nosotros, los beneficiarios, tuviéramos la culpa de que sólo descubriera cosas útiles para nosotros. A mediados de la primavera daba la impresión de estar desalentado, y ya no desaparecía para sus expediciones desesperadas. La construcción de la casa se hizo bajo su mando indiscutible: tenía una capacidad de trabajo que nos intimidaba, y resultaba evidente que no era la primera casa que construía. El único indicio de su nostalgia sin consuelo eran las melodías extrañas, casi enloquecedoras, que tocaba con hojas de los árboles. Había noches en las que, después de haber trabajado como animales y haber caído todos rendidos por el cansancio en un sueño letárgico, nos sobresaltábamos a causa de su melodía, inhumana casi; su doliente sonido expresaba no sólo la desesperación del alma, sino también la del cuerpo, la de las entrañas, la de cada célula de carne que añora insoportablemente a otras células. Padecía insomnio de un modo casi incomprensible, que superaba con mucho las posibilidades normales de resistencia del organismo. Y confieso con vergüenza y humillante culpabilidad que, aunque nos daba lástima (un sentimiento tradicional heredado, de algún modo, de una vida anterior), emergía en todos nosotros una especie de aversión ante su sufrimiento infinito, ante su manera de no dejarnos olvidar, que debilitaba las fuerzas de nuestra resistencia. No dudo de que sintió la incomprensión y nuestra desaprobación. Una noche, una vez recogida la cosecha y concluida la construcción de la casa, desapareció para siempre. No nos dijo que se iba, como tampoco solía decirnos nada cuando desaparecía uno o dos días; así pues, al principio lo esperamos, convencidos de que iba a volver; luego, tras varias semanas y algunos meses, supimos que ya no lo haría. Con toda seguridad, llegó a convertirse en habitante de otra isla parecida a la nuestra o, quizás, de algún asentamiento humano en el que lo detuvieron las autoridades; o, sencillamente, murió en el camino, vencido por el hambre o las fieras, que comenzaban a dejarse ver con la llegada del invierno. Su cama quedó libre; primero sirvió de estantería, después, cuando la novia volvió a dar a luz, llegó a ser el cuartel general del primer nativo de la isla, y en los años siguientes, cuando también vino al mundo nuestra Victoria, los dos niños la compartieron como hermanos, durmiendo cada uno en un extremo, hasta el final de la aventura».

Pero aparte de los nacimientos y de la muerte, mucho más tarde, durante el último año de su estancia allí, de la *nana* Salomie, los acontecimientos más extraordinarios acaecidos en la isla en los años siguientes fueron:

La captura, gracias a uno de los geniales cepos ideados por el pregonero, de una coneja preñada, para la cual se construyó un cercado especial, cubierto con ramas, una especie de jaula de varios metros cuadrados, donde, días después, parió ocho crías que fueron las fundadoras de las interminables dinastías de aquel criadero imprevisto, que iba a asegurarles carne durante todas las estaciones y todos los años de su estancia allí.

La captura de un enjambre de abejas silvestres, una hazaña heroica emprendida por el mismo extraordinario pregonero, y la habilidosa construcción de una colmena, que su autor, el infatigable narrador, mi tío, iba a considerar (años más tarde) la obra más importante e ingeniosa de su vida.

La aparición de un gato increíblemente flaco, triste encarnación adulta de algún gatito abandonado meses antes, quién sabe en qué parte del campo infinito, y que, con la cola ondeando como un estandarte y los ojos ardientes por el hambre, quién sabe desde cuándo y desde dónde, llegó corriendo, procedente del momento y el lugar en que su instinto le susurró que en algún sitio cercano existían unos seres a los que se podía arrimar. Desde el primer instante, incluso antes de que le dieran de comer, se mostró muy afectuoso, y se comportó —según la expresión del tío Emil— «como un pariente», de tal manera que lo adoptaron y le tomaron cariño, y en las noches frías de invierno se lo rifaban, con todo un ritual, para ver a quién le tocaba. El que ganaba tenía derecho a dormir con él, beneficiándose de este modo de una fuente adicional de calor. Claro que si alguien estaba enfermo, junto a las sabias hierbas de la *nana* Salomie, le correspondía, también automáticamente, el gato, cuya compañía podía disfrutar hasta su total recuperación. Todo cambió con la llegada de los niños, que se transformaron en los beneficiarios exclusivos del gato hasta que este murió de viejo y fue enterrado con lágrimas y flores a cierta distancia, aunque no muy lejos, de la tumba del Americano, dentro del posible perímetro del futuro cementerio.

Pero, de todos los insólitos acontecimientos ocurridos en el transcurso de estos años inauditos, el más extraordinario fue la llegada de unos rebaños de ovejas, durante el segundo otoño. «Sencillamente, una mañana nos hallamos rodeados de ovejas. No estoy utilizando ninguna figura retórica, sino que hablo en sentido literal. Acababa apenas de despuntar el día y todos dormíamos aún; yo soñaba con un repique de campanas. Recuerdo que estaba soñando con campanas, no porque al despertarme me diera cuenta de que eran las esquilas lo que se oía alrededor, sino porque durante los primeros años de mi vida allí solía soñar con los sonidos del mundo anterior. No sé si alguna vez has soñado con sonidos y, si no, no sé si puedes entender qué sentimientos más extraños te produce un sueño así. No solía soñar con acontecimientos, paisajes o personajes de mi vida anterior a la deportación: más aún, nunca me acordaba, por increíble que parezca, de aquella otra vida. Para mí, había desaparecido en el preciso instante en que comprendí que de esta desaparición

dependía nuestra propia capacidad de supervivencia. Sin embargo, quedaban los sonidos. Era como si me hubieran operado y me hubieran extirpado, digamos, un tumor, pero como si por haberme hecho mal la operación hubieran quedado aún algunas células que no me molestaban mucho, aunque en cualquier momento podrían reiniciar todo el proceso. Eran sonidos imposibles de producir en el mundo en que vivíamos: chirridos de frenos, bocinazos, traqueteos de locomotoras, campanas, explosiones y melodías. Al principio, sobre todo en la primera etapa, cuando me imaginaba que debían de vigilarnos y que, de vez en cuando, incluso nos harían alguna que otra visita, me sobrecogía violentamente en el sueño y, convencido de que el ruido era real, intentaba averiguar su procedencia; luego, me tranquilizaba con dificultad, y siempre que no conseguía localizarlo me quedaba desconcertado durante mucho tiempo.

»Más tarde, por el contrario, me hice a la idea, que no me abandonaba ni siquiera en el sueño, de que aquellos sonidos habían desaparecido del todo de nuestra realidad, que *no podrían* producirse jamás y que pertenecían exclusivamente al sueño; por tanto, si quería oírlos, sólo tenía que prolongar el sueño, lo cual solía hacer de una manera casi perversa e inimaginablemente humillante. Horas enteras después de despertarme me sentía trastornado y profundamente humillado por el placer que recordaba al oír aquellos ecos de una civilización sin cuyo apoyo había demostrado que podía vivir, y a la que no echaba de menos. Así pues, aquella mañana estaba soñando con el repique de campanas y, a sabiendas de que estos sonidos no podían pertenecer al estado de vigilia, me dejaba llevar por sus olas con un gozo culpable cuando algo húmedo y tibio me rozó la mejilla, obligándome a abrir los ojos. Dormíamos todavía en los «cuartos de verano», las contraventanas de madera aún no estaban puestas en los marcos irregulares de las ventanas y la luz blancuzca del alba penetraba dentro, mostrándome un paisaje increíble. Alrededor de mi cama y de la de Turica se apelotonaban decenas de ovejas lanudas de ojos amarillentos, con aquellos hocicos húmedos, que tenían algo indecente en la manera de sobresalir desnudos, sin ocultarse bajo la lana como el resto del cuerpo. Mientras me espabilaba, iban entrando en el cuarto más y más ovejas; se las veía a través de las puertas entreabiertas, y en los demás cuartos, mientras que las campanas, en vez de enmudecer al despertarme, seguían oyéndose cada vez más fuertes y melodiosas. Creo que necesité más de un minuto para 226 despertarme del todo, entender que se trataba de esquilas y comprobar que las propias ovejas eran reales. Me levanté a toda prisa, mientras en los cuartos contiguos mis compañeros saltaban de las camas tan atónitos como yo —era evidente que sólo la reacción de los demás convencía a cada uno de que no se trataba de un sueño propio—, y salí fuera. Tal como imaginaba, pero mucho, mucho más de lo que imaginaba, la casa estaba rodeada de rebaños que se movían lentamente por el campo, paciendo, apiñándose en una u otra parte según

los caprichos de unos imponentes carneros o según la autoridad más administrativa de algunas muías cargadas con alforjas y utensilios. Los pastores se habían parado en el pozo, parecían conocerlo desde hacía tiempo y miraban intrigados, incluso con cierta aversión no exenta de asombro, la casa, que no tendría que haber estado allí; pero no hacían nada por impedir que las ovejas entraran en ella. Sin embargo, y esto hacía que la situación fuera más extraña todavía, nuestra presencia no parecía asombrarles, como si hubieran esperado encontrarnos —aunque no tan sólidamente instalados.

»Nos acercamos y los saludamos y ellos nos correspondieron preocupados (por turnos, empujaban las ovejas hacia un abrevadero que habían llevado consigo), como si fuéramos nosotros los recién llegados y, por tanto, lo natural fuera que los saludáramos, esperando ser correspondidos. De todos modos, no parecían ni molestos ni muy deseosos de entablar conversación, reservados y, quizás, incluso desdeñosos en su manera de ignorarnos, no sentían en absoluto la necesidad de justificar nada. A duras penas, sacamos de casa todas las ovejas, que parecían haber enloquecido y querían entrar adentro, apelonándose y encaramándose unas encima de otras, empujándose contra las paredes y amenazando con destrozarlas. Logramos echarlas con mucha dificultad a gritos y empujones, mientras los pastores seguían sacando agua del pozo, sin mirarnos siquiera. Entonces, me pregunté por primera vez cómo habían llegado allí, y hasta ahora no he encontrado ninguna respuesta. Claro, si hubiera admitido que los habían enviado a propósito, ya no tendría por qué extrañarme, pero me era difícil admitir esta hipótesis, no por ser teóricamente imposible, rara o infundada, sino porque nada en su conducta, por mucho que me intrigara, confirmaba esta sospecha. Y, sin embargo, una vez rechazada esta suposición, la aparición de los pastores se volvía tan fantástica y difícil de explicar como cualquier otro fenómeno sobrenatural. No me asombré más de ver cómo aquellos rebaños y pastores tomaban posesión de nuestra isla en medio de aquel océano de tierra, que si hubiera visto a unas ovejas invadir una isla auténtica, perdida en un verdadero océano. Me parecía menos probable que alguien hubiera recorrido aquella tierra que durante dos años no había pisado persona alguna, excepto nosotros, que ver los rebaños acercándose a nado, llevados por la cresta de olas que podrían ahogarlos en cualquier momento. Es evidente que el silencio y la reserva de los pastores no podían dejar de tener una relación con su extraña llegada hasta allí. Y era igual de evidente que no iban a desaparecer espontáneamente».

El tío Emil, la *nana* Salomie e incluso el padre Pártenie trataron de entablar conversación con ellos, pero sólo pudieron sacar en limpio que seguían el camino ancestral recorrido de generación en generación para bajar y pasar el invierno en Dobrogea. Pero no se aclaraban sobre por qué no habían seguido este mismo camino en los dos últimos años, y, en general, no pudieron entenderse con aquellas gentes de

las montañas, que no renunciaron a su incomprensible actitud de aversión y hostilidad ni siquiera después de que se les contó cómo los habían llevado allí, deportados, una historia que escucharon con indiferencia, abrevando las ovejas y ordeñándolas después, sin mostrarse ni conmovidos ni sorprendidos. Parecían acusarlos de haber ocupado un sitio que les pertenecía por derecho, pero esta era sólo una conclusión de mi tío y sus isleños; muy bien podía haber sido una argucia de los pastores, que empleaban su tosquedad como arma defensiva para proteger sus propios secretos, como medio para no meterse en política, a la que ellos mismos temían y ante la que intentaban ocultarse en sus costumbres milenarias, sin demasiado éxito. Llegué a esta posible conclusión mucho más tarde, cuando tuve la ocasión de vivir en sus pueblos fortificados, encima de las colinas onduladas entre Ardeal^[18] y Oltenia, y pude intuir los extraños mecanismos de sus almas curtidas en las llamas de las persecuciones seculares. Comprendí que habían logrado sobrevivir y vencer gracias, justamente, a aquella insólita capacidad de encerrarse en sí mismos, de no desvelar sus pensamientos y sentimientos, e incluso de no tenerlos más que cuando pudieran proporcionarles alguna ventaja práctica sobre el resto del mundo, al que por definición consideraban hostil. Pero en aquel entonces, cuando me contaron la historia, me parecían unos personajes incomprensibles, pertenecientes sin duda a un mundo distinto del humano, tal como los consideraba también el tío Emil, a quien le resultaban demasiado extraños como para no intentar complicar las cosas atribuyéndoles intenciones y motivaciones ocultas. Una de las suposiciones a las que se aferraba, aunque ningún argumento lógico parecía apoyar su tesis, era que, en virtud de no se sabe qué finalidad oculta, los rebaños y los pastores habían sido enviados para vigilarlos a escondidas e incluso para ayudarlos a sobrevivir si hubiera sido necesario.

No he creído nunca en esta explicación tan dudosa, y el hecho de que, tal como se iba a saber más tarde, otros grupos de isleños se perdieran en la llanura sin que nadie los ayudara y sin que tal vez nadie se interesara por su suerte, demostraba lo absurdo de la hipótesis de mi tío. De todas formas, quedan algunas verdades incuestionables: las dos ovejas y el carnero que los pastores les vendieron a cambio de cuatro alianzas (las dos de los novios y las dos de mis tíos) y un montón de tomates, pimientos, pepinos y berenjenas que consiguió la *nana* Salomie de sus provisiones, de manera sorprendente, después de que los demás, desanimados, hubieran renunciado a intentar cualquier comunicación con ellos. De todos modos, cuando los pastores continuaron su viaje (unos días después se marcharon tal y como habían llegado, sin despedirse, sin saludar, sin avisar, desapareciendo una mañana con los sonidos plañideros de las esquilas, que derramaban en el sueño del tío Emil nostálgicas y estremecedoras cascadas de campanas), el falansterio de la isla desierta quedó sustancialmente enriquecido por su paso: al criadero de conejos siguió el de ganado ovino, que les

proporcionó los productos lácteos de que carecían (y sin los cuales no hubieran podido criar a los dos niños que nacieron más tarde), mientras que las semillas de las anheladas verduras enriquecieron milagrosamente el huerto. Por lo general, la aparición y desaparición de los rebaños y de sus extraños pastores se consideró a lo largo de los años, incluso aunque ninguno de ellos lo reconociera, como una intervención divina, tanto más espectacular cuanto que en los once años que pasaron allí fue la única injerencia en los asuntos internos de su supervivencia.

La segunda injerencia se produjo al final de esta historia. «A menudo me pregunto si entre los que llegaron entonces en aquel autobús sumamente elegante, como jamás había visto, para llevarnos y devolvernos al mundo de donde nos habían arrancado y al que no pensábamos poder regresar nunca, un mundo al que habíamos renunciado en nuestro fuero interno hacía ya mucho tiempo, me pregunto, pues, si entre ellos habría alguno de los que nos habían conocido antes y de los que nos habían llevado allí. Y, si lo había, ¿qué le parecíamos? Claro, teníamos once años más, pero no me refiero a esto. Teníamos, sobre todo las mujeres, las caras endurecidas por las heladas del invierno y los ardores del verano. Los hombres teníamos barbas largas y canas, que nos tapaban toda la cara. De la ropa que llevábamos puesta el día de la boda y de la que habíamos encontrado en los equipajes, quedaban unos increíbles harapos, remendados en algunas partes con trocitos de piel y atados por encima con tiras delgadas de corteza de árboles jóvenes. Claro que estábamos descalzos porque ya estaba avanzada la primavera y no usábamos calzado más que cuando el hielo nos obligaba verdaderamente a hacerlo; teníamos una especie de zuecos, que habíamos horadado con mucha dificultad en la eterna madera de acacia que tan tacañamente teníamos a nuestra disposición. En cuanto al número, el grupo se había reducido en uno: faltaba, digamos, Culai. En el lugar de *badea* Ricanu y de la *nana* Salomie, fallecida en el último invierno (la enterramos con su ropa asombrosamente nueva y todos la lloramos con auténtico dolor y gratitud), llegaron al mundo los dos niños, para quienes el mundo exterior no era sólo irreal, sino que ni siquiera había existido alguna vez; cuando oyeron el microbús y lo vieron acercándose a través del campo cada vez más rápido y más ruidoso, empezaron a gritar asustados y a correr por entre los árboles en flor, aullando como si hubieran visto al monstruo del Apocalipsis.

»Era un día muy luminoso de finales de abril. Aquel año la primavera había llegado antes que otras veces. Las hileras de manzanos y ciruelos, todavía tiernos pero con las copas redondeadas y altas, parecían cubiertas de una espuma blanca, y los sembrados de ajo y cebolla, al igual que el campo en el que había brotado el trigo, pintaban de un verde vivo y estremecedor el negro grasiento y salvaje de la tierra. Recuerdo que entonces, en las decenas de segundos en los que me encontré frente a frente con los que acababan de llegar, volví la cabeza y miré hacia la casa bañada por

la espuma de las ramas florecidas, las parcelas sombreadas de verde, el redil de las ovejas, los cercados de los conejos, y miré, aún más allá, los campos negros y verdes, arados, rebosantes de fertilidad y resplandecientes al sol, preguntándome qué impresión podían causar nuestra hacienda y nuestra supervivencia a esta gente, y por primera vez me pregunté si entre ellos no habría alguno de los que nos habían llevado allí. Pensándolo bien, me habría gustado impresionarlos».

No creo que el tío Emil haya conseguido saber alguna vez si los que llegaron para informarles de que eran libres de marcharse y regresar a sus casas eran los mismos que los habían llevado allí. Ni tampoco si su sensacional victoria, la hacienda con toda la parafernalia, parecida a una civilización reinventada, a una historia abreviada de la evolución humana en la tierra, les causó alguna impresión, por agradable o desagradable que esta fuera. La realidad es que, después de mirarse largos minutos sin que ni los unos ni los otros demostraran ninguna sorpresa o sentimiento (los únicos sinceros, los niños, echaron a correr gritando a través del campo), los recién llegados anunciaron con sobriedad el fin de la prohibición de abandonar la zona, especificando que dos días después enviarían un camión que les devolvería a los lugares de donde habían sido traídos; luego, sin esperar respuesta alguna, que, por lo demás, nadie se apresuró a dar (todos se quedaron petrificados, sin pestañear y sin que ningún músculo expresara el menor signo de desesperación o de regocijo), subieron al microbús y se marcharon. Eran cuatro y se empujaban para subir cuanto antes; de todos ellos el más impasible resultó ser el conductor.

Tal vez exagerando un poco, el tío Emil sostenía que aquellos últimos dos días fueron los más difíciles de los que vivieron allí, aun más difíciles que, por ejemplo, los dos primeros. Con mucha dificultad se podría describir qué era lo que sentían en aquellos días en los que se decidía todo; si era regocijo o desesperación. Creo que ellos tampoco lo sabían. Pero lo cierto es que abandonaban un universo seguro que conocían y que habían creado ellos mismos, para salir a un mundo que habían olvidado y que habría cambiado entre tanto, un mundo quizás hostil y, seguramente, lleno de incógnitas. Después de haber superado increíbles dificultades y haber conseguido inventar una historia propia, se veían obligados a regresar a la verdadera Historia, cuyas leyes temían y cuyas fuerzas no se sentían capaces de determinar. Pasaron los dos días deambulando de un sitio a otro, acariciándolo todo con la mirada y aun con los dedos, casi sin hablarse, repentinamente ensimismados, como anticipándose a la soledad que iba a apoderarse de ellos en un mundo que ya no era el suyo. La noche antes de salir la pasaron reunidos en torno a un gran fuego, avivado con la leña que ya no necesitaban ahorrar, haciendo sin mucho entusiasmo planes para el futuro y torpes suposiciones sobre lo que iba a suceder. Se animaron sólo una vez, cuando uno de ellos, el padre Partenie, que era el que más asustado estaba ante lo que les esperaba, preguntó qué sucedería si se negaban a marcharse, si pedían que los

dejaran continuar allí la vida que ellos mismos habían improvisado. Por un momento se sobrecogieron todos, como por el nacimiento súbito de una esperanza, pero enseguida recayeron en su desaliento anterior, tan lleno de argumentos. Aunque se hubieran quedado en aquel lugar, estaba claro que, al levantar la prohibición de abandonarlo, también se levantaba la prohibición a los de fuera de reivindicar el terreno e invadirlo, de modo que su isla volvía automáticamente a formar parte del continente, que no podía dejar de imponer sus propias costumbres y leyes en la isla. Por lo demás, aun cuando, por no se sabe qué milagro, ninguna agresión exterior hubiera profanado el aislamiento previo a aquel momento, la simple conciencia de que este aislamiento podría romperse en cualquier instante, ya que su cese sólo dependía de su propia voluntad, podía haber destruido pronto la paz que nace de la falta de esperanza y la tranquilidad a la que todo se debe cuando ya no hay nada que esperar. La última noche fue muy agitada para todos: se despertaron espantados por el ruido de un motor con el que soñaban (incluso los niños, que no tenían capacidad para comprender, pero que estaban impresionados por la desorientación de sus padres, se despertaron llorando varias veces); y por la mañana, después de repartirse como amuletos los pocos objetos que durante once años habían utilizado en común, y después de abrir las jaulas de los conejos y el redil de las ovejas, subieron al camión, febriles y repentinamente enajenados los unos de los otros, sabiendo que ya no podían ayudarse entre sí.

Leo lo que he escrito hasta ahora y me invade un gran cansancio. Me pregunto si es realmente la reconstrucción de algo ocurrido en medio del Bărgană o si, por ser sólo el relato de un relato, ya no es más que el reflejo —¿cuán lejano de su apariencia real?— de unos hechos que han pasado sucesivamente por varios filtros y que, por tanto, se han vuelto casi irreconocibles. Si de la verdad de aquella existencia, la conciencia nostálgica del que me la contó efectuó una primera selección deformadora, un tanto empobrecida a la hora de expresar los pensamientos en palabras; si de ella mi capacidad de comprensión, empañada por las alucinaciones, ahora ya recuerdos de infancia, ha alterado algo más; si de todo ello mi propia capacidad de expresión ha seguido cambiando los significados, al igual que una pantalla inclinada deforma las imágenes proyectadas sobre ella; si todos estos fenómenos inherentes a la sugestión e intuición se han producido inevitablemente, ¿qué es lo que ha quedado del contorno inicial de los hechos, de aquel mundo diluido en el pasado?

Lo que yo estaba contando ya no eran más que unos proyectos para la reconstrucción de aquella realidad definitivamente misteriosa, como todo lo que está irremisiblemente enterrado en el tiempo, y todo lo que había conseguido era un proyecto de pasado que podía ser aprobado o no en uno de esos concursos de reconstrucciones que la Historia convoca en cada momento. Cuando muchos años

después de los acontecimientos relatados aquí, visité los lugares de la historia, la isla incesantemente evocada por mi tío ya no correspondía en nada a las imágenes que yo misma me había creado. Claro que los lugares habían cambiado con el tiempo, pero estoy convencida de que, aun sin esto, ya no habría podido reconocerlos ni adaptarlos a mis imágenes, las únicas que para mí tenían importancia y que también he descrito aquí.

Los héroes de este relato volvieron a sus casas, y con la excepción del padre Partenie, que después de volver a ser durante años el párroco del pueblo de la sonada boda, murió el año pasado, muy viejo ya, mientras estaba cavando en su huerto — ocupación a la que, a pesar de los esfuerzos de los médicos, se empeñó en no renunciar—, todos viven ahora reintegrados a su propio destino, del que se ausentaron durante un decenio en contra de su propia voluntad. El pregonero es jefe guardabosques, cazador y pescador, encargado de algunas cacerías y concursos de pesca decididos desde arriba, o bien organizados por la Oficina Nacional de Turismo para los aficionados capaces de pagar en divisas sus distracciones, y, además, es también el famoso pregonero de todas las bodas del pueblo, donde ya casi nadie recuerda la dramática boda del comienzo de este relato. A Culai no lo han vuelto a ver en el pueblo; no volvió, como tampoco regresó su esposa, y no me queda más que suponer que desapareció en el intento desesperado, y patético, de reencontrar a la que quizás había dejado de existir antes que él. Por lo general, de entre los invitados a la boda deportados entonces, han regresado muy pocos, e incluso menos de entre aquellos que conocieron lo que mi tío llamó «una existencia insular». La mayoría, abandonados en condiciones similares, perecieron o, al intentar salvarse, pasaron el tiempo en condiciones menos fantásticas. En cuanto a nuestros héroes, el novio volvió a su cátedra de Ciencias Naturales y la tita Turica a la de Matemáticas.

Solamente el tío Emil se negó a regresar a la cátedra de Historia. Prefirió ser maestro de escuela, enseñar a los niños a escribir la «b» con la «a», «ba», y a aprender de memoria la tabla de multiplicar. Esto le ocupaba sólo una pequeña parte de su espíritu. Todo el tiempo libre lo pasaba en su huerto, que llegó a ser su pasión, y de noche, durante los largos insomnios que ninguna prescripción médica lograba vencer, leía sin cesar, con una especie de placer insaciable, casi beatífico. En numerosas ocasiones me confesó que lo único que había echado de menos y que no había podido reemplazar en su larga aventura eran los libros, pero, extrañamente, no la lectura como acto de conocimiento; no echaba de menos el contenido de los libros leídos, que, por lo demás, podía recordar, ni el de los que le quedaban por leer, con los cuales podía soñar, lo que le faltaba era el acto de leer en sí. En cuanto a la isla, ha quedado presente en su vida para siempre. No sólo no ha hecho ningún esfuerzo por olvidarla, sino que ha mantenido por todos los medios el recuerdo vivo de aquella célula arquetípica de vida, que consideraba una experiencia iniciática y que siempre,

en la medida en que las nuevas condiciones se lo permitían, trataba de revivir. Idealizaba cada vez más su sufrimiento, y a medida que envejecía, contraponía el padecimiento terrible de aquella experiencia límite a la mediocridad de la vida actual, construyendo con una fruición incansable unos cada vez más fantásticos e ideales proyectos de pasado.

LA GIMNASIA NOCTURNA

Puesto que, como de costumbre, no encontraba la llave de la puerta de abajo, tocó el pestillo con el dedo, lo abrió, entró y, después, para que no vieran nada los vecinos, que se escandalizaban cada vez que olvidaba la puerta abierta, hizo que se cerrara de nuevo. De hecho, en numerosas ocasiones se había prometido a sí mismo no utilizar su poder para situaciones ridículas, pero, por una fatalidad, perdía siempre la llave y, al fin y al cabo, era mucho menos comprometedor abrir la puerta que entrar a través de la ventana cerrada del piso de arriba. Luego subió concienzudamente peldaño tras peldaño, con especial atención para no saltarse ninguno y evitar cualquier elevación, consciente de que a través de las mirillas lo podían ver en cualquier momento. Cuando llegó arriba, antes de poner definitivamente la cadena, giró ostentosamente la llave en la cerradura con el mayor ruido posible. Por fin se encontraba a salvo. Le hubiera resultado difícil explicar por qué sentía tanto miedo y, sobre todo, qué es lo que le podía pasar si lo descubrían. No existía ningún precedente del que pudiera sacar alguna conclusión o con el que pudiera hacerse una idea. Quién sabe si, una vez descubierto, no lo llevarían triunfalmente a hombros o se santiguarían aterrorizados ante él. Claro está, todo era posible, aunque, a decir verdad, le parecía mucho, muchísimo más probable que intentaran destruirlo. El hecho de que él supiera que no serían capaces de hacerlo, que podría, en cualquier momento, sustraerse a sus torturas, que podría desaparecer con gran facilidad frente a los pelotones de ejecución, no cambiaba en absoluto su horror a ser descubierto. El rigor que se había autoimpuesto se había transformado poco a poco en un vicio por la conspiración, hasta estar a punto de confundirse con su vida. Por supuesto, su vida de aquel momento; ¿pero cómo puedes hacer abstracción del otoño cuando has asumido — aunque sea por propia voluntad— la apariencia de una hoja? Así, en calidad de hoja caduca, se fue a la cocina y manchó unos platos para que al día siguiente Teresa pensara que había comido. Dejó los platos en el fregadero y echó la comida al váter, con cuidado, para no derramar el vaso en el camino. Después hubo de tirar dos veces de la cadena porque la comida grasienta había dejado una línea ancha y brillante en la taza. Apagó la luz del baño, luego la de la cocina, pero después volvió y añadió al fregadero una cuchara, un tenedor y un cuchillo sucios, más o menos. Siempre se le olvidaban los cubiertos.

Todo había acabado por aquel día. Estaba cansado de una forma molesta, humana, y siempre que sentía aquel cansancio tan extraño, tan envolvente e invencible, se preguntaba un tanto en broma si no habría tomado su misión demasiado en serio, y pensaba, no sin cierta nostalgia, que la condición humana tenía también sus aspectos agradables. Olvidando que estaba solo, se echó de espaldas con la mayor naturalidad, y sólo el dolor agudo que siempre sentía bajo los omoplatos le recordó que el

espectáculo de aquel día había acabado y que podía echarse de lado con cuidado. En realidad, no había terminado del todo. Todavía tenía que echar un vistazo unos minutos a la programación de la televisión y luego, incluso, ponerla para ver a la presentadora de turno y así poder participar al día siguiente en las conversaciones que siempre se organizaban en la fábrica antes del comienzo del trabajo. Claro que lo podía haber sabido incluso sin encenderla, lo sabía sin más, pero, curiosamente, la percepción humana, el tomar conciencia a través de los sentidos, le daba una imagen más concreta (aunque no más exacta), más viva, diría, de la realidad. De hecho, empezaba a apasionarle perfeccionar esta mímica, aunque no estaba muy seguro de su utilidad. Aparte de la razón por la cual había venido, existía ese ritual diario, minuto tras minuto, de cumplir con la obligación de no ser distinto de los demás, de imitar a la mayor perfección las características comunes de la mayoría de sus semejantes. «¿Sus semejantes?». Ciertamente sería difícil encontrar una fórmula más cargada de ironía y más desprovista de verdad; pero era igualmente difícil negar que, siempre que pensaba en ello, lo invadía, absurda y halagadora, una súbita ola de calor. ¡Por Dios! Él, que podía tomar la forma que quisiera, y que había mantenido su verdadero aspecto sólo por un obstinado —¿cómo llamarlo?— espíritu deportivo, sentía una especie de orgullo estúpido, pero agradable, y no podía dejar de reconocer que experimentaba una sensación ridícula y placentera, cuando, sin sospechar nada, alguna chica en la calle se volvía para mirarlo, sin más.

Era evidente que a medida que pasaban los días se volvía más humano, y aunque este hecho no tenía por qué inquietarlo, el ímpetu con el que se lanzaba a acciones que más bien lo deberían aburrir y la minuciosidad con la que reconstituía los más insignificantes gestos, lo hacían sonrojarse y sentirse un poco culpable, como si se tratara de un placer no muy digno de alabanza.

En realidad, todas estas precauciones tenían su razón de ser, y es que debía desempeñar un papel para el cual se sentía cada vez menos preparado. Y, esto, no por falta de fuerza o de capacidad para cumplir con sus obligaciones, sino simplemente porque ya no sentía el deseo de hacerlo. Ya no quería. Y como no quería, tampoco podía realizarlo.

La pura verdad era que, de lejos, todo parecía más claro. Desde allí, el bien y el mal se veían tan evidentemente opuestos y distintos que su castigo o recompensa parecía más bien una misión de rutina, sin nada de especial. Si, a pesar de todo, había creado una identidad y había decidido vivir algún tiempo aquí, esta complicación, contemplada desde arriba con diversión, se atribuyó a su carácter un tanto raro y propenso a una extraña escrupulosidad y a una sensibilidad excesivamente compleja. Él mismo consideró toda esta puesta en escena más como un juego que como una necesidad; un juego que le gustaba y que podía serle útil al principio, hasta que su ojo acostumbrado a la lejanía se adaptara a ver la cercanía igual de nítida e inequívoca.

Pero, a pesar del tiempo, nada se clarificaba. Los contornos, que al principio le parecía que se superponían (y atribuía esta deformación de la realidad a la estructura de su ojo, no adaptado a las dimensiones terrenales), a menudo demostraban que se superponían de verdad, y tanto, que el discernimiento y la delimitación de los mismos, lejos de ser una broma, llegaron a constituir una ocupación que exigía mucho refinamiento y sutileza. La identidad, creada al principio por diversión, como para un carnaval de primavera, se transformó con el tiempo en una especie de traje protector, que amenazaba con confundirse rápidamente con su propia piel. Tal vez debería asustarse, pero todo lo que veía y descubría le interesaba y fascinaba, de tal manera que el único factor que todavía lo retenía y le impedía sumergirse del todo en sus nuevas ocupaciones era el recuerdo de su misión no realizada y el temor de que fuera descubierta por los que lo rodeaban.

Ya llevaba más de un año viviendo en aquel estudio, desde el cual, diariamente, tomaba dos autobuses hasta la fábrica donde lo habían contratado nada más llegar, convencido de que sólo trabajando junto a ellos podría llegar a conocerlos y juzgarlos sin cometer errores. Esta convicción no le impedía admitir, no sin cierto orgullo, que se exigía una minuciosidad exagerada, y que ninguno de los que hubieran podido ser enviados en su lugar habría sido tan escrupuloso. Pero, he aquí que, a medida que pasaba el tiempo y cuanto mejor conocía a sus nuevos compañeros, menos seguro estaba de la infalibilidad de su razonamiento. Y aunque el mal que descubría era cada vez mayor, los que lo cometían quedaban absueltos, uno tras otro, por motivos que dudaba que pudieran resistir la severidad de arriba, pero que su alma encontraba lo suficientemente poderosos como para otorgar el perdón. Lo extraño de toda esta historia era que nada de lo que descubría ahora le había resultado desconocido antes. Acerca de aquel chico, Dumitraşcu, con la piel cubierta permanentemente por una fina película de sudor que lo hacía parecer sucio y ambiguo, sabía que mentía, que no amaba a la chica morena que lo miraba con ojos de animal siempre dispuesto a coger lo que se le echara, aquella chica con la cintura cada vez más gruesa y con el andar cada vez más cansino, arrastrando los pies de un modo cada vez más inaguantable por su oficina, como si esperara siempre que alguien la llamara, que la hiciera volver en el último minuto. Sabía también que tenía las manos grandes, extraordinariamente grandes y rojas, un poco brillantes, al igual que todo su cuerpo, pero mucho más rojas, como su cara, como si sus manos y su rostro estuvieran hechos de carne distinta a la del resto de su cuerpo, o incluso mejor, como si sus manos y su rostro hubieran sido sólo carne, carne cruda no cubierta por la piel, un trozo grande de magro ensangrentado, en el que alguien hubiera esculpido, sin mucho talento y meticulosidad, la frente, los pómulos y el mentón. Y, sobre todo, los dedos gruesos, en los que el aceite negro de las máquinas había entrado más que definitivamente y se había secado formando una costra perdurable. Sabía todas estas cosas antes de irse,

pero las sabía de una manera ausente, teórica, es decir, sólo dependía de él saberlo; sin embargo, visto de cerca, todo esto adquiriría una importancia y un significado totalmente distintos. Lo que parecía ser un detalle insignificante, apenas percibido o ni siquiera atisbado, llegaba a ser un obstáculo capaz de echar por tierra toda la argumentación. Desde arriba le había sido imposible pensar que la forma o el color de las manos de alguien podían tener una conexión con el juicio de su alma pecadora, mientras que ahora, aquí, sentía que esta conexión existía, sin saber cómo explicarla. Los dedos gruesos e incrustados de aceite, las manos rojas con las palmas cuarteadas de Dumitraşcu inclinaban hacia la derecha la balanza de su juicio, lo mismo que — inexplicable, pero seguro— el peso de sus mentiras, manchadas por intereses que ni él mismo comprendía del todo, al igual que su crueldad indiferente ante sí y ante los demás, a los que parecía ignorar.

El programa de la televisión se había acabado sin que se diera cuenta y la pantalla irradiaba ahora una luz blanquecina y chisporreante. La presentadora, no muy joven, con una sonrisa tan falsa que parecía malévola, había concluido todas sus fórmulas rituales de despedida y sólo se oía un zumbido mecánico, uniforme, que podría continuar hasta el infinito. Hizo que se apagara, sin levantarse, divertido por la libertad que se podía permitir y por la idea de que había, por lo menos, un aspecto en el que parecerse a los de aquí. Mientras que ellos eran capaces de ver la televisión durante largas horas, inmóviles, con los ojos clavados en la pantalla, a él, los pocos minutos que se había autoimpuesto lo aburrían de una forma agresiva, apenas soportable, y eran uno de los más duros momentos que pasaba en la tierra. Después de todo, ¿cómo le podía divertir aquel pobre rectángulo de cristal en el que se desarrollaban acontecimientos convencionales, gestos artificiales, frases hechas, cuando tenía a su disposición el gran espectáculo de la vida verdadera, vista a través de las paredes transparentes de las casas como pantallas que no censuraban nada y en las que nadie mostraba afectación alguna? Mucho, muchísimo tiempo atrás, cuando bajó por vez primera a la tierra, este espectáculo permanente le había fascinado. Lo recordaba sobremanera: no podía pasar por delante de una casa sin mirarla detenidamente, desde los ratones que corrían por el desván hasta los niños que jugaban o lloraban cerca del fuego; como si estuviera leyendo un libro cuya lectura no podía interrumpir hasta acabarlo, y recordaba que fueron necesarias tres o cuatro llamadas, cada vez más imperativas e impacientes, para que volviera arriba, encantado y dispuesto a implorar el permiso de vuelta. Regresó cuantas veces pudo con la misma sed insaciable de mirar, de ver nacimientos, muertes, amores y luchas, de escuchar susurros amorosos, silbidos de odio, gritos de furia, chillidos de exasperación, sollozos y carcajadas incontenibles. Y cuando las casas fueron reemplazadas por edificios altos de muchos pisos, su placer ya no tenía límites. No conocía y no conoce mayor placer que el de girar despacio alrededor de estos

edificios como torres, aterrizando sin ruido de planta en planta, sin temor a que lo vean y sin privarse de ningún secreto. Pero esto sucedía en la época en la que todavía no había recibido la misión punitiva que se sentía incapaz de llevar a buen puerto. Bastaba con pensar en la aglomeración de los autobuses por la mañana, en aquellas cajas repletas de cuerpos que sentían recíprocamente sus formas y olores (al principio tenía cuidado de sentarse con la espalda pegada contra el cristal, por miedo a que lo descubriesen, pero luego entendió y se dejó llevar por aquella atmósfera de abandono protector en la que dejabas que te empujen y amontonen, engullan y aprieten, como si ni siquiera tu propio cuerpo te perteneciera); bastaba con pensar en aquellas filas humanas que entraban apresuradas por la puerta de la fábrica, cuyo único signo cierto de la divinidad se hallaba en esa misma prisa humillante, pero consciente, en la conciencia de aquella premura que ninguna otra criatura sabría hacer suya con tanto dramatismo, para darse cuenta de que él nunca sería capaz de juzgar y condenar a aquellos pobres seres tan imperfectos, que pagaban de forma tan cara su imperfección. Por cierto que, en estas condiciones, lo verdaderamente honrado hubiera sido volver, confesar su impotencia y dejar que otro con más decisión lo reemplazara. Pero esto hubiera significado el final de aquel juego de identificación tan complicado y minucioso, que, no podía negarlo, lo emocionaba y le proporcionaba placer y, además, hubiera implicado asimismo la llegada de un verdadero exterminador. Le resultaba difícil imaginarse aquel momento. Cuanto más crecían los escrúpulos y los problemas de su misión, tanto más adquiría la costumbre de buscar las aglomeraciones para entrar y perderse en la multitud. Hacía cola para adquirir productos que más tarde dejaba en cualquier esquina o hacía desaparecer sin más; los domingos, antes de comer, vagaba por los parques para observar, levantando, tal vez, las sospechas de las madres que paseaban con sus crios; se perdía de manera extravagante entre las parejas de jubilados, caminaba por las estaciones, esperaba para coger número en las policlínicas, deambulaba por las avenidas e intentaba comprar billetes para el cine; en una palabra, anhelaba, de manera masoquista y precisa, todo lo que podía apartarlo de la realización de la misión para la que lo habían enviado, y estaba decidido a perdonar y comprender a aquella humanidad sufrida y fea. La fealdad de los hombres era lo que más lo enternecía. Le gustaba ir sin más por la calle, mirando con atención la piel porosa e impura de sus caras; los ojos de colores inciertos, que se agitaban como pájaros apresados en la jaula definitiva de las ojeras o, por el contrario, intentaban salir, al igual que unas monedas brillantes, del monedero hinchado de los párpados; los cuellos rugosos, los mentones caídos, el pelo corto o peinado, la mayoría de las veces, de manera ridícula; sus cuerpos, a menudo deformes, demasiado delgados o demasiado gordos, subrayando siempre, de una manera u otra, su condición perecedera, su capacidad de pudrirse. Cuanto más miraba, menos se creía capaz de destruirlos y más dudaba,

incluso, de tener derecho a hacerlo.

Cuando, cada noche, su mente lo llevaba a este punto, decidía levantarse del sofá e irse a dormir. Por otra parte, ya era tarde. Al día siguiente iba, como de costumbre, a trabajar. Se levantaba a las cinco y cuarto para poder llegar a las siete; por tanto, tenía que dormirse. ¿Tenía que hacerlo? Claro que no, nada lo obligaba a ello. Podría hacer otras mil cosas. Pero hacía mucho tiempo que ya no renunciaba a este placer. Era su gran descubrimiento en la tierra. ¡Ah!, había visto dormir a la gente y a los animales en un sinfín de ocasiones. En una determinada época, incluso, su tarea era la de velar el sueño. Contemplaba a menudo a los niños dormidos, y con frecuencia se divertía volando de noche alrededor de nidos en los que los pájaros, sin verlo ni entender lo que pasaba, pero sintiéndolo cerca, se sobresaltaban en el sueño. Sin embargo, sólo después de haberse dormido él mismo, descubrió y entendió el verdadero significado de soñar, con una especie de asombro encantado, que hasta aquel entonces no había sido para él más que una palabra. Se levantó, pues, dirigiéndose hacia la cama y, después de apagar la luz, empezó a desvestirse despacio. Le gustaba prolongar este momento, dejar que el sueño se apoderara de él lentamente, incluso antes de meterse en la cama, y pensar, aun antes de dormirse, que iba a dormir y a soñar. Se preguntaba incluso, arrullándose a sí mismo, qué sueño iba a tener y, sólo después, se hundía en él. Pero antes de esto, como cada noche, después de desabrocharse el último botón y de dejar caer toda la ropa, hizo su habitual gimnasia: sentado estratégicamente en aquella zona de la habitación más libre de muebles, estiraba al máximo, abría y cerraba sus alas anquilosadas por el desuso. Varias veces repitió concienzudamente este movimiento. Y, sólo después, se durmió.

IMITACIÓN DE UNA PESADILLA

Había llegado a un barrio muy alejado y totalmente desconocido para mí, en busca de una tienda de ultramarinos privada^[19] de la que me habían hablado maravillas en una de las colas que había hecho. Me encontré con una tienda de aspecto polvoriento y hasta promiscuo, pero no exenta del encanto de aquellas chabolas de los arrabales que había llegado a conocer durante los primeros años de mi infancia, y en las que, además de peladillas y aceite a granel, jamón de Praga^[20] y mechas para lámparas de queroseno, azúcar de patata^[21] y papel matamoscas, se vendía vainilla en rama, mermelada, levadura y harina de maíz. En su semioscuridad profunda siempre olía a canela, a rancio y a petróleo en una nostálgica mezcla. Pero, esta vez, bajo los celofanes manchados por las moscas y en los estantes embadurnados y antiguos, se divisaban magníficas tartas de chocolate decoradas con nata, montones de caviar de Manchuria, grandes chorizos de Sibiu^[22] y enormes aceitunas. Recuerdo que compré de todo, con cierta desgana y un sentimiento de desconfianza; como si no estuviera segura de que fueran reales y esperase que desaparecieran de un momento a otro dejándome con la miel en los labios y el dinero en la mano. Nada de eso ocurrió. Me disponía a salir, contenta, por supuesto, pero también un poco ofendida, porque era evidente que los demás clientes, arrabaleros y gitanillas, compraban apáticos e indiferentes y claramente acostumbrados a la abundancia. Su indolencia me hacía pertenecer —aunque sólo en secreto— a un mundo inferior y me transmitía el temor de haber entrado ilegalmente en sus dominios, de los que me podían expulsar en cualquier momento. Así pues, me apresuré hacia la salida, vacilando un poco porque en el marco de la puerta se apoyaba, casi bloqueando el paso, una mole de hombre con el rostro congestionado y sudoroso, con un mandil de goma grande que le llegaba hasta las botas, en las que había introducido los pantalones de un uniforme difícil de definir. El hecho de que el coloso estuviera de espaldas a mí y mirara hacia fuera, me hizo pensar —¡qué optimista!— que yo escapaba a su atención. Así que intenté deslizarme sin ser observada por el estrecho espacio que quedaba libre. Casi lo había logrado cuando, sin apenas moverse, la mano del gigante me agarró del brazo.

—¡Camarada! —le dije—, ¿cómo se atreve? —Pero creo que mi voz no resultó muy convincente, y recuerdo que, en realidad, ya contaba con ello—. Le ruego que me suelte inmediatamente —añadí. Sin embargo, lo que estaba sucediendo no me extrañaba, y la falta de asombro equivalía casi a un consentimiento que disminuía notablemente la intensidad de mi protesta.

El hombre se tambaleó un poco —lo cual me hizo pensar que estaba borracho— y me arrastró fuera, al centro de un descampado en el que crecían algunos arbustos y que se abría entre las casas bajas típicas de la periferia, con largos patios recubiertos

de vides. Su mano sudaba sobre mi brazo desnudo y, al intentar soltarme, se deslizaba arriba y abajo, ensuciándome la piel. Cuando se paró —en una extraña posición—, consiguió atrapar uno de mis zapatos entre sus inmensas botas, inmovilizándome así un brazo y un pie, y aunque intentaba alejarme de él hasta casi descoyuntarme los miembros, sentía, pese a todo, cómo me invadía su insoportable hedor de gordo borracho, fumador y sudoroso. No decía nada, ni me miraba siquiera, sólo me sujetaba imperturbable, con tanta indiferencia que empecé a pensar si no me habría confundido con otra persona.

—¡Señor! —grité, pensando que tal vez lo halagaría este apelativo. Lo hice en un tono mucho más alto de lo que hubiera exigido la proximidad entre nosotros, porque me parecía difícil penetrar su impasibilidad y, además, albergaba la esperanza de poder atraer con mis gritos la atención de alguien dispuesto a auxiliarme—. ¡Señor!, yo a usted no lo conozco, y probablemente usted tampoco me conoce a mí; por favor, suélteme inmediatamente; le ruego que, por lo menos, me mire para convencerse de que no me conoce y de que tiene que soltarme.

Tal como esperaba, el vocerío atrajo a algunos curiosos. O, tal vez, no eran más que los clientes que se apresuraban hacia la tienda. De todos modos, pensé que estaba salvada.

—¡Socorro! —les grité viéndolos acercarse—. ¡Ayúdenme! No conozco a este hombre, no sé qué quiere de mí. Se ve que está borracho o, tal vez, loco. Les ruego que me ayuden a soltarme la mano y el pie.

Pero ellos se quedaron a una distancia prudencial, mirando curiosos y sin ninguna intención de intervenir. Hacían comentarios y suposiciones propias de unos espectadores a los que no se puede oír desde el escenario.

—¡A saber lo que habrá pasado entre ellos! —dijo uno que, probablemente, venía de algún patio cercano, porque todavía llevaba en la mano unas tijeras de podar vides y tenía los dedos manchados de tierra.

—No conviene mezclarse en los asuntos entre un hombre y una mujer —añadió otro que llevaba en la mano un bolso de plástico, señal de que iba a la compra.

—Pero no es mi marido, ni siquiera lo conozco, no lo he visto en mi vida —dije a voz en grito, desesperada y sin acabar de creer que pudieran considerar marido mío a aquella montaña de grasa, que apestaba a vino ordinario. Al mismo tiempo, me di cuenta de que no me creían. Yo hablaba casi disculpándome y eso me perjudicaba, mientras que la pasividad inarticulada de aquella bestia parecía causarles mejor impresión. El número de curiosos había crecido y, además, el público había cambiado: los mirones del comienzo, aburridos de tanto fisgar, habían sido reemplazados por otros, recién llegados, que proseguían con los mismos comentarios y ante los que yo reanudaba, cada vez más desesperada, las llamadas de socorro. En realidad, algunos se acercaban corriendo, como si se apresuraran a salvarme, pero,

una vez llegados, se paraban, descubriendo, quizás, en la escena vista de cerca, algo que les impedía hacerlo. No entendía lo que estaba ocurriendo y, sobre todo, no reparaba en cómo era posible que la incompatibilidad entre mi carcelero y yo no fuera evidente para todos... ¿Cómo podía haber alguien que, después de vernos, aún pudiera suponer que había una relación entre nosotros?

—¡Ayudadme! —repetía, cansada de mi propia voz, mientras intentaba liberar mi brazo, amoratado e intensamente dolorido—. ¡Liberadme! ¡No conozco a este hombre, no sé quién es, no tengo nada que ver con él! ¡Liberadme!

Lloraba desde hacía tiempo, decidida a no hablar más cuando, entre lágrimas, me pareció ver en el gran círculo de espectadores la figura conocida de un compañero de redacción. Me sequé rápidamente las lágrimas con la mano libre, porque ya hacía tiempo que había soltado las compras, que estaban ahora tiradas en el suelo, desempaquetadas y llenas de polvo. Sí, realmente era él. Nuestras miradas se cruzaron y me saludó con un exagerado respeto, totalmente inadecuado dada la amistad que nos unía.

—¡Qué suerte —grité— que hayas caído por aquí! ¿Tú también has oído hablar de esta tienda? Mira lo que me ha pasado. Un borracho oligofrénico la ha tomado conmigo. Ayúdame a soltarme de sus garras.

Pero mi compañero no se movía, me miraba intensamente como si hubiera querido transmitirme un mensaje que temía pronunciar.

—Este es mi destino —le dije, esforzándome por reír—. Tengo un verdadero talento para atraer, sin querer, a todos los locos. Sabes que también en la redacción preguntan a menudo por mí todo tipo de psicópatas. ¿Pero a qué esperas? ¡Ven a ayudarme! ¿Víctor, te has vuelto loco tú también, a qué esperas?

Pero inmóvil, me miraba con infinita tristeza, lamentando que lo obligara a hablar.

—No puedo ayudarte —me dijo, pronunciando las palabras con claridad un poco pedante, como si fuera a hablar en un escenario o a través de un micrófono—, es muy fuerte; lamento mucho que no te des cuenta de la situación en la que te encuentras.

Y mientras decía esto, no parecía ni incómodo, ni avergonzado lo más mínimo por su cobardía, sino, todo lo contrario, estaba casi ofendido por mi insistencia carente de tacto.

—Pero sois muchos —vociferé exasperada ante tanta cobardía—, no tenéis más que sujetarlo para que yo pueda soltarme la mano.

—Siento que no comprendas la situación —repetió con la misma dignidad y sin bajar unos ojos que continuaban transmitiéndome algo que yo no lograba entender.

Es extraño que, aunque todo parecía una pesadilla, nunca, en ningún momento, se me ocurrió pensar que aquel acontecimiento no fuera real y que estuviera soñando. Al contrario, todo me parecía real, incluso demasiado real: las caras de los que me

miraban, las palabras que me llegaban, el hedor del que me sujetaba y su silencio vacío y carente de significado; lo ridículo de la situación es que no conseguía, sin embargo, anular la desesperación y que no era más que una imitación torpe, pero convincente, de una pesadilla.

En mi creciente exasperación, como una fuerza que aumenta por momentos acompañada por una precisión surrealista de los sentidos, vi entre el público, diezmado por la monotonía del espectáculo, a dos soldados muy jóvenes, probablemente recién alistados, con las mejillas todavía infantiles y los cuellos desnudos —desprotegidos de la melena recién cortada— emergiendo blancos y frágiles de su uniforme.

—¡Chicos! —los llamé, al descubrir su mirada amistosa y dispuesta a solidarizarse con la mía—. Ayudadme vosotros; no es posible que tengáis miedo también. El ejército ha sido siempre valiente y no se ha dejado intimidar por bestias y cobardes. ¡Salvadme!

Y para mi infinita y todavía desconfiada alegría los vi avanzar y acercarse, aparentemente halagados —llegué ingenuamente a pensar—, dado que había confiado en ellos y los había llamado. Pero, a menos de medio metro, se apartaron con precaución del absurdo grupo escultórico que formaba junto con mi carcelero y, de repente, uno de ellos osó lanzarse contra aquel gigante, y sacar del bolsillo trasero, que el mandil dejaba al descubierto, un cuchillo de hoja no muy larga, triangular, afilada por ambos lados. Y, como si no arriesgara nada, empezó allí mismo, en la inmediata cercanía del gigante, a examinar el cuchillo, a probar su filo, tocándolo, y después se lo dio a su compañero para que lo examinara también. Luego, como conclusión de su análisis, los dos introdujeron cuidadosamente el cuchillo en el bolsillo de donde lo habían sacado y me dijeron amigablemente, en un tono sigiloso y conspirador, como si me comunicaran un secreto que pudiera salvarme:

—No se le puede atacar, está armado. —Muy cariñosos, y satisfechos de haber cumplido honradamente con su deber, se alejaron con premura: ya tenían otra misión.

Me callé un rato. Dejé de forcejear, agotada por el esfuerzo y por mi incapacidad para comprender. En el silencio que se había impuesto, se oían, ensuciadas por la saliva y pronunciadas como en sueños, las injurias impersonales del borracho, no dirigidas a nadie en concreto. Los espectadores se dispersaron un tanto decepcionados. Víctor se quedó, mirándome de una manera tan profunda como crítica. También había un hombre alto, evidentemente un intelectual, junto con algunas viejas del vecindario que se compadecían del borracho y que hacían comentarios a gritos sobre mi vestimenta y el color de mi pelo, encantadas de que yo pudiera oír su desaprobación.

No podía esperar nada más y tampoco podía imaginar cómo iba a acabar aquella historia. Un cansancio sin límites se había apoderado de mí y tenía ganas de dejarme

caer, sostenida exclusivamente por el puño cerrado que, como unas esposas inalterables, me aferraba el brazo por encima del codo. Entonces, mi mirada se cruzó con la del intelectual y este se dirigió a mí en un tono deferente y un tanto suplicante, como si nada de aquella escena que estaba viviendo fuera insólito ni hubiera existido; como si yo tuviese que ayudarlo.

—A usted la conozco, pero no sé de qué —dijo, y luego me preguntó sonrojado y un poco incómodo—: ¿Ha trabajado, tal vez, en la Casa Scânteii o quizás, en la policlínica Sahia^[23]?

Atónita, asentí con la cabeza y murmuré en voz baja, sin ninguna esperanza:

—¡Sálveme, por favor, sólo tiene que ayudarme a soltar el brazo! No conozco a este hombre y no sé qué quiere de mí.

Fingiéndome no haberme oído, levantó la mano como para frotarse la frente, pero en el último momento renunció y, de repente, exclamó alegre:

—¡Oh! Ahora recuerdo; no tiene que contestarme, no la conozco, sólo se parece a alguien, tiene un extraordinario parecido con una persona.

—No sé a quién me parezco —murmuré—, pero ¡ayúdeme, por favor, se lo suplico, ayúdeme!

Totalmente sordo, fascinado por su propio descubrimiento, seguía mirándome ensimismado, incluso sumamente encantado, y dando vueltas a mi alrededor.

—¡Un parecido asombroso! De hecho, quizás, usted también haya oído hablar de ella; seguramente le han dicho más veces que se parece a Ana Blandiana. Es un parecido absolutamente fascinante.

—No —le dije, con una leve esperanza y un tanto avergonzada por lo que no había hecho nunca hasta entonces—, no me parezco; soy yo misma, me llamo Ana Blandiana. Me alegro de conocerle, pero, ahora, por favor, ayúdeme.

No obstante, no hizo nada. Se paró y me miró de una manera indefinida, con una incipiente aversión. Mi declaración parecía haberle estropeado la alegría de la similitud recién descubierta, o, tal vez, no sabía si debía creerme o no. Viendo que vacilaba irritado, sin saber cómo retirarse, se apoderó nuevamente de mí la desesperación, una especie de desesperación desvergonzada, desprovista de la menor reticencia, y empecé a gritar con una voz histérica que hasta entonces desconocía, y con una necesidad de exhibición inimaginable:

—Señor, no se vaya, no me deje. Soy yo misma, Ana Blandiana; me ha visto en la televisión. Si no me cree, se lo puede preguntar a mi compañero de redacción. —Y con la certeza de que no me iba a creer, ya que Víctor había desaparecido entre tanto, seguí gritando, ahogada en sollozos, con un terror que iba en aumento—: Puedo recitarle poemas, puedo decirle cuándo nací y los libros que he publicado, de dónde viene mi pseudónimo, lo puede comprobar en cualquier diccionario de literatura contemporánea.

Tenía la sensación de que me estaba desnudando, arrancándome a trozos la ropa y sintiendo cada vez más frío, pero no podía parar y desgarraba los últimos pedazos, los últimos harapos. Y, mientras lloraba e imploraba, intenté agarrarme a la manga de aquel hombre, que, contrariado e incómodo, se alejaba mascullando:

—No, sólo me ha parecido. En realidad, no se parecen tanto. Le ruego que me disculpe, estas confusiones me pasan a menudo. ¡Suélteme, por favor, suélteme!

Pero yo seguía sujetándolo desesperada y, como sentía que los dedos se me quedaban dormidos, agarré con la otra mano el borde de su chaqueta. Entonces me quedé de piedra: tenía las manos libres. Y el pie también. El tipo que me tenía prisionera me había soltado y, cambiando de posición, buscaba algo debajo del mandil, en los bolsillos de los pantalones. Luego, sacó un pañuelo grande y se limpió la cara como si empezara a despertarse. Se encontraba, además, a unos pasos de mí, de modo que, por un instante, pensé que nunca me había agarrado. Me miré rápidamente el brazo recién liberado, pero sólo descubrí un leve moratón redondo, del tamaño de un brazalete, menos ancho de lo que esperaba. Y, curiosamente, comprobar esto me produjo cierta humillación, pues no sabía, en absoluto, desde cuándo estaba libre ni cuánto tiempo había estado en poder de aquel hombre. Liberé mis dedos dormidos y me alejé despacio, sin ruido... Un paso, luego algunos más. El gigante se limpiaba ahora, cuidadosamente, la muñeca hinchada, como si alguien lo hubiera agarrado y le hubiera hecho una herida. Las vecinas hablaban de otra cosa y el intelectual arreglaba su traje con aire ofendido. Nadie se fijaba en mí.

Por un momento sentí el impulso de darme la vuelta y de huir, para demostrarme a mí misma que era verdaderamente libre, pero al instante me di cuenta de que nunca más sería libre si no era capaz de explicarme por qué, durante aquella pesadilla, no lo había sido. Y me detuve.

LA LECCIÓN DE TEATRO

El pueblo se parecía a cualquier otro. Tenía las mismas casas de ladrillo con porches y columnas de cemento, las mismas puertas de hierro forjado con decoración plateada y cierto aspecto de lujosas carrozas fúnebres, los mismos emparrados bajo cuya protección se pone la mesa o se aparca el coche. Conmigo se bajó del tren un ejército de hombres y mujeres, cargados de bolsas llenas de pan, azúcar, harina de maíz y botellas de aceite: eran los que todos los días iban a la ciudad a trabajar. Eran muchos y avanzaban en filas a lo largo del camino principal, por la carretera. Con rostros cansados y paso firme y rápido, casi no parecían hombres que se apresuran a regresar a sus casas, sino más bien participantes en un maratón silencioso cuya finalidad existía sólo en su mente. Me dejé arrastrar por esta extraña manifestación hasta que, uno tras otro, los manifestantes fueron desapareciendo silenciosamente por los patios de las casas. En la carretera, envuelta por la noche, quedaba una única pareja. Los dos proseguían cada vez más cansados hacia las afueras, progresivamente más humildes y encantadoras, del pueblo. Entonces me atreví a aligerar el paso hacia aquella pareja, que, sintiéndose perseguida, había vuelto ya varias veces la cabeza. Cuando los alcancé les pregunté si sabían dónde vivía la familia Ostahie. Tuve la impresión de que, por un segundo, me miraban desorientados (quizás les provocara aquella reacción el nombre o, más bien, la palabra «familia»), pero, enseguida se les iluminó la cara y exclamaron de repente «¡Ah, el señor Virgil!», y me explicaron que en la estación tenía que haber tomado la dirección opuesta. Así pues, atravesé la población de nuevo. Esta vez iba solo y pasaba por delante de ventanas que empezaban a iluminarse y cerca de perros que comenzaban a ladrar, al tiempo que me familiarizaba con el pueblo, como en un reencuentro, aceptándolo con más simpatía y descubriendo sus estridencias, atenuadas por la oscuridad, y el horizonte, ennoblecido por el olor a humo. Mi error de orientación tuvo un efecto saludable, el paseo; después de estar tanto tiempo anquilosado en el tren, me resultaba muy placentero, y, al mismo tiempo, la sospecha de que el camino iba a terminar pronto me suscitaba una inquietud tardía y me impedía seguir aplazando la pregunta «¿qué busco yo aquí?».

En realidad, no buscaba nada. Me dirigía hacia un hombre que no conocía, empujado por la más subjetiva de las decisiones, por una impresión infundada, por una curiosidad que ni ella misma sabía lo que quería descubrir. Formo parte de esa clase de hombres que, precisamente por ser considerados, por un motivo u otro, distintos de los demás, están destinados a ser las víctimas de la imagen que despiertan en los otros. Innumerables personas que intentaban conocerme o que me escribían después de haberme visto actuar en el escenario me provocaban, pese a su admiración, una sensación de continuo acoso. Hacía tiempo que me había resignado a

que otros decidieran por mí, privándome de la energía y la oportunidad de elegir por mí mismo. Sólo de vez en cuando rompía esta dimensión femenina de mi espíritu mediante accesos de rebeldía —aún más femeninos— y mediante fuertes cambios de humor. No conseguía abrir a tiempo las cartas, que se amontonaban a veces durante semanas al pie de mi escritorio, y cuando finalmente me decidía a hacerlo, las leía con una especie de culpabilidad creciente, agravada por la decisión apriorística de no contestarlas, ya que cualquier respuesta hubiera supuesto el principio de una correspondencia. Así que esta culpabilidad coloreaba la lectura de una manera subjetiva e incluso misteriosa y a veces —casi siempre de manera inesperada— me hacía responder.

Sin embargo, la carta de Virgil Ostahie no se parecía a las demás, y no creo que mi extraña reacción ante ella —empezando por la llamada telefónica y acabando con mi subida al tren— formara parte de las acostumbradas vacilaciones de mi conciencia. Lo que me chocó desde un principio fue el tono controlado, casi distante, totalmente diferente de las alabanzas a las que estaba acostumbrado, y el hecho de que sus apreciaciones ni siquiera parecían elogios, sino calificativos emitidos con rigor por una alta instancia, acostumbrada, no tanto a absolver, como a condenar. Además, después de algunas frases acerca de la impresión que le habían causado mis actuaciones, la carta concluía con una breve presentación. Me decía que era un agricultor cooperativista en el pueblo X de la región Z y me invitaba a visitarlo en cuanto pudiese durante el invierno que acababa de comenzar, pidiéndome que le comunicara por teléfono mi llegada. Sorprendentemente, en vez de irritarme el hecho de que ni siquiera se planteara la posibilidad de que yo no aceptara su invitación, su seguridad me sugestionó y me incitó a hacerlo. En realidad, todo era atrayente: la escritura, de pulso firme, y el tono, que sólo podía pertenecer a un viejo; el estatus social asumido y la sobriedad claramente intelectual de la frase; la invitación imperiosa pero no explícita; e incluso el hecho de dirigirse, sin motivación alguna, precisamente a mí.

Pero todo lo que me había parecido misterioso y digno de interés en casa, se volvía molesto y ridículo aquí, en la carretera que dividía en dos este pueblo desconocido, tan parecido a los demás pueblos que había visto en los últimos años. Tanto más cuanto que, al llamar por teléfono —tal como me había pedido— para avisar de mi llegada, no di con el remitente de la carta, sino con una voz de mujer que, al oír mi nombre, aseguró, de un modo que en aquel entonces me pareció agradable, pero que ahora me resultaba sospechoso, que me estaban esperando. Sin embargo, no demostró ni la más mínima intención de pasarme con quien yo buscaba, y tampoco se disculpó por no hacerlo. De todas formas, no era la primera vez que me arrepentía de haberme dejado llevar hasta una situación ambigua que, aparte de proporcionarme alguna experiencia de vida, no auguraba nada bueno, como tampoco

era la primera vez que me decía que no había que lamentar nada de lo que me pasara, en la medida en que podía dejar una huella, por muy tenue que fuera, una impresión o un signo, aunque muy débil, de una realidad desconocida.

Pensé que había llegado. En una de las dos casas situadas delante de un nogal inmenso, del que me había hablado la pareja que me había orientado hacia allí, debía de vivir mi extravagante corresponsal. Me dirigí, no sé por qué, hacia la más animada de las dos. Era bastante grande y, para ser más precisos, alargada, estaba situada en posición perpendicular a la calle, de manera que sus últimas habitaciones se perdían en la oscuridad. A lo largo de toda la casa se extendía un mirador de tipo oriental, seguramente construido al cerrar el antiguo porche. A excepción de los últimos edificios, sujetos a la ley que prohibía la edificación de casas de una sola planta^[24], el pueblo entero estaba construido en este estilo, surgido de la adaptación a otras dimensiones y a otros materiales de las antiguas viviendas de adobe y madera —con porches apoyados en vigas de madera, formadas por dos o tres habitaciones, de espaldas al viento del norte en invierno y al bochorno en el verano, mirando a unos membrillos que creaban un espacio protegido por una sombra eterna y un frescor insuperable. El lugar de los membrillos estaba ocupado ahora por unas parras, a pesar de lo cual las casas tenían un aire un tanto provisional, debido a la falta de personalidad y al disfrute de un bienestar aún imperfecto.

En la casa en la que decidí entrar había, por lo menos, tres habitaciones iluminadas, y a través de las ventanas cerradas y cubiertas por cortinas bordadas a máquina se entreveían todo tipo de sombras, sumidas en una agitación indescifrable. Pensé gritar, pero no estaba muy seguro de a quién llamar, y aquella podía muy bien no ser la casa que estaba buscando, así que me limité a golpear con una piedra en el hierro forjado de la puerta, lo que produjo un sonido agudo, parecido al de una alarma activada intencionadamente. La agitación del interior de la casa parecía bastante grande, ya que no hubo ningún indicio de que me hubieran oído ni disminuyó el movimiento de detrás de las cortinas. Sólo mucho más tarde, cuando decidí llamar a las puertas vecinas —que protegían unas casas totalmente a oscuras—, una cabeza luminosa, o así me pareció a mí en aquel resplandor, salió un momento para decirme a gritos que esperara; y después volvió deprisa hacia adentro, dejándome todavía un rato en la oscuridad.

Decir que estaba furioso expresaría insuficientemente el estado que se apoderó de mí durante aquellos interminables diez minutos que pasé en la noche y en el frío, delante de la puerta cerrada y de los movimientos y sonidos de fiesta que se adivinaban tras las cortinas. Si no hubiese sabido que el primer tren no salía hasta las cinco y dieciocho de la mañana, me habría ido con seguridad, para castigarme y, al mismo tiempo, salvarme de la situación ridícula y absurda en la que me había metido con tanta inconsciencia. Pero sabía que no había otro tren hasta el amanecer y sabía,

además, que precisamente lo absurdo de aquella experiencia empezaba a gustarme.

La mujer o la chica que había sacado durante un segundo la cabeza por la puerta y que me había gritado que esperara, apareció finalmente; pero, a medida que la veía acercarse, con la luz de las ventanas iluminándola por detrás, empecé a dudar del sexo que con tanta seguridad le había atribuido al principio. El balanceo de su cuerpo, sin duda gracioso, mientras se acercaba por el estrecho sendero de cemento, pertenecía, no obstante, al de un varón, y me hubiera sido muy difícil explicar por qué me producía una impresión un tanto desagradable.

—Busco al señor Virgil Ostahie —dije, en vez de saludar, antes de que la silueta llegara a la puerta, como si hubiera querido ahorrarle el esfuerzo de dar unos pasos más en caso de que se tratara de una equivocación. Y, puesto que seguía avanzando sin contestar, produciendo más bien una especie de breve gemido de risa o de llanto que no era una respuesta, me apresuré a añadir—: No sé si he acertado. Me han indicado este lugar, pero con esta oscuridad...

En efecto, la oscuridad se había vuelto tan espesa que ya no podía discernir la figura de quien, ahora fuera del alcance de la luz de las ventanas, me había abierto la puerta sin contestarme, haciéndome señas para que entrara, y que, apresurándose, se había dado la vuelta para adelantarme. Murmuró algo acerca de la oscuridad, que no llegué a entender debido a que sus palabras eran poco claras y la voz que las producía, insólita. Todo lo que puedo decir acerca de aquella voz es que no me ayudó en nada a averiguar el sexo de aquel a quien yo seguía, no muy convencido, hacia la casa. Por lo que pude ver, vestía de una forma extraña. Llevaba una especie de bata larga de color claro, que le llegaba hasta el suelo y que —eso lo vi sólo al pasar delante de las ventanas— estaba un tanto hinchada en los hombros, como si escondiera una joroba o quién sabe qué otro secreto. Mientras subía las escaleras, y consciente de la ridícula situación en que me encontraba, ya que, me contestara o no, estaba dispuesto a entrar, pregunté otra vez, sin embargo, si allí iba a encontrar al señor Ostahie. Pero ni siquiera esta vez entendí muy bien la respuesta, extrañamente modulada y extraordinariamente corta, de la que entendí sólo la «o» final, que podía significar un «¿por qué no?» o un «en cierto modo», demasiado poco esclarecedores en uno u otro caso.

De hecho, había entrado. Para mi sorpresa, la habitación, en contra de la impresión que me había causado desde fuera, estaba tan mal iluminada que en las esquinas se formaban zonas compactas de sombra, donde, atravesando los rayos de luz de las velas que estaban en el centro, pululaban seres apenas imaginados, presurosos, siempre preocupados por algo, que desaparecían luego en el bullicio, que camuflaba su forma y número. En todo caso, había mucha, mucha gente en aquel cuarto demasiado grande para una casa de pueblo. Había, en efecto, tanta gente que, cuando entré, sentí cómo mi acompañante apenas lograba empujar la puerta y pasaba,

seguido por mí, a través de la pequeña brecha que había conseguido abrir y que la presión de la aglomeración interna amenazaba con suprimir de un instante a otro.

Oí cómo la puerta se cerraba detrás de mí con un golpe seco y hermético. Aquel sonido marcó para mí —fue ese, y no el momento en que recibí la carta, salí de casa o llamé a la puerta— el principio de la aventura. Desde que oí cerrarse la puerta, empecé a mirar atentamente a mi alrededor, dispuesto a ver y decidido a no extrañarme de nada. Primero noté que aquella multitud amontonada en el cuarto no se agitaba al azar, sino alrededor de un centro formado por varias velas blancas y altas, parecidas a los cirios de las bodas y puestas alrededor de un objeto que no lograba divisar. Quería preguntarle al que (o a la que) me había franqueado la puerta —de todos modos, era el único ser a quien le había dicho lo que buscaba allí—, pero cuando me volví hacia él, y lo vi de cerca, olvidé lo que le quería preguntar, a causa de su aspecto, tan particular y alucinante. En resumen, podría decirse que tal vez había querido disfrazarse de querubín, pero me doy cuenta de que esta afirmación no puede reflejar ni de lejos la impresión que producía en el espectador, a causa de la manera tan grotesca y grosera en que había intentado hacerlo. Él, o ella, ya que ni siquiera entonces, de cerca y a la luz, distinguía si se trataba de un hombre o de una mujer, llevaba una especie de camisa blanca, larga hasta el suelo, con mangas también amplias y extremadamente largas, debajo de la cual asomaba por el cuello y por las muñecas un jersey grueso, basto, un poco raído y evidentemente áspero al tacto, de modo tal que no quedaba ninguna duda de que la vestimenta blanca con aspecto vaporoso, con complejas puntillas cosidas en distintos niveles, estaba puesta encima de la no muy limpia ropa de diario. Lo que desde fuera me había parecido una especie de joroba, no eran más que dos grandes alas colgadas de los hombros por medio de unos tirantes de goma y recortadas de un cartón gris ceniza sobre el que habían pegado unas bolitas de algodón y unas tiras finas de papel de estaño. En la cabeza llevaba —y probablemente eso es lo que más me impedía determinar su sexo— una peluca de color claro, confeccionada burdamente a partir de un vellón de lana, que le llegaba hasta los hombros, con un flequillo hasta las cejas, dejando entrever sólo los párpados, pintados de un azul violento, bajo el cual los ojos parecían descoloridos y sin expresión. Probablemente, se me notaba tanto en la cara el asombro que, al cruzar las miradas, el extraño personaje se vio obligado a explicarme, con voz de tenor que vibraba exageradamente y hacía reverberar los sonidos:

—Esta es nuestra costumbre, en tales situaciones... —E hizo un gesto como si hubiera querido apuntar hacia la multitud, o tal vez sólo hacia su propio disfraz.

No tuve tiempo de preguntarle a qué tipo de situaciones se refería, porque el movimiento de la multitud lo alejó de mí, empujándolo respetuosamente hacia delante, no al azar, sino como si lo necesitaran allí, en el centro de la habitación,

donde parecía que tenía que interpretar un papel. Por supuesto, ya no me quedaba más que esperar los acontecimientos. Nadie se fijaba en mí. Me llevaban de una parte a otra con el movimiento browniano^[25] del público asistente, que en su gran mayoría no parecía estar más familiarizado que yo con el lugar. Se me ocurrió la idea de que, probablemente, entre aquellos hombres se encontraba también el que me había invitado, pero, puesto que ninguno de los que conseguía ver parecía el anfitrión, le pregunté a una mujer baja, que estaba a mi lado y se ponía de puntillas para ver lo que ocurría en el círculo de las velas, si Virgil Ostahie se encontraba también allí. La mirada que me devolvió, difícil de describir —una mezcla de asombro, pero también de burla, de curiosidad y de terror—, y su respuesta llena de convicción e igualmente enigmática, «¿pero cómo podría ser de otra forma?», me hicieron comprender que, al parecer, sólo yo no entendía lo que sucedía allí y que, de todos modos, mi misterioso corresponsal desempeñaba un papel destacado en toda aquella historia. Igualmente, noté en la mirada elocuente de la mujer que era demasiado tarde para hacer preguntas, y que lo único que podía hacer era intentar acercarme hacia el centro iluminado del cuarto y enterarme por mí mismo.

Me resultó menos difícil de lo que esperaba. Incluso albergué la sospecha de que me dejaban pasar con disimulo. Aquellos que, pensé, tendría que apartar, retrocedían solos, lo que me hizo creer que, o bien me estaban esperando realmente, aunque nadie quería reconocerlo, o bien se leía en mi rostro tal falta de comprensión que provocaba la compasión de los iniciados. Pero, antes de llegar, unas espaldas anchas, tan anchas y tan altas que no podía ver nada más allá de ellas, me impidieron el paso. Era un hombre vestido totalmente de negro, pero con un traje extraño. No era una chaqueta o un abrigo, sino una especie de camiseta que lo cubría por completo y que se prolongaba incluso en unos guantes negros que parecían hechos del mismo trozo que el resto de su vestimenta. (Cuando intenté adelantarlo por todos los lados vi cómo levantaba el dedo índice extremadamente largo, envuelto en un trapo negro, indicando que no podía pasar). Durante unos minutos me resigné a quedarme detrás de aquel muro negro; al mirarlo mejor vi que, desde los pies hasta el hombro también negro del personaje, se extendía en diagonal un cordón de fieltro rematado en un trozo de piel negra; y la cabeza, también negra y ligeramente ondulada, no parecía estar recubierta de pelo, sino de un trozo de piel con pelo de rizo fino.

Antes de volverse y dirigirse a mí, me di cuenta de que se trataba de un disfraz igual de burdo y de aproximado, casi infantil, que el del querubín. Como si sólo hubiera esperado a que descubriera esta idea para poder confirmármela más tarde, el hombre que estaba delante de mí se volvió (esta vez no cabía ninguna duda de que era un hombre) y me dijo, con una voz extraordinariamente gutural, casi ininteligible por las interferencias y por sus propias vibraciones, que se acoplaban al sonido base:

—¿Ah, era usted? ¡Perdone, por favor! ¡Pase!

Con la mano enguantada en negro me indicó que pasara delante de él, haciendo un caballeroso gesto anticuado y ridículo. Entonces, cuando di un paso al frente, lo vi. Se trataba realmente de un disfraz, esta vez de diablo. La cabeza estaba cubierta por una especie de capucha de piel que llevaba en los laterales unas orejas puntiagudas, ribeteadas en rojo, y dos cuernecillos en la frente, confeccionados con estambre rojo, rellenos de estopa y con la costura un poco torcida. Las mejillas tenían tanto maquillaje que no dejaban entrever su aspecto habitual; los ojos estaban perfilados con una línea negra gruesa y prolongada, paralela a las cejas, marcadas estas también hacia las sienes; la boca sobrepasaba con creces los límites de los labios con un rojo bordeado de negro; los bigotes, ridículos, estaban improvisados con cerdas de caballo; y el pelo, del mismo material, pegado —¡Dios sabe cómo!— sobre la cara manchada por la pintura. Ya no tenía ninguna duda de que iba a asistir a un espectáculo, a una sesión de teatro popular al estilo de, por ejemplo, los autos de Navidad, y que sólo me faltaba por descubrir el motivo que lo había ocasionado y alegrarme por haber logrado ocupar la primera fila, donde podría verlo y oírlo todo.

No obstante, me bastó con dirigir los ojos hacia el círculo de las luces —a donde había llegado gracias a la cortesía trasnochada de aquella imitación de diablo—, para entender finalmente lo que estaba ocurriendo. O, por lo menos, para obtener los datos objetivos para comprenderlo. Lo que había supuesto que era una mesa alargada, decorada con velas (mientras me estaba acercando a través de la multitud me había imaginado una especie de mesa de presidium desde donde se dirigía la representación), era, en realidad, un catafalco (también una mesa, pero cargada de montones de flores, entre las cuales yacía, de manera poco convincente, alguien). Los cirios, extrañamente altos, estaban sujetos, cerca del suelo, por unos candelabros pesados e impresionantes de hierro forjado y los participantes formaban, tal vez por respeto, o tal vez por temor, una elipse bastante larga, un óvalo iluminado por el que pasaban personajes apremiados por no se sabe qué tareas y preparativos. El hombre que yacía sobre el catafalco era viejo, pero no había ningún rasgo de decrepitud en la extrema flaccidez de su cara, surcada casi metódicamente, se diría, por múltiples y sabias arrugas, como si cada una de ellas respondiera a una causa y tuviera un significado determinado, como si todas constituyeran un signo, con su propia razón de ser. Supe, desde el primer momento, que era Virgil Ostahie, mi misterioso corresponsal. Llevaba inscritas en la cara tanto la juventud como la vejez que había deducido de su carta, e igualmente —lo que era más difícil de creer— la rusticidad y el intelectualismo que me habían chocado desde el principio. Sobresaliendo por entre las dalias inmensas, brillantemente coloreadas, con los párpados cerrados y la coronilla alargada y calva, la cabeza podía pertenecer tanto a un sabio sumergido en los misterios de la materia, que se hubiera quedado cautivo entre ellos, como a un viejo campesino que intentara desesperadamente encontrar una solución al proceso de

la Historia, y que al enfrentarse a esta hubiera salido derrotado. No dudé de que me había invitado aquel hombre que yacía sobre la mesa recargada de flores y, curiosamente, no sentí ninguna incompatibilidad entre su invitación y el espectáculo de aquella muerte. Quiero decir que, aunque no imaginaba que se tratara de una puesta en escena, la impresión teatral no me resultaba ajena, de tal manera que el sentimiento que la presencia inmediata de la muerte debería inspirarme tardaba inexplicablemente en aparecer. Tal vez, los dos personajes disfrazados habían agotado mi capacidad de sorpresa; tal vez, la ausencia de cualquier expresión de dolor junto al catafalco y en la multitud —más curiosa y expectante que impresionada y sobrecogida— me incitaba a no dar ningún sentido definitivo a la escena que se representaba ante mí y a esperar, con paciencia y buena voluntad, el desarrollo del espectáculo. De todo eso no quiero que se deduzca que desde el primer instante estuviera convencido de que el viejo que descansaba entre las flores y las velas no estaba muerto, sino, más bien, que de alguna manera intuí que lo determinante de la escena no consistía en la muerte de la persona en el catafalco, sino en que iba a ocurrir algo mucho más revelador, y cuya espera tenía que mantener alerta todos mis sentidos.

En realidad, estaba sucediendo ya. El hombre vestido de diablo que me había cedido el paso, y al que yo suponía detrás de mí, entró en el círculo de luz desde otra dirección totalmente distinta. Estaba poseído, al igual que los demás, por la fiebre de los últimos preparativos e hizo un gesto con la mano, como si quisiera dar la señal de comienzo o cese de los aplausos. Pero no aplaudió nadie, aunque todos lo miraban agradecidos de que empezara y extremadamente atentos a lo que iba a decir. Y, sin embargo, no hablaba. Era evidente que el espectáculo había comenzado ya. Estaba, sin más, en el círculo de luz, erguido, con la cabeza echada de modo extraño y desafiante hacia atrás, mientras que los demás clavaban en él sus miradas con pasión, sin pestañear ni respirar.

No parecían esperar a que algo ocurriera, sino más bien parecían seguir algo que ya estaba aconteciendo en aquel momento, algo que pasa y que ya no vuelve a repetirse, algo que hay que sorprender en el fugaz instante de su misma consumación. Empecé a examinar también a aquel personaje tan extrañamente disfrazado. Movía un poco la cabeza, muy poco, de un lado a otro, apenas sonriendo, como si quisiera desprenderla de la base del cuello. Pero lo que me parecía interesante no era lo que intentara transmitir, sino él mismo, su aspecto. Se había producido un cambio imperceptible pero esencial en él desde que lo había visto hacía sólo unos minutos. Su ropa y maquillaje eran los mismos, nada había desaparecido ni se había añadido a su apariencia exterior, y, no obstante, la impresión que provocaba era totalmente distinta. Había ocurrido una simbiosis inesperada entre los elementos del disfraz y la persona disfrazada: ya no parecía un hombre vestido con una camiseta negra de

mangas largas y guantes, sino un hombre negro sin más, con las manos, los dedos, el pecho, los pies y el cuello negros como la noche, y eso no se debía a que estuvieran cubiertos por algo, sino porque eran así; la cabeza ya no parecía esconderse debajo de una capucha de piel negra, sino que parecía *estar recubierta* por una piel de pelo negro y rizado, su propia piel, que empezaba justo a la altura de las cejas y continuaba por el cuello hasta los hombros; y lo que a todas luces habían sido rayas de pintura negra, un maquillaje exageradamente espeso y burdo, se había convertido ahora en facciones intensificadas por las sombras que las velas agitaban sobre su cara. El resultado de esta asimilación de la máscara, de la espectacular fusión con el personaje, era un extraño poder de persuasión que emanaba del actor, y que el público, subyugado, recibía como una bendición. Seguía sin decir nada, pero sus movimientos eran cada vez más amplios. Algo entre pantomima y ballet surgía ante los ojos ávidos de los espectadores, que captaban todo con exactitud, como si la obra no fuera un número vagamente artístico, sino un mensaje preciso que sólo ellos entendían y cuyos contenidos aprobaban o desaprobaban en parte. Así, en una ocasión, sin que nada extraordinario hubiera ocurrido y sin que nadie hubiera pronunciado una palabra —el personaje-diablo movía los codos y los hombros de una manera que a mí no me decía nada—, los espectadores prorrumpieron de repente en aplausos tumultuosos. En otra ocasión, el actor —desde que se produjo la transformación, empecé a considerarlo como un artista verdadero, del que incluso tenía algo que aprender—, el artista, pues, seguía contorsionándose, y a los movimientos cada vez más acelerados de su cuerpo añadía ahora la rotación un tanto misteriosa y aterradora de sus ojos, que dejaban entrever, de cuando en cuando, el blanco completo y un poco azulado de las órbitas. Entonces todo el mundo se alborotó y empezó a vociferar:

—¡No es verdad! ¡Es humillante! ¡Quiere insultarnos! —Después de lo cual, sin que pasara nada, todos se calmaron y siguieron con atención casi hipnótica cada movimiento de aquel que, de manera tan evidente, se había dirigido a ellos de tal modo.

Por supuesto, yo no entendía nada y empezaba a aburrirme, pero cuando alguien me trajo inesperadamente una silla —todos estaban de pie, apretujados, en las posiciones más incómodas— albergué, por un instante, la sospecha de que todo, no sólo la pantomima del diablo ante el catafalco, sino también el público atento, la aglomeración, los gritos, los aplausos y el catafalco mismo, formaba parte del espectáculo, y de que yo era el único espectador.

Cuando finalmente terminó la escena, el actor se perdió entre el público (luego me di cuenta de que, de hecho, después de retroceder unos pasos fuera del círculo de las velas, había desaparecido sin más). Nadie aplaudió, como hubiera correspondido al final de una actuación, por muy poco lograda que fuera; en cambio, empezaron a

hablar, como si estuvieran comentando un mensaje muy importante.

—Es normal.

—No había otra solución.

—Al fin y al cabo, todos lo esperábamos.

—Sin embargo, ¿quién hubiera podido creer que esta era la explicación?

—¿Por qué nos vamos a extrañar? Hemos visto cosas todavía peores.

—Pero parecía un hombre tan bueno...

—¿Quién no parece bueno hoy en día?

Y de nuevo, durante una fracción de segundo, pensé que aquello no era más que un espectáculo exclusivamente para mí, cuyo significado se me escapaba —¡para colmo!— justamente a mí. De todos modos, tanto mi curiosidad como mi deseo de entender empezaban a remitir a medida que aumentaba mi cansancio. El hecho de que la presencia del muerto no pareciera impresionar a nadie me transmitía un estado de indiferencia que no hubiera sospechado en mí. Al mismo tiempo, consciente de la anomalía de esta carencia de sensibilidad, me embargaba una especie de remordimiento incómodo y falta de convicción, algo que, mezclado con la indiferencia general, me hacía sentir a disgusto y experimentar una irritación conmigo mismo de la que no podría librarme hasta que no me deshiciera de aquella representación, tan metódicamente construida a mi alrededor.

El público se calmó, parecía esperar el segundo número del programa, que no tardó en empezar, y que, tal y como se podía prever, iba a ser representado por el ángel. Había aparecido ya —no me di cuenta de por dónde— y se había colocado en el mismo lugar que su predecesor. Parecía concentrarse antes de empezar, o tal vez sólo esperaba a que se hiciera el silencio. Lo observé, y comprobé enseguida aquel fenómeno de ascensión de la máscara que me había extrañado antes pero que ahora ya no suponía ninguna novedad. Nada parecía ridículo en el aspecto del personaje, tan grotesco como me había parecido al verlo por primera vez. Su rubio cabello —¿cómo pude pensar que se trataba de una peluca?—, tieso y ligeramente ondulado, alcanzaba en una curva amplia y luminosa los hombros, cubiertos por una vestimenta blanca que caía en amplios pliegues rectos hasta el suelo y que, sin desvelar nada de su cuerpo, proclamaba, sin embargo, su belleza. Empezó a cantar, y aquella voz, que al principio, cuando me hablara por primera vez, me había parecido casi desagradable, con una vibración exagerada y un timbre parecido al de un instrumento musical (de clarinete o de violonchelo), se elevó ahora con una fuerza magnífica, extraña, por supuesto, pero encantadora, que hacía que los lienzos bordados que colgaban en las paredes se estremecieran movidos por una brisa suave y que los cristales vibraran en un sutil acompañamiento. Empezó a cantar algo similar a un recitativo o, en todo caso, algo en lo que las palabras parecían tener un papel importante y un significado preciso, mientras que la música estaba destinada precisamente a realzar la belleza y la

potencia de la voz. Al principio no intenté comprender lo que decía. La belleza de la voz me parecía suficiente, e importante en sí misma. Miraba al que cantaba y me preguntaba de nuevo a qué sexo pertenecería, pero no como a mi llegada — atribuyéndole, irritado, un sexo u otro, según—, sino contento, porque era evidente que no podía pertenecer a ninguno. En su hermosura había algo que estaba más allá de cualquier tipo de determinación, una selección de entre una gama más amplia que la normalmente permitida, la conjunción de una delicadeza femenina con una disposición viril de las líneas y una ternura adolescente. Sólo entonces caí en la cuenta de que lo que había tomado por una sombra azul sobre los párpados no era más que un extraño reflejo de los inmensos iris sobre las órbitas, tan intensamente azules que no estaba seguro de que sirvieran realmente para ver. Transmitían una atención tan reconcentrada, una felicidad tan sin conexión alguna con lo que ocurría a su alrededor, que no me hubiera extrañado descubrir que estaba ciego. Contemplaba al que cantaba y, de repente, me alegré de haber ido a aquel pueblo, de estar sentado entre una multitud desconocida, alrededor de un muerto al que nada me unía, de escuchar aquella voz para la cual el dolor y la soledad no existían. Habría sido increíblemente feliz si en algún momento de mi vida hubiera podido despertar en un espectador al menos una emoción como aquella, tan límpida e intensa que se volvía insoportable. De vez en cuando, al emitir algún sonido más agudo, el pecho del cantante parecía ensancharse hasta abarcar todo el aire, y entonces, con el mismo movimiento, sus grandes alas se entreabrían como si contribuyeran así a la glorificación del sonido. Recordé que a mi llegada había pensado que estaban confeccionadas con cartón y algodón; en realidad se trataba del artístico ensamblaje de unas plumas largas y un poco brillantes, que desprendían, aquí y allá, una pelusa fina y blanca que parecía resplandecer en la sombra de la habitación. Los demás escuchaban de una forma distinta a la mía: su atención era más concreta y específica, y me hizo captar, más allá de la belleza de la melodía y de la voz, el sentido de las palabras del cantante. No era fácil. Como en el caso de los cantantes de ópera, mucho más atentos a la emisión de los sonidos que a la articulación de las sílabas, las palabras llegaban a formar una masa casi líquida en un continuo fluir del que sólo en raras ocasiones —¿quién sabe por qué accidente?— salpicaba alguna gota sobre la superficie del agua. Sin comprender aquel plasma sonoro del que emergían las palabras y al que volvían perdiendo su identidad, conseguí, pese a todo, descifrar, de vez en cuando, alguna. Pero eso ocurría en raras ocasiones. No obstante, intenté retener aquellas palabras que se escapaban de la melodía y que llegaban hasta mi oído, con el fin de unir las aunque fuera de manera arbitraria. No eran muchas y, sobre todo, no parecían tener nada en común: «enfermería, casa, extraño, tarde, caña^[26], grande, castigo, llevárselo, marmita, por qué». La pregunta «¿por qué?» se repitió varias veces a lo largo del recitativo, sin que pudiera darme cuenta de aquello a lo que

se refería, ni de si se refería siempre a lo mismo o a cosas diferentes. De todos modos, al final, las dos sílabas de aquel anhelo de comprensión se repitieron infinitamente, en un tono cada vez más elevado y con unos sonidos agudos tan extraordinarios, que parecía que no iban a cesar antes de quebrar algo en el osificado orden del mundo. Cuando finalmente enmudeció, tuve la sensación de que uno de los puntos de apoyo de aquella habitación se había retraído, inclinándose todo el espacio hacia una parte y dejándonos sin la esperanza de volver a recuperar el equilibrio. Tuve la impresión de haber asistido a algo crucial para mi destino artístico. Me parecía que se me había ofrecido una lección de teatro y un secreto, y no me quedaba más que esperar y afrontar el momento en que conseguiría penetrarlos. Esta vez, tampoco hubo aplausos, sino sólo una especie de susurro cortés, un murmullo de voces respetuosas, que cuchicheaban dándose importancia:

—¡Apártense!

—Eso es, un poco más.

—No olviden la ventana, abran la ventana.

—Ahora mismo va a suceder, despacio, por favor no empujen.

—Un poco de paciencia, sólo hace falta un poco de paciencia...

—¡Silencio!

Retrocedían inquietos, abriendo un curioso pasillo que unía la ventana y el lugar en el que el cantante se había quedado inmóvil y casi ausente, con aquellos ojos azules, y vacíos como los de un ciego, con los pliegues impecables del vestido cayendo hasta el suelo. Cuando el último murmullo y el último crujido se aplacaron, permaneció inmóvil aún durante unos largos instantes, como si no se tratara de él y como si no estuviera en el centro de aquella espera suspendida. Luego, igual de ausente, abrió todo lo que pudo sus alas increíblemente grandes y con un movimiento rápido, apenas perceptible, se giró levemente hacia un lado, como si se fuera a tirar de cabeza a un estanque. Acto seguido se abalanzó —en dirección horizontal, diría yo, si las palabras tuvieran aún algún derecho a inmiscuirse en un suceso de esa naturaleza— por entre el pasillo de gente y desapareció por la ventana en aquella misma posición extravagante de «acostado». Después de su desaparición, como si todo hubiera acabado sin más, los espectadores se apresuraron hacia la salida, sin molestarse en comentar nada, soñolientos de repente, o tal vez —¿quién sabe?— deseosos de quedarse solos, cada uno con su propia emoción. Nadie, absolutamente nadie, echó una mirada al catafalco, nadie se dignó, siquiera, cerrar la ventana abierta de par en par, por la que la noche de otoño penetraba casi helada en la habitación, haciendo que las llamas de las velas temblaran de repente.

No me moví de la silla. Tampoco tenía a dónde ir. En realidad tenía la sensación de que sólo a partir de entonces mi estancia allí empezaba a adquirir un significado. Una vez más quiero precisar que no hago alarde de presentimientos e intuiciones.

Llegué a aquel pueblo —cuyo nombre ni siquiera he conservado en la memoria, y que difícilmente podría encontrar en mis anotaciones de aquel entonces— y pasé allí una noche alucinante y poco creíble, no a causa de intuiciones y presentimientos, sino porque siempre me dejaba llevar por una inclinación temperamental a aceptar incondicionalmente todo lo que el destino, sin desvelar el sentido de sus propuestas, parecía ofrecerme. Pero, una vez allí, inmerso en una situación a la cual no me había llevado ningún argumento lógico, no podía abandonarlo todo sin entender su razón de ser, no podía avanzar sin comprender, del mismo modo que un ejército tampoco puede avanzar en territorio ajeno dejando tras de sí una fortaleza sin conquistar. Todo lo que había ocurrido hasta entonces me parecía una introducción al misterio de mi llegada, eran elementos que, por su mera e incomprensible presencia, me familiarizaban con el lugar y hacían que me sintiera más seguro de mí mismo y de todo lo que iba a suceder, fuera lo que fuera. Me levanté, pues, y fui a cerrar la ventana que batía y la puerta, que, entreabierta, chirriaba lastimosa con cada golpe de viento. Un gato cojo, con una oreja desgarrada, pero con unos ojos atentos e inteligentes, se escabulló delante de mí sin prestarme la más mínima atención. Cuando volví a mi sitio, el señor Ostahie estaba sentado en el borde de la cama —no entendía cómo podía haber estado tan convencido toda la noche de que era una mesa —, acariciando con una mano la cabeza del gato mientras que con la otra se daba un masaje en una anquilosada rodilla. Miraba cómo me acercaba con un aire paternal y familiar, al que no le faltaba cierto matiz malicioso. O, quizá, sólo me lo parecía. Cuando se dirigió a mí, su voz estaba extremadamente cansada y triste, con la tristeza y el cansancio propios del deber cumplido, más allá del cual no queda nada.

—Gracias por haber venido —me dijo—, y, por favor, perdóname si el espectáculo que he montado para ti te ha parecido exagerado. Pero tenía tantas cosas que decirte y eran tan difíciles de decir, que pensé que no podía hacerlo solo. Así que creí que, dada tu profesión, me podría valer de esta costumbre.

—¿Qué costumbre? —le pregunté casi sin querer, mientras por sus ojos pasaba un halo de asombro insatisfecho, enterrado inmediatamente por el nuevo fulgor de su mirada.

—La costumbre inmemorable según la cual, durante el velatorio, dos personas vestidas de ángel y de diablo hablan acerca de las buenas y malas obras del muerto. ¿No la conocías?

—No —contesté, sintiendo al instante que no debía haberlo confesado.

—¿Entonces no te has dado cuenta desde el principio de qué se trataba?

—No —dije de nuevo, consciente de que no tenía que insistir sobre aquella falta de comprensión.

—Lo siento de veras —replicó—. Te creía más familiarizado con el teatro popular. —Y no estaba muy claro por qué lo lamentaba: si por haber montado aquel

oscuro espectáculo, del que había demostrado ser indigno, o simplemente porque me había invitado, sobrevalorándome—. Lo que importa es que al final has comprendido —añadió después de un silencio corto, levantando sus ojos hacia mí con una voluntad juvenil—. Tenía que hacerte comprender de una manera u otra.

—¿Qué? —quise preguntar, pero, inexplicablemente, la sílaba se me heló en los labios, antes de pronunciarla.

—Estuve con Gheorghe seis años, la última vez en Salcia^[27], y le prometí que, si llegaba a conocerte, te lo contaría todo.

—¿Qué? —intenté decir de nuevo, sin lograr emitir algo más que un sonido ronco e inarticulado. El nombre de mi padre, mencionado inesperadamente, justo cuando menos comprendía, daba proporciones trágicas a aquella incomprensión.

—Me lo pensé mucho antes de decidirme a escribirte, y aún más desde que me llamaste para decirme que vendrías. Créeme, esta era la solución más eficaz. —Y, de nuevo, no sabía si se refería a su invitación o al espectáculo a través del cual me había transmitido, tan herméticamente, todo.

—Pero, usted —me atreví, desesperado—, ¿ya no quiere contarme nada? Tal vez no he entendido bien, quizás se ha deslizado algún error... Cuénteme algo acerca de mi padre.

—¡Oh! Puedes estar seguro de que no podría hacerlo mejor que ellos. Además, estoy muy cansado. Ha sido un día muy difícil para mí. —Y me sonrió como si hubiera hecho una travesura. Luego, comprobando mi desconcierto, añadió en un tono un tanto consolador—: Es más, soy muy mal narrador. —Y se levantó.

—¡No! —grité, levantándome también de la silla—. ¡No puedo irme así! ¿Cómo vivían allí? ¿Cómo trabajaban? ¿Cómo dormían? ¿Qué comían? ¿De qué hablaban? ¿Cómo estaba mi padre? Por favor, se lo ruego, era casi un niño cuando se lo llevaron, ya no lo recuerdo, no sé nada sobre él. No puedo irme así...

—¡Qué raro eres! —dijo el viejo, y de repente me di cuenta de que era increíblemente viejo. Lograba articular las palabras con mucha dificultad y se dejó caer de nuevo en el borde de la cama—. ¿Qué sentido tendría repetirlo? Además, tampoco podría. —Y sin hacer caso de mi presencia se echó de nuevo entre las flores y cerró los ojos.

—¿No le molestan las flores? —le pregunté, consciente de que no debía esperar nada de él, pero súbitamente asustado por la suerte de aquel viejo—. Podría apartarlas... —Pero él, sin moverse y sin abrir los ojos, me hizo una señal, apenas perceptible, de que desistiera—. ¿Se encuentra mal? —pregunté sin saber qué hacer. Y me indicó de nuevo, tan sólo moviendo los ojos bajo los párpados, que no se encontraba mal, y yo entendí de manera absurda y milagrosa, sin que nada pudiera probármelo, que era feliz, que se sentía feliz.

Muchas veces después, en la estación, o aún más tarde, incluso ahora, me

pregunto qué era lo que me convenció entonces de que el viejo Ostahie se encontraba bien y de que era feliz, y aunque no soy capaz de encontrar una explicación, permanezco firme en mi convicción de entonces, que me hizo retroceder de puntillas hacia la puerta, salir al aire penetrante de la noche, que se acercaba a su fin, buscar a tientas, primero la puerta y luego la estación, y tomar la decisión —convencido esta vez no sólo de que todo había terminado, sino de que había concluido tal como debía — de marcharme.

Encontré la estación cuando ya no confiaba en hallarla, después de andar a la deriva entre la niebla compacta como una lana que había caído al alba sobre el pueblo. (O, tal vez, ni siquiera era el alba, sino únicamente una masa blanquecina que había conseguido diluir la oscuridad y dar la impresión de que amanecía). La sala de espera estaba helada y vacía, y parecía aún más desierta por la bombilla suspendida en lo alto del techo, ennegrecida por las moscas de quién sabe cuántos veranos. Estuve mucho tiempo solo, quizás, una hora, mirando a través del cristal de la ventanilla al empleado, que dormía en la mesa con la cabeza escondida entre los brazos y con el gorro del uniforme colocado cómica y ostensiblemente encima, como si hubiera querido señalar el lugar en el que se encontraba un hombre. De vez en cuando se oía el repiqueteo del telégrafo, como en sueños, mientras los aparatos de control de la línea vibraban con movimientos automáticos y ecos metálicos. Esta atmósfera mecánica y, sin embargo, soñolienta, esta calma dictada por las leyes de la física, al igual que el sueño del hombre que debía supervisarlos, me quitaron el frío y, curiosamente, me infundieron valor en aquella hora confusa. Más tarde, la sala de espera empezó a llenarse de gente tiritando de frío, recién levantada. Iban vestidos de un modo característico; ya no llevaban el tradicional traje campesino, sino una selección específica de la indumentaria propia de la ciudad.

Las mujeres llevaban vestidos de estambre extremadamente feos, de corte simple y colores apagados, sobre los que se habían echado una especie de chaquetón masculino de color oscuro, y pañuelos de lana, paño o seda en la cabeza, según la estación y el grado de elegancia de la vestimenta. Los hombres llevaban pantalones y trajes de distintos materiales, debajo de los que asomaban jerséis tejidos a mano o comprados en los puestos de alrededor de los mercados especializados en perpetuar aquella moda rural. De tal modo que siempre se podía reconocer a un campesino en cualquier punto de la ciudad en que se encontrara por su indumentaria. En realidad, se trataba de un nuevo traje campesino, igual de específico.

El tren tenía que llegar al cabo de pocos minutos, la ventanilla del empleado se abrió y una mujer soñolienta, con el pelo alborotado debajo de la gorra, preguntó si alguien quería billetes. Yo era el único. Los demás tenían abonos, ya que se desplazaban a diario al trabajo. Subimos juntos al tren, y —¡qué extraño!— una vez sentados, en el calor del vagón, todos parecieron desperezarse de buen humor; la

gente empezó a hablar de cosas diversas, me acogieron con familiaridad, y me preguntaron de dónde era y qué era lo que buscaba en su pueblo. Les contesté que había ido a casa del señor Ostahie. Entonces, se hizo un silencio y una mujer cerca de mí me dijo, como si tuviera que cumplir con una obligación que debería haber cumplido hacía mucho:

—Yo también lo he oído. Que Dios lo perdone.

Pero me apresuré a protestar:

—No, no ha muerto, fue sólo un espectáculo...

Y en el mismo instante, me percaté de que todos se habían vuelto hacia mí y me miraban con una mirada increíblemente penetrante, y comprendí que ya no podía explicarles, en la media hora que íbamos a pasar juntos, todos los acontecimientos y significados de la noche anterior, y que suponiendo incluso, por una casualidad, que hubiera podido hacerlo, nadie me habría creído. Así que quise levantarme y cambiar de vagón, pero justo entonces el tren se paró en una estación y una nueva oleada de gente inundó todos los espacios libres de las banquetas, y tuve que sentarme de nuevo y escuchar, sin intentar intervenir más y sin que me concedieran la más mínima importancia, la historia de la vida y muerte de Virgil Ostahie.

Fue como resolver un crucigrama que no había podido resolver a su debido tiempo y cuya solución se me ofrecía en la última página de la revista. Me quedaba, claro está, la sospecha de que esta última escena no era más que otro episodio de la serie realizada en mi honor; un último episodio en el que se me explicaba todo —por si acaso aún no lo había comprendido— de manera didáctica e infantil. Sólo el hecho de que, de vez en cuando, el relato se interrumpiera con personajes sospechosos, que se abrían camino a codazos entre la multitud, preguntando si queríamos comprar chicle, daba una dimensión real al sueño, que parecía no tener fin.

EL TRAJE DE ÁNGEL

Como siempre me sucede al cabo de un día que ha sido deprimente —no por un motivo concreto que pudiera tener remedio, sino debido a la mera actividad estéril e incesante—, fui a parar, como en tantas otras ocasiones, a aquel edificio que conozco de memoria, configurado por un número inacabable de inmensas estancias en fila comunicadas entre sí, que dan a un jardín cuyos linderos no se ven a causa de los viejos tilos, crecidos sin orden ni concierto y cuyas ramas se entrelazan y enredan delante de las ventanas. Es una casa como no creo que haya muchas hoy en día. Sólida a la vez que frágil, construida en piedra sobre un enorme esqueleto de vigas que parecen no estar sometidas al paso del tiempo, pero que, precisamente por eso, están llenas de una vida que imperceptiblemente las hace vibrar, chirriar, crujir y emitir, de vez en cuando, inexplicables alaridos —como los de un animal lastimado— con modulaciones sordas, enfermas y difíciles de descifrar. La escayola y la ornamentación, que alguna vez, en tiempos pasados, debieron de contribuir a la belleza de las salas, no son hoy más que un medio para determinar su antigüedad; son un argumento propio de la decrepitud mantenida aún en pie, de la que el polvo se levanta al más mínimo soplo o roce y está a punto de desprenderse hasta el total desvanecimiento de las formas. El parquet y las puertas, las baldosas y los marcos de las ventanas se encuentran igualmente anclados en un tiempo determinado; al fin y al cabo, no tan lejano. Cada vez que observo todo esto me doy cuenta de que las casas de este tipo no debieron de edificarse en nuestro país antes de mediados del siglo pasado. Sin embargo, un cierto aire de frialdad, ajeno al edificio, o tal vez sólo el abandono acentuado por su permanente soledad, lo alejan en el tiempo y le dan el derecho a sentirse ofendido, si alguien se atreviera a asignarle un mero siglo de existencia. En realidad, los muebles no pueden pertenecer a una época más lejana que la transición entre las postrimerías del siglo pasado y los albores del presente. Esparcidos aquí y allá en los cuartos, o amontonados a veces en un rincón, en algunas ocasiones parecen haber sido armados para deslizarse sobre un plano inclinado, obtenido mediante la elevación de una esquina de la habitación, mientras que en otras se diría que no se han movido jamás, a lo largo de toda su vida, del lugar donde solían estar desde antaño. Pese a todo, están tan llenos de soledad, que la muerte misma no es más que un punto de referencia de su propio vacío ya superado. Siempre que visito la casa —y, curiosamente, parece que siempre lo hago como si pensara mudarme allí—, la presencia de los muebles me cohibe impidiéndome tomar una decisión, puesto que siempre me siento obligada a aceptarlos con el inmueble, y esta pesada herencia me intimida y me hace dudar. De hecho, lo que me confunde es que no sé si tengo o no alguna relación con todos estos sabios pedazos de madera muerta en épocas lejanas. El edificio no me provoca dudas, me he acostumbrado a él, y

aunque no me resultó familiar desde el primer instante, mis repetidas idas y venidas y mis preguntas nos han hermanado a lo largo de los años. Por mucho que al principio existiera un instante —que, en realidad, no recuerdo— en el que me pareció ajeno, con el tiempo hemos creado nuestra propia historia común, a la que puedo volver, y que en los momentos de desorientación me proporciona unos delicados puntos de apoyo. Así pues, me basta con recordar las repetidas ocasiones en las que intenté saber a qué ciudad pertenecía esta casa, para que así, a pesar de que jamás he llegado a ninguna conclusión, esa pregunta siempre recurrente e igual de imperativa deje de espantarme. Al fin y al cabo es más fácil de soportar un terror que ha llegado a ser familiar.

Sin embargo, con los muebles nunca he entablado ningún tipo de relación. Desde el principio tuve la sensación de que les era antipática, y no he podido comportarme con ellos de otra forma. A diferencia del edificio, los muebles son terriblemente feos, macizos y sin gracia. Eso les hace carecer de la última brizna de vida que, a través de la belleza, pudiera persistir aún en sus tablas, en las que hasta la carcoma habrá muerto en tiempos lejanos.

Todos los cajones estaban vacíos. Las puertas de los muebles se abrían sin misterio, dejando entrever las cavidades oscuras de los estantes. Y, no obstante, había algo agradable y verdaderamente atractivo incluso en aquellas camas repugnantes y voraces, o en los armarios de copete decorados con guirnaldas de metal casi mortuorias, y ese algo, imperceptible y difícil de definir, pero cada vez más intenso y más sugestivo, era el olor. Un olor que parecía ir en aumento de una visita a otra y que, de manera ambigua pero cada vez más decidida, se erigía en el portador evidente de un mensaje; un mensaje que, no tanto por su falta de fuerza como por la falta de refinamiento de mi percepción, me impedía aprehender su compleja composición, así como descifrar sus sabias e intraducibles verdades. Además de un aroma a madera vieja había también una fragancia a miel cristalizada en cuencos y, aún más intensamente, un perfume de pétalos secos que habrían pertenecido a no se sabe qué flores, que ahora ennoblecen ya el universo mineral. Esta confusión entre los distintos reinos, que no era sino la obra del paso del tiempo, me fascinaba sobremanera y me hacía entreabrir las puertas para inspirar, como en un homenaje, esta esencia de muerte aromatizada por su propia antigüedad.

Aquella vez sucedió lo mismo. Después de darme cuenta de que me encontraba en aquella casa y no en otra, después de comprobar que todo estaba tal y como lo recordaba de otras ocasiones, y de que nada había cambiado, ni siquiera mi obligación de decidir si iba a vivir allí o no, entreabrí la puerta chirriante de un armario y aspiré, como en un último signo de reconocimiento, la oscuridad impregnada exclusivamente por el olor del tiempo pasado. Pero el armario no estaba ya vacío. Sobre un estante había un bulto blanquecino y crujiente, de una materia

indefinible, pero conocida, que me recordaba algo. Era la primera vez que encontraba una cosa en los interiores vacíos, completamente vacíos de unos muebles que he examinado en infinidad de ocasiones. Y, antes de alegrarme de que aquello me perteneciera —porque, no lo dudo, aquella materia blanquecina la había visto ya en alguna otra ocasión, la conocía bien y era mía—, sentí satisfacción por su misma existencia, ya que, por muy insignificante que fuera, era más que nada. Luego supe. Lo supe incluso antes de extenderla y ver su forma, desde el mismísimo instante en que, al tocarla, percibí que, doblada y más tarde ahuecada, de una manera artificial, aunque no casual, aquella materia era papel crepé. Lo recordé enseguida con tanta exactitud que ni siquiera me di prisa en mirarla a la luz. A lo largo de mi infancia su sitio estuvo siempre encima del armario del vestíbulo, dentro de una maleta de cartón arrumbada y transformada en ataúd improvisado. Aquel montón de papel crepé era mi traje de ángel. Pensándolo bien, debería reconocer que, por mucho que retrocediera en el tiempo, no podía atribuir al traje de ángel otro estatus más que el de una evocación. Por muy remota que fuera la época en que lograra evocarlo, su presente se había terminado en otro tiempo todavía más lejano. Su función se había agotado. Quiero decir que no era capaz de recordar cuándo me lo puse, sino sólo las ocasiones en que pedía permiso a mi madre para bajarlo del armario a fin de revivir los momentos en los que lo había llevado. Era, pues, un recuerdo dentro de otro recuerdo, una evocación de segundo grado, o incluso una especie de material didáctico a través del cual aprendía la noción de recuerdo. Contemplaba aquel montoncito blanquecino y polvoriento sobre el anaquel del armario y experimentaba aún el sentimiento físico de orgullo que viví en aquella época, súbitamente reconstruido ahora con una minuciosidad que atestiguaba su intensidad inicial. Subida en una silla, ya que no tenía paciencia para bajar la maleta del armario, levantaba un poco la tapa para ver la prueba material de mi historia. Estaba orgullosa de eso: de poseer una historia.

¿Cuántos años tendría cuando me acostumbré a extender suave y cuidadosamente sobre la alfombrita del vestíbulo el traje de papel crepé con abundantes volantes, ribeteados con estaño y alargadas alas de cartón, salpicadas con estrellas de purpurina? ¿Ocho, diez, doce? Seguramente no muchos más, porque no había alcanzado aún la adolescencia. Me encontraba todavía en plena infancia y, precisamente, eso me encantaba y me llenaba de orgullo: el hecho de que a pesar de ser sólo una niña había dejado tras de mí una historia de la que no podía dudar, ya que sus pruebas, amarillentas por el paso del tiempo, estaban delante de mí. Porque no conviene olvidar que ya entonces el blanco del papel crepé y del cartón se habían transformado en un amarillo grisáceo, en el que las estrellas, envejecidas y pintadas con rápidas pinceladas, ponían de relieve su resplandor. ¿Cuántos años tendría, si incluso en aquel entonces la época en la que había llevado el traje me resultaba

remota y perdida en el tiempo? ¿Y, sobre todo, cuántos años tendría cuando me lo puse? ¿Dos? ¿Tres? No; muchos más, porque también recité un texto, un poema bastante largo, que me aprendí de memoria con tanta facilidad que, durante largos años, mi madre seguía orgullosa de mí; un orgullo que, de manera extraña, sentí siempre como una especie de acusación, como si se dirigiera contra mí, que había crecido entretanto y que ya no podía impresionar más con proezas así. ¿Cuatro? ¿Cinco? Sé que en algún tiempo me llegó hasta el suelo. Mi madre, y no yo, recordaba que estuve a punto de tropezar en el escenario, y me enseñaba el lugar en el que había pisado el borde del traje y donde el papel estaba un poco ajado y el estaño desprendido. No tenía en absoluto el aspecto de una túnica larga. Parecía más bien un camisón que llegara por encima de las rodillas o un traje de juguete de papel recortable, de aquellos que se sujetaban mediante una especie de pestañas dobladas sobre el cuerpo de muñecas de cartón también recortables. Jamás llegué a saber la edad exacta en la que fui un ángel y, en realidad, tampoco sé qué tipo de obra era aquella en la que interpreté ese papel. Quizás por eso el traje de papel poseía para mí un aura de misterio, a la que me gustaba volver, de vez en cuando, para atribuirle cada vez más significados.

Aquella vez comencé de nuevo, con los mismos gestos de mi infancia, a sacar y extender el traje de ángel sobre la tarima asombrosamente limpia de la estancia. Tras el primer instante —en el que temía que todo pudiera evaporarse, al igual que el contenido de las tumbas antiguas conservadas durante milenios y volatilizadas irreversiblemente por el contacto con el aire y el presente—, después de ese primer momento, el papel se dejó abrir con el susurro armonioso y polifónico de todo un bosque y apareció moldeado como para recibir la forma de un cuerpo al que intenta imitar con candidez a través de sus vuelos. Aunque estaba arrugado y con los volantes plisados por la presión de los años, con las cintas descolocadas y el estaño deshecho, el traje conservaba algo vivo y encantador en su línea, pretenciosa pero infantil, y en su candor, descolorido por el tiempo. Las alas, en cambio, se habían muerto hacía mucho, las puntas caídas estaban dobladas, las estrellas apenas se intuían, mates, sobre la superficie de cartón que en otros tiempos había sido brillante. Difícilmente se podían contar aún las puntas, que me fascinaban por el desorden —tal vez no desprovisto de significado— de su número: el pincel había esbozado, de prisa, cuatro, cinco, seis, siete e incluso diez puntas distribuidas de forma desigual en torno a algún centro igualmente hipotético, creando, tal vez, a causa de esta aproximación, una impresión de brillo incontrolado, indómito, del que no había quedado más que la torpe indisciplina de algunas manchas casuales. La goma que en otros tiempos las había sujetado a los hombros, colgaba ahora inane por el desuso, incapaz de infundir la más mínima ilusión de vuelo.

Me hubiera gustado tener cerca a un niño para prenderle las alas en los hombros y

comprobar si aún funcionaban, porque recuerdo exactamente (lo rememoro yo misma, no es una falsa evocación nacida de las repetidas narraciones de mi madre) el movimiento que lograba transmitirles mediante la rotación de los omoplatos, una gimnasia bastante sofisticada aprendida entonces con gran esfuerzo antes del espectáculo, y que me proporcionó luego, junto al orgullo del éxito, la emocionante sensación de un simulacro de vuelo. En realidad, también me hubiera gustado ver el traje puesto en el cuerpo de un niño; lo que, claro está, era imposible. Sabía que estaba sola, completamente sola en toda la casa. Observé los papeles arrugados, pero no carentes de cierta compostura y de cierta dignidad. Estaban a mis pies, semejantes a una sombra mucho más corta que mi estatura, dibujada por un sol que aún se encontraba en el cénit. A decir verdad, la idea de la sombra me vino sólo después de haber dado un paso, al ir más lejos, saltando por encima para no pisarlos. En ese momento pensé que no estaba bien eso de pisar tu propia sombra.

Como en tantas otras ocasiones, me hallaba en aquella casa con el fin de decidir si quería vivir en ella o no, y tenía que explorarla y examinarla. Y la pausa provocada por aquel descubrimiento, prolongada y sospechosa por su insistencia, podía constituir sólo una prueba para convencerme de que me quedara y para demostrarme que tenía motivos para hacerlo. Al fin y al cabo, ¿cómo había llegado el contenido de la maleta que estaba encima del armario del vestíbulo de mi infancia a aquella casa mucho más próxima a la muerte que a la vida, que solía visitar únicamente después de días vacíos? ¿Existía algo en común, por muy insignificante y superfluo que fuera, entre la casa imperturbable del sueño y la otra casa inmóvil del recuerdo? Tal vez la frondosidad de los tilos delante de las ventanas, o ni siquiera eso... O, tal vez... ¡Espera un poco!... Intentaba recordar, vacía, la casa entera... Nosotros vivíamos sólo en tres habitaciones exteriores, mientras que el resto del inmenso edificio tenía los cristales de las ventanas recubiertos por una pintura de aceite, y era, de hecho, el depósito secreto de una biblioteca cerrada al público, una jungla seductora, conformada exclusivamente por libros prohibidos... La misma disposición sucesiva de las estancias, comunicadas entre sí, en una cadena interminable, la misma planta baja extremadamente alta, que con sus doce peldaños anchos despreciaba la tierra y parecía desprenderse, desligarse de ella... Y las dependencias de la biblioteca, que nunca logré atravesar, y que ni siquiera entrevistas a través de la cerradura, insólitamente grande, desvelaban nada, salvo montones misteriosos de libros, ¿no se habrían parecido, si las hubiera visto vacías, a aquellas salas que había examinado tantas veces? O, yendo incluso más lejos con la imaginación, ¿no es posible que se tratara del mismo edificio? La verdad, ¿qué importancia podía tener?... El requerimiento de mudarme a esta casa, que se repite imperioso en momentos de desorientación, de cansancio y de absurdo, constituye una invitación más allá del presente, más allá de la vida, hacia el pasado. Incluso el hecho de descubrir que se

trata de mi propio pasado no cambia demasiado las cosas...

Volví súbitamente la cabeza —recuerdo la brusquedad intencionada del gesto—, como si hubiera querido desenmascarar algo, como si no me hubiera extrañado no encontrar ya aquella mancha blanca que era el traje abandonado, o como si hubiera querido sorprenderla mientras desaparecía. Pero no, el traje estaba allí, quieto, extendido sobre la tarima, con las alas inmóviles recogidas a lo largo del cuerpo inexistente, con estrellas de cuatro, cinco, seis y diez puntas que se percibían con sorprendente claridad.

Lo que diferencia en mi historia onírica los sueños en torno a esta casa de los demás sueños es la capacidad de los primeros de conservar un continuo aspecto realista de la acción y de no permitirme olvidar en ningún momento que se trata de un sueño. Pero de un sueño tan sólido e indiscutible como la realidad misma, que podía abandonar y reencontrar invariable, ya que contiene en sí su propio sistema de recuerdos y de referencias y no duda en proclamar con cierta insolencia su estatus de sueño. Otros sueños refuerzan sus fuentes de terror haciéndose pasar por la realidad, mientras que estos otros no se refugian en la cobardía del disfraz, porque no requieren de las amenazas del terror. Al contrario, son autosuficientes, tienen su propio contenido, que les basta, y su propio estilo, impuesto con el tiempo. Sin embargo, en una ocasión, al pasar de un cuarto a otro, descubrí, con asombro, una escalera que llevaba a una especie de buhardilla, cuya existencia no había sospechado hasta entonces; la buhardilla estaba bañada por una luz de un verde brillante, y desde la ventana, sorprendentemente ancha, casi como una pantalla, divisé, estupefacta, muy cerca, el mar. Claramente, la lógica interna de la historia se había roto, ya que desde la ventana de la buhardilla, situada en la misma parte que los restantes ventanales del edificio, se deberían haber visto las mismas ramas de los tilos. Por supuesto, nada impedía que el sueño tuviera sus propias extravagancias, pero mi asombro, o quizás sólo el sentido común, consciente del respeto que se debía a sí mismo, provocó un retroceso imperceptible. Dotado de la sensibilidad de un animal de raza, el sueño sintió que la infracción de su propia coherencia era no sólo una falta de gusto, sino también una pérdida de credibilidad. Y retrocedió. Así que, sin dejar de mirar, empecé a advertir que lo que me había parecido una ventana hacia el mar se transformaba, difuminándose, en un cuadro inmenso y extrañamente sugestivo, en una marina casi fulgurante. No insistí. La situación tampoco volvió a reproducirse. Por lo demás, lo que constituía el encanto y la intensidad de estos sueños era precisamente el hecho de repetirse de forma invariable, sin ninguna dimensión épica. Había una casa, siempre la misma, que yo atravesaba a intervalos irregulares, pero casi previsibles. Después de un día deprimente podía predecir, con un mínimo margen de error, la reaparición de la casa en el sueño; una casa que no tenía nada de espantoso; todo lo contrario, estaba impregnada de nostalgia y de encanto, y lograba

inquietarme sólo por su tenacidad para no desaparecer al final del sueño y por su invitación impertérrita, reiterada y segura de que acabaría aceptándola. La aparición del traje de ángel fue una derogación de esta sobria ley; era, tal vez, un signo de cansancio por parte del sueño, una prueba de que empezaba a perder la confianza en su fuerza lapidaria de persuasión y de que intentaba enriquecerse de manera sospechosa, apelando a la realidad.

No me convenció. No podía tomar una decisión. Creo que me permitía siempre aplazar la respuesta precisamente porque estaba segura de que la invitación se repetiría. Si se me hubiera anunciado que ya no iba a soñar más con esta casa, su pérdida me hubiera espantado con toda seguridad mucho más que la insistente invitación de ahora. Pero nadie me había amenazado con eso, y yo, girando por última vez la cabeza, contemplé largamente la forma cada vez más difusa del traje de ángel, intentando grabar en la memoria el lugar en el que estaba, para comprobar en el siguiente sueño si lo encontraría en el mismo sitio.

LA IGLESIA FANTASMA

Existen tantas modalidades de lo fantástico que no es de extrañar que algunas de ellas puedan dar en ocasiones el salto a la realidad. A veces, la realidad misma sobrepasa arrogantemente sus fronteras y, entonces, las zonas superpuestas permanecen ambiguas durante años, decenios y aun siglos, y resulta incierto a qué dominio pertenecen. Después, por no se sabe qué casualidad, o simplemente por la erosión del tiempo, su doble naturaleza difumina uno de sus aspectos y la franja que antes era equívoca acaba cayendo a uno de los dos lados de la frontera, acompañada únicamente por el asombro de que antes las cosas hubieran podido parecer de otra manera. Claro está que, para un ojo avezado y capaz de ver más allá de las apariencias, ni el fluir de la realidad en los moldes de lo fantástico, ni la penetración de lo fantástico en el terreno de la realidad pueden conducir a conclusiones de mucha importancia, y el mero *acontecer* de un hecho no es capaz de sacarlo fuera del perímetro de lo imaginario, de la misma manera que las sombras fantásticas de un acontecimiento tampoco bastan para sustraerlo del imperio de la eficacia. Entre la realidad y la irrealidad hay una línea divisoria trazada desde la creación del mundo, y la transgresión de esta línea no supone su anulación, sino el poner a prueba su fuerza, de la misma manera que tomar una droga no significa menospreciarla, sino experimentarla. Lo real y lo irreal coexisten en mundos paralelos, independientes, y la mayor parte del tiempo son incluso indiferentes entre sí. Pero es verdad que, en los escasos momentos en que se funden, su unión resulta doblemente reveladora: un elemento fantástico, a través del tamiz de la realidad, regresa a lo imaginario, fortalecido por la autoridad de esta comprobación, mientras que un elemento objetivo que se vuelve irreal va adquiriendo significados capaces de transfigurar su existencia, de la que se ha evadido sólo por un instante.

El extraordinario viaje de la iglesia de madera que salió de la aldea de Subpiatra^[28] (en la sierra de Bihor) a finales del siglo XVIII, más exactamente en el invierno del año 1778, forma parte de esos acontecimientos que, aunque reales, pertenecen por su propia naturaleza a lo fantástico, y que pasados por la realidad, aunque bajo el signo de lo milagroso, brindan a la irrealidad un prestigio incuestionable y, a la vez, totalmente innecesario.

El comienzo, históricamente demostrable, de este acontecimiento fue el siguiente:

Ya que, de acuerdo con las leyes vigentes en aquella época, los siervos de Subpiatra no tenían derecho a construirse una iglesia, decidieron traer a su pueblo una iglesia ya construida. Quizás esta idea insólita no se les hubiera ocurrido si a unos diez kilómetros, en el valle del Criş Repede, en el pueblo de Lugosu de Jos, no hubiera existido, abandonada, una iglesia de madera, antiguo lugar de culto de un pueblo de campesinos libres que habían conseguido edificar una iglesia nueva de

pedra. Trasladar unos diez kilómetros más lejos y unos cientos de metros más arriba una iglesia completa, con pórtico, torre, tejado, atrio, nave y altar, estrados, iconostasio, e incluso iconos colgados de las paredes, hoy en día puede parecer una idea exclusivamente literaria, un símbolo ingenioso, siempre que no se tome en serio y se considere una aberración, pero en aquel entonces, a finales del siglo XVIII, antes de la sublevación de Horea^[29], a la gente que iba a participar en ella todo esto pudo parecerle algo posible y digno de llevarse a cabo. La leyenda, dotada de bastantes detalles épicos, no cuenta, sin embargo, si al principio hubo voces que dudaran de la posibilidad de realizar aquel traslado, y se limita a describir con precisión las negociaciones de la compra de la iglesia, la complicada consecución del dinero y la construcción, aún más dificultosa que el desplazamiento en sí, de una inmensa sierra, tan larga como el ancho de la iglesia, con la que iban a despegarla del lugar donde había sido levantada hacía más de un siglo. Porque fue así como desprendieron la iglesia de sus cimientos originarios de pilares gruesos, hundidos en el suelo al igual que unas raíces profundas: con la sierra, como si se tratara de un árbol. Así de sencillo.

La cortaron del suelo como un abeto, como uno de aquellos numerosos abetos con los que sus antiguos dueños la habían ensamblado, sin clavos, en su lejano nacimiento. Y lo verdaderamente difícil no fue, al parecer, cortarla con los movimientos suaves de la hoja de la sierra, sino conseguir que una vez desprendida siguiera en pie, que la flecha afilada de la torre no se inclinara y que las columnas del pórtico siguieran sujetando el tejado, infinitamente alto. Y necesitaron de la secular destreza de los leñadores para uncir de una forma increíblemente complicada veinte pares de bueyes, dispuestos en tres direcciones alrededor de la construcción, y conseguir arrancar la iglesia de sus antiguos cimientos, a fin de deslizarla centímetro a centímetro con suavidad, sin volcarla. El viaje, o mejor dicho, su primera parte, duró casi un año. No podían avanzar más que unos pocos metros diarios, y eso sólo los días en que la tierra estaba seca. Para que el viaje fuera más corto, el trayecto era recto. No seguía una ruta serpenteante, sino que, trazado y marcado de antemano con sabiduría, pasaba a través de laderas y bosques, de manera que el avance de la iglesia requirió trabajos previos de deforestación a fin de abrir el camino. El pesado cuerpo de la iglesia, hincado en el suelo, lo araba profundamente, dejando tras de sí una huella ancha, como una cicatriz, indeleble hasta hoy, en el rostro antiguo de la tierra. Convertida con el tiempo en camino, incluso en carretera (una especie muy rara de carretera, hundida en el suelo, con terraplenes inexplicablemente altos), aquella huella, actualmente asfaltada, conserva aún el nombre, un tanto absurdo para el que desconozca su historia, de Surco de la Iglesia. Desde Lugosu de Jos hasta Subpiatra se puede llegar, hoy en día, de dos maneras: por el Camino, el antiguo camino vecinal por el que ya no transita nadie y en el cual la hierba crece idílica por los cauces

ahondados durante siglos por las ruedas, y por el Surco de la Iglesia, es decir, por la carretera asfaltada, mucho más corta y más abrupta, que divide el bosque en dos.

Aquel año la primavera se adelantó. La Semana Santa llegó pronto, y por San Jorge la tierra estaba seca, profusamente recubierta de hierba. Los siervos comenzaron el traslado justo el día del patrón de la iglesia, el veintitrés de abril. No podían recorrer más que unos cuantos metros al día; sin embargo, el día de la Ascensión consiguieron sacarla fuera del cementerio, y para Pentecostés habían alcanzado el lindero de arriba del pueblo. La iglesia se deslizaba más suave de lo que esperaban. La arrastraban con mucha piedad, para que no se le desgastara la planta del pórtico, que, a un palmo por encima del corte, tenía un zócalo tallado. De hecho, no tenían prisa, no había ningún motivo para alcanzar el río antes de la época de las heladas, porque sólo en el valle completamente helado podrían deslizarse como un trineo. Pero hasta entonces quedaban los largos meses de verano. Entre tanto, la iglesia iba avanzando sin tambalearse y ocultando su propio movimiento en su desplazamiento lento e imperceptible. Si no fuera por el surco profundo que dejaba y por los bueyes vencidos por el esfuerzo, enredados entre los yugos y las cuerdas, mirando sólo la cruz que se cimbreaba en el cielo, se podría pensar que la iglesia subía la montaña por sí sola. Cuando entraron en el bosque y avanzaron por la pista previamente deforestada, esta impresión se hizo más fuerte, ya que, tanto desde el pueblo abandonado en el valle como desde el de arriba todavía sin alcanzar, sólo se veía la torre de la iglesia, inverosímilmente afilada por encima de las copas de los abetos. No surgía como un objeto que se resistiera a las leyes de la gravedad, sino como un ser que había brotado también de la tierra, deslizándose él mismo por encima de las copas de los demás árboles, que carecían del adorno de la cruz. Así pues, con el paso del tiempo, a medida que transcurrían las semanas y los meses del traslado, aunque nadie olvidaba el esfuerzo (no podían olvidarlo, ya que todos participaban en él), la gente se acostumbró a considerar el desplazamiento de la iglesia como algo milagroso. De modo que en las grandes fiestas llegaban de los pueblos vecinos gran cantidad de fieles, o simplemente curiosos, e incluso grupos que venían en misión de reconocimiento, como delegaciones de más allá de las montañas. En realidad, habría sido difícil decir si los que llegaban desde lejos homenajaban con su presencia la milagrosa mudanza de la iglesia o, al contrario, el esfuerzo humano que la había propiciado; pero la fama de la iglesia, que iba viajando de una aldea a otra, crecía como la espuma, y su leyenda empezó a fraguarse ya desde entonces, cuando nada fantástico había sucedido aún. Los días de fiesta, la iglesia hacía un alto en el camino y, en medio de una muchedumbre que rebasaba con creces el número de los que la trasladaban, el cura celebraba misa en los peldaños del pórtico; sus barbas de color castaño ondeaban al viento y su voz rebotaba de árbol en árbol. El día de la Asunción llegaron al claro de arriba, un claro auténtico, grande y

luminoso, una especie de elegante antecámara de los pastos alpinos, con el suelo cubierto de hierba corta y dura como un cepillo, donde desde hacía siglos se juntaban los rebaños y se celebraban las fiestas de los pastores. En aquella ocasión, al ver congregada en torno a la iglesia a una muchedumbre que ya no cabía en el calvero y que se desbordaba abigarrada y respetuosa entre los abetos, la gente de Subpiatra empezó a creer en el milagro de aquel desplazamiento y, sumida en un asombro aterrador, contempló con nuevos ojos al padre Nicola, que era quien había tenido *la idea*. Todo lo que sucedió a continuación no extrañó a nadie, e incluso se podría decir que en cierto modo todos lo habían presentido como un hecho inminente, en cuya realización ya no se podía intervenir.

La iglesia llegó a la ribera del Criș, tal y como habían calculado, con la llegada del invierno. Sólo faltaba esperar a que el río se helara para poder deslizarse a la otra orilla y desde allí seguir hacia arriba, aprovechando la caída de la nieve, de manera que sólo faltaría que en primavera, por San Jorge, la iglesia alcanzara el lugar de su futura eternidad y concluyera así su viaje. Pero, quizás porque aquel año las nevadas, más abundantes y engañosas, se adelantaron, o quizás porque hasta entonces todo había salido tan bien que la gente se había acostumbrado a dejar parte de la responsabilidad y de los cuidados a cargo del milagro, o bien porque al acercarse las fiestas navideñas querían que su iglesia estuviera ya dentro de los lindes del pueblo, no le dieron tiempo suficiente al Criș para que se helara, y así, entre la agitación nerviosa del agua y el sueño tranquilizador de la nieve, el hielo no llegó a endurecerse suficientemente. Después de haber soportando el peso de decenas de bueyes, con sus yugos adornados con ramas de abeto e hilos de lana, el río resistió sólo unos momentos más bajo el peso de la insólita carga y, luego, con un ruido prolongado y siniestro, como un crujir ante su propia impotencia, empezó a agrietarse, de un modo imperceptible al principio, a rajarse después, hasta llegar a abrirse, dejando que la iglesia se sumergiera insegura, inclinándola irremisiblemente hacia un lado y depositándola con delicadeza, ante la mirada de la gente aterrada y exaltada de admiración, en el lecho del río. Unos minutos después, la esbelta torre temblaba todavía como una rama de la que alguien ha tirado hacia abajo y sigue vibrando tiempo después de soltarla hasta que recobra su posición original; enseguida, el caudal de agua rodeó la iglesia como a una isla que aparece de repente y que es aceptada incondicionalmente. De hecho, el agua sólo llegaba a dos de los tres peldaños del pórtico, mientras del zócalo tallado aún conseguía salir a la superficie una hilera de flores a manera de soga retorcida alrededor de la iglesia. Ya en la ribera, los bueyes intentaban mirar hacia atrás sin comprender por qué no seguían arreándolos. Sobreponiéndose al terror, como si alguien los despertara de un sueño, algunos hombres se precipitaron a desuncirlos. Cualquier movimiento podría desequilibrarlo todo de nuevo. De todas formas, empezaba a oscurecer y tuvieron que

esperar hasta el siguiente día. Pero, por la mañana, la iglesia parecía haber estado construida allí desde siempre. Después de una noche en la que cayó la helada más cruda de todas las de aquel invierno, el hielo la había amurallado sólidamente, abrazándola con celo como un regalo al que no quería renunciar.

Ya nada más se podía hacer hasta la primavera, de modo que celebraron las fiestas de Navidad y la Epifanía allí mismo, en medio del Criş, donde la voz del padre Nicola, acompañada por el embate de las aguas bajo el hielo, se alzaba aún más fuerte con el rugir del viento y la ventisca. A pesar de la intemperie, el Padre tuvo que celebrar la misa en el pórtico para que pudiera oírlo la muchedumbre que se había congregado en el cauce del río en torno a la iglesia, ya famosa. Este suceso, imprevisto y no deseado por nadie, fue rápidamente interpretado como un signo de su insólito destino.

El padre Nicola era el único que no parecía dejarse dominar por aquel halo cada vez más poderoso, que parecía ser el único responsable de la marcha y el devenir de las cosas. Por el contrario, se comportaba como un administrador atento, vigilando de cerca su hacienda, acometiendo arreglos sin parar aquí y allá, con una destreza que nadie hubiera sospechado en él y ante la cual la gente se asombraba sobremanera, propensa a pensar que era fruto del milagro. Todo el invierno trabajó en la reparación del suelo de la iglesia, reemplazándolo, de hecho, por otro nuevo de tablas largas, cuidadosamente engrasadas y unidas sin que apenas se notara el ensamblaje. Trabajaba solo, sin pedir ayuda a nadie, pero tampoco rechazaba a los que se ofrecían a traerle alguna herramienta que necesitara. Y es que, una vez superado el primer desconcierto y las primeras preguntas inquietantes acerca de los viajes diarios del Padre a la iglesia apresada por los hielos, después de que un primer grupo de curiosos se aventurara a través de las nevadas para ver qué era lo que sucedía, el público no faltó ningún día; en grupos más reducidos o más numerosos, pero siempre con la misma expectación temerosa, la gente llegaba ávida por descubrir otro significado, más allá del evidente, en el intenso trabajo del cura y en su asombrosa destreza. La conclusión a la que llegaron en el pueblo, donde ya no se hablaba de otra cosa, era que el Padre sabía algo que nadie entendía; tenía que haber un sentido en todo esto que ellos todavía no comprendían, pues de otro modo ¿por qué iba a trabajar el cura con aquel frío, pasando largas horas en la nieve, que le llegaba hasta la cintura, a veces sin regresar siquiera a casa y quedándose a dormir allí, en el suelo desnudo de la iglesia, tapado solamente con la zamarra? Claro que también hubo voces —aunque más bien tímidas— que aventuraron que, al no tener ni familia ni hacienda, el Padre se aburría en el pueblo, mientras que el trabajo en la iglesia apresada por los hielos le llenaba el tiempo, y así vencía el tedio. Pero, evidentemente, tan ridícula explicación no podía tomarse en serio; el misterio adquiriría, casi, cuerpo ante sus ojos, y no se podía disociar ya de la silueta alta y un poco combada del cura.

Una vez que acabó de arreglar el suelo, el Padre empezó a tallar un iconostasio nunca visto hasta entonces y la sillería del coro con respaldos altos, como los tronos de los *vaivodas*^[30]. Después pidió a las mujeres que tejieran gran cantidad de tela blanca y muy resistente. Era la señal de que la reparación y la ornamentación de la iglesia iban a tocar a su fin y, además, la garantía de que el Padre no dudaba ni por un instante de que, en primavera, iban a sacar la iglesia del cauce del río. Las mujeres pensaban que la tela iba a cubrir el altar y las ventanas y se pusieron a tejer apasionadamente, alegres y nada sorprendidas ante la solicitud del cura. Más tarde, mucho más tarde, desde tierras lejanas, recibirían noticias acerca de la iglesia que superaban con creces su imaginación, y entonces interpretaron de un modo distinto, retrospectivamente, el significado de aquella tela, y tomaron el encargo del Padre como prueba de una ciencia o saber ocultos.

Antes de la llegada del delirante deshielo las mujeres acabaron de tejer la tela y la llevaron a la iglesia. Desde hace doscientos años la gente de Subpiatra viene contando la historia del deshielo, y aunque naturalmente ya no existe nadie que viera con sus propios ojos lo sucedido, los hechos se cuentan hasta el día de hoy con todo detalle, y cualquier narrador se siente obligado a ofrecer todos los pormenores propios de un testigo ocular. La minuciosidad del relato es tal, y se incrementa tan rápidamente, que con el tiempo, escuchándolo, uno comienza a preguntarse si alguna vez ha existido algún testimonio directo, y si la extraordinaria historia de la iglesia no se desarrolla, cada vez y únicamente, en el preciso instante de su narración, ante los ojos del narrador, fascinados por lo que ellos mismos ven. Pero no, lo que cuenta la gente de Subpiatra se apoya en los nombres que se introdujeron hace dos siglos en la toponimia del lugar; el vado del Criș Repede se llama en aquel punto el Hoyo de la Iglesia, y el colorido excesivo de este episodio se debe exclusivamente a que, a pesar de ser real, no tiene ninguna de las dimensiones de la realidad; muy segura de su verdad, la gente, al contar este relato, percibe su inverosimilitud y empieza a acumular detalles de apoyo que atestigüen su veracidad, y son precisamente estos detalles los que hacen que la realidad se desplome en lo fantástico. Parece que en el deshielo de aquel año no hubo nada inesperado. Al contrario, las señales que anunciaban la llegada de la primavera aparecieron pronto, y mucho antes de que empezara el deshielo la iglesia se encontraba ya anclada con cuerdas atadas a los gruesos abetos de las riberas y a los postes introducidos con dificultad en el suelo helado. Con el deshielo, sólo había que reemplazar los postes por los bueyes, a fin de mover la planta de la iglesia sobre el fondo del río, después de que las aguas nuevas de la primavera la hubieran movido del lugar de su varadura. Desde hacía semanas todos anhelaban ansiosamente el momento de arrancarla. La gente se turnaba vigilando en las riberas y el padre Nicola ya no abandonaba la iglesia ni de día ni de noche. Las mujeres del pueblo cuidaban de él y le llevaban alguna que otra olla con

cocido o *mamaligă*^[31], que encontraban casi intacta después de un día o dos cuando volvían para llevarle otra. En aquellos últimos días el padre Nicola estaba cada vez más callado, presa de una inquietud que parecía mayor que la provocada simplemente por la suerte de la iglesia; con las barbas salvajemente crecidas, parecía poseído por un temor que sólo él experimentaba, de modo que las gentes, y sobre todo las mujeres, lo miraban intimidadas por el sufrimiento que no entendían, y al que pronto atribuyeron todo el peso del misterio, apresurándose, después de consumados los hechos, a ver en ello un presagio, o tal vez una preparación, de los acontecimientos venideros.

Durante los últimos días, la capa de hielo se debilitó hasta llegar a ser translúcida, y el sol, asomándose de vez en cuando por entre las escasas nubes, observaba fijamente los puntos del río donde iban abriéndose grietas. Una vez liberada, el agua empezaba a fluir por encima de la superficie del hielo, brotando desde las profundidades como un manantial; luego, durante la noche, volvía a helar, pero incluso esa misma helada, débil y presurosa, demostraba que el frío ya no tenía fuerza y que aquellos eran sus últimos coletazos. La última mañana, el agua comenzó a salir a borbotones en torno a la iglesia, y esta hizo, por dos veces, amagos de inclinarse. Una hora escasa antes de que llegara la riada, el padre Nicola salió al pórtico de la iglesia y llamó en voz alta a los hombres que vigilaban las riberas para que fueran donde él se encontraba. Sin embargo, a las mujeres que estaban a punto de subir a una barca para traerle la comida les pidió que se quedaran donde estaban. Su voz, brotando terrible de entre la barba agitada por el viento, era áspera y fuerte, y sus ojos escrutaban con impaciencia aguas arriba como si esperaran ver algo. Los hombres subieron a las barcas, apresurándose a obedecer, poseídos a su vez por la misma impaciencia, que, sin entender cómo, se les había contagiado. Esta fue la última imagen que quedó grabada en los ojos de las mujeres antes de que todo se confundiera: las barcas llenas de hombres chocando contra los témpanos de hielo en su apresuramiento por llegar hasta el cura, quien, con las barbas revueltas por el viento, escrutaba impaciente e inquieto río arriba. Nadie ha sabido nunca qué les dijo el padre Nicola a los doce hombres que había llamado. En la orilla, las mujeres esperaron, al principio pacientes, luego angustiadas por las aguas, que parecían crecer como la masa del pan, y por los témpanos, que se deslizaban ya no como losas colocadas en la superficie del agua, sino puestos en pie, rebelados, crujiendo con un sonido hostil al chocar salvajemente entre sí y saltando como peces grandes y relucientes por el aire, para después caer con un estrépito amenazador. Cuando comenzaron a gritar, era ya tarde. El estruendo del río era más poderoso que las voces de las mujeres. Todo había cambiado en el transcurso de una hora, a partir del momento en que los hombres se embarcaron. Gritando y llorando con todas sus fuerzas, ensordecidas por su propio llanto y el fragor delirante y enloquecido de las

aguas, las mujeres nunca supieron si los hombres las habían oído y no quisieron contestar o si, al contrario, ellas no fueron capaces de entender la respuesta que los hombres, a su vez, les habrían dado a voz en grito.

Este era el momento más largamente argumentado de la historia, la fase que se prestaba a las más diversas interpretaciones, el punto en el que los narradores tenían que tomar posición definitivamente ante su propio relato: bien tratando de comprender los hechos, bien enorgulleciéndose casi de su ininteligibilidad, como si la nobleza de la epopeya fuera directamente proporcional al misterio que encerraba. Tras este instante, que marcaba la opción de cada uno, seguía, como una conclusión natural, la hora de la verdad: el desenlace.

Cuando vieron que la iglesia se inclinaba ligeramente hacia un lado y que luego volvía a enderezarse, para dejarse caer nuevamente en la dirección opuesta, como en un juego, las mujeres dejaron de gritar. Se quedaron mudas, con las miradas fijas en el movimiento pendular de la torre, oscilando como un badajo invertido que tratara de articular el sonido del cielo y del agua, pero que cambiaba siempre de intención antes de alcanzarlos. Parecía que el propio río hubiera cesado en su estruendo, y en el hueco sobrenatural de silencio se oyó finalmente un largo crujido, parecido a un gemido lanzado desde los abismos por todos los abetos inmolados en el cuerpo de la iglesia, un único sonido doloroso, casi humano; al momento, el bramido del hielo, repentinamente levantado hacia el cielo, se apoderó de todo, arrancó la base de la iglesia y la empujó con furor río abajo. En un instante de asombro la torre se inclinó casi hasta tocar la superficie del agua y descubrió impúdica la base del pórtico; pero, enseguida, como si una experta mano de timonel le diera milagrosamente la vuelta justo cuando ya parecía no haber más esperanza, la iglesia se enderezó, y erguida como una fragata, con la línea del mástil perfectamente vertical, se puso en marcha por el cauce pedregoso del río. Las cuerdas, que mantenían su equilibrio, tensas al máximo, intentaron retenerla, pero hubieron de desistir de inmediato y, soltándose sin esfuerzo de los postes y abetos en que habían anclado la iglesia, la dejaron libre. En este punto todos los testimonios coinciden: las amarras se soltaron sin esfuerzo, casi por sí mismas, e independientemente de cómo explicara cada uno este detalle, ya con inseguridad, atribuyéndolo a la fuerza del empuje de los hielos, o ya desde el asombro orgulloso ante lo inexplicable, nadie pasaba por alto el momento en que, después de intentar retenerla sin convicción, las amarras liberaron de buena gana la iglesia. Pasmadas, más allá de los límites del espanto, las mujeres la siguieron en su desplazamiento por el río. A través del estruendo de la riada y del deshielo les llegaba de vez en cuando algo semejante a voces humanas, voces que sólo podían ser las de los hombres que estaban dentro de la iglesia, y aunque el sentido de aquellas voces sólo podía ser de desesperación y auxilio, las mujeres se empeñaron en sostener, asombradas ellas mismas ante sus propias palabras, que lo que se oía desde la iglesia

transportada por el agua eran canciones, y que los hombres que partían cantaban una *horă*^[32].

Con este detalle disparatado, que no resultaría creíble si los narradores mismos no lo presentaran como increíble (lo que paradójicamente aumentaba su grado de verosimilitud hasta su aceptación total e incondicionada), concluye la historia real de la iglesia de Subpiatra, un relato verificado históricamente en sus más extravagantes matices.

Todo lo que he contado hasta aquí fue corroborado por testigos. Actualmente, dan testimonio de ello los cimientos vacíos de la iglesia en el antiguo cementerio de Lugosu de Jos, la carretera profunda llamada el Surco de la Iglesia, el lugar llamado el Hoyo de la Iglesia, extrañamente hondo en el lecho todavía joven del Criș y donde incluso hoy en día se ahoga de vez en cuando algún niño. Por lo tanto, todo lo que he contado hasta ahora ocurrió realmente. El resto es esperanza. Un sueño que no he soñado yo, sino los mismos hombres del pueblo, que fueron los protagonistas y narradores de los primeros sucesos, los realmente acontecidos, y si voy a relatar ese «resto», que conozco también por ellos, con la minuciosidad con la que he contado los sucesos que acaecieron de verdad, es porque lo que me ha fascinado desde el principio de esta historia ha sido precisamente la ausencia de una línea de demarcación entre lo real y lo imaginario, el hecho de que, en virtud de no se sabe qué misteriosas leyes, la realidad desemboque en el sueño de manera inesperada y dramática, tal y como, algunas veces, la hiél se derrama en la sangre.

Al principio, más poderoso aún que el dolor fue el sentimiento de que algo no estaba en orden, no sólo en el sentido de que resultaba incomprensible, sino de que había algo intencionadamente oculto y disimulado a propósito para que nadie pudiera comprenderlo. Es decir, la sensación de lo milagroso, a cuya presencia eufórica se había acostumbrado todo el pueblo, atravesó una crisis de confianza; la gente se inclinaba a dar una explicación, más bien terrenal y perjudicial para todo el mundo, a aquellos hechos que hasta entonces no parecían haber precisado de interpretación alguna. Ocurrió, pues, una extraña inversión: mientras todo había sido indudablemente real, protagonizado por ellos mismos, todos preferían pensar que era fantástico, y en el mismo momento en que, escapándose a su control, los hechos adquirieron un cariz verdaderamente fantástico, comenzaron a analizarlos con desconfianza y a sospechar de su falsedad. La mirada del padre Nicola aguas arriba, como si desde allí hubiera esperado algo, la llamada a los hombres a la iglesia y, sobre todo, la extraña *horă* de las voces robadas por el agua les hacían pensar en algo incomprensible y premeditado. Es verdad que el desamarre por sí solo de las cuerdas (¿y si las cortó alguien?) y, sobre todo, el fluir seguro de la iglesia por la senda del agua (¿pero hasta dónde?) complicaban aún más las cosas y conferían al dolor del pueblo, que lloraba a sus hombres desaparecidos, un carácter ambiguo en el que se

mezclaban extrañamente el sufrimiento con la duda, la rebeldía y la curiosidad. Todos estos elementos fraguaron el terreno fértil y rico en presentimientos en el cual germinó la semilla del sueño siguiente.

Era la primavera del año 1779. Para la gran rebelión de Horea sólo faltaban cinco años, y hasta Subpiatra también llegaron los soldados imperiales y los hombres de los condes húngaros que recorrían las poblaciones de los Cárpatos Occidentales en busca de aquel famoso agitador (*ille famosus agitator*). Evidentemente, no voy a pretender que los habitantes de Subpiatra no hubieran oído hablar hasta entonces de Horea y que no supieran toda clase de cosas sobre él, florecidas al margen de la realidad de la narración. Sin embargo, pensaban que nunca lo habían visto y que había sido precisamente entonces cuando descubrieron todos los pormenores sobre él, que más tarde iban a repasar detalladamente en auténticas reuniones conspiradoras. De hecho, las tropas imperiales estaban buscando a un tal Nicola Ursu de Albac, llamado Horia, constructor de iglesias y gran maestro en el arte del canto. Cuando les preguntaron si no había pasado también por su pueblo, si no les había propuesto construirles una iglesia o escribir demandas al emperador, si no les había hecho demostración de su arte o no los había instado a que se sublevaran, extrañamente y sin haber concertado nada previamente entre ellos, la gente de Subpiatra no dijo ni media palabra ni sobre el extraordinario viaje de su iglesia ni sobre el padre Nicola. Únicamente después de que los soldados se marcharan, los habitantes de Subpiatra, asombrados de su propia reacción, que sólo podían explicar a través del milagro que se había apoderado de ellos hacía más de un año, comenzaron a relacionar los hechos entre sí y a convencerse, mediante un cambio decidido y repentino en la conciencia colectiva, de que el padre Nicola no era otro que Horia, Nicola Ursu de Albac, y lo hicieron con un alivio evidente, casi luminoso, como si aquella identificación lo hubiera aclarado todo súbitamente, de la forma más lógica posible.

Por lo demás, muy pronto comenzaron a llegar noticias, tanto más increíbles cuanto más rápida y entusiásticamente se transmitían. Primero oyeron que en el curso bajo del Criş había sido vista una iglesia surcando las aguas como un navio cuyas velas hinchadas por el viento estaban atadas a la torre-mástil. También entonces supieron que Horia había ido al emperador con las demandas. Ya no había duda alguna. Las mujeres recordaron las telas que habían tejido por orden del padre Nicola y se sintieron muy orgullosas de ser parte de una aventura tan temeraria. Los hechos se relacionaban entre sí y adquirían una configuración que —cada vez era más evidente— había sido trazada de antemano por el padre Nicola. Pronunciaban el nombre del cura, del que ya nadie dudaba que fuera el mismo Horia, con un verdadero placer conspirador, no sólo como un símbolo del misterio que los unía entre sí, sino también de la indiscutible importancia que este misterio les otorgaba. Después de haber llorado largamente, las mujeres cuyos maridos fueron llamados al

interior de la iglesia eran ahora respetadas, y se las consideraba, por su propio sufrimiento, las partícipes más próximas de los preparativos de la expedición. Nadie dudaba ya de que su iglesia había sido elegida desde un principio para el viaje que desde el Criş al Tisa, y desde el Tisa al Danubio, hasta Viena, iba a llevar a la delegación de los *moţi*^[33] ante el emperador. Por supuesto, el milagro de la transformación de una iglesia en nave, el milagro de su avance por el cauce estrecho de las aguas no se volvía por este motivo menos importante, pero, inscrito dentro del milagro realmente extraordinario de la aparición de un jefe, ya no exigía una aceptación o una credibilidad expresas: bastaba con creer en los poderes de Horia para que todo lo que se relacionaba con sus hazañas o con su persona se convirtiera en una verdad incuestionable, como un axioma.

Las leyendas de Subpiatra no dicen nada acerca de la vuelta de los hombres que partieron con la iglesia, cuando Horia, al regresar de Viena, incitó a la gente a la rebelión. Los documentos de la sublevación mencionan, sin embargo, un número insólitamente grande de rebeldes procedentes de este pueblo de los Cárpatos Occidentales que siguieron a su jefe hasta el final de los combates, en el terrorífico invierno de 1785. Cuando todo terminó, los supervivientes oriundos de Subpiatra regresaron silenciosos a sus casas, como si hubieran despertado de un sueño que habían creído real y al cual no querían renunciar, prefiriendo tomar la realidad por un sueño pesado e incomprensible. Las noticias de la ejecución en Alba Iulia los encontraron parapetados, con todos los puentes levantados, encerrados en un silencio inexpugnable, mirando hacia fuera con una mirada segura y desconfiada que, sin que sus labios se despegaran, decía, sin embargo, con bastante claridad: «Os esforzáis en balde por espantarnos. Bien sabemos que todo eso ocurre exclusivamente dentro de esta pesadilla. La realidad es la otra, esa de donde acabamos de venir y donde las cosas son totalmente diferentes». Y únicamente cuando estaban a solas, más allá del último valladar de silencio que los protegía de sí mismos, cerraban los párpados atreviéndose a mirar hacia aquel lugar profundo y resbaladizo donde, encadenada y amordazada, seguía viviendo, a pesar de todo, la duda, que balbuceaba incansablemente: «Pero ¿cuál es la realidad?».

Y justo cuando había pasado demasiado tiempo como para que la duda encadenada pudiera seguir oculta, precisamente cuando, después de crecer imperceptiblemente en sus escondrijos resbaladizos y profundos, amenazaba de un momento a otro con romper las cadenas e irrumpir en el silencio podrido de la incertidumbre de aquella realidad que era fundamentalmente distinta y difícil de sostener, aunque fuera la única aceptable, precisamente entonces, un buen día llegó una noticia que volvió a ponerlo todo en tela de juicio.

Un viajero de las tierras de Valaquia y Moldavia, llegado desde lejos, había visto la iglesia flotando Danubio abajo, con las velas hinchadas por el viento y atadas al

mástil rematado por una cruz, y contaba el suceso como se cuenta un milagro, sin saber ni siquiera que la iglesia en cuestión era la de *ellos*.

La había visto una noche lo bastante serena como para distinguirla sobre la superficie lenta del agua: vio no solamente el pórtico con pilares tallados y el zócalo como una soga retorcida que recorría la base de la iglesia, sino también las velas encendidas en el interior como el Domingo de Resurrección. No se veía gente dentro, añadió el viajero con un asombro muy parecido al espanto, ni habría sospechado que la hubiera... Todo era tan suave y luminoso que habría parecido desierto si no hubiera sido porque se oían aquellas voces graves, masculinas, entonando algo que no era un canto religioso y que te perseguía con una especie de inquietud que entendías sólo más tarde, cuando te dabas cuenta de que lo que cantaban las voces de aquellos hombres invisibles en el interior de la iglesia flotante, iluminada como para el Domingo de Resurrección, era una *horǎ*. La noticia de este viajero desconocido, que continuó su camino sin imaginar el impacto desencadenado en el alma de sus atentos oyentes, la noticia, recibida con la avidez con la que siempre acogen el milagro los que carecen sistemáticamente de esperanza, configuró el alma de aquella aldea de *moři*, un alma que incluso hoy en día, al cabo de dos siglos, es distinta de las almas de los pueblos que la rodean. Un orgullo discreto, pero inflexible, surgido de un misterio que no se podía desvelar, pero capaz de iluminarlo todo interiormente, concede hasta el presente cierta gracia a las mujeres de por allí, y a los hombres les otorga un vigor un tanto misterioso, que incluso llega a ser desafiante. Y aun hoy, cuando la sublevación no es más que una historia lejana y el viaje de la iglesia una leyenda para turistas, la gente de Subpiatra (en su mayoría guardas forestales, obreros de una fábrica de muebles que se desplazan diariamente para trabajar hasta Ștei o Beiuș, gente con prisa, apretujada en polvorientos autobuses desvencijados, gente para quien la Historia ya no existe más que en los libros de texto olvidados hace mucho tiempo o en el televisor, delante del cual se quedan dormidos antes de que acabe el programa), incluso hoy, un algo misterioso y difícil de definir, propio de esta gente de montaña de pocas palabras y de mirada profunda, parece decir: «Sí, todo es tal como se ve; no está bien, ni se puede hacer nada, pero eso no tiene mucha importancia. Existe la otra realidad, en la que las cosas son totalmente distintas».

Evidentemente, nadie se percata de esto, y ellos serían los primeros en asombrarse de la frase que acabo de formular, como también se sorprenderían si les hablara del aire desafiante de sus gestos, saludos y andares, tan distintos de los de los demás. Pero es igualmente cierto que, sin que ellos lo sepan, en sus propias fibras permanece algo del impacto de aquella ascensión definitiva del milagro como un estado primordial, frente al cual la realidad no es más que una derivación secundaria, una proyección desdeñable. Los que cuentan con ironía y apenas conmovidos la historia del viajero desconocido y la influencia de aquel testimonio sobre la

psicología del pueblo a finales del siglo XVIII siguen conservando todavía, sin saberlo, en su psicología y comportamiento, las huellas de aquella felicidad por la aceptación incondicional de aquel relato.

Precisamente, siempre me ha fascinado esto de aquel lugar, esta imposibilidad de delimitar los hechos de manera absoluta, el sentimiento de que cualquier cosa, por muy simple e incuestionable que sea, pueda adquirir sombras alambicadas, interpretaciones contradictorias o inversiones de significados a la luz de aquel inconsciente y desconcertante desafío. En una historia trágica y exenta de esperanzas, que fluye sin cesar por valles paradisíacos por encima de los cuales los picos de las montañas chocan entre sí, esta conciencia absurda y profundamente optimista de que el milagro no está, sin embargo, excluido, ha logrado finalmente engendrar una y otra vez el milagro.

Esta historia de la iglesia flotante por el curso del río, que salvaba a sus héroes del martirio y a la fe de las dudas, la oí por primera vez hace mucho, al acompañar a mi padre, un cura transilvano, en uno de aquellos viajes que marcan el encanto estremecedor de mi infancia. Todo lo que descubrí entonces permanece aún en mí intacto e intangible, con el doble y difuso halo del milagro y de la incertidumbre. Cuando, de mayor, regresé por primera vez a Subpiatra, lo hice nerviosa ante la posibilidad de no encontrar nada de aquel relato que había enriquecido mi infancia: todo podría haber sido sólo el fruto maduro de la antecámara del sueño. No habría sido la primera vez que descubría la total inadecuación a la realidad de algunos de mis recuerdos, convencidos de su propio realismo. Era consciente de mi propensión (que disimulaba y a la que amaba como a un vicio) a dejar que la fantasía se mezclara ilícitamente con las verdades del ambiente, adquiriendo su color e imitando su forma (hasta que ninguna mirada ajena, por muy atenta que fuera, pudiera distinguir las); así, pasé los años que separan la infancia de la adolescencia con un continuo sentimiento de culpa, con el miedo perpetuo a que se descubriera mi intervención, que, de tan compleja como era, había logrado que yo tampoco lograra diferenciar la fantasía de la realidad. Me acostumbré a pasar revista, antes de acostarme por la noche o a la espera del sueño obligatorio de la siesta, a todo lo que había sucedido durante el día, corrigiendo los aspectos vergonzosos o penosos, de modo que en aquella narración coherente, preparada a propósito para ser registrada en el recuerdo, el personaje central, que era nada menos que yo misma, salía ganando en inteligencia, bondad y audacia, sin perder por ello su verosimilitud. Luego me dormía, y en el sueño todo se fijaba definitivamente bajo aquella forma ligeramente revisada, cuyo borrador real olvidaba yo, también, poco después, no sin conservar la confusa aureola de culpabilidad, que iluminaba, llena de emociones, mi infancia y que, de vez en cuando, incluso ahora, no deja de deslumbrarme con sus rayos de seda.

Pero, para mi sorpresa, esta bella historia no existía sólo en mi mente. La persona

adulta que soy, preparada para las más prosaicas revelaciones, la descubrió casi sin cambios en las narraciones que la gente de Subpiatra cuenta hoy a los turistas. Me encantó volver a este relato tan improbable, que, quizás debido a su propia inverosimilitud, había tenido la valentía y la precaución de armarse con multitud de argumentos acerca de su veracidad. Me entusiasmó pasar en coche por el Surco de la Iglesia y bañarme en el Hoyo de la Iglesia junto a los alpinistas de la Alemania Occidental que solían hacer un alto en su camino. La existencia de estas huellas, jalones en el camino de la suprarrealidad, me infundió un estimulante sentimiento de certeza, como si de la credibilidad de este acontecimiento clave dependiera también el crédito que podía concederme a mí misma en otros momentos, mucho más íntimos y particulares. Sin embargo, a pesar de la atención que prestaba a la psicología de los narradores y al color que mis propios recuerdos daban a la configuración fantástica del relato, yo creía sólo en el espíritu, y no en la letra, de esta narración, y miraba con ternura y admiración su ingenuidad misteriosa y estática. Bajo este signo de superioridad adulta y nostálgica se desarrolló el último episodio del serial de este viaje de la iglesia de Subpiatra en el que se mezclan lo posible y lo imposible.

En un septiembre extraordinariamente suave de hace algunos años me encontraba en el delta del Danubio, a donde había ido con intención de escribir algo para una revista de divulgación extranjera acerca de los encantos del Danubio rumano. Pero, más que la fuerza y la grandeza inigualables de las aguas y de aquellos parajes, de las aves y los peces sobre los que debía escribir para atraer autobuses llenos de norteamericanas setentonas y escandinavos tambaleantes con el fin de que, agradecidos, dejaran sus dólares en nuestros restaurantes y mercados, lo que de veras me impresionó fueron los habitantes permanentes de estas tierras blandas, que apenas aspiraban a la consistencia de la tierra firme; barbudos y callados, inmunes no sólo a la civilización, sino también a la historia, seguían leyes misteriosas que coincidían muy poco con las leyes del resto del mundo y que en no pocas ocasiones se diferenciaban vehementemente de ellas. Lo que me fascinaba ahora con respecto a aquellas aldeas tan seguras de sus creencias, situadas en unas tierras tan inseguras, era el modo en que no lograba encontrar ningún punto de unión entre mi silencio, siempre interrogante, y su silencio, cerrado herméticamente como una puerta tras un portazo. Un día salí de pesca por la noche, poco después de las dos de la madrugada, tras el ocaso de la luna, con el grupo de los Timofte, formado por el padre, los hijos y los yernos. Mi presencia parecía resultarles indiferente, con la indiferencia casi insultante que los colectivos cerrados manifiestan ante los forasteros. No podría decir, sin embargo, que el silencio en el que me abandonaron me molestara. Estaba agradecida porque me habían aceptado entre ellos y no podía pretender más. Seguían hablando sin hacerme caso, y les traía sin cuidado si no entendía nada. De hecho, lo único que comprendí era que algo los angustiaba, que había una razón, desconocida

para mí, de inquietud, y no sé qué me hizo suponer que aquella razón tenía, sin embargo, una naturaleza misteriosa, insólita y sobrenatural, incluso para ellos.

—Stepan la vio —decía uno—, jura que la vio y que, antes de verla, llevaba dos días sin probar ni una gota de vodka.

—Anoche estaba borracho como una cuba —replicó otra voz más incrédula y, al parecer, más desapasionada.

—Sí, pero no bebió nada hasta después. Lo jura por lo más sagrado —insistió el primero, como si algo muy importante para todos ellos dependiera de la credibilidad de las palabras de Stepan.

—¡Lo jura por Frusina! —se rio de manera inesperadamente simpática una tercera voz, pero sin continuar de modo alguno este principio de alegría.

Estaba de espaldas, mirando al Danubio, en el que se mecía el reflejo del ocaso de la luna, e intentaba adivinar, como en un juego, de qué se trataba, sin que, en un principio, su inquietud tuviera poder sobre mí.

—También la ha visto Víctor —dijo, tras un silencio que duró varios minutos, la voz del viejo, una voz que identifiqué enseguida no sólo por su tono ronco y hueco, sino también por el silencio respetuoso que se instaló después. Pero no era sólo eso. Yo también sentía que no era sólo por respeto hacia el viejo por lo que lo escuchaban estremecidos. Lo que había dicho el viejo los había conmovido inesperadamente a todos, como si el hecho de que Víctor también hubiera visto lo que había visto Stepan cambiara de pronto la gravedad de los acontecimientos.

—¿Cuándo? —preguntó alguien, y todos se quedaron callados aprobando la pregunta.

—Esta noche.

Parecía que ya no quedaba nada por decir. El silencio que siguió fue tan largo que, sin querer, volví la cabeza para ver qué pasaba. Todos estaban mirando río abajo, escudriñando con intensidad, unos de pie y otros inclinados hacia delante, aunque estaba claro que, río abajo, si hubiera existido algo no habrían podido verlo. Con el ocaso de la luna, las estrellas, que ahora se veían más luminosas, no tenían la fuerza suficiente como para revelar nada.

—Tal vez sería mejor que regresáramos —dijo uno, pero nadie le contestó y la propuesta quedó suspendida en la noche, que empezaba a diluirse angustiada. Todavía hacía buen tiempo y, evidentemente, ninguna tormenta parecía ser el motivo de su inquietud. Y precisamente porque yo no era más que una espectadora a quien no brindaban ninguna posibilidad de integrarse en los sentimientos de aquel escenario, sólo podía regocijarme con la complejidad del espectáculo. El suspense únicamente podía aumentar el valor de la representación.

—¿También lo oyeron? —preguntó otro, especificando enseguida—: ¿Lo oyó también Víctor? —Como no escuché ninguna respuesta, supuse que alguien había

asentido o negado con la cabeza.

—¿Qué cantaban? —susurró una voz que aún no había hablado. Y el viejo contestó casi gruñendo:

—Lo de siempre.

No tenía forma de adivinarlo, y el no poder hacerlo me gustaba e incitaba como en una aventura. Incluso hubiera deseado no haber adivinado nunca el miedo ante aquella evidente y misteriosa inquietud, para llevar dentro de mí el complejo silencio de aquellos pescadores como uno de esos regalos que el misterio impenetrable del universo, absurdamente fragmentado en verdades ridículas, decide hacerme de vez en cuando. No fue así. Sin embargo, el desenlace superó con creces mi sed de milagro.

No había amanecido todavía, pero la noche se había difuminado ya lo bastante como para perfilar los contornos en el plasma oscuro del aire. Las riberas del río empezaron a dibujarse de una manera confusa y extrañamente expresiva, y el aire tenía un olor más frío y salado. Nos acercábamos al mar. Hacía más de una hora que nadie pronunciaba palabra alguna, sólo se oía el ruido del motor, su runrún irritado y a veces histérico; después, sin que nadie dijera nada, lo detuvieron y se pusieron a remar. En aquel silencio marcado por el chapoteo de los remos alzados en el aire pardo y luego sumergidos con un golpe casi placentero en el agua, comenzó a oírse la canción. Al principio no me di cuenta, pensé que había alguna radio pequeña en el barco, o simplemente no pensé en nada; el sonido de una canción en un barco es una realidad banal que ya no exige ningún esfuerzo a nuestra mente desgastada. Sólo la extraña tensión que sentí a mis espaldas y la forzada suspensión de los remos en el aire, me hizo escucharla aún mejor; por lo demás, se apreciaba cada vez más, en un *crescendo* un tanto raro, como si de manera intencionada alguien hubiera aumentado lenta, pero ininterrumpidamente, el volumen de un aparato, y entonces me percaté de que no había ningún motivo para que se oyera, porque en nuestro barco no cantaba nadie nada, y ni río abajo ni río arriba se veía otro barco.

—Es ella —oí la voz del viejo casi susurrada, pero inesperadamente sonora sobre el fondo creciente de la canción, y lo que me extrañó fue, no tanto el tono mediante el cual la revelación y aun la alegría parecían haber suplantado al espanto, sino aquel femenino, utilizado para designar una realidad que por sí sola no tenía nada de femenino. La canción que se oía, de hecho una melodía acerca de la que difícilmente se habría podido decir si ocultaba alguna letra bajo sus inflexiones confusas, aquella canción, la cantaban voces graves de hombres, en una octava tan baja que, algunas veces, parecía no ser más que un murmullo inusitadamente amplificado por la noche y el viento. Volví la cabeza para mirarlos. La luz era más intensa, y suficiente como para ver, no sólo sus rostros, sino también las expresiones que permitían ahora penetrar en lo profundo de aquellas caras, cubiertas en sus tres cuartas partes por las barbas sin afeitar, las cejas tupidas y los cabellos caídos sobre la frente, pero con unos

ojos brillantes por debajo de la masa rebelde y mate del pelo. Miraban intensamente hacia adelante, evidentemente para *ver* lo que sólo se podía *oir*, y sus ojos expresaban, sin miedo y sin angustia, la tensión, la espera y el presentimiento de una revelación. Para mí estaba claro que el misterioso pronombre femenino no se refería a la canción que se percibía, que no era más que un mero acompañamiento secundario, sino a la inminente aparición, algo que temían, aunque, al mismo tiempo, no podían dejar de alegrarse de ver. Empujado por el Danubio, el barco se deslizaba lentamente por la senda del agua cuando, de repente, cambió de rumbo, siguiendo el curso del río. De espaldas a la dirección de la marcha, comprendí que el recodo brusco del río había revelado algo. Los ojos de los pescadores se agrandaron, iluminados por el acontecimiento, traspasados al mismo tiempo por el espanto. Pero era un terror lleno de felicidad, si eso se puede decir, un miedo exultante porque finalmente podía manifestarse. Al mirarlos supe que ellos veían algo ya, y me di la vuelta para verlo yo también.

Eran, creo, las cuatro de la mañana y el día que despuntaba se mezclaba aún confusamente con la noche y mostraba un aspecto hosco y confuso. Bajo el cielo gris claro, sin pliegues, en el aire casi fluorescente, que emanaba una luz perlada, a la vez que reluciente y turbia, el paisaje aumentó considerablemente, el río separó sus riberas y lejos, en el horizonte, allí donde entre el agua y el aire ya no hay línea divisoria, respiraba el mar, parecido a un animal al que no se debe despertar. Allí, donde el paisaje finalizaba para que comenzara el ensueño, se dibujaba en el cielo y en el agua una iglesia. Su contorno me era tan conocido que en el primer momento no me sorprendió ni me asustó, sino que, casi inconscientemente, miré más adelante, buscando. Sólo un segundo después me di cuenta de que aquella iglesia de los Cárpatos Occidentales, con pórtico y una torre infinitamente delgada, no tenía por qué estar allí, en la desembocadura del Danubio, mecida por la brisa matutina. Y en el mismo momento en que comprendí, recordé. No sé si el sol que salía le encendió las ventanas o si su luz procedía quizás de dentro, de las llamas de las velas, pero en el color ceniciento del alba, la silueta negra de la iglesia que se balanceaba sobre las olas ardía desde el interior como en las grandes fiestas, sin que el fuego gozoso consiguiera consumirla, y parecía marcar el trayecto imaginario de una *horã*, aquella *horã* que nos inundaba, inquietante, desde una iglesia que parecía desierta.

No tuve la menor duda de que era la iglesia de Subpiatra, y me puse a examinarla mientras nos aproximábamos a una velocidad sorprendentemente rápida (¿se aceleró de repente el curso del agua o la impresión de velocidad se debía a que ella también se nos acercaba al mismo tiempo?); le dediqué una mirada familiar, como si la hubiera visto antes, como si la conociera muy bien y ahora ella se me revelara como a un pariente, como a uno de los suyos. Quiero decir que, por muy raro que parezca, aunque no podía explicar cómo estaba allí, seguía sin extrañarme, como si hubiera

esperado tal aparición, como si hubiera creído desde el principio en la historia de su viaje. Se nos acercó tanto que su avance creaba un gran oleaje que hacía subir y bajar nuestro barco como si se tratara de una cáscara de nuez. Y, frenética, la melodía se oía con nitidez (era, sin duda alguna, una *horã*, entonada con mucho ritmo, cuya ejecución sugería los movimientos y las síncopas de la danza), mientras el interior, iluminado para las grandes fiestas, se veía límpido y vacío. Cuando pasó a nuestro lado, tan cerca que, si hubiera extendido la mano, creo que la habría alcanzado, parecía inimaginablemente alta en comparación con nuestro barco, y, sin querer, incliné la cabeza hacia atrás para verla entera. Para mi gran asombro, no muy por encima del pórtico había una vela inmensa, hinchada por el viento, que hasta entonces no había visto. Sólo me quedaba suponer que no se notaba desde lejos o que la habían izado tan sólo en el último momento, al adentrarse río arriba. Y es que, indudablemente, la iglesia iba subiendo aguas arriba, lo suficientemente deprisa como para que su movimiento se notara a simple vista, y con tanta dificultad que la resistencia del agua producía olas inmensas que nos empujaban hacia la ribera. Al deslizarse, su punta se mecía de un modo imperceptible, y sólo una o dos veces, al inclinarse con fuerza, hizo que toda la construcción se doblase peligrosamente; entonces, desvelada desde las profundidades de las aguas, pude ver la vieja madera de la iglesia cubierta de musgo y de conchas. No sé si este detalle, esta mirada un tanto indiscreta, que revelaba los aspectos íntimos de lo que para mí era la iglesia de Subpiatra, me impresionó más que su desplazamiento, porque mientras su fluir no era más que un milagro, aquellas vigas viejas, forradas con musgo húmedo, constituían un detalle revelador que me obligaba finalmente a repensarlo todo de manera lógica, como una concatenación sin interrupciones. Se me quedó grabada en la mirada aquella superficie de madera de montaña sorprendentemente revestida de algas y conchas, hasta que recordé con exactitud los tocones de los que había sido talada la iglesia (como si hubieran talado un árbol vivo) allá lejos, en Lugosu de Jos, tapizados también ellos por un musgo grueso parecido a la piel de cordero; esta asociación me dio, de repente, la medida cabal de los hechos. En todo caso, algo estaba bien claro: nada en el paso de la iglesia a nuestro lado hacía pensar en una visión subjetiva; nada parecido a un fluir ideal e inconsistente se insinuaba a través de la navegación penosa, río arriba, de una iglesia de madera con la torre transformada en mástil. Todo era real, existía de verdad, y solamente aquella realidad indiscutible podía ser considerada milagrosa o no.

Después del paso de la iglesia, mis acompañantes parecían exhaustos y desorientados, como si hubieran recibido un mensaje cuya importancia sobrepasaba sus fuerzas y con el que no sabían qué hacer. Me senté frente a ellos, convencida de que la extrañeza que había hecho que nos sintiéramos súbditos de distintos reinos ya no podía resistir a la prueba de fuego de esta aparición. De hecho, para ser totalmente

sincera conmigo misma, me dejó atónita no tanto la aparición de la iglesia (que me era familiar y conocida desde hacía mucho) como su importancia en este mundo neutral y distinto del mío. Me asombraba no sólo que la vieran también ellos, sino el hecho de que perteneciera a su vida y que hubiera adquirido unos significados y una importancia que yo no lograba intuir. Tampoco podía adivinar en qué medida se conocía la historia, la verdadera historia de la iglesia, y en qué medida permanecía inalterada por las condiciones, distintas, del alma colectiva. Me era difícil imaginarme a la brigada de los Timofte hablando sobre Horea y albergando alguna idea, siquiera aproximada, sobre aquel pueblo de los Cárpatos Occidentales, al que pertenecía por derecho su fantasma. Porque, sin lugar a dudas, bastaba con mirar hacia los ojos nuevamente ensombrecidos de los pescadores para comprender que habían visto un fantasma que para ellos parecía tener un significado claro y de mal augurio. Sorprendentemente, al preguntarles, me contestaron con naturalidad, sin reticencias, como si el haber visto juntos la iglesia flotante nos hubiera emparentado y me hubiera integrado en su universo, como si, a su vez, ellos también se extrañaran de que a mí también me fuera permitido verla. Cuando, más tarde, a la primera ocasión, volví a los Cárpatos Occidentales como a una fuente a la que tenía que informar acerca de los parajes en los que había reconocido sus aguas, la gente de Subpiatra se quedaba pasmada al oír que su milagrosa iglesia se llamaba, en la desembocadura del Danubio, «la Iglesia Muerta». Para ellos, lo que distinguía su iglesia de otras era precisamente su alto grado sobrenatural de vitalidad, porque la iglesia flotante era no sólo una iglesia viva, sino también redentora de la muerte. Mientras que para los danubianos representaba un espectro mortal, la morada de los difuntos y el presagio de la muerte, para la gente de Subpiatra era una anulación de la muerte, capaz de dejar sin efecto la ejecución en el Cerro de las Horcas de Alba Iulia. Me apresuré a contarles lo que había visto, convencida de que se iban a alegrar por esta confirmación, pero descubrí que más bien los entristeció, porque no precisaban confirmación alguna, sino reconocimiento.

Un dulce atardecer, con olor a humo, a leche recién ordeñada y a *mamaliğă* (aquel olor que para mí ha sido siempre la más inefable de las definiciones de la vida en el campo, y que mientras exista hará posible la pervivencia de la aldea, a pesar de que sus habitantes se hayan transformado en gente que a diario se desplaza lejos, hasta el lugar de trabajo) me encontraba en el pórtico de la casa parroquial de Subpiatra hablando con el joven cura, un flamante licenciado en teología que, con su melena rubia, barba cerrada y camisa de manga corta a cuadros, se parecía más a un artista que a un párroco.

Había nacido en aquella misma casa de la que ahora era dueño, y justo cuando estaba a punto de acabar la carrera de arquitectura había tomado la brusca y sorprendente decisión de seguir en el púlpito a su padre, que fue durante más de

cuarenta años el cura del pueblo, en el que, a su vez, había nacido también él, como hijo del cura del pueblo. Tales dinastías no eran inusuales en Transilvania, pero su continuación hoy es menos frecuente. Al cura actual lo conocía desde mi infancia, teníamos más o menos la misma edad, e incluso hoy recuerdo el prestigio que se ganó ante mis ojos cuando después de escuchar por primera vez la historia de la iglesia me enseñó los lugares que daban testimonio de ella: el hoyo, el vado, los antiguos cimientos desmochados. Desde entonces lo recordaba, y me consideraba un tanto emparentada con él a través del relato.

—Lo que para algunos es la vida, para otros es la muerte, de la forma más natural, sin que cambie ninguno de los datos reales del problema —dijo mirando hacia adelante, hacia la iglesia del pueblo, que estaba en lo alto de una colina, rodeada por el cementerio, entre cuyas cruces se ponía el sol decorosamente—. La rebeldía que supone la muerte y que conduce sólo a través de ella a la inmortalidad, es decir, a la vida, se presta, sin violentar en absoluto el significado, a ambas interpretaciones.

Lo que me decía me sonaba extraño y familiar al mismo tiempo. Me parecía que lo había oído más veces, o que lo había pensado yo misma. Y, sin embargo, sentía que la historia de la iglesia era mucho más compleja que este resumen, que la iglesia llevada por las aguas era el símbolo de la derrota de la sublevación y, al mismo tiempo, de su profunda y difícilmente aprehensible victoria. De cualquier forma, todos sus significados yacían definitivamente en la épica elíptica e inflexible de la leyenda. El resto no era más que ideología. Seguí la mirada del joven. Su pequeña iglesia de madera proyectaba un perfil increíblemente frágil y esbelto sobre el horizonte rojo del crepúsculo, con los pilares del pórtico artísticamente tallados, con la esbelta torre, parecida a un estilete largo y acabada en una cruz, que anulaba su punta afilada, y con un zócalo ancho tallado en bajorrelieve que la circundaba como una soga retorcida. Era exactamente igual a como me había imaginado siempre la otra.

—No se lo he preguntado nunca —le dije a mi interlocutor, usando aquel tono de conversación ocasional que se adopta siempre al final de las conversaciones serias, precisamente para hacer hincapié en la conclusión—. Se me ha olvidado preguntarle: ¿cuándo construyeron la actual iglesia del pueblo?

—No la construyeron —me contestó con naturalidad, y un poco sorprendido por mi extraña pregunta—, la trajeron.

Me volví hacia él sin comprender qué quería decir, y sin atreverme luego a llevar mi pensamiento hasta el final. Pero él me miraba casi divertido por mi desconcierto, sin creer que no entendía lo que me estaba diciendo a la vez que intentaba captar el significado psicológico del momento.

—Evidentemente, es esa —se sonrió, y sólo más tarde, realmente sorprendido, añadió—: ¿Nunca le han contado la historia hasta el final?

AGRADECIMIENTOS

Muchos ángeles y muchos sueños han propiciado la publicación de estos *Proyectos de pasado*. En primer lugar la autora, Ana Blandiana, que nos ha dado constantes pruebas de su extraordinaria generosidad. Igualmente desde la orilla rumana nos han llegado la amistad de Florina yŞtefan Nicolae.

Charo Calvo fue el ángel de la guarda de la primera versión del manuscrito; María Jesús Mancho Duque y Julián Méndez Dosuna, profesores de la Universidad de Salamanca, han sido los ángeles flamígeros que con ingenio, buen humor y afilados dardos han leído las sucesivas versiones de la traducción. Por último, pero no por ello menos importante, Fernando Rodríguez de la Flor fue el ángel de la providencia que guió nuestros pasos con magnanimidad. Quedan, seguro que quedan, aristas sin pulir, que son las culpas de los traductores, ángeles caídos.

Viorica Patea y Fernando Sánchez Miret



ANA BLANDIANA. Seudónimo de Otilia Valeria Coman, nació en Timisoara en 1942. Su padre fue comandante durante la Segunda Guerra Mundial, y tras ésta sacerdote en la catedral ortodoxa de Oradea y profesor de instituto; acusado de conspirar contra el estado sería condenado a varios años de cárcel y liberado tras seis de prisión, muriendo poco después. Su madre nació en una aldea transilvana llamada Blandiana, de donde Otilia Valeria tomaría su nombre literario. Ya como Ana Blandiana, en 1959 aparece en una revista su primer poema, pero al poco sería denunciada y se prohibiría oficialmente que «la hija de un enemigo del pueblo» volviera a publicar en Rumanía (se le negaría también el derecho a estudiar en la universidad). En 1964 aparece su primer libro de poemas: *Persoana întâia plural* (Primera persona del plural), inicio de una fértil carrera literaria que llega hasta el presente pero que alcanzaría en 1982, con la concesión del prestigioso premio Herder de la Universidad de Viena, uno de sus momentos más relevantes.

Desde muy joven tanto la poesía como el trabajo periodístico de Blandiana tendrían gran repercusión fuera de su país; gracias a ello viajará a finales de los 60 y principios de los 70 a Finlandia, Francia (donde participa en el «mayo francés»), Checoslovaquia (para escribir un libro sobre «la primavera de Praga»), Italia y Estados Unidos. Durante los 70 la censura se endurece progresivamente en Rumanía, llegando a prohibir la publicación de las obras de Blandiana (que vive bajo continua vigilancia policial) e incluso a confiscar todos sus libros anteriores. Proyectos de pasado, publicado en 1982, tras la concesión del premio Herder, forma parte de una

amplia obra en la que conviven numerosos títulos de poesía (también para niños), algunos ensayos y una corta pero interesantísima producción narrativa. El único libro de Blandiana publicado hasta la fecha en España es una antología de sus poemas llevada a cabo por Cosmopoética en 2007 bajo el título *Cosecha de ángeles*.

Notas

[1] *Leu*, en plural *lei*, nombre de la moneda rumana. <<

[2] Forma familiar del nombre de mujer Geta. <<

[3] Una especie de bizcocho relleno de nueces y pasas. <<

[4] El llamado «canal Danubio-Mar Negro» fue un faraónico proyecto de la era estalinista. Su construcción no resultó ser más que un pretexto para la creación de un campo de concentración, en el que morirían muchos de los presos políticos que trabajaban en las obras. Después de una década, el proyecto sería abandonado, ya que resultó ser impracticable. El Bărgană es una llanura muy fértil, a la que el por entonces recién instalado gobierno comunista deportó en la década de los cincuenta a presos políticos provenientes de todas las capas de la sociedad, desde intelectuales — considerados por el régimen hostiles al sistema— hasta los campesinos que se resistían a la colectivización. <<

[5] En los años sesenta el gobierno abandonó el proyecto del «canal Danubio-Mar Negro» y en su lugar inventó el llamado «Plan de transformación de la naturaleza», que preveía, entre otros objetivos, la construcción de una isla artificial en el Danubio. Todos estos proyectos sirvieron de excusa para crear campos de trabajos forzados. La acción se desarrolla en Península, una isla artificial creada en el Canal. <<

[6] Este relato remite al poema de Blandiana «Genealogía», de 1974: «Alguien sueña con nosotros / siendo soñado a su vez / por otro, / que a su vez es / el sueño de un sueño. / Entregados a la somnolencia / soñamos también nosotros con un mundo / salvajemente atormentado en el sueño. / Cuando soñamos / somos el eslabón más frágil / de la cadena sin comienzo que no ha de acabar / nunca, / aunque / bastaría / un solo grito / suficientemente fuerte para poder despertar / a medias / al primer soñador, / al que duerme / en los cimientos de los mundos / soñados». <<

[7] Además de su significado simbólico universal, la «zona prohibida» designa las residencias de la Nomenklatura, fuertemente vigiladas, rodeadas de empalizadas, auténticas ciudades dentro de otras ciudades. <<

[8] Llanura en el sur de Rumanía, en la cuenca danubiana, famosa por la fertilidad de su tierra. <<

[9] Alusión a la Securitate, la temible policía secreta del régimen comunista. <<

[10] Referencia a los tres colores de la bandera rumana: azul, amarillo y rojo. <<

[11] Región del noreste de Rumanía que, en virtud del pacto nazi-soviético Ribbentrop-Molotov en 1939, fue anexionada por la URSS, junto con los países bálticos y Besarabia. <<

[12] Dulce de origen turco parecido al turrón, hecho de semillas de girasol y de sésamo. <<

[13] Forma de respeto usada por los campesinos para dirigirse a una hermana mayor o a una mujer de más edad. <<

[14] *Doină*, plural *doine*: canción popular rumana. <<

[15] Forma de respeto usada por los campesinos para dirigirse a un hombre adulto o mayor. <<

[16] Heroína semilegendaria de la literatura medieval alemana. Hija de los duques de Brabante y esposa del conde Sigfrido, rechazó los intentos de seducción de su mayordomo Golo mientras su esposo se encontraba en las Cruzadas. Para vengarse, al regreso de Sigfrido, el amante desdeñado acusó a Genoveva de adulterio. Pero los soldados encargados de ejecutar su sentencia de muerte se compadecieron de ella y la abandonaron junto con su hijo en el bosque, donde sobrevivieron gracias a una cervatilla que les daba calor y les proporcionaba leche. Pasaron seis años de penalidades hasta que un día Sigfrido encontró a su mujer y a su hijo en una cacería. Genoveva consiguió probar su inocencia y Golo recibió su castigo. <<

[17] Aguardiente de ciruelas. <<

[18] Transilvania. <<

[19] En Rumanía, al igual que en los demás países del bloque comunista, la mayoría de las tiendas eran estatales. <<

[20] Equivalente al jamón de York. <<

[21] En algunos países del este de Europa el azúcar se obtiene a partir de la patata. <<

[22] Ciudad de Transilvania. Los chorizos de Sibiu son un tipo de embutido parecido al salchichón. <<

[23] Casa Scânteii era el nombre de la sede de la prensa gubernamental. La policlínica Sahia era una clínica reservada para los altos cargos del partido comunista, la policía secreta y los empleados de la prensa. <<

[24] Alusión al «Plan de sistematización» decretado por Ceaușescu, que preconizaba la desaparición de los catorce mil pueblos del país, a fin de llevar a cabo la doctrina leninista que abogaba por la desaparición de las diferencias entre el pueblo y la ciudad. El plan preveía la destrucción de las viviendas individuales y su sustitución por bloques, para romper cualquier reducto de independencia y, así, poder controlar a toda la población. Al igual que los habitantes de las ciudades, y, sobre todo, de Bucarest, los campesinos vieron cómo sus casas eran arrasadas contra su voluntad.

<<

[25] Llamado así en honor al investigador y viajero británico Robert Brown (1773-1858), que estudió el movimiento continuo de partículas sólidas microscópicas que se encuentran en suspensión en los líquidos. <<

[26] «Llevarlo a la caña» es una alusión a los campos de trabajos forzados, en el delta del Danubio, en los que en los años cincuenta y sesenta, perecieron muchos presos políticos. <<

[27] Campo de concentración para presos políticos situado en Balta Brăilei, en la región de Dobrogea, junto al Danubio. <<

[28] *Subpiatra* significa «debajo de las piedras», y es un símbolo de la condición de siervos de sus habitantes, pero también de su sabiduría telúrica y ancestral. <<

[29] En la azarosa historia del principado de Transilvania, que de principado autónomo pasó a formar parte del imperio austro- húngaro, Horea, Cloșca y Crișan encabezaron la sublevación de 1784 que buscaba la abolición de la servidumbre y el reconocimiento de los derechos políticos y sociales de la población rumana. A pesar de constituir el grupo más antiguo y numeroso de la región, los rumanos estaban privados de todos los derechos y eran considerados una «nación tolerada». La sublevación fracasó y dos de sus jefes, Horea y Cloșca, fueron condenados a ser despedazados por una rueda en público. El tercero, Crișan, logró suicidarse en la cárcel. <<

[30] Nombre eslavo con el que se denominaba en la Edad Media a los príncipes de Muntenia, Moldova y Transilvania. <<

[31] Plato típico similar a la *polenta* italiana. <<

[32] Melodía y baile típicos de la zona Cárpato-Balcánica. Se baila formando un círculo. <<

[33] Nombre de los habitantes de los Cárpatos Occidentales. <<